



HISTORICAL ROMANTIC SUSPENSE

LAS DAMAS DE BOW STREET

CUANDO UNA
DAMA SALVA A
UN DUQUE

ALEXANDRA SHAW

Las damas de Bow Street

Cuando una dama salva a un duque

Alexandra Shaw

Derechos de autor © 2023

Todos los derechos reservados

Dedicación

Este libro está dedicado a todas las mujeres que todavía luchan por su lugar en lugares de trabajo dominados por hombres. Eres brillante; ¡Eres feroz y perteneces! ¡No dejes que nadie te diga lo contrario!

Reconocimiento

Gracias a mi familia por apoyarme mientras comparto mi pasión con el mundo.

Tabla de contenidos

[Dedicación](#)

[Reconocimiento](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Epílogo](#)

Prólogo

La euforia corría por sus venas mientras acechaba a su oponente. Engancha, jab, balancea, zigzaguea hasta un uppercut en el estómago. El poder irradiaba de él con cada golpe conectado. Se agachó, giró hacia la derecha y volvió a golpear a su oponente en medio de la masa. El hombre gritó mientras un crujido resonaba contra las paredes de hormigón.

La multitud estalló, su emoción se electrizó cuando aterrizó tiro tras tiro contra su oponente, pero Marcus no los escuchó. La sangre le latía en la cabeza. Los sonidos de los espectadores se convirtieron en ruido blanco mientras él concentraba su furia, la centraba, la expulsaba y encontraba la calma.

El desagradable sabor metálico de la sangre sacudió sus sentidos cuando el gancho de derecha del otro boxeador conectó con la mandíbula de Marcus. Su cabeza se movió hacia la izquierda, lo que le hizo tropezar hacia atrás. Manchas blancas brillaron ante sus ojos y sacudió la cabeza para recuperar la concentración. La sangre se le pegó a los labios y le goteó por la barbilla mientras escupía, mientras una mezcla de sangre y saliva salpicaba el suelo. Con el dorso de la mano, se limpió la sangre de la boca y se la untó en los labios.

Su ojo derecho estaba hinchado y tenía un corte desagradable sobre el ojo izquierdo. Seamus ya le había restablecido la nariz, que estaba rota y sangrando. Seamus se ocuparía de ello adecuadamente cuando volvieran a casa.

Esta fue su segunda pelea de la semana. No es de extrañar, ya que marcaba el aniversario de la muerte de sus padres. El día que heredó el título, la tierra, los deberes, las cargas. En esta semana, hace doce años, su vida cambió. El día que se enfureció tanto, no encontró otro medio de controlarse sin agotamiento físico. Aquí, en el ring, donde no había reglas, donde tenía que pelear hasta que su oponente cayera, finalmente pudo canalizar su furia.

El hombre con el que estaba luchando era más grande que él, lo cual era raro. Marcus Harrington, el duque de Raqueport, era un hombre corpulento, de casi seis pies y cinco pulgadas de altura. Era sólido y densamente musculoso desde los hombros hasta los muslos.

Pero su fuerza no era suficiente para llevar las responsabilidades que asumía. Marcus asumió el papel de tutor de su hermanita y de su hermano, Lucas. Zoe vivía en Escocia, en su finca de Sleat, en la isla de Skye, donde vivía el clan de su madre. Era donde Zoe se sentía más a gusto. Dos veces al año, Marcus hacía el largo viaje al norte para visitarla.

Lucas vivía con él en Londres. Cuatro años menor que él, y su heredero aparente, Lucas era una versión ligeramente (muy ligera) más delgada de su hermano. Ambos eran morenos como su madre, pero ahí fue donde cesó su semejanza.

Marcus estaba tosco e iracundo, mientras que Lucas estaba tranquilo y sereno. Él era el confidente de Marcus y Marcus era el suyo. Y mientras Lucas luchaba por confiar en su hermano mayor, siempre tratando de emerger de la inmensa sombra de su hermano, Lucas siempre encontraba el camino de regreso a su hermano.

Pensar en su madre era lo más angustiioso. Ella había sido la calma de Marcus, su centro, su estrella polar. Marcus tenía una gran personalidad, emociones poderosas y un temperamento rápido. Su madre

tenía una manera de abrirse paso hacia él, sin que se viera afectado por sus estados de ánimo. Sabía cómo ponerlo en su lugar sin que él lo supiera.

Su padre era un hombre cruel. Incapaz de amar a ninguno de los dos hijos, descargó la

mayor parte de su brutalidad con su segundo hijo. Su padre regañó a Lucas, lo deshonró, pero con Marcus, su padre se comportó como si fuera un hombre completamente diferente. Los tutores, la escuela y las instrucciones del ducado fueron puestos a los pies de Marco. Su padre incluso hizo arreglos para que se acostara con una ramera para su cumpleaños de seis y diez años. El hombre había sido un bastardo, no en su linaje, sino en su carácter.

Marcus se movió para matar, jab, jab, gancho de derecha, y con un uppercut a la mandíbula del hombre, cayó en seco. Seamus vino entonces a buscarlo, su entrenador, su ayuda de cámara, su aliado, su curandero. El hombre era leal hasta la saciedad. Seamus había estado con Marcus desde antes de que sus padres fallecieran.

—Vamos, Su Excelencia —dijo Seamus, con su acento irlandés como un sonido familiar y tranquilizador—. Colocó una toalla alrededor de los hombros de Marcus y le ofreció agua de una bolsa que había llevado a la pelea. "Vamos a llevarte a casa ahora".

El paseo entre los espectadores fue a la vez festivo y violento, algunos emocionados con el resultado, otros furiosos por haber perdido. Marcus se fue a casa mil libras más rico esa noche. Era su propio hombre. Nadie más lo administró ni se llevó una parte de sus ganancias.

"¡Vete a la mierda!" Lord Horace, el marqués de Arlington, escupió mientras Marcus pasaba a grandes zancadas. Marcus nunca prestó atención a quién peleaba o quién representaba al luchador. Siempre apostó por sí mismo. Pero el marqués lo odiaba, y ahora había perdido miles contra él. No tenía sentido para Marcus. *No apuestes lo que no puedes permitirte perder*, pensó para sí mismo.

Marcus sonrió y pasó junto al marqués sin mirarlo de reojo. Seamus lo impulsó hacia adelante. A su carruaje, a casa.

—Marcus —dijo Lucas, de pie en el umbral de la puerta cuando Marcus entró en la casa—. Lucas temblaba, con los ojos enrojecidos. En sus manos tenía una misiva abierta.

—¿Qué es? —preguntó Marcus. Con el ojo izquierdo hinchado y cerrado y el derecho borroso por la sangre seca, Marcus intentó leer la carta, sin éxito. Miró a su hermano y susurró: "Dime".

Lucas asintió, se aclaró la garganta y abrió la carta. Su voz flaqueó cuando comenzó a leer.

Conozco tu secreto. Si quieres que me lo quede, evita que tu hermano peleee. Si vuelve a pelear después de esta noche, haré que te arresten y mataré a tu hermana.

Capítulo 1

"Señoras, hay dos asuntos que tenemos que abordar hoy. No podemos cubrir ambos casos en este momento. Por lo tanto, tenemos que elegir qué delito investigar primero. Una opción es investigar la muerte de Lord Horace, el marqués de Arlington, o, en segundo lugar, podemos investigar el caso del robo de joyas. Lady Samantha

Explicó Peabody mientras distribuía un documento sobre cada crimen. Identificó las preguntas actualizadas relacionadas con cada una de ellas que las *Damas* habían reunido durante sus investigaciones preliminares.

"El asesinato parece ser la injusticia más significativa. En mi opinión, ese es el caso que deberíamos tomar", declaró Lady Emily Danvers.

Samantha estuvo de acuerdo y afirmó: "Yo apoyo esa moción".

Lady Sophia Perkins estuvo de acuerdo y dijo: "Yo también voto por el asesinato".

—Parece unánime —anunció lady Penelope Revel—.

Se sentó y empezó a revisar la documentación, quitándose la gorra y colocando su larga y gruesa trenza rubia detrás del hombro. Sus ojos verde avellana recorrieron rápidamente cada página, absorbiendo los hechos del caso.

Sophia se acercó a cada una de las mujeres y sacó los documentos relacionados con los robos de joyas. Era mejor no confundir la información y mantenerlas separadas.

Samantha se encargó de recopilar las estadísticas y los informes sobre la delincuencia. Recopiló toda la información de cada una de las *Damas*, la resumió e hizo copias para cada uno de los investigadores de BSL. Sophia revisó la documentación sobre el asesinato que habían acumulado.

Se sentaron en una habitación prestada, no en una habitación lujosa o amplia. Las *damas* estaban agradecidas por el espacio. En el sótano proporcionado por la mejor modista de la ciudad, Madame Dubois, las *damas* se sentaron en un viejo sofá y dos sillones tapizados en una raída tela de terciopelo azul oscuro.

Samantha se colocó un rizo negro detrás de la oreja, se quitó el gorro de lana de la cabeza y lo arrojó sobre el escritorio con la chaqueta. Se bajó el chaleco con ribetes azules y plateados, el uniforme de las damas de Bow Street, y empezó a caminar delante de las otras damas.

"¿Por qué los Bow Street Runners se han negado a llevar a cabo una investigación adecuada de este crimen?" —preguntó Emily, escaneando metódicamente los documentos. Sus ojos se movieron rápidamente por la página, su mente absorbiendo la información. La memoria eidética de Emily le permitió a su cerebro recordar los detalles de cualquier cosa que leyera, escuchara o viera después de una sola exposición a la información. Llevaba un chaleco azul y plateado a juego. Sus rizos rubios formaban una larga trenza, que quedaba oculta en su camisa, como todas las damas, para ocultar su cabello.

"La teoría es que Marcus Harrington, el duque de Raqueport, asesinó al marqués y los Runner aún no han reunido pruebas suficientes para determinar su culpabilidad y arrestarlo", les informó Sophia.

—¿Cuándo obtuvo esta información? No está incluido en el trabajo de Samantha", dijo Penélope, releyendo los documentos para verificar su afirmación.

"Mis conclusiones son actualmente conjeturas, pero adquirí esta información en el baile de Northgate esta noche. Se suponía que el duque iba a asistir, pero no lo hizo. Sir Williams, un caballero mayor que trabaja para el Ministerio del Interior, era locuaz. Estaba metido en sus

copas y, bueno, aprendí información interesante de él". Sophia sacó su trenza y la desató, dejando que sus ondas de caoba se soltaran, masajeando su cuero cabelludo mientras se quitaba la trenza. Se subió las gafas doradas y se deslizó por la nariz de botón.

"Tenemos que encontrar una manera de involucrar al duque", señaló Penélope. Se puso de pie y comenzó a caminar a lo largo de la pequeña habitación, sus largas piernas cerrando el espacio entre las paredes en ocho pasos. Era la más alta de las *damas*, con un metro ochenta y cinco.

"Tenemos que abordar esto como un esfuerzo de equipo", sugirió Samantha. Se sentó en el sofá, subiendo las rodillas hasta la barbilla. Tanto Samantha como Sophia eran las más pequeñas de las *damas*. Se enfrentaron a muchos desafíos al hacerse pasar por un caballero debido a su tamaño, pero no tuvieron problemas en hacerse pasar por niños de la calle y sirvientes.

"Nunca me hablará", dijo Sophia, queriendo que sus amigos reconocieran que era la persona equivocada para este trabajo, y volvió a meterse las gafas en la nariz. "El duque es un libertino conocido. ¡No me miraba!". Samantha puso los ojos en blanco. Sofía sabía que no era una belleza. Estaba en su tercera temporada. No necesitaba que sus amigos la aplacaran, tratando de hacerla sentir mejor acerca de sus perspectivas, de las cuales no tenía ninguna.

"Cuando el duque de Raqueport asiste a los bailes, se sabe que se escapa y se esconde en las bibliotecas. Ir a un baile al que asiste será nuestra mejor oportunidad para tenerlo a solas". —sugirió Penélope, golpeando sus labios con un dedo largo y delgado en contemplación—. "Sí, esa será probablemente nuestra mejor oportunidad".

"Pero evitó el balón de Northgate. Está evitando las apariciones públicas", dijo Sophia con molestia. Necesitaban un plan alternativo.

— Mañana por la mañana preguntaré a sus sirvientes en el mercado -dijo Samantha-. "Si no es posible un evento público, podemos determinar su horario y tratar de reunirnos con él en un parque o montando a caballo. No puede quedarse en su casa para siempre".

"Revisaré la documentación y determinaré las opciones para los próximos pasos ahora que sabemos que este crimen será nuestro enfoque principal. Proporcionaré esas opciones en nuestra próxima reunión". Dijo Sophia mientras revisaba y pasaba las páginas de los documentos que tenía en sus manos.

Al final de su reunión, las *damas* se deshicieron de sus chalecos y caminaron hacia un saco de boxeo en la esquina trasera.

—Voy a buscar a Rufus —dijo Penélope, saliendo por la puerta trasera—.

Rufus era el lacayo de Penélope y se había convertido en su guardián, aunque Sophia no podía decir por qué había asumido esta desagradable tarea. Las *Damas* ciertamente necesitaban a alguien que las protegiera, ya que a menudo se encontraban en circunstancias extremas. Rufus aparecía, a veces con los puños, y los sacaba de apuros.

En su última misión, investigando el secuestro de la hija de seis años del conde de Hawking, Rufus sugirió que aprendieran defensa personal. Cuando estuvieron de acuerdo, trajo el gran saco de boxeo comprado en Gentleman Jackson's, uno que el boxeador estaba descartando debido a los agujeros de cuero raídos que requerían parches. A los señores del club les gustaba ver la perfección. El caballero Jackson se lo vendió voluntariamente por dos libras, que Penélope le proporcionó a Rufus, y lo preparó para las *damas* en el sótano.

El mes pasado los entrenó, trajo lanzas de punta desafilada para la esgrima y el combate cuerpo a cuerpo. Como era común entre los lacayos, Rufus era un hombre guapo, de más de seis pies de altura, de complexión musculosa, cabello castaño oscuro y ojos azules amistosos. Sophia

no sabía nada de su historia, pero era de lo más inusual. Un acento refinado, que sugería la educación de un caballero, marcaba su discurso. No parecía interesado en hablar de su vida personal, al menos no con ella. Las *damas* no hicieron preguntas y agradecieron su ayuda.

"Jab, uppercut, rodilla", le ordenó a Sophia cuando se acercó a la bolsa. Se puso de pie, con un pie delante del otro, las piernas ligeramente abiertas para mantener el equilibrio, giró sobre el dedo trasero y golpeó la bolsa con los nudillos desnudos. Usó su mano derecha para golpear, su izquierda para golpear la bolsa desde abajo, golpeando hacia arriba, luego giró de nuevo, llevando su rodilla a la bolsa. Hoy Rufus les estaba enseñando lo que él llamaba el tiro de los bueyes, dándole un rodillazo a un hombre en la ingle. Entrenaron durante una hora. Sus músculos estaban doloridos y cansados.

Sophia notó que se formaban músculos en su cuerpo. Sus brazos y espalda estaban más esculpidos, y su estómago, que antes era blando, ahora se aplanaba y se volvía más definido. Una razón más por la que los hombres de la tonelada no la mirarían dos veces si la miraran una vez. Todas las *damas* se estaban volviendo más fuertes y estaban orgullosas de su entrenamiento.

—Gracias, Rufus —dijo Penélope, con la mano apoyada en su hombro—.

Sonriéndole, asintió con la cabeza y dijo: "Como siempre, si necesitas algo, estaré aquí. Todo lo que tienes que hacer es preguntar". Él le guiñó un ojo y los dejó descansar y recomponerse.

Una vez que se limpiaron y se pusieron sus disfraces, las *Damas* se pusieron de pie, recogieron sus pertenencias y caminaron hacia diferentes salidas, dos volvieron a subir las escaleras para salir por la parte delantera y trasera del edificio, mientras que Sophia y Samantha salieron por el sótano, dos salidas, una al frente y otra por detrás. Se encontraron con sus respectivos carruajes en la calle designada y encontraron el camino a casa.

Capítulo 2

Sophia inclinó la cara hacia arriba, dejando que los cálidos rayos del sol acariciaran su piel. Una amable sonrisa adornó sus labios mientras una brisa fresca susurraba las hojas caídas, arremolinándolas juguetonamente a lo largo del sendero por el que caminaba tranquilamente. Inhalando profundamente, saboreó el aroma agudo y vigorizante del inminente invierno, saboreando el inesperado resplandor de la mañana.

Las primeras horas fueron los momentos más preciados de Sophia, cuando el clamor de la ciudad se desvaneció en tranquilidad, permitiendo que sus pensamientos resonaran. El aire fresco rozó sus mejillas, borrando de sus sentidos los repugnantes olores habituales de la ciudad.

Dejando escapar un profundo suspiro, repitió mentalmente la espantosa muerte del marqués, cuya vida se extinguió sin piedad por una puñalada en el cuello, y su cuerpo fue abandonado en los oscuros túneles. Siguiendo sus pensamientos, notó los pequeños pinchazos en sus hombros y moretones adicionales en la parte superior de su torso. Sophia dedujo rápidamente su participación en la red clandestina de lucha clandestina. Sophia anhelaba ver una de las peleas clandestinas, pero sin un escolta masculino, sabía que sería demasiado peligroso. No podía ponerse en riesgo por una curiosidad morbosa. Sabía que sería peligroso aventurarse allí, en los bajos fondos de Londres.

—Mi señora, ¿le importaría que nos sentáramos en el banco junto al estanque mientras usted pasea por el parque? —preguntó el señor Jenkins detrás de ella. Habían hecho esta caminata todos los días durante los últimos dos meses, y como su lacayo más confiable, sabía cuánto apreciaba la oportunidad de sentarse. Rara vez Sophia le pedía que la siguiera por el parque. El joven alto y atractivo la acompañaba como su seguridad. Una vez que llegaban sanos y salvos al parque, él y Harriet, la criada de su señora, se sentaban a charlar mientras Sophia deambulaba.

Harriet era mayor que ellos, tenía unos treinta años, pero seguía siendo encantadora y juvenil de corazón. Sophia sonrió mientras el dúo caminaba hacia el banco, Jenkins asintió con la cabeza ante algo que Harriet le había dicho.

La suya no era una relación romántica, pero Sophia notó una cercanía entre ellos y disfrutó de su amistad y bromas respetuosas mientras caminaba hacia el parque.

Sophia abrió su cuaderno y volvió a leer sus notas sobre el asesinato. Rotten Row seguía tranquila a esa hora temprana de la mañana. Deambuló por el lado equivocado del paseo, sin darse cuenta de lo que la rodeaba. El viento levantaba el polvo y lo hacía girar a su alrededor mientras dos caballos se precipitaban hacia ella. Tratando de evitar la colisión, Sophia intentó correr hacia atrás sobre el separador que separaba los dos lados de la pista, pero el ciclista trató de hacer lo mismo para evitarla, bloqueando su escape.

"¡Marcus! Cambia. ¡Ella está justo frente a ti!" —gritó una voz masculina profunda—. Sophia sintió que se le atascaba el aliento en la garganta y cerró los ojos, ya que ahora se sentía paralizada en su lugar.

—Ulises —gimió otro hombre, tratando de controlar su montura—.

El primer ciclista intentó cortar el paso al segundo ciclista interponiéndose entre ellos.

"¡Lucas, retrocede!" Sophia oyó la llamada del otro ciclista.

Incapaz de defenderse de la inminente colisión, deseó desesperadamente que su cuerpo se moviera. Rápidamente, le dio la espalda al caballo que se acercaba, con la esperanza de protegerse. En un momento devastador, un casco golpeó violentamente su espalda mientras el jinete tiraba desesperadamente de las riendas, lo que hizo que el caballo se levantara sobre sus

patas traseras. Los gritos de agonía escaparon de los labios del jinete tras el impacto, pero sus intentos de alejar al caballo resultaron inútiles. Sophia se encontró atrapada, rodeada de un remolino de polvo que oscurecía su visión y la dejaba sin una ruta de escape.

Capítulo 3

No quedaba holgura en las riendas cuando Marcus tiró para controlar su montura. Sintió la tensión de sus bíceps mientras trabajaba para redirigir al joven semental, logrando finalmente que la joven montura respondiera a sus órdenes. Marcus se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano, luego saltó de su silla de montar, corriendo hacia la forma inmóvil que yacía herida e inconsciente en el suelo. —¿Qué he hecho? —susurró en voz baja, ronca y llena de angustia—. Se arrodilló a su lado y le pasó las manos por el cuerpo, tratando de evaluar el daño que había sufrido causado su caballo.

Marcus se pasó la mano grande por la cara y cerró los ojos. Sacudiendo las manos, exhaló el aliento cuando vio el ascenso y descenso de su pecho. Suspiró, luego se pasó una mano por el cabello ahora suelto, agradeciendo al cielo que ella respiraba. Al no sentir huesos rotos mientras sus manos se movían por su cuerpo, necesitaba levantarla del suelo y alejarla de los posibles peligros de otro ciclista.

—¿Me oyes? —preguntó en voz baja cerca de su oído. La estrechó contra su corazón. Ella no respondió a sus palabras. Mirando alrededor del parque, su mirada finalmente se posó en un grupo de bancos al otro lado del paseo, y caminó rápidamente hacia el más cercano. La colocó encima, se quitó la chaqueta y se la colocó debajo de la cabeza.

Su rostro estaba oscurecido por grandes rizos de caoba oscura. Le pasó suavemente los dedos por el pelo, revelando sus delicados rasgos. El polvo manchaba su rostro de porcelana y un fino corte en su mejilla sangraba ligeramente. Con mano temblorosa, sacó su pañuelo y se secó la sangre suavemente. En su cabello, notó anteojos dorados doblados con una lente rota. Se los quitó con cuidado y se los guardó en el bolsillo, decidido a arreglarlos.

Una vez que su rostro estuvo despejado, la acogió. Le levantó la cabeza y le quitó suavemente el pelo que estaba atascado detrás de la espalda. El aroma a jazmín y miel confundió sus sentidos cuando inconscientemente se inclinó hacia el hueco de su cuello. Rápidamente retrocedió cuando sintió un aleteo en su mejilla.

La quietud de su rostro lo cautivó. Su nariz tenía una ligera capa de pecas, sus cejas eran gruesas y oscuras pero perfectamente esculpidas. Sus ojos escudriñaron su rostro, desde sus gruesas pestañas hasta sus carnosos labios en forma de arco. Era incomparable; pensó para sí mismo. Era imposible ignorar su belleza. Le pasó el pulgar por la mejilla y volvió a intentar despertarla.

Él murmuró cerca de su oído: "¿Puedes abrir los ojos?" Poco a poco, sus ojos se abrieron y él se perdió en sus ojos azules, oscuros y húmedos. Jugó con su pelo y le frotó la mejilla pálida con los dedos.

Ella susurró: "Mi espalda". Su rostro se tensó y se apartó bruscamente cuando él le cogió la espalda. La giró hacia él de costado para aliviar el dolor.

—¿Tienes a alguien contigo? —preguntó él, y ella asintió. — Tienes que ver a un médico - sugirió él, sonando tranquilo, pero sintiéndose enfermo mientras ella inhalaba y exhalaba lentamente. Era consciente del daño que podía causar la patada de un caballo. —¿Cómo te llaman? Sofía tragó saliva y abrió la boca. "L... La. Sophia —hizo una mueca de dolor cuando habló—.

—Mi lacayo y la doncella de mi señora —susurró—.

—¿Cómo se llaman? Marcus susurró contra su oído.

—Jenkins —susurró y se lamió los labios—, y Harriet.

Volvió a cerrar los ojos. —¿Cómo te llamas? —preguntó en voz baja.

"Soy Marcus. Mi hermano Lucas va a localizar a tus sirvientes. Te llevo a mi casa para que te evalúe un médico". Marcus se volvió hacia su hermano, que acababa de asegurar sus caballos a un puesto cercano. —Lucas, encuéntralos. La llevaré a la casa".

—Por supuesto —asintió Lucas—.

"¡Espera!" Marcus suplicó mientras se ponía de pie y giraba rápidamente hacia su hermano. Voy a pedir a un lacayo que traiga los caballos. Corre al médico". Lucas se iba, pero se dio la vuelta y asintió, con una mueca cuando miró a Sophia. Sacudió la cabeza, luego se dio la vuelta y salió corriendo a buscar a sus sirvientes.

Marcus se inclinó y la levantó, con el brazo debajo de las rodillas y la espalda, tratando de evitar la creciente protuberancia que se formaba en su espalda. Apoyó un lado de su cara en su pecho. Sintió su respiración, superficial pero constante. Luego agarró su chaqueta y se la colgó al hombro y la cargó, manteniéndola cerca de su cuerpo. La necesidad de mantenerla a salvo era una preocupación que giraba en su mente.

Cuando se acercaron al carruaje, un lacayo de cabello claro se apeó y abrió la puerta. —¿Su gracia? —preguntó, mirando al duque con los ojos entrecerrados e inclinando la cabeza confundido—.

"Mi caballo... Ha habido un accidente —dijo el duque en voz baja pero enérgica—. La acercó a él cuando vio que se había quedado dormida en sus brazos. "Lucas va a buscar a sus sirvientes; Necesitamos reunir los caballos. Y tengo que ir a casa al médico".

—Por supuesto, Su Excelencia —respondió el lacayo al cochero—, iré a buscar los caballos y alquilaré un caballo cuando todo esté arreglado.

Una vez dentro del carruaje, Marcus sentó a Sophia en su regazo, su delgada figura se ajustaba a su pecho. Marcus la miró, con el rostro dolorido, la boca apretada y los rizos castaño caoba sueltos alrededor de la cara. —Lo siento mucho —susurró, retorciéndose inconscientemente un rizo alrededor de su dedo—.

—Me curaré —dijo Sophia débilmente—.

"Todo este tiempo, pensé que estabas durmiendo", le sonrió mientras ella abría los ojos. Tragó saliva y negó con la cabeza. "No, demasiado dolor, solo tratando de respirar".

—¿Qué duele?

"Mi espalda, mi pecho". Se tocó las costillas y se volvió hacia él para señalarle la espalda.

"Te pateó las costillas", explicó Marcus. Le tembló la voz cuando tocó ligeramente el lugar donde señalaban sus dedos. "Espero que el médico pueda ayudarte con el dolor".

"No tomaré láudano. Es veneno", su voz no dejaba lugar a discusión. Marcus no podía decir si la vehemencia en su voz era desde una perspectiva personal o era por experiencia personal. En el giro más inesperado, descubrió que quería saber. Cuando el carruaje se detuvo frente a su casa, su cochero abrió la puerta y la sacó delicadamente del carruaje.

— Puedo caminar -dijo ella, mirándole, sus labios carnosos, antes tranquilos, ahora eran una delgada línea, y él negó con la cabeza, apretándola con más fuerza y acercándola a su pecho. Él le causó la lesión. No había controlado a su montura y la había herido gravemente. Una posesividad que nunca antes había sentido tiró de su corazón.

Marcus la miró. "Ustedes son mi responsabilidad. Mientras esté bajo mi cuidado, haré todo lo que pueda para aliviar su dolor". Sus ojos se oscurecieron hasta convertirse en un profundo color esmeralda y frunció los labios. Sabiendo que estaba actuando de manera extraña; Él no conocía a esta mujer. Ni siquiera conocía su apellido, pero se sentía conectado con ella. Con la necesidad de cuidarla, no le soltó la mano.

Los escalones que conducían a su puerta eran muchos, pero los dio rápidamente, llegando a una entrada con una puerta azul oscuro que se abrió antes de llegar al escalón superior. —Su gracia —dijo su mayordomo mientras se acercaba a un lado de la puerta, permitiendo a Marcus más espacio para llevar a Sophia al interior de la casa.

Lord Harrington estará aquí dentro de poco con un médico. ¿Qué habitación pondré...? Miró a Sophia, solo conocía su nombre de pila.

— Lady Sophia Perkins -suspiró-. Si ella no hubiera apoyado la cabeza en su hombro, él no la habría oído. Perkins. Frunció el ceño. Estaba emparentada con el conde de Pennington, Jason Perkins? ¿Cómo se relacionaba ella con él? ¿Era su esposa?

—La alcoba verde está disponible y lista —le informó Johnstone—.

— Gracias, Johnstone. Por favor, avísele al médico cuando llegue". Johnstone señaló al lacayo que estaba en el vestíbulo. Subió las escaleras para buscar una sirvienta que se asegurara de que la habitación estuviera limpia antes de que Marcus pusiera a su invitado en la habitación.

"También necesito que se envíe una misiva al conde de Pennington para informarle de su esposa..."

—Hermana —corrigió Sophia—. Tan rápido como se formó el nudo en su estómago, se desenrolló y una sonrisa se formó en sus labios.

"Disculpas por interrumpir a Su Gracia."

— Marcus -sonrió, susurrando su nombre suavemente contra su frente-. "Por favor, hazle saber al conde que su hermana está bajo mi cuidado".

Johnstone asintió, y luego se volvió hacia la mesa junto a la puerta, donde el mayordomo guardaba un papel en blanco en el cajón de la entrada, ya que el duque tenía la costumbre de pedir mensajes mientras salía de la casa. Anotó el mensaje y lo selló con cera, luego se lo entregó a un lacayo.

Marcus subió los escalones; Los tomó con calma, ya que eran de mármol y resbaladizos. Subió al tercer piso, donde se encontró con una de sus sirvientas cuando salía de la habitación. Ella dejó la puerta entreabierta y él llevó a Sophia a la habitación.

Nombraron acertadamente la habitación por su color. La entrada era una sala de estar, con cortinas de color verde oscuro que enmarcaban las ventanas. Un pequeño sofá, hecho de roble y pintado de blanco, estaba apoyado en una pared, adornado con almohadas de color verde oscuro y claro, bordadas con rosas rojas.

Un gran ventanal se extendía por la pared perpendicular a la puerta, con cuatro paneles de vidrio que dejaban entrar la luz. Un escritorio a juego estaba contra la pared opuesta. A su lado, otra puerta daba a un dormitorio de color blanco y verde, con detalles en rojo. Marcus se acercó a la cama y colocó delicadamente a Sophia sobre la colcha, justo cuando Lucas irrumpió en la habitación con un médico.

—Su excelencia, soy el doctor Matthews —dijo el joven, guapo y con gafas—. Marcus miró a su hermano con el ceño fruncido cuando vio a Sophia sonreír al médico. *¿No podría su hermano encontrar un médico más respetable? Este hombre se parecía a Andonis, con su cabello rubio claro y sus amables ojos marrones.* Era alto, guapo y atlético. No parecía tener más de treinta años. El hombre apenas había salido de la facultad de medicina. Marcus volvió el ceño fruncido hacia el médico y lo miró con los ojos entrecerrados.

"Déjame ver a mi paciente. Por favor, ¿tiene una sirvienta que la ayude a desnudarse?"

—Sí, doctor. Soy la señora Parish, la doncella de lady Sophia. Por favor, llámame Harriet —respondió su doncella en voz baja, entrando con el lacayo que los escoltaba fuera del parque.

—¿Me informaron que un caballo la pateó? —preguntó el doctor, levantando la ceja y la

voz, y frunciendo el ceño mientras miraba desde Lucas a Marcus, luego de vuelta a Sophia.

"Sí, le dio una patada en la espalda", respondió Marcus.

—Ya veo —dijo el médico, y asintió—. —Su excelencia, puede irse mientras yo examino a la joven. Harriet, por favor, ayúdala a desnudarse para que pueda examinar su herida. Marcus no se movió.

—¿Su gracia? —preguntó Sophia mientras Harriet la ayudaba a sentarse lejos de las almohadas, y ella hizo una mueca. Marcus se giró para mirarla, con el rostro dolorido. Se acercó a ella y la ayudó a sentarse. *¿Y si lo necesitaba de nuevo?*

—Marcus —dijo Lucas con firmeza—. Se acercó a su hermano y le tiró de la parte superior del brazo, obligándolo a entrar en la sala de estar. "Podemos esperar al médico aquí", y lo arrastró fuera de la habitación.

Capítulo 4

—¿Eres capaz de describirme lo que pasó? El doctor le dio la espalda, proporcionando a Sophia una apariencia de privacidad mientras Harriet se quitaba el vestido y se quedaba. La sirvienta le exigió que se quedara con la camisa puesta.

"Tontamente deambulé por Rotten Row. No estaba prestando atención a mi entorno". Se detuvo, necesitando respirar hondo. Cada palabra era como un dolor punzante contra su pecho, y sintió que el sudor le cubría el labio superior. "Le di la espalda cuando su caballo se subió a sus patas traseras y me dio una patada en la espalda". Harriet ayudó a Sophia a acostarse y a ponerse de lado. Se cubrió las piernas con la colcha y luego se levantó la camisa. El médico se acercó a un lado de la cama, levantó la mano y le tocó suavemente el gran hematoma de herradura que se formaba en su espalda. Sofía se sacudió cuando él le tocó las costillas donde el caballo la había pateado. El doctor Matthews le pasó las manos por la espalda y le llegó a la parte delantera de las costillas. Le hizo preguntas sobre su dolor e incomodidad con cada toque de su mano en su espalda y costillas.

—Puede vestirla —dijo el médico sombríamente—.

De su maletín médico negro, el médico sacó un paño limpio y le echó alcohol. Se sentó en la cama junto a su cadera y le limpió ligeramente la herida de la cara. El alcohol le provocó un estremecimiento cuando le tocó la mejilla. "Disculpas, sé que el alcohol puede resultar incómodo. La buena noticia es que no necesitas puntos de sutura". Sonrió mientras se levantaba y caminaba hacia la puerta de la sala de estar. En el momento en que tocó el pomo de la puerta, Marcus abrió la puerta como si hubiera estado parado detrás de ella.

—Le rompí las costillas —anunció Marcus mientras entraba en la habitación como si el médico no hubiera podido tomar una determinación sin su anuncio—. Con un suspiro de vergüenza, Sophia se golpeó la frente con la mano y cerró los ojos.

—En efecto, Su Excelencia —convino el médico—. "Tres de sus costillas están rotas y tiene un hematoma muy severo en la espalda. Tengo una tintura de láudano", el médico sacó un pequeño frasco de su bolso, "esto ayudará con su dolor".

"Sofía no quiere láudano. ¿Tienes una alternativa al opio?" —preguntó Marcus. Sofía se quitó la mano de la cara y le dio las gracias. Tenía demasiado dolor para hablar. Marcus asintió con la cabeza.

El Dr. Matthew volvió a guardar el frasco en su bolso y sacó una bolsa de lo que parecían ser hojas secas de color marrón verdoso. "Esto no es de acción tan rápida, pero haz un té con estas hojas". Le entregó la bolsa al duque. "Las costillas duelen y desafortunadamente no hay nada más que se pueda hacer que decir reposo y más descanso". El Dr. Matthews se volvió, recogió su bolso y se dio la vuelta para irse. Le dio a Marcus su tarjeta y le dijo: "Si el dolor no mejora, por favor contáctame".

Sophia miró alrededor de la habitación, luego su mirada se detuvo nerviosamente en Lucas y Marcus. Estaban de pie hombro con hombro, dos figuras oscuras con ojos verdes a juego. Marcus la miró con ojos preocupados, mientras que Lucas la miró con fastidio.

—Bueno —dijo Lucas con una sonrisa sardónica en el rostro—, sin duda has hecho una mañana intrigante, y aún no son ni las nueve de la mañana.

—Lucas —dijo Marcus en voz baja, pero Sophia sintió el trasfondo de ira en su tono—.

—Se topó con nuestras monturas, Marcus —insistió Lucas—.

"Basta". Marcus alzó la mano en la cara de Lucas. "Váyanse. Hablaremos de esto más adelante". Sophia observó cómo los hermanos discutían, sabiendo que Lucas tenía razón, pero no

deseaba enojar a Marcus al estar en desacuerdo con él frente a todos. "Harriet, por favor, pídele a la cocinera que prepare un té para Lady Sophia".

Sofía observó a su doncella mirando de Marcus a Sophia, sin saber a quién obedecer. No estaba segura de si debía dejar sola a su amante.

"Estas son circunstancias atenuantes; Estoy seguro de que Su Gracia será el caballero que ha demostrado ser en su ausencia. Sophia apoyó ligeramente una mano en el brazo de Harriet para tranquilizarla. Harriet asintió mientras mantenía la mirada fija en Marcus mientras salía de la habitación, con Lucas a cuestas. Marcus cerró la puerta mientras se marchaban y se dirigió al tocador. Cogió una silla y se acercó a ella para sentarse a su lado.

—Su excelencia —Sophia se incorporó, pero él le puso una mano en el hombro cuando ella gritó—. Luego levantó la mano y negó con la cabeza.

—Es inútil tratar de asumir la responsabilidad de esto, Sophia. Y por favor, otra vez, llámame Marcus. Estaba en lo alto de una montura joven". Sophia alzó una ceja hacia él, con los labios ligeramente abiertos, comprendiendo ahora por qué tenía problemas para controlar la montura. "Estoy seguro de que entre los dos podemos encontrar fallas en nuestras propias acciones. Pero yo no soy la parte perjudicada, tú sí. Ese es el final". Sophia permaneció inmóvil mientras él le apartaba un mechón de pelo de la cara y luego le rozaba suavemente la mejilla con las yemas de los dedos. El calor irradiaba de sus dedos, abrasándola, enviando temblores inesperados a través de su cuerpo.

Reflexivamente, cerró los ojos ante el contacto íntimo.

"¿Puedo hablar?", preguntó, respirando hondo mientras abría los ojos. Él asintió, su mirada sosteniendo la de ella con una intensidad que nunca antes había experimentado. "Reconozco que tendremos que ponernos de acuerdo para estar en desacuerdo sobre quién es el culpable de esto, y agradezco su amabilidad ante mi locura". Trató de interrumpir. Levantó la mano, pero hizo una mueca de dolor ante el movimiento. Sus ojos se oscurecieron con preocupación. "Lo que tengo que decirte es que mi hermano está en Devon. Se fue ayer. Tuvimos un problema emergente con la finca. Le pido que me procure un medio de transporte para mí y mi personal para que pueda viajar allí".

Antes de que pudiera terminar, Marcus negó con la cabeza y levantó una mano hacia ella. —Enviaré un mensaje a tu hermano de Devon. No permitiré que viajes allí en tu condición. Apenas puedes sentarte en una cama, piensa en lo incómodo que estarías en un carruaje en un viaje de dos días al campo. Sería irresponsable de mi parte permitirlo".

"Luego un carruaje a mi casa en la ciudad", dijo como compromiso. Él también negó con la cabeza ante esa petición. Sophia frunció los labios ante su rechazo. Este hombre era enloquecedor. Rechazó todas sus sugerencias, y la última fue muy razonable. "Marcus, seguro que sabes que no puedo quedarme aquí solo. Es inapropiado. Puedo ponerme en contacto con un amigo y me puede cuidar". Sophia empezó a levantarse de nuevo, pero él la sujetó suavemente por el hombro. Volvió a negar con la cabeza. Frunció el ceño y sintió que su corazón latía vigorosamente en su pecho. El rubor que le subía por el pecho hasta la cara no tenía nada que ver con la vergüenza.

"¿Te golpeaste la cabeza? ¿Le devuelvo la llamada al médico?", dijo irónicamente.

La boca de Sophia se abrió y luego se cerró. De alguna manera, se coloreó aún más. Ella lo miró con los ojos entreabiertos, pero permaneció en silencio.

Marcus le devolvió la mirada. Ella se cruzó de brazos y lo miró con la nariz baja, sintiendo que él no se conmovía por su mirada furiosa. —¿Debo enviarte a casa para que te cuide tu doncella o un lacayo? ¿Debo confiar en alguien que no conozco para que se preocupe por ti

simplemente porque dices que es tu amigo? En tu mente, ¿sería eso más apropiado que permanecer aquí bajo mi cuidado?

Marcus se cruzó de brazos y la miró con el ceño fruncido.

—No te conozco —recordó en tono frío—. "No quiero escandalizarme ni a mí ni a mi hermano. Debes entenderlo". Sacudió la cabeza y se encogió de hombros. —Marcus, no puedes pretender tenerme prisionero. No puedo quedarme aquí sin un acompañante. Encontraré una manera de salir de aquí si no te acomodas a eso al menos". Sophia se apoyó en las almohadas y se echó el pelo por encima del hombro, luego hizo una mueca, molesta consigo misma.

"Mi tía abuela Cicely vive cerca. Le pediré que se quede. Si te prometo que se quedará, ¿prometerás no intentar escabullirte?"

"Oh, no lo intentaría. Tendría éxito", respondió Sophia. Ella levantó una ceja y sonrió.

Marcus le dedicó una sonrisa tímida y se pasó la mano por el pelo inusualmente largo. Notó una banda de cuero que le ataba el pelo a la altura de la nuca, pero muchos de los mechones ondulados estaban sueltos alrededor de su cara, colgando alrededor de sus hombros.

"Pero me quedaré si lo hace". Sophia se incorporó cuando Harriet entró en la habitación sin llamar a la puerta. El duque frunció el ceño, pero Harriet mantuvo la barbilla en alto mientras llevaba la bandeja a Sophia. —Ya te lo dije, Harriet, era un perfecto caballero. Sofía señaló; Agradeció que no hubiera vuelto a acariciarle la mejilla mientras Harriet entraba.

—¿Lo era? Harriet respondió con frialdad, mirando a Marcus con desdén y desconfianza. Trató de ayudar a Sophia a sentarse más completamente, pero sin darse cuenta empujó su mano contra una de las costillas de Sophia.

—¡Por el amor de Dios! Marcus murmuró en voz baja. Sophia lo miró con asombro mientras empujaba a Harriet a un lado y ayudaba a Sophia a sentarse. Antes de que ella se echara hacia atrás, él se acercó a ella y agarró otra almohada para sostenerla. Ella se sonrojó cuando su brazo le rozó los pechos. Ciertamente, no lo había hecho a propósito, pero la mirada que le dedicó le hizo pensar lo contrario. *El rastrillo*, pensó para sí misma, entrecerrando los ojos hacia él. ¡Le guiñó un ojo!

Una vez que estuvo cómodamente sentada, Harriet le tendió una taza de té. La sustancia olía aborrecible, pero el dolor era lo suficientemente abrumador como para obligarla a beber el brebaje.

—¿Te gustaría algún libro o revista? —inquirió el duque, poniéndose en pie. Sophia miró alrededor de la habitación, sus ojos escudriñando cada rincón. Anticipándose a lo que ella buscaba, sintiendo su ansiedad, agregó: "Recogí tus pertenencias. Sus cuadernos y demás están abajo. Tengo curiosidad por saber por qué tienes tantos cuadernos encuadernados en cuero. ¿Te gustaría que mencionara algunas novelas?"

—¿Tiene algún texto sobre análisis forense o anatomía? —preguntó. Él frunció el ceño ante la pregunta y ella sonrió ante su reacción.

"Tenía la sensación de que eras una calzas azules", no lo dijo para burlarse de ella o insultarla. Su tono estaba lleno de orgullo y deleite. Sofía se tocó la cara y luego el pecho. Volvió a mirar alrededor de la habitación, entrecerrando los ojos. Ella frunció el ceño, tocándose la cabeza y el pecho.

"Tengo tus gafas. Una de las lentes se rompió. Los arreglaré. Mientras tanto, puedes pedir prestados un par de los míos. —le aseguró—.

Con un último trago de té, los ojos de Sophia comenzaron a caerse. Marcus extendió la mano hacia la taza vacía y ella se la puso en la mano. Lo colocó en la bandeja, se inclinó y la besó en los labios. Los ojos de Sophia se abrieron de par en par ante el contacto y miró a Harriet,

que jadeó. El jadeo despertó su mente, y la conmoción lo obligó a apartarse y ponerse de pie.

Él la miró fijamente y sus ojos se cruzaron con los suyos. Había una mirada de confusión en su rostro, pero no parecía enojada. Observó cómo ella se llevaba los dedos a los labios. En lugar de llamar más la atención sobre su comportamiento, Marcus actuó como si nada hubiera pasado.

Al ver que sus ojos estaban caídos, se sentó a su lado, la atrajo hacia su pecho y le quitó las almohadas de detrás de la espalda. Los colocó a su lado y la volvió a acostar.

"No trates de ponerte de pie sin ayuda. Si necesitas usar el retrete, pregunta por mí. Ni tú ni la doncella de tu señora debéis moveros sin mí ni Lucas. Marcus se dirigió a la puerta, sintiendo la mirada de ella en su espalda mientras salía de la habitación.

Capítulo 5

¿Qué le pasó? Besó a una dama herida que estaba a su cuidado, como si estuvieran en una relación. ¿Pero por qué? Parecía natural, pero no tenía sentido. ¡Ni siquiera conocía a esta mujer!

Marcus bajó a su estudio, donde Lucas estaba esperando. Lucas tenía una mirada desdeñosa en su rostro, sin darse cuenta del beso. Marcus se sentía incómodo con esta mujer, y su presencia lo hacía actuar como si no fuera un caballero. Se sentó frente a Lucas en un sillón orejero y sonrió. Tiró del timbre para llamar a un sirviente.

—¿Qué demonios te pasa? —preguntó Lucas con recelo. Un borde de ira flotaba en el aire entre ellos.

Antes de entrar en esta discusión, Marcus admitió a Johnstone en el estudio.

Sophia me ha informado de que el conde está en Devon. Tenemos que avisar de que está herida, pero quedarnos aquí hasta que él pueda venir a buscarla. Por favor, infórmele que la tía Cecily será su chaperona. Johnstone hizo una reverencia y se preparó para irse cuando Marcus lo llamó de nuevo. "Necesito que le envíen una misiva a la tía Cecily informándole que necesitamos que se quede aquí como chaperona para Sofía.

—Por supuesto, Su Excelencia —respondió el mayordomo, dispuesto a marcharse de nuevo—.

—Una última cosa, Johnstone. Marcus sacó las gafas del bolsillo y se las entregó al mayordomo. "Tenemos que arreglarlos de inmediato. Sophia no puede leer sin ellos ni ver muy bien en general. No quiero que le duela la cabeza además de sus tres costillas rotas. Por favor, dale un par de mis gafas de lectura hasta que las recuperemos y tráele su retícula".

—Muy bien, Su Excelencia. Johnstone volvió a hacer una reverencia al salir de la habitación.

"Jesús, Marcus, ¿se queda aquí?" —preguntó Lucas. "¿Qué sabes de esta chica? ¿Conoces a su hermano?

Su hermano es el conde de Pennington. Jason y yo nos conocemos de Brooke's. Es un tipo decente. Está fuera de la ciudad y no la enviaré a casa para que se las arregle por sí misma. Su sirvienta ni siquiera puede sentarla sin lastimarla. Les dije que no la levantarán sin tu ayuda ni la mía".

—¿Yo? —preguntó Lucas molesto. "¿Te has vuelto loco? ¿Vamos a funcionar como niñeras de este torpe chit? Lucas golpeó el libro que estaba leyendo en la mesita de café entre ellos, y un fuerte golpe reverberó por toda la habitación.

"¿Cuál es tu problema?" —preguntó Marcus sin emoción.

—No tengo ningún problema —replicó Lucas, con irritación e incomodidad más que evidentes mientras se movía inquieto en su asiento—. "Su presencia aquí solo atrae más atención hacia ti en un momento en que las cosas ya son abrumadoras".

Marcus se inclinó hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas y las manos en triángulo mientras miraba a su hermano. "Somos responsables de ella, independientemente de si tuvo la culpa o no". La voz de Marcus era acerada, sus ojos disparaban dagas a su hermano. La mirada detuvo la discusión de Lucas.

—¿Marcus? —preguntó, frunciendo las cejas con curiosidad.

—¿Lo tengo claro? —volvió a preguntar Marcus.

—¿Pensarás en ella como nuestra hermanita? Lucas desafió a Marcus. El tono de su

hermano era tranquilo pero persistente. Marcus sintió que la ira se le subía al pecho ante la pregunta. Se echó hacia atrás y se cruzó de brazos en respuesta, sin responder a la pregunta con palabras.

—Sir Williams estará aquí a las tres —dijo Marcus, cambiando de tema—. Su mente trató de concentrarse en el problema apremiante que se cernía sobre él.

—He contratado a nuestros propios investigadores, Marcus, pero las pruebas no parecen buenas. Todo apunta a ti". Marcus cerró los ojos y se masajeó las sienes.

"No era ningún secreto que el marqués y yo no nos llevábamos bien. Eso no equivale a un asesinato". Marcus dijo enfáticamente.

—Lo comprendo —dijo Lucas con voz débil—. Pero solo unos pocos se dedican a la clandestinidad, como tú y él, de la alta burguesía, saben de vuestra relación. Tú y Horacio sois... eran muy conocidos y tenían altos rangos dentro de la nobleza", recordó Lucas.

"Nunca imaginé que mi participación causara tantos conflictos en esta familia". Marcus se pasó la mano por la cara, la vergüenza y la ira luchaban por la supremacía en su cuerpo.

—Elegiste un pasatiempo extremadamente ilegal y peligroso, Marcus. Eres muy consciente de este hecho. De hecho, Zoe ha asignado dos guardias a nuestra casa en Escocia, y has contratado a numerosos lacayos. Nuestra situación actual se siente como vivir en una prisión de lujo".

—Exageras —se burló Marcus—, pero como esperaba, Lucas sacudió la cabeza con enfado.

"¡No, ya no evitarás esto!" Lucas se puso en pie y empezó a caminar a lo largo del estudio.

—Pensé que era el hermano mayor —dijo Marcus en voz baja—.

"¡Entonces actúa como tal! Debes saber que ser ahorcado por un asesinato no le hace ningún bien a esta familia. Tus vicios nos están poniendo en peligro al resto de nosotros".

"Esa nunca fue mi intención", replicó Marcus. Ni en sus sueños más locos habría pensado que sus aventuras en el mundo clandestino del boxeo serían tan fructíferas que pondrían a la familia en peligro. Había pensado que era simplemente su vida la que corría peligro al ir allí.

Nunca necesitó algo más de lo que necesitaba una salida para sus emociones, para sus frustraciones. Con la tonelada, era el caballero, el duque que dirigía una vasta propiedad, un verdadero genio con sus finanzas, cabalgando con éxito la línea entre la nobleza y la clase mercantil. Pelear era un medio para mantenerse. Pero ahora se enfrentaba a una posible acusación de asesinato de un hombre con el que nunca había luchado, al menos no físicamente, y que ni siquiera había visto durante meses.

Había renunciado la misma noche en que recibió esa misiva.

Nadie en la clandestinidad estaría dispuesto a responder por él. Al hacerlo, tendrían que admitir el delito de juego clandestino.

Nunca tuvo la intención de ser una empresa rentable, ni imaginó que pondría en peligro a su familia. Solo recibió esa única amenaza contra su familia. Eso fue suficiente para que se detuviera.

Ahora, por alguna razón olvidada de Dios, tres meses después, el marqués es encontrado muerto, y se le culpa por ello. ¡No era lógico! No tenía ni idea de quién estaba detrás de las amenazas o del asesinato, ni sabía si estaban conectados.

Marcus cerró los ojos y apoyó la cabeza en el respaldo de la silla. Tenía un amigo en el que podía confiar, una persona en el Ministerio del Interior en la que podía confiar. Un hombre que creía en su inocencia. Sir Williams había sido el mejor amigo de su padre. No tenía ni idea

de por qué; Los dos hombres eran completamente diferentes. Pero incluso después de la muerte de sus padres, Sir Williams siguió siendo una constante en sus vidas. Si alguien podía ayudar, era él.

El golpe en la puerta del estudio fue una interrupción bienvenida de los pensamientos infernales en la mente de Marcus. "Entra".

—Su excelencia —dijo Johnstone, aclarándose la garganta—. "Lady Sophia está solicitando tu ayuda. Y mi señor, su ayuda de cámara le pregunta si todavía piensa salir. Quiere saber si necesitas que te preparen la ropa".

Marcus se puso de pie rápidamente. —¿Está bien? Salió de la habitación antes de que el mayordomo respondiera a la pregunta. Dejó a su hermano de pie en el estudio, con las manos en las caderas en señal de frustración, saltando a petición de la chit sin siquiera saber qué necesitaba y por qué.

—Sí —dijo el mayordomo a Lucas, encogiéndose de hombros con desconcierto—.

—Hablaré con Troy —le dijo Lucas a Johnstone—.

Capítulo 6

Lucas entró en su alcoba y se quitó el frac. Troya estaba de pie en el dormitorio; Se quitó la camisa. Lucas se quedó en estado de shock, mirando fijamente a la figura bronceada y musculosa que tenía delante. Su ayuda de cámara tenía el pelo rubio oscuro esparcido sobre su ancho pecho que se estrechaba hasta formar una delgada línea que estaba cubierta por las caídas desabrochadas de sus brechas.

Lucas sintió que su cuerpo respondía mientras Troy caminaba hacia él. —Déjame ayudarte a desvestirte, mi señor —dijo Troy en voz baja, y le dio la vuelta a Lucas y empezó a quitarse el chaleco, desabrochando los botones de uno en uno. Lucas cerró los ojos cuando Troy se desabrochó las caídas y se quitó el pene de los pantalones. Permaneció quieto cuando su ayuda de cámara comenzó a bombear su virilidad, solicitando un gemido de Lucas. Hacía meses que Lucas no salía con otro hombre. Tenía que ser cauteloso; Nunca supo en quién podía confiar.

Troy se arrodilló y desató los zapatos de Lucas y lo ayudó a quitárselos. Lucas levantó al hombre y empujó a su ayuda de cámara hacia la cama. Lucas se quitó los pantalones y se quitó los de Troy con un movimiento rápido.

Lucas se paró junto a Troya y miró al hombre que tenía delante. El arrepentimiento y el remordimiento ocuparon el lugar de su deseo, ahora agotado. Los ojos que lo miraban tenían calidez y afecto. Lucas no sentía ni deseaba ninguna emoción.

¡Mierda! Pensó, repugnado por sí mismo. Se pasó los dedos por el pelo y dio un paso atrás. ¡Acababa de follarse a su ayuda de cámara! ¡Ahora era un cliché, el tipo de hombre que se follaba a su personal!

Caminó hacia su palangana y se lavó, luego le entregó a Troy un paño húmedo para que se limpiara. "Esto no puede volver a suceder". —le dijo Lucas, con la cabeza en la mano—. "Troy, me disculpo sinceramente. No debería haber permitido que esto sucediera. No puedo tener una relación sexual con mi ayuda de cámara, con un miembro del personal de mi casa".

Troy se limpió y luego se bajó de la cama. —Comprendo —dijo, asintiendo—. "Disculpa, mi señor."

Lucas lo agarró del brazo y dijo bruscamente: "No hay nada por lo que disculparte, Troy. Eso fue increíble y, Dios mío, ha pasado tanto tiempo desde que un hombre atractivo me ha mostrado interés. Pero yo soy su empleador, y la nuestra es una relación cercana. No podemos volver a hacer esto. ¿Lo entiendes?"

El joven asintió. Recogió su ropa desechada y entró en el vestidor que lo comunicaba, dejando a Lucas saciado y lleno de odio hacia sí mismo.

Capítulo 7

Marcus subió rápidamente las escaleras y entró en el dormitorio de Sophia. No podía decir por qué saltó en el primer momento en que ella se lo pidió. Pero descubrió que le gustaba bastante que ella preguntara por él. Una sonrisa se dibujó en sus labios cuando entró en la habitación, pero fue reemplazada por un ceño fruncido cuando vio a Harriet intentar ayudar a Sophia a sentarse. El músculo de la mandíbula de Marcus sufrió un espasmo cuando vio el dolor en la cara de Sophia. Sintió que su rostro se descoloría mientras ella intentaba permanecer en silencio, tragándose el dolor para no herir los sentimientos de su doncella. Aquello era una tontería, pensó.

"Basta", dijo enojado, "la estás lastimando", la regañó, queriendo estrangular a su sirvienta. "Te lo dije, no la muevas sin mi ayuda. Baja las escaleras y prepárale otra taza de té", exigió. Harriet no discutió, aunque se volvió hacia él y le sacó la lengua. Sophia soltó una risita mientras veían a la criada salir de la habitación. Ella salió de la habitación antes de que él pudiera pensar en una respuesta a su comportamiento irrespetuoso.

"¡Marcus, necesitaré su ayuda!" Sophia le informó después de que Harriet se fuera.

"Te ayudaré", le aseguró.

"¡Por supuesto que no!", dijo ella, con los ojos muy abiertos. Marcus se apartó y la miró.

"¡Sí, lo haré! Lo que sea que necesites, soy el más capaz de ayudarte". Se rascó la parte posterior de la cabeza y preguntó: "¿Qué necesitas?"

Su rostro se sentía caliente. Sophia dijo en voz baja: "Necesito usar el retrete". Sabía que no debía hacerlo, pero se echó a reír cuando la miró.

"¿Alguna vez has usado un baño privado con plomería?"

—le preguntó después de controlarse.

"He oído hablar de esas cosas, pero nunca antes había usado una", respondió. En lugar de explicar, Marcus la recogió y la llevó a la habitación contigua, un baño totalmente equipado con agua fría y caliente y un retrete incorporado.

"¿Necesitas ayuda para quitarte la ropa?" —preguntó Marcus sonriendo. Él se estaba divirtiendo y le guiñó el ojo a su ceño fruncido.

—¡No puedes hablar en serio! —dijo ella con exasperación, mirándolo con aire dubitativo—.

"No se puede doblar; por lo tanto, solo puedo suponer que necesitará ayuda". —argumentó Marcus—.

"¡Eso no está pasando! ¡De buena gana me rompería otra costilla antes de permitirte desnudarme!" Dijo Sophia con desdén, solo para traer otra sonrisa a sus labios. "Me estás tomando el pelo". Ella murmuró, y él asintió riendo. Ella puso los ojos en blanco y suspiró exasperada.

—Buscaré a Harriet —guiñó un ojo, luego frunció el ceño y añadió—, pero si oigo sonidos de dolor, me haré cargo. ¿Lo tengo claro? Marcus la señaló con el dedo.

"¡Estás loco!" Sofía acusó.

— ¿Lo tengo claro? —preguntó, clavando los ojos en ella. La expresión de dolor que había presenciado antes había sido un pinchazo en el estómago. El dolor innecesario por el decoro era ridículo y nadie en la tonelada tenía por qué saberlo.

Esperó a que ella asintiera con la cabeza y regresó al dormitorio al oír la entrada de Harriet. "Le voy a traer una barandilla que pertenece a mi hermana. Será mejor que quitarle las estadías una y otra vez cuando necesite usar el retrete. Marcus la acompañó al baño para

explicarle cómo funcionaba todo.

"Como puedes ver, el agua fluye directamente de la pared. Disponemos de grifos de agua fría y caliente. Si escucho una pizca de dolor de ella, te aliviaré y me haré cargo de su cuidado". Harriet asintió, dejó la bandeja y se acercó rápidamente a Sophia. Marcus tiró de la cuerda de la pared y le preguntó a la criada, que apareció para traerles una bandeja de comida.

Una vez satisfecho de que no estaba siendo torturada por la criada de su señora, Marcus se acercó a su biblioteca y sacó algunos libros que pensó que Sophia disfrutaría. Encontró un texto que había olvidado que poseía en las autopsias. También sacó las novelas que había comprado para su hermana, toda la colección de novelas de Jane Austin y una novela de Mary Shelley, *The Modern Prometheus*. Aunque morbosos, pensó que podrían resultarle interesantes. Llevó los libros a su habitación y los colocó sobre la mesa junto a su cama.

Luego le pidió a una de las sirvientas que trajera el camisón de su hermana para Sophia. Se acercó a la puerta del baño y escuchó, relajado, cuando sólo oyó las bromas alegres y apagadas entre Harriet y Sophia. Colocó una silla junto a la puerta del baño, se acercó a la mesita de noche, recogió el texto de las autopsias y se sentó a esperar mientras ella se bañaba. No tenía idea de por qué tenía este libro, pero al parecer, sería útil hoy.

Capítulo 8

Harriet bajó con cuidado a Sophia a la lujosa bañera de mármol, maravillándose de la frialdad que recibía sus manos. Mientras el agua caliente envolvía su cuerpo, dejó escapar un gemido de alivio, sintiendo que la tensión en sus músculos comenzaba a desvanecerse. Inhalando el delicado aroma del jazmín, exhaló, solo para encontrarse con una fuerte sacudida de dolor que le recorrió el costado, recordándole sus costillas rotas. A pesar de la incomodidad, el calor del agua la abrazó, ofreciéndole una sensación de consuelo que necesitaba desesperadamente. Con los ojos cerrados, se entregó a su abrazo reconfortante. Al alcance de la mano, una pastilla de jabón con aroma a jazmín y miel la atraía. Lo alcanzó y se lo puso en las manos, pero cuando intentó levantar los brazos para lavarse el pelo, una oleada de agonía le atravesó la espalda, haciéndola gritar de dolor.

Rápidamente llamaron a la puerta y Sophia puso los ojos en blanco. "Marcus, estoy bien. Simplemente traté de lavarme el cabello".

"¿Por qué te lavas el pelo? Harriet, ¿tengo que entrar allí? —gritó a través de la puerta—.

—¡No, Marcus! Sophia hizo una mueca de dolor y gritó de dolor mientras se cubría los pechos, preocupada de que él entrara, lo que solo hizo que abriera la puerta. Su rostro estaba rojo brillante cuando entró. "¡Marcus! ¡Esto no es aceptable!" Sophia gritó cuando él entró en el baño, causándose más dolor.

"Sigues gritando de dolor. ¿Qué esperas que haga?" —preguntó exasperado, con las manos abiertas y extendidas a su lado. Tenía los ojos muy abiertos por la preocupación, y gruñó, mirándola. Sophia observó cómo él bajaba los brazos, parpadeaba, tragaba saliva y alzaba los ojos de dolor hacia los suyos. Hizo una mueca de dolor, tratando de cubrir su cuerpo. Rápidamente se dio la vuelta, cerró los ojos y se masajeó la nuca. Ella frunció el ceño a su espalda, relajando los brazos. "Harriet, ¿puedes decirle a Sophia que deje de ser tan terca y te permita ayudar a cuidarla? ¡Tiene tres costillas rotas, por el amor de Dios!

—Por supuesto, Su Excelencia —dijo Harriet en voz baja y asintió con la cabeza—.

Salió de la habitación y cerró la puerta tras de sí.

"¡Tiene razón, ya sabes!" —dijo Harriet, señalándola con un dedo—. Sophia abrió la boca con incredulidad sorprendida. —No apruebo su comportamiento terriblemente inapropiado —dijo Harriet, alzando la voz—, pero tiene razón, mi señora. Debes dejar de intentar hacer las cosas por tu cuenta. Déjame lavarte". Harriet se acercó a la bañera y extendió la mano hacia Sophia, agitando los dedos pidiendo la pastilla de jabón.

—No puedo creer que te pongas de su lado —Sophia frunció el ceño, entregándole el jabón a su criada—. "¡Irrumpió aquí como si fuera mi dueño!" Sophia frunció el ceño.

"¡Te oigo!", dijo desde detrás de la puerta cerrada.

"¡Bien!", gritó, girando la cabeza hacia la puerta.

"¡Obstinado chit!" Oyó murmurar a Marcus.

"Brut", acusó.

—¿Brut? La voz era fuerte y clara, y sabía que el duque estaba parado directamente al otro lado de la puerta. "Estoy cuidando de ti".

—Te estoy cuidando —murmuró en voz baja, su voz burlándose de la de él—.

—Te oigo —dijo Marcus con voz más baja—.

"Bueno... ¡Condenación!". —gritó Sophia, con el ceño fruncido—.

"Colorido", respondió.

Harriet soltó una risita y se sentó junto a Sophia y le lavó el pelo. La sirvienta masajeó la

cabeza de Sophia, enjabonando el jabón en el cuero cabelludo, el cuello y los hombros. Harriet le devolvió el jabón a Sophia, caminó hacia el recipiente de agua y lo llenó de agua. Vertió el agua sobre el cabello de su ama y enjuagó el jabón de eso.

Surgió un problema cuando Sofía tuvo que salir del baño. Harriet vació el agua de la bañera y luego se dio cuenta de que no podía sacar a Sophia de la bañera. Admitió la derrota y abrió la puerta, asomando la cabeza.

Capítulo 9

Marcus estaba sentado en una silla contra la pared, con las gafas puestas, leyendo los textos sobre análisis forense. —¿Sí? —preguntó, levantando la vista de sus lentes.

"Su Excelencia, nos hemos encontrado con un dilema. No puedo sacarla, pero tampoco está vestida". Harriet frunció el ceño. "No puedes ayudarla, y yo no puedo ayudarla".

De pie, Marcus caminó hacia la cama donde puso la ropa de dormir y caminó de regreso con Harriet. "Vístela en la bañera. La sacaré una vez que esté vestida". Le entregó los objetos y volvió a su lectura. Harriet abrió la puerta al cabo de unos minutos y le informó de que Sophia estaba vestida.

Cuando entró en el baño, se dio cuenta de que Sophia estaba apretando el camisón contra su pecho. "¿Te pasa algo con la ropa?", preguntó, desconcertado. La expresión de dolor en su rostro seguramente fue causada por sus brazos contra su cuerpo.

"Deja de hacer eso", dijo, "te estás causando dolor".

—¡Debo hacerlo! —argumentó Sophia—.

—¿Por qué tienes que hacerlo? Presionó.

"No encaja bien", respondió.

"Mi hermana es más alta, pero esa no es razón para aferrarse al camisón".

—Soy más grande en otros lugares que tu hermana —dijo ella, soto voce—.

Se acercó al vestidor, agarró una toalla grande y la cubrió. Se metió en la bañera, se puso en cuclillas, le rodeó la espalda con los brazos, evitando las costillas inferiores, y le puso la mano detrás del cuello, poniéndola de pie. Una vez que estuvo vertical, la levantó, la tomó en sus brazos. La estrechó contra su pecho y le dio un casto beso en la frente.

Sophia se quedó boquiabierta de asombro. "Apenas pesas más que una piedra", bromeó.

La acostó en la cama y le dio una taza de té. —¿Has descansado algo? —preguntó. "Almorcé y llegaré pronto y te traje algunos libros". Hizo un gesto hacia los libros que había colocado en la mesita de noche. "¿Por qué te interesa la ciencia forense?" —preguntó, acercándose a la silla que había movido hasta la puerta del baño y la llevó de vuelta al lugar junto a su cama.

Sophia lo miró y bostezó. Rápidamente movió la mano para cubrirse la boca. Marcus sonrió.

—¿Por qué estás en la alcoba de tu invitado? Gritó una mujer no tan pequeña de cabello negro con un vestido de día azul zafiro.

"Querido muchacho, si estás tratando de arruinarla, ¡estás bien encaminado! Dale un beso a tu tía". Una voz rica y aristocrática resonó desde la puerta.

Sophia observó cómo Marcus se acercaba a la esbelta mujer, que lo miraba con desdén. La mujer era alta, delgada y tenía una raya blanca en la parte delantera de su largo cabello negro.

Sus ojos verdes coincidían con los de Marcus y Lucas, un verde esmeralda claro que brillaba con alegría y fastidio. Aunque el destello era más de ira que de alegría. Llevaba un sencillo vestido de muselina de cuello alto de zafiro oscuro con ribetes de encaje alrededor del cuello y las muñecas.

Marcus se acercó a ella y se inclinó para besarla en la mejilla. —Tía Cecily, permíteme presentarte a lady Sophia Perkins. Sofía...".

—¡Sofía! —gritó su tía—. Sophia sintió que su rostro se coloreaba al ver que él la

conocía. Su tía estaba de pie con las manos en las caderas, los pulgares al frente y el ceño medio fruncido. Marcus puso los ojos en blanco y la ignoró.

—Sophia, esta es mi tía, lady Cecily. Ella será tu chaperona mientras estés bajo mi cuidado. Con respecto a por qué estoy aquí —dijo, volviendo la mirada hacia su tía—. Era imposible no ver la molestia en su rostro dirigida a su tía. Lady Sophia necesitaba ayuda para salir de la bañera.

¡Su tía jadeó! Sofía gimió y se cubrió la cara con las manos. Marcus parecía arrepentido y rápidamente reiteró, levantando la mano hacia ella. "Me explico. Estaba vestida. La criada de su señora la bañó y la vistió en la bañera. Pero no podía levantarla sin causarle dolor. Lady Sophia tiene tres costillas rotas. No puede levantar los brazos, sentarse, pararse o agacharse sin ayuda. Moverse le causa dolor". Explicó. "Su hermano está en Devon, y no me siento cómodo enviándola a casa donde no puede recibir la atención adecuada. Por eso te necesitamos aquí".

Una sirvienta entró en la habitación con una gran bandeja con varios platos cubiertos. Cecily miró la cantidad de comida y levantó una ceja hacia su sobrino. —Tiene usted mucho apetito, lady Sophia. Sophia abrió la boca para hablar, pero Marcus la interrumpió. "Voy a almorzar con ella". Le sonrió a Sophia.

—¿En su dormitorio? Su tía sacudió la cabeza con incredulidad.

—Sí —dijo Marcus con voz baja y firme, con los ojos fijos en su tía—. Sophia sintió una oleada de posesividad por parte de él.

"Comeré felizmente solo", dijo Sophia, tratando de aliviar la tensión entre él y su tía.

"No, no lo harás. Estás aquí solo, un huésped en mi casa. Mi tía está aquí para proteger tu reputación. Voy a comer contigo". Dijo Marcus, sin dejar lugar a discusión.

"¡Marcus, estás loco! ¿La investigación sobre la muerte del marqués te ha llevado al caos? —exclamó su tía, haciendo que Marcus se estremeciera ante la mención de la muerte.

—Puedes unírte a nosotros o sentarte en el salón —dijo Marcus con firmeza—.

Cecily entrecerró los ojos y miró a su sobrino y luego dijo: "Voy a ordenar a mi criada que desempaque mis pertenencias. Te veré más tarde".

Sophia observó cómo Marcus y su tía discutían, notando su reacción a la muerte. Lo guardó para más tarde.

—Maravilloso —dijo Marcus, y luego se dio la vuelta y quitó las tapas plateadas de la bandeja—. Hizo un plato de comida para Sophia y luego para él mismo. Colocó la mesa de regazo sobre ella y le entregó cubiertos y una servilleta de tela.

Ahora dime por qué pediste estos libros.

"Tengo curiosidad por saber cómo se llevan a cabo las investigaciones y cómo se utiliza la ciencia para determinar la culpabilidad o la inocencia", explicó Sophia, sentada con las manos en el regazo.

"¿Qué despertó este interés?", preguntó, dándole un mordisco al pollo, crujiente y tierno. Sophia respiró los sabrosos aromas del romero y el limón. Ella se encogió de hombros y luego hizo una mueca de dolor. "Tal vez deberíamos vendarte las costillas", sugirió.

—¿Es eso una cosa? —preguntó, sin haber oído hablar de eso durante mucho tiempo. lomos.

—Sí, lo he hecho sev... —Se detuvo—.

—¿Por qué te has vendado las costillas? —preguntó ella, sin dejarlo abandonar el tema. Él la miró con el ceño fruncido, pero ella sonrió e inclinó la cabeza.

—No quiero hablar de eso —dijo él brevemente, pero ella insistió—.

"Estoy atrapado aquí sin nada que hacer. Lo menos que podrías hacer es entretenerme

con historias sobre por qué tuviste que vendarte las costillas. Además, has sido grosero al invadir mi privacidad. Es lo justo".

Ella lo desafió. Él la fulminó con la mirada, pero su mirada no vaciló.

Suspiró y cedió. "Yo boxeo", dijo brevemente.

—¿Y? —dijo ella, girando la mano hacia él.

"Y a veces me lastimo".

"¿Lo suficientemente malo como para romperte las costillas? ¿Creía que llevaban guantes en casa del caballero Jackson? -preguntó, inclinando la cabeza en su dirección con curiosidad.

"Usan guantes en Gentleman Jackson's". Dijo evasivamente.

Sophia le dio un mordisco a las verduras mantecosas y cerró los ojos, disfrutando del sabor. Abrió los ojos y se volvió hacia él. "Sabes que me lo vas a decir, así que ¿por qué no dejas de entrenar conmigo?" Ella bromeó, le dio un mordisco a su pollo y le dedicó una sonrisa de reojo.

"Pero es muy divertido", sonrió.

"¡Buen intento!" Ella le devolvió la sonrisa, apuntándole con el tenedor de forma descortés.

"Sophia, hay cosas que me guardo para mí. ¿Está familiarizado con el concepto de privacidad?", dijo, levantando las cejas.

— ¿En serio? -dijo ella, dándose golpecitos con el dedo en la barbilla. "Interesante. ¿Dirías que un buen ejemplo de eso sería yo cuando estaba en el baño?"

Se echó a reír. "¡Touché!" Él la miró y ella se encontró con su intensa mirada.

"Dime por qué te interesa la ciencia forense y te hablaré de mi boxeo".

"No sé si te creo", dijo, expresando su escepticismo. "La sociedad a menudo duda de las capacidades de las mujeres como investigadoras, pero tengo una gran pasión por la justicia. Me ofende cuando personas inocentes son acusadas o condenadas injustamente. Me enfurece cuando los individuos culpables escapan al castigo simplemente por su estatus privilegiado. A lo largo de mi vida, me he dedicado a estudiar tanto la ciencia como el derecho, aunque no tenga el poder de promulgar el cambio. Sin embargo, esto no me desanima a intentarlo y aprender continuamente. Recientemente he descubierto la aparición de nuevas tecnologías y técnicas en el campo de la medicina forense, y estoy ansioso por adquirir conocimientos sobre ellas".

—¿Cuántos años tienes, Sophia? —preguntó, con la cabeza ligeramente inclinada.

—Tengo veinte años —contestó ella—.

—¿Estás prometido? Sophia se atragantó con su mordedura, haciendo una mueca de dolor por el dolor que le causaba. Le sirvió una taza de té y se la entregó. Las hojas habían estado en el agua, lo que la hacía aún más fría y amarga. Tomó dos tragos para tragarlo, tratando de no probarlo.

"No", contestó ella.

—¿Por qué?

"Dijiste que querías saber por qué tengo interés en la ciencia forense. Has obtenido tu respuesta. Ahora responde a mi pregunta. ¿Por qué tuviste que vendarte las costillas y supongo que fue en más de una ocasión? Ella alzó la ceja derecha hacia él.

Se aclaró la garganta y luego la miró con gravedad. "Sophia, tenemos muchos, digamos forraje, el uno contra el otro. Compartiré contigo, pero debes saber esto: si se lo dices a alguien, si lo que comparto se comparte con otros, sabré que eres tú y te arruinaré". Unos ojos verde oscuro la miraron, desafiándola a retractarse de su pregunta.

"Si me pides que mantenga tu confianza, lo haré". Sophia lo miró a los ojos, con la

esperanza de que viera que era digna de confianza. Si él no quería que ella compartiera, ella no lo haría. Ni siquiera con las *Damas*. Pero usaría la información si fuera útil en su investigación.

"Fui el campeón del underground", dijo. "No peleamos con guantes. Luchamos hasta el nocaut. Los luchadores deben ir ronda tras ronda hasta que son noqueados. Nunca hay empates. Como resultado, experimenté el dolor de las costillas rotas, aunque creo que una patada de un semental es mucho más dolorosa que la de un boxeador". Le dio otro mordisco a su comida, terminando su plato. Marcus bebió un sorbo de vino y se recostó, mirándola. Sabía que él estaba midiendo su reacción.

—¿Por qué empezaste y por qué te detuviste? —preguntó Sophia, con voz suave, no conflictiva.

Hizo una mueca de dolor ante su pregunta y se pellizcó la nariz. "Tengo un temperamento terrible, ¿sabes? No puedo soportar dañar a nadie que me importe. El boxeo era una salida útil, pero no era suficiente en Gentleman Jackson's. Tenía ganas de más". Hizo un gesto con los brazos y giró los hombros, pero mantuvo la mirada en ella.

"Entonces, ¿por qué lo dejaste?", preguntó.

Titubeó, como si eligiera sus palabras con cuidado. Ella pensó que él no contestaría. La sorprendió cambiando de tema.

"¿Por qué no estás casado o prometido?"

Ella se encogió de hombros. "Nadie me ha propuesto matrimonio".

"Basura", dijo.

Ella frunció el ceño. "No estoy mintiendo. Pregúntale a mi hermano. Sabe que no soy el tipo de mujer que tanto le gusta. Soy demasiado pequeña, demasiado curvilínea, demasiado sencilla. Y demasiado musculoso".

Ella le mostró sus brazos. Sacudió la cabeza. "Estás pescando cumplidos, Sofía.

Ella resopló. "No seas ridículo. Sé quién soy, Marcus. Y sé a dónde pertenezco. Con los alhelíes, si alguna vez asisto a un baile, que es raro.

Él la miró con el ceño fruncido. Sintió un rubor de calor en sus mejillas y frunció el ceño, no le gustaba hacia dónde se dirigía esta conversación.

En un intento de volver a hablar con él, Sophia preguntó. —¿Por qué dejaste el boxeo?

Suspiró. "Alguien amenazó a mi hermana y a mi hermano. Nunca tuve la intención de ponerlos en peligro. Me di cuenta de que no podía mantener mi afición en secreto. Era demasiado peligroso". Su rostro estaba sombrío cuando le contó sobre la carta que había recibido. "Dejé de pelear después de eso y creí que sería suficiente para protegerlos, aunque todavía estoy tomando precauciones". Se pasó una mano por la cara y exhaló un fuerte suspiro.

Sintió una punzada de simpatía. Quiso tocarle la mano, pero se contuvo. —¿Sabes quién lo envió?

Sacudió la cabeza. "No. Y no quiero seguir discutiéndolo". Marcus agitó la mano desdeñosamente en el aire. —¿Por qué detestas tanto el láudano?

Parpadeó ante el rápido cambio de tema. "¿Has visto lo que le hace a la gente? ¿Cómo los atrapa y los arruina?" Escuchó el borde de la ira en su tono y se aclaró la garganta.

Enarcó una ceja. —¿Lo has experimentado tú mismo?

Ella negó con la cabeza. "No, pero he leído sobre ello y he visto a otros que se han visto afectados".

Echó un vistazo a su plato. "¿Has terminado de comer?"

Ella asintió y se recostó en las almohadas, sintiéndose somnolienta. Cerró los ojos y suspiró. Cuando ella los abrió, él le dio otra taza de té frío. Tomó la copa sin discutir, se la bebió

y vació la olla.

Miró por la ventana. "¿Qué hora es?", preguntó, frotándose los ojos.

Sacó su reloj de bolsillo y lo abrió. Maldijo en voz baja. —Dos cuarenta y cinco. Tengo una reunión a las tres. Volveré antes de la cena. Pero si necesitas algo, llámame. Y no intentes levantarte de nuevo".

Ella sonrió débilmente. "Antes de que te vayas, ¿puedes hacer tres cosas por mí?" Juntó las manos como si estuviera rezando.

"Por supuesto", sonrió, pero parecía molesto.

"¿Puedes quitar estas almohadas y acostarme, entregarme las gafas de lectura y los libros para que pueda ponerlos a mi lado?

Ella empezó a abanicarse la cara y volvió a mirarlo. "Está hirviendo aquí, ¿no es así?" —añadió Sophia con el ceño fruncido—. Se quitó el pelo del cuello y lo retorció para que se sentara medio peligrosamente sobre su cabeza.

Marcus se inclinó, extendió la mano y le tocó la frente, luego le acarició la mejilla con el pulgar. Su rostro se sentía enrojecido, pero eso podría deberse a varias razones. Se sentó a su lado y la apoyó cautelosamente contra su pecho mientras le quitaba las almohadas a la espalda.

—¿Qué demonios? La tía Cecily graznó al entrar en la habitación.

"La estoy ayudando a acostarse. Nada nefasto, te lo aseguro —murmuró con fastidio—. Puso una mano detrás

El cuello de Sofía y el otro por debajo de las costillas y la recostó en el suelo. Marcus miró a su tía, pero Sophia no pudo verle la cara. Pero su tía frunció los labios. Cogió los libros que ella le pedía y le entregó dos de ellos y sus enormes gafas de lectura. "Si quieres algo más ligero, también mencioné *Sandition* en caso de que quisieras leerlo. No sé si te interesa la ficción".

"La novela más reciente de la Sra. Austin, sí, ¡gracias!" Sophia sonrió con una gran sonrisa llena de dientes, emocionada por leer la última de las novelas de la autora. Marcus le puso la mano en la cabeza y al oír que su tía se aclaraba la garganta, se dio la vuelta y salió de la habitación.

Capítulo 10

Unas voces furiosas despertaron a Sophia. Estaba oculta por la colcha, pero le ardían los ojos por la dura luz que entraba a raudales por las cortinas entreabiertas. Deseaba levantarse y acercarse, pero cada movimiento de su cuerpo le producía una oleada de agonía. Sofía quedó paralizada en su lugar. Cada respiración se sentía como un cuchillo en su pecho. ¿Dónde estaba? Nada en la habitación me resultaba familiar.

El aire era caliente y sofocante, pero cuando trató de deshacerse de las mantas, su espalda protestó. Sus brazos no estaban mucho mejor. Temblaban cuando intentaba moverlos, y jadeaba por la rapidez con la que se fatigaba. Le dolían los pulmones.

Escudriñó la habitación, sintiendo que el sudor frío humedecía su piel. Estaba agradecida de no haber logrado desprenderse de sus mantas. Su cuerpo sobrecalentado se convirtió en un desastre tembloroso, como si todas las ventanas estuvieran abiertas. ¿Estaba encendido el fuego del hogar?

¿Alguien podría encenderlo de nuevo? ¿Dónde estaba Harriet?

Sus ojos se volvieron pesados y ya no podía mantenerlos abiertos. Las voces que la habían perturbado discutían. Estaban debatiendo quién debía cuidar a alguien que estaba enfermo. Era difícil para su mente seguirlo.

Una voz silenció a todas las demás, un barítono profundo. "Yo cuidaré de ella; Esta conversación ha terminado". No gritó, pero su voz sonaba autoritaria. Cerró los ojos y respiró hondo, sintiendo una sensación de consuelo al oír su tono preocupado.

El cansancio por el que había estado luchando para escuchar la conversación se apoderó de ella. No tenía otra opción, ya que sus ojos no se abrían. Respiró hondo y volvió a dormirse.

—¿Sofía? Una voz profunda y aterciopelada la llamaba en sueños. Ella sonrió al ver sus ojos verde oscuro rodeados de tinta negra, pestañas gruesas que proyectaban una sombra sobre sus pómulos esculpidos. Suspiró cuando alzó la vista hacia el alto, moreno y guapo desconocido que ahora sostenía su mano.

Su rostro estaba tranquilo, sus ojos eran intensos. Ella suspiró, feliz de ser el centro de su atención. —¿Sofía? La voz se repitió, más urgente, más fuerte. Su oscuro desconocido la dejaba. ¡Ella no quería que se fuera! ¿Por qué se iba?

"Sophia, abre los ojos. Duquesa, por favor, abra los ojos". Una mano fría y áspera le acarició la cara. Trató de abrir los ojos, pero los sentía secos y pesados. Ella frunció el ceño en su sueño; El apuesto desconocido se había ido.

"Por favor, abre los ojos", dijo de nuevo el hombre cerca de su oído. Sintió una sensación de picazón en la mejilla, luego algo suave y cálido se mezcló con la aspereza.

Sus ojos se abrieron de par en par y miró al hombre que la miraba en un halo de luz solar, proyectando un resplandor azulado alrededor de su coronilla. —Eres mi desconocida —susurró, y volvió a cerrar los ojos—. Ella tragó saliva y él le llevó un vaso de agua a los labios. Levantó la cabeza y ella bebió otro trago. Después de solo un pequeño sorbo, lo retiró. Quería más.

—Ábreme los ojos, duquesa —dijo su desconocido con una sonrisa—. Luego le acarició la mejilla con el pulgar. Se acurrucó en él y suspiró. Y finalmente volvió a abrir los ojos, parpadeando ante la luz de la ventana.

El pánico se apoderó de nosotros; No reconoció la habitación. Su respiración se atascó en su pecho mientras miraba alrededor de la habitación. Pero el hombre estaba atento, cariñoso.

Creía conocerlo, pero su cerebro aún estaba borroso por el sueño. El desconocido volvió a colocarle el vaso de agua en los labios y ella bebió más.

"¿Dónde estoy?", preguntó, confundida. Harriet se acercó a ella y el pánico se disipó al reconocer el rostro familiar.

—Estás en casa del duque de Raqueport, querida. ¿Te acuerdas? —preguntó Harriet.

—Marcus —dijo ella—, ¿por qué sentía la garganta tan seca? Marcus era su desconocido y volvió a sentarse a su lado. — ¿Qué me ha pasado? —preguntó ella, cogiéndole la mano.

—Tuviste fiebre, gripe —la miró, con el rostro lleno de preocupación y también de alivio—. Le quitó los mechones de caoba de la cara.

"¿Cuánto tiempo hace que tengo fiebre?" —preguntó Sophia, mirando Harriet, y luego de vuelta a Marcus.

"Cinco días. Bajé a mi reunión y cuando regresé, estabas durmiendo. Te veías sonrojado y cuando lo comprobé, estabas en llamas. El médico indicó que varias personas han estado enfermas y bueno, estaba preocupado. Varias personas han muerto. Decidimos que era mejor que solo uno de nosotros cuidara de ti. Ayer te bajó la fiebre, pero has estado entrando y saliendo durante unos cinco días,

Duquesa.

—¿Duquesa? —preguntó Sophia, frunciendo el ceño, y lo miró.

"Sí, sé que es inapropiado, pero después de cuidarte durante casi una semana, te he estado llamando duquesa. Te pido disculpas —se masajeó la nuca y la miró con una sonrisa tímida, con líneas de expresión formadas en el rabillo del ojo—. "¿Puedo levantarme?", preguntó.

Marcus agarró un taburete y la ayudó a ponerse de pie, aunque sus piernas estaban inestables.

"Me siento como un ternero recién nacido caminando por primera vez", dijo, tratando de darle humor a la situación.

—¿Necesitas volver a sentarte? —preguntó Marcus con ansiedad. Podía ver la preocupación en su rostro. Sus ojos estaban rojos alrededor del borde y tenía sombras oscuras alrededor de los ojos. El crecimiento de su barba la sorprendió. Y su cabello era más largo y descuidado.

— Necesito un baño, por favor, Harriet. Se volvió hacia Marcus. —¿Has estado aquí desde que empezó mi fiebre? —preguntó Sophia. Tenía la sensación de que sabía la respuesta.

—Eres mi responsabilidad —suspiró—.

"Tan pronto como regrese a la cama, debes irte a la cama y dormir, ¿entiendes?" —dijo Sophia, con voz firme mientras lo señalaba con el dedo, y él sonrió—. "No sonrías. Debes asegurarme que dormirás un poco.

"Lo prometo", respondió con una pequeña sonrisa. Colocó una gran mano sobre su corazón e inclinó la cabeza.

Lentamente y con gran parte de su peso sobre Marcus, caminó hacia el baño. Su piel se sentía pegajosa y estaba convencida de que podía olerse a sí misma, y no era un olor agradable.

La metió en la bañera con la ropa de dormir puesta y se volvió hacia Harriet. "Haré cambiar la ropa de cama y compraré uno de tus camisones. Harriet trajo algunas de tus pertenencias.

—¿Cinco días? —preguntó Sophia a Harriet.

—Sí, mi señora. Nos diste un buen susto a todos. Ese duque no se apartó de tu lado. Su tía y su hermano trataron de convencerlo de que no era apropiado, pero a él no le importó. Es un buen hombre, lo es. Un hombre excepcionalmente bueno, sin duda. —le dijo Harriet—.

Después del baño, Sofía se sintió más tranquila, más limpia, mejor. Harriet se puso el camisón, se limpió los dientes y, cuando estuvo lista, Marcus la levantó de la bañera y la llevó de vuelta a la cama, donde había un plato de sopa en una bandeja.

"Si comes, me iré a la cama", intercambió Marcus con ella. Colocó la bandeja sobre sus piernas y le entregó una cuchara.

"Estoy temblando", le dijo con frustración, mientras la sopa se le caía de la cuchara.

"¿Qué me pasa?"

Sentado a su lado, le explicó: "Apenas has comido. Traté de darte caldo, pero fue difícil. Una vez que hayas descansado y comido, estoy seguro de que el temblor se disipará". Tomó su cuchara y comenzó a alimentarla. Había pequeños trozos de pollo en el caldo y algunas verduras pequeñas cortadas en cubitos.

"No sé cómo, pero encontraré una manera de pagarte por cuidarme". Juró en voz baja mientras él le quitaba el cuenco y la bandeja vacíos de su regazo.

—Puedes agradecerme poniéndote bien —dijo y la besó en la frente—. Ella sonrió y sintió que sus párpados se volvían pesados.

"No, no es eso. Voy a averiguar algo. Ahora vete a la cama. Buenas noches, Marcus. Sofía respiró mientras cerraba los ojos y se quedaba dormida.

Capítulo 11

—No sé cómo lo sé, pero el duque es inocente —dijo Sofía definitivamente—. Después de tres semanas de recuperarse de la fractura de costilla y del inesperado ataque de gripe, Sophia finalmente estaba sentada en el sofá raído con sus compañeras. Era su primera reunión semanal y necesitaba saber qué se había perdido. Salir de la casa era más difícil ahora, especialmente porque todavía se estaba recuperando.

Marcus se negó a dejarla ir a casa hasta que su fiebre desapareciera por completo. Le exigió que pudiera caminar sin ayuda y comer una comida sólida sin su ayuda. Por razones que ella no podía entender, Jason aceptó todas las reglas de Marcus, viniendo a visitarlo todos los días una vez que regresó de Devon. Cenó con ella y Marcus en su habitación; jugaban al ajedrez, a menudo alternando entre jugar contra Marcus, Lucas y Jason. La tía Cecilia se sentaba en el sofá, por lo general bordando o leyendo. Sophia fue capaz de persuadirla para que jugara unas cuantas partidas de whist.

—Todavía soy joven, querida —sonrió tía Cecily—. Después de aceptar ser su compañera contra Marcus y Jason, la tía Cecily ganó fácilmente el juego para ellos.

Marcus había ido tan lejos como para hacer que Jason demostrara cómo iba a cuidarla antes de que cediera voluntariamente y permitiera que Jason la llevara a casa.

Una vez en casa, Marcus la visitaba todos los días, una vez por la mañana para dar un paseo y por la noche para cenar. Una vez en casa después de su caminata, Marcus la ayudó a superar la incomodidad de su fractura. Se iba a casa por la tarde y volvía por la noche a cenar con ella. Jugaban a las cartas, al ajedrez y leían juntos. Rápidamente, Marcus se convirtió en un consuelo y una figura prominente en su vida.

Ahora, en su primera reunión en tres semanas, sabía cómo iba a pagarle por todo lo que había hecho para cuidarla. Iba a demostrar su inocencia.

—Sophia, sabes muy bien que no entramos en una investigación con un resultado conocido —le dijo Emily—. "Investigamos para descubrir la verdad. Debes avisarnos si no eres capaz de ser objetivo al respecto".

"Él no mató al marqués", dijo. Sophia cruzó los brazos sobre el pecho y se recostó en su asiento, firme en su conclusión. Se subió las gafas y miró a sus amigas. "Dime qué has descubierto hasta ahora".

"El marqués era un corredor de un ring de boxeo clandestino. Tenía siete boxeadores trabajando para él, todos bien entrenados y jóvenes. Le permitieron un porcentaje de sus ganancias". —dijo Samantha sin rodeos—.

"El duque había sido el campeón durante varios meses consecutivos. Sin embargo, dejó de pelear hace aproximadamente tres meses, simplemente dejó de asistir. Renunció a su título de campeón y rechazó nuevos desafíos. Al parecer, el marqués estaba enfurecido. Había perdido miles de libras contra el duque. Fue todo lo contrario porque el marqués estaba furioso porque el duque pudo ganar tanto dinero contra él, y luego se enojó cuando el duque dejó de pelear", explicó Samantha, leyendo de su cuaderno. Lo cerró y miró a Penélope.

"El siguiente problema es el cuchillo utilizado para apuñalar al marqués. Coincide con un conjunto propiedad del duque. Después de dejar de boxear, había presentado una denuncia alegando que los cuchillos habían sido robados de su casa". Explicó Penélope.

— ¿Está insinuando que presentó una denuncia falsa? —preguntó Sophia. Se quedó

mirando a sus amigas con las manos en las caderas. —¿Tiene pruebas que respalden tal afirmación?

Las *damas* se miraron unas a otras. "El Ministerio del Interior tiene razones para creer que todavía están en su poder en su casa aquí en Ciudad".

—¿Basado en?

"Alguien dentro de su casa, o cerca de él, está actuando como informante", dijo Samantha. "Los documentos simplemente identifican al informante como Zeus. No sabemos quién es Zeus, ni dónde, ni cómo obtiene su información".

"¿Por qué confiarían en Zeus? ¿No levanta esta persona la sospecha de que puede ser la persona responsable del crimen y está tratando de implicar al duque? Señaló Sophia. Todas las chicas se miraron y asintieron.

"Efectivamente, lo hemos hecho. Estamos considerando esto como una posibilidad. No se ha descartado. Necesitamos saber quién es Zeus y sus motivaciones".

—Gracias —dijo Sophia, relajándose en el sofá—.

"Cuéntanos qué pasó. No se nos permitió visitarte. ¿Por qué no nos dejaba verte? —preguntó Penélope. Todos la miraron con los ojos muy abiertos. "¿Qué? ¿No puedo tener curiosidad? ¡Estuvo con él durante dos semanas! ¿No quieres saberlo?

Emily y Samantha se volvieron hacia Sophia. "¡De hecho, sí!" Declaró Samantha.

— Estás enamorada de él -no preguntó Emily-. Sus cejas se fruncieron y juntaron las manos en su regazo. La mirada acusatoria que le dirigió a Sophia le provocó escalofríos. La boca de Sophia se abrió en estado de shock. "¿Por qué estás tan enojado?"

—preguntó Sophia, bajando la barbilla y reclinándose en su asiento. "Ciertamente estás sacando una conclusión escandalosa y bastante ridícula".

Las *Damas* eran conocidas por apoyarse ferozmente unas a otras, por lo que Sophia encontró su temperamento encendido. Nunca antes había tenido una discusión con sus amigos, pero ahora la estaban provocando. La expresión de sus rostros, el ceño fruncido, los brazos cruzados alrededor del pecho. La miraban como si fuera un traidor.

Sophia tragó saliva y miró a los ojos a cada una de sus amigas mientras las miraba. "Estoy agradecido por la atención que me brindó. Cualquiera sentiría lo mismo que yo por lo que él hizo por mí".

"Me parece que estuvo demasiado atento a tu cuidado. ¿Qué piensas Samantha, crees que fue un poco lejos en su cuidado?

—preguntó Emily, volviendo la mirada hacia Samantha.

"Creo que es inusual que él, en lugar de su sirvienta o un profesional médico, le haya brindado atención", dijo Samantha. Se acercó a Sophia y le estrechó la mano. "Em está preocupado por ti. Creo que lo que Em está tratando de decir —Samantha se volvió hacia Emily y la miró con el ceño fruncido— es que está preocupada y se pregunta por qué el duque se interesó tanto en tu cuidado.

—¿Habrías querido que me diera por muerto? —replicó Sofía—.

Emily se puso a la defensiva. "Eso no es lo que quise decir. Todo lo que estoy diciendo es que él podría haber hecho que cualquier otra persona, un sirviente o un médico, se sentara con usted. ¿Por qué lo hizo?

"¿Porque es un caballero y se tomó en serio sus responsabilidades? Tal vez le preocupaba que si yo moría, él sería responsable de otra muerte". Sophia frunció el ceño, mirando a los ojos de sus amigas, encogiéndose de hombros. Era algo muy extraño de defender, pensó para sí

misma. Estaba enferma. ¿Por qué sus amigas eran tan crueles?

"¿Por qué interrogamos a Sofía como si fuera sospechosa de un crimen?" —preguntó Penélope, extendiendo las manos para evitar que siguiera discutiendo. —¿Crees que puedes ser imparcial, Sophia?

La pregunta pilló a Sophia desprevenida. Abrió la boca para hablar, luego la cerró para considerar su respuesta, frunciendo los labios. Los ojos inquisitivos se encontraron con los abatidos de Sophia, y luego sacudió la cabeza.

—Gracias por tu honestidad —Penélope la miró a los ojos con una media sonrisa—.

"Puedes quedarte como asesor, pero no puedes tener un papel principal en esta investigación", dijo Emily claramente, pero su voz perdió su tono enojado.

Sophia frunció el ceño y negó con la cabeza. "Es inocente y lo voy a demostrar. Todos ustedes son hipócritas. Ya lo has condenado y lo has marcado culpable, ¿pero piensas sacarme de la investigación? Investigaré por mi cuenta si no quieres que trabaje contigo. Demostraré su inocencia".

—No he decidido que sea culpable —intervino Penélope, poniendo una mano en el brazo de Sophia—.

"Yo... Yo... —Samantha miró a Sophia, luego a Penélope—. Sophia esperaba estar reconsiderando su posición con pesar.

—Bueno, creo que sí —admitió Emily, con la barbilla levantada—.

"Luego, cada uno de nosotros trata de demostrar su lado. Dado que ninguno de nosotros está mirando esto objetivamente, investiguemos por nuestra cuenta y veamos quién puede probar mejor su afirmación". —sugirió Sophia, cruzando los brazos sobre el pecho y mirando a sus amigas por encima de la nariz—.

"¿Cómo se ha llegado a una conclusión basada en esta evidencia? Ninguna de la información que tenemos prueba ninguna conclusión en un sentido u otro". Penélope frunció el ceño ante sus amigas. Abrió su cuaderno y revisó sus notas. Pasar las páginas y evaluar las pruebas.

"Es mi instinto", dijo Samantha.

"¡Pish pijo!" Penélope se burló. "No sacamos conclusiones basadas en una corazonada. Seguimos la evidencia".

"¡Bueno, Soph está haciendo lo mismo!" Emily acusó.

—No —dijo Penélope, señalando con un dedo en el aire—. "Ahora tiene una experiencia vivida con un sospechoso. A partir de esa experiencia saca una conclusión. Su comportamiento hacia ella, su cuidado, su carácter". Penélope contó con los dedos: "Eso es tanta evidencia como cualquier otra cosa. Si miramos esto objetivamente, tenemos más pruebas de su inocencia que pruebas de su culpabilidad. ¡Tsk!" Señaló con el dedo a sus amigas. Y dejó caer su cuaderno al suelo con un golpe para llamar su atención, luego caminó para pararse junto a Sophia.

—Gracias, Pen —Sophia tomó la mano de su amiga entre las suyas y todas miraron a Samantha. —¿Ha sacado usted sus conclusiones basándose simplemente en su opinión sobre su carácter? ¿Qué pasa con el resto del archivo? —preguntó Samantha.

Emily levantó sus papeles. —Tiene —susurró ella, a pesar de que estaban solos— inclinaciones sexuales inusuales.

Samantha se puso roja ante la declaración. "Ata a las mujeres y es conocido por ser un amante agresivo. Eso no lo convierte en un asesino". Dijo Penélope mirando desdeñosamente a Emily. "Las inclinaciones sexuales de uno no equivalen a las de un asesino. Si es así, cada macho de la tonelada sería un asesino". —argumentó Penélope—. "Ninguno de nosotros tiene

experiencia con el coito. Tampoco podemos hablar de lo que se considera "inusual" en relación con el acto. Somos científicos", afirmó Sophia. Se mordió la uña del pulgar y reflexionó sobre las preferencias de Marcus. ¿Por qué ataría a alguien y qué era un amante agresivo? ¿De dónde habían sacado esa información?

"Ya sea que sea culpable o no, necesitamos descubrir quién es Zeus. ¿Estás de acuerdo, Emily? —preguntó Sophia.

Emily se paseó por la habitación, cada una de las chicas siguiéndola mientras consideraba las opciones. —Presentas un argumento convincente —dijo ella, con las manos entrelazadas a la espalda—.

"Estoy de acuerdo en que tenemos que desenmascarar a Zeus. Pero Soph, tienes que recopilar datos sobre el duque.

Sofía se quedó callada. —No —dijo ella, y negó con la cabeza—. "No puedo traicionar su confianza. Lo siento, pero no. Pero preguntaré a otros y recopilaré datos de ellos, pero no de él".

— Sophia -insistió Emily-.

Sofía alzó la mano. —No —dijo rotundamente, señalando con el dedo a su amiga—. "No traicionaré una confianza". "Em, no puedes pedirle que haga eso", se defendió Penélope.

Se levantó la reunión, el único acuerdo, desenmascarar a Zeus.

Capítulo 12

Sofía bajó las escaleras hasta el comedor, donde la esperaba su hermano. Él ya se había servido una generosa porción de desayuno, mientras ella se servía modestamente algunos huevos, arenques y tostadas con mantequilla. El lacayo le sirvió una taza de café, que ella bebió agradecida. Todavía se sentía débil y hambrienta después de la fiebre, que había agotado su energía, fuerza y peso. Había perdido media piedra en el último mes y poco a poco estaba recuperando el apetito.

Jason miró su plato con preocupación y tomó su mano. "Llenas tu plato como si fueras a comer todo lo que hay en él como solías hacerlo". Su voz era suave, pero sus ojos delataban su culpa.

Ella suspiró y le apretó la mano.

Había estado en Devon, lidiando con una emergencia en su finca. Los lobos se habían aprovechado de sus ovejas, que criaban para obtener lana, no carne. Habían intentado varias soluciones para proteger a su rebaño, pero ninguna había funcionado. Finalmente decidieron erigir una cerca alrededor del pastizal, lo suficientemente grande como para permitir el pastoreo, pero lo suficientemente alta como para mantener alejados a los lobos. Había tardado semanas en supervisar el proyecto y regresar a Londres.

"Debería haber estado aquí", dijo por centésima vez.

Sophia volvió a darle unas palmaditas en la mano.

"El patrimonio tiene que ser rentable. Las ovejas son nuestro medio de vida". Ella entendió la importancia de su ganado para su éxito financiero. Habían invertido en la cría de ovejas hace dos años, y había demostrado ser una empresa lucrativa. Habían comprado diez ovejas más este año, pero los lobos habían matado a dos de ellas. Tenía una razón válida para quedarse en Devon. "Jason, honestamente, tenías que quedarte, y el duque se encargó de mí. Fue mi culpa en primer lugar. Si hubiera estado prestando atención a dónde caminaba, nunca me habría pateado el caballo. Todo fue culpa mía", explicó Sophia, que no quería que él se sintiera responsable de su lesión.

—Por lo que me dijo el duque, él era el único responsable del incidente —dijo Jason, mirándola con penetrantes ojos azules, los mismos que los de ella—.

"¡No lo hice a propósito, Jason!" Conocía esa mirada en sus ojos. Sospechaba de sus motivos. Sabía de su interés por la ciencia forense y del asesinato del marqués. "Jason, no me lesioné intencionalmente. ¿Crees que tengo un deseo de muerte?"

"Estaba leyendo mi cuaderno. Sí, tengo curiosidad e interés en el asesinato, pero los dos no están conectados". —dijo Sofía implorante—.

Jason asintió, "Te creo". Tomó un sorbo de su café.

— Te está cortejando.

"Eso es absurdo. Lo único que le preocupaba era que el extraño de su casa herido por su caballo fuera a morir. Se siente aliviado de que no lo haya hecho —se rió Sophia, descartando su absurda idea, pero Jason se limitó a negar con la cabeza—. La mirada que le dedicó la hizo sentir incómoda. Sintió una punzada de algo en el pecho, pero lo ignoró. "Si hubieras estado allí, sabrías que yo era como su pupilo, nada más".

"Has estado recuperándote, en casa más tiempo que cuando estabas bajo su cuidado, pero él viene aquí todos los días", insistió Jason.

"Es una cuestión de recuperación. Me acompaña en los paseos y me ayuda con mi movilidad. Posee conocimientos sobre cómo recuperarse de este tipo de lesiones", se defendió

Sophia.

Sophia se burló cuando su hermano puso los ojos en blanco. "Se leen el uno al otro".

"Es mi amigo". Su hermano volvió a poner los ojos en blanco.

—Bien —dijo—. Jason cambió de tema. —¿Asistimos juntos al baile de Langley?

Pareces apto para salir, ¿no crees? —preguntó Jason, frotándose el costado de la boca con la servilleta y dejándola en el plato vacío. Sophia sonrió cuando él le dio unas palmaditas en el vientre plano mientras se recostaba en su silla.

"Creo que me gustaría. Agradecería su escolta.

¿Hay alguien en particular por quien asistas a este baile?"

Sophia miró de reojo a su hermano mientras le daba un mordisco a sus huevos.

— Sophia. -Chasqueó la lengua y negó con la cabeza-.

"Podría ser un aliado, ya sabes. Ayúdame".

Jason la fulminó con la mirada. "No necesito tu ayuda para cortejar a una mujer".

—Mentirosa —dijo Sophia, soto voce—. Pero él la escuchó y la fulminó con la mirada.

"Puede haber alguien, pero es..." su rostro parecía desolado, y Sophia sintió una punzada de culpa por no ser más consciente de su hermano. Tenía treinta y cinco años y aún no se había casado. Sus padres habían tenido la suerte de casarse por amor. Y cuando murieron, con seis meses de diferencia, tanto ella como Jason se prometieron mutuamente que nunca se casarían por conveniencia. Su familia estaba hecha de amor, y así lo mantendrían. Cuando cumplió veinte años, cuando la mayoría de los guardianes presionaban a sus pupilos para que encontraran una pareja y se casaran, Jason no había vacilado en su acuerdo. Él sabría cuándo se enamoró.

"Espero que no estés obsesionado con el estatus social, Jason. Honestamente, todas esas tonterías. De quien sea que te enamores, yo estaré a tu lado". Sofía habló con seriedad a su hermano, que miró hacia la puerta y se limitó a asentir. Optó por no insistir más en el asunto. Saber que él estaba al tanto de su apoyo era suficiente, y esa era la única forma en que ella podía ofrecerle aliento si realmente había alguien allí.

—Mi señor, Su Excelencia, el duque de Raqueport, está aquí para veros a vosotros y a lady Sophia —anunció su mayordomo desde la puerta del comedor—.

Le he enseñado el salón azul. Incluso a esa hora tan temprana, rechazar la visita de un duque era impensable. Pero Sofía no se sorprendió; Marcus había estado visitándola casi todos los días desde que ella se fue de su casa hace tres semanas. Estaba segura de que a estas alturas ya habría relajado sus visitas, pero se alegraba de que no lo hubiera hecho.

—Ah, pero no está interesado en absoluto en ti, ¿verdad? Jason se rió entre dientes y le guiñó un ojo. Sophia negó con la cabeza, nada convencida. Debía estar preocupado por su salud, y eso era todo. Jason tomó un último sorbo de su café, se puso de pie y sacó la silla de Sophia, ayudándola a levantarse.

Con Sofía del brazo, se dirigieron al salón azul, el más grande de sus salones de visitas, y reservado para una compañía más distinguida. —Su gracia —sonrió Jason, agarrando a Marcus en su hombro en señal de saludo—. "¿A qué debemos el placer de su visita? Otra vez".

Sophia esbozó una sonrisa con los labios apretados y miró a su hermano con ojos demasiado brillantes. Se fijó en el ramo de lirios y lilas en la mano de Marcus. "Simplemente estoy revisando a mi antiguo pupilo", dijo con una sonrisa. El ronco sonido de su voz hizo que el estómago de Sophia se revolviera. Y cuando le entregó las flores, sus dedos rozaron los de ella, provocando escalofríos en su espina dorsal. Tragó saliva ante su sonrisa de reojo, sintiendo el calor que le impregnaba el pecho hasta las mejillas.

"Son preciosos", dijo sorprendida.

Marcus guiñó un ojo, tomó la mano de Sophia y la llevó al sofá azul claro adyacente a la puerta. Ella inclinó la cabeza hacia él con curiosidad.

—¿Te apetece un poco de té? —dijo, aclarándose la garganta. Miró a su hermano, que la miraba fijamente, luego a la mano de Marcus y de nuevo a la suya y levantó una sola ceja.

—Eso sería muy apreciado —Marcus le sonrió—.

Tiró de la cuerda del timbre y su mayordomo llegó rápidamente a la puerta. "Señor Phillips, ¿podemos tomar té y algunos de los deliciosos pasteles del cocinero para nuestro invitado? ¿Y podrías ponerlos en un poco de agua y colocarlos en la entrada?" El mayordomo tomó las flores, inclinó la cabeza y salió de la habitación.

—Como bien sabes, vine a ver cómo estaba mi paciente —Marcus volvió su mirada hacia Sophia, la sonrisa en sus ojos se volvió seria—. "Sophia, debo admitir que estoy constantemente preocupada por ti, ahora que no puedo simplemente despertarme y asegurarme de que tu fiebre no ha regresado, o tu lesión no ha empeorado".

—Estoy bien, Su Excelencia. Nos vimos ayer, y anteayer...

"Y el día anterior a eso", bromeó Jason.

Sophia disparó dagas a Jason y se mordió el labio inferior, tratando de no sonreír. Ella lo miró a través de los ojos entreabiertos. Volvió la mirada hacia Marcus y continuó: "Lo prometo, nada ha cambiado desde entonces con respecto a mi lesión", lo tranquilizó.

Él asintió con la cabeza, pero su rostro parecía sombrío. "Ahora solo tengo un poco de dolor en la espalda, y ese dolor es tolerable". —añadió y le dio unas palmaditas en la mano—.

"¿Estás comiendo?", insistió. "Todavía estás muy delgada".

—¡Marcos! Chasqueó la lengua y respondió. "Sí, acabo de desayunar".

Volvió la mirada hacia Jason. Había comido muy poco antes de que la trajeras a casa. Espero que no esté comiendo nada demasiado pesado. Casi dos semanas con el estómago prácticamente vacío pueden causarle malestar estomacal si se le da comida demasiado rica".

Jason se llevó el puño a la boca y tosió en él, mirando a Sophia con ojos brillantes. Ella frunció el ceño en respuesta y frunció los labios. Era evidente que Jason estaba malinterpretando la situación, pensó para sí misma. —Han pasado tres semanas, Marcus. Estás siendo sobreprotector. Jason me está cuidando muy bien. Ayer comimos faisán y zanahorias y patatas a la parrilla. Comía solo lo que podía tolerar y nada más. Me llevará tiempo volver a mi peso normal. -El señor Phillips regresó con la bandeja de té y pasteles y la colocó sobre la mesa frente a ella-. "Gracias, Sr. Phillips. Ella sonrió y le sirvió a Marcus una taza de té.

—¿Cuáles son tus planes para la noche? —preguntó Marcus mientras se llevaba el líquido caliente y humeante a los labios.

"Vamos a asistir al baile de Langley". —dijo Jason, rechazando una taza de té agitando la mano—.

Marcus lo miró con los ojos muy abiertos. "¿Es prudente asistir a un baile? Apenas está comiendo", dijo Marcus. Frunció el ceño a Jason, que se llevó el puño a los labios y volvió a toser, con los hombros temblorosos.

La mirada que Sophia le dedicó fue suficiente para que se detuviera, y le respondió a Marcus. "Ella está bien. Ella hará todo lo que pueda y si tenemos que irnos temprano, lo haremos", dijo con un gesto de la mano. Jason se recostó en su silla y cruzó las piernas. Desenrolló las piernas, cogió un bollo y se lo metió en la boca. —¿Cuáles son tus planes para esta noche? —preguntó después de que terminó de masticar.

"Aparentemente, asistiré al baile de Langley esta noche". Marcus bromeó. Jason se echó a reír, y Sophia se recostó y se cruzó de brazos.

Más tarde esa mañana, Marcus la llevó a dar un paseo por Hyde Park. "¿Te gustaría almorzar conmigo hoy? Tía Cecily y Lucas estarán presentes".

"Eso suena encantador", sonrió mientras caminaban de regreso a la casa.

—¿Cómo te sientes, querida? —preguntó tía Cecilia mientras todos se sentaban en el salón antes del almuerzo.

—Estoy mejorando —sonrió Sophia—. Marcus la miró con el ceño fruncido. —insistió Sophia—. "Estoy mejorando a Marcus. Por favor, sean más positivos".

Lucas miró a Marcus y luego a Sophia. — No está molesto por ti, Sophia.

—Lucas —le espetó Marcus a su hermano, y luego apretó el suyo— dientes.

—¿Qué es lo que no me estás diciendo, Marcus? Sophia se enderezó y miró a Lucas con los ojos muy abiertos. Relajó los puños en su regazo cuando sintió el escozor de sus uñas en las palmas de sus manos.

Ayer vino un corredor y le preguntó por la muerte del marqués. —dijo la tía Cecily, con los ojos fijos en el bordado que tenía en el regazo—.

—¿Alguno de los dos puede mantener la boca cerrada? Marcus miró a cada uno de ellos amenazadoramente.

"Bueno, gatos fuera de la bolsa. ¡Más vale que se lo diga! —insistió Cecily, sin levantar la vista de la borda—.

"¿Dime qué? ¡Marcos!" Sophia lo miró, con el corazón acelerado por la alarma.

"Estoy siendo investigado por el asesinato del marqués de Arlington. Creen que maté a Horacio. Marcus se recostó en el sillón que ocupaba, y la expresión de alegría que había en su rostro se convirtió en una de miedo. Se pasó una gran mano por la cara y luego por el pelo.

—Cuéntame todo desde el principio —dijo Sophia—. Apoyó las manos en el regazo y lo miró directamente a los ojos.

—Sabía que me gustaba —dijo Cecily, levantándose de la silla—. "No necesito estar aquí para esto". Colocó su bordado en su bolso y salió de la habitación. "Estaré en la biblioteca".

—Esto no es asunto tuyo, Soph —dijo Marcus con frustración—. "No hay razón para meterte en este lío ordenado".

"No hay ningún riesgo de que compartas esto conmigo. Puedo ayudar o no".

"¿Cómo puedes ayudar?" —preguntó Lucas. Se inclinó hacia delante y se metió los dedos entre las rodillas.

No lo sé hasta que conozca los detalles de la investigación y su relación con el ex marqués. —Soph...

—No lo hagas, Marcus —levantó la mano y negó con la cabeza—. "Déjame ayudarte. Quiero ayudar. No estoy afirmando que pueda arreglar nada, pero tengo más conocimiento de lo que piensas sobre estos asuntos".

—¿Qué significa eso? —preguntó Marcus, enderezándose y mirándola.

"Lo primero es lo primero", se acercó a la mesa y abrió el cajón como si viviera en la casa. Se sentó, abrió el tintero del cajón, sacó una pluma y un papel y se sentó. — Dime qué hiciste el día del asesinato.

Marcus miró a su hermano, quien se encogió de hombros y se recostó, cruzando los brazos frente a su pecho. Marcus firmó y cedió.

—Fui a ver a mi antigua amante —Marcus la miró directamente, con una mirada inquebrantable—.

—Ya veo —dijo, sintiendo que el corazón le latía con fuerza en el pecho—.

—Antes, Sophia. Marcus volvió a decir.

Sophia le dedicó una sonrisa que no llegó a sus ojos. —Oh, ya veo. Hizo una nota en la hoja, respiró hondo para calmar sus nervios. —¿Cómo se llama y dónde vive?

"¡Soph!" Marcus gruñó, pero ella no levantó los ojos de la sábana que tenía delante.

"Si voy a ayudar, necesito esta información". Reiteró, ignorando el ceño fruncido en el rostro de Marcus que podía ver desde un lado de sus ojos.

— Se llama Clara Davenport. Le dio la dirección y esperó su siguiente pregunta.

"¿Cuándo llegaste y cuándo te fuiste? ¿Y alguien más que la señorita Davenport te vio allí? —preguntó Sophia. Adoptó un tono profesional y nunca levantó la cabeza del papel, tomando notas y haciendo preguntas adicionales basadas en sus respuestas. Su rostro se sentía como si estuviera en llamas y su corazón se sentía como si fuera a explotar. Parpadeó para contener las lágrimas y continuó.

"El arma que se utilizó. ¿Puedes contármelo?

Capítulo 13

Marcus respondió a todas las preguntas. Su vacilación inicial para aceptar su ayuda, ahora desaparecida, fue reemplazada por el respeto y el arrepentimiento de tener que decirle cosas que sabía que nublarían la opinión que ella tenía de él. Pero mantuvo los ojos fijos en Sophia, obligándose a mantener la mirada en ella.

La inquietud se apoderó de su pecho al considerar la expresión de duda en el rostro de Sophia cuando le dijo que ya no tenía amante. Había cortado lazos con su amante al día siguiente de conocer a Sophia. Ya entonces sabía que había algo increíblemente especial en ella. Su espíritu, su belleza, su inteligencia, lo intrigaba. Antes de conocerla, hacía mucho tiempo, sabía que si encontraba su amor, nunca podría estar con otro.

Marcus volvió a sentir una nube sobre su cabeza, aún más oscura que antes. Sofía se había convertido en una luz, algo que esperar, algo que aportaba brillo a su melancolía. El día antes de conocerla, Sir Williams le había advertido que la investigación vendría. No podía esconderse de ello, tenía que luchar contra ello. Lo había estado intentando durante los últimos dos meses, contrató a sus propios investigadores, pero no encontraron nada. Nada. Después de la última reunión con ellos, supo que no valían nada, o peor aún, que trabajaban para el hombre responsable de las amenazas contra su familia y la muerte de su familia. Horace.

Ese hombre era un bastardo consumado. Se conocían desde Eton. Incluso habían sido amigos en Cambridge, pero él cambió. Los padres de Horacio murieron y él se obsesionó con el dinero. Su relación se rompió cuando Horace trató de obligar a Lucas a pelear en su ring.

Lucas le debía dinero a Horacio. Horace dirigía una red de apuestas, aprovechándose de los jóvenes estudiantes de Cambridge, como lo había hecho dos años antes. En lugar de acudir a su hermano y pedirle ayuda, Lucas se endeudó cada vez más. Marcus solo se dio cuenta de lo que estaba sucediendo cuando fue a luchar a la clandestinidad y Lucas estaba de pie junto a Horace, con la cara pálida y horrorizado. Lucas sabía boxear, pero era un caballero. No tenía la rabia cruda para pelear con los nudillos desnudos y sin camisa en un ring sin reglas.

Eso fue hace cinco años, y el underground se había hecho aún más grande desde entonces, más enojado, más sucio y más rentable. Marcus nunca imaginó que ganaría veinte mil libras en los últimos dos años peleando y ganando. Pero Lucas no estaba hecho para ese mundo, y Marcus estaba seguro de que no iba a permitir que Horace fuera dueño de su hermano. Pagó sus deudas y, desde entonces, Lucas se ha mantenido alejado de los infiernos de los juegos. Ese anillo lo asustó directamente. Gracias a Dios.

Lucas era su heredero aparente, su hermano pequeño, su responsabilidad. Y una vez que llegaron esas amenazas de muerte, independientemente de la liberación que le dio su lucha, se detuvo tan rápido como había comenzado.

No había ninguna razón para matar a Horacio. Se odiaban, pero nada en sus tratos hacía que Marcus le deseara la muerte.

—¿Me estás escuchando? —preguntó Sophia, saludando con la mano Marcus. Sacudió la cabeza y la miró.

—¿Me has preguntado algo? Él la miró y frunció el ceño ante la expresión molesta en su rostro.

— ¿Te vio alguien más la noche del asesinato? -preguntó, exasperada. Su mano, que mantenía el papel en su sitio, estaba apoyada en el escritorio.

—Seamus, mi ayuda de cámara. Él me vio cuando llegué a casa y

antes de irme".

—¿Seamus, por casualidad, ha dado una declaración sobre el estado de su ropa?

Marcus frunció el ceño, "Sophia", suspiró, frustrado. ¡Había vuelto a casa hecho un desastre! Su corbata había sido un desastre arrugado y su chaleco había perdido un botón.

"Marcus, si hubieras apuñalado a alguien, tu ropa habría estado cubierta de sangre, tu cuerpo, tus manos. Tiene que hacer una declaración. Además, debemos hacer un examen forense del apuñalamiento. Su tamaño y peso contra los tuyos. Basándonos en la herida, tenemos que determinar si usted podría haberla causado. Obviamente sería mejor si encontráramos al asesino real, pero tenemos que usar todas las vías disponibles". Sophia escribió sus recomendaciones. Y se recostó en la silla. —¿Está dispuesta su ama a hacer una declaración en su nombre?

"La ex amante y yo no hemos preguntado". —dijo Marcus con los dientes apretados mientras se ponía de pie y se acercaba a ella. "Lucas, por favor, danos unos minutos".

—¿Estás seguro? —preguntó Lucas y su mirada se desvió hacia Sofía, que se enderezó.

Marcus frunció una sola ceja hacia su hermano y provocó una risa de Lucas, quien negó con la cabeza cuando se puso de pie y salió rápidamente de la habitación.

"¿Por qué le pediste que se fuera? Terminé aquí. Podemos ir a almorzar". —dijo Sophia, cerrando el tintero—. Pudo verla jugar con los pomos de los cajones del escritorio y luego trató de reorganizar los objetos que había encima.

Se arrodilló frente a ella y le tomó la barbilla con la mano. "Te he hecho sentir incómodo y ahora necesito que me asegures que todavía me tienes". Sophia se limitó a mirarlo. —Rompí mi relación con la señorita Davenport al día siguiente de conocerte. —No me debes nada, Marcus. Soy yo quien te debe —dijo Sophia, apartando la mirada de él, tratando de apartarse—. No la soltaba.

Sus cejas se fruncieron. —Como demonios —dijo Marcus, sujetándole la barbilla con más firmeza para evitar que se escapara—. "Necesito que sepas que solo estoy interesado en ti", dijo. Trató de mirarla a los ojos, de leerla, pero ella seguía apartando la mirada de él. —Mírame, duquesa —exigió—.

Ella lo miró y frunció el ceño. —Yo... —jugó con los pliegues de su vestido de día—. —No lo entiendo.

Marcus se inclinó hacia ella, acariciando suavemente sus labios con los suyos. Fue un beso tierno y sincero, que transmitió la profundidad de sus emociones, sin toda la pasión que guardaba reprimida en su interior. Sabía que las palabras le habían fallado para expresar sus verdaderos sentimientos. Buscó demostrarlos a través de este gesto íntimo. Sus labios se amoldaron perfectamente a los de ella, besando primero su labio superior y luego su labio inferior, saboreando su plenitud. Una sonrisa se extendió por su rostro cuando la oyó suspirar y sintió que se acercaba, abrazando su cuello con los brazos.

Antes de que el beso se convirtiera en más de lo que podía controlar, y Dios quería que se convirtiera en mucho más, se echó hacia atrás y sostuvo su rostro entre sus manos. —¿Y ahora lo entiendes? —preguntó, con voz ronca y llena de pasión no gastada.

Sofía no le respondió. Los ojos que le devolvían la mirada eran de color azul oscuro, sus pupilas eran tan grandes que sus ojos parecían negros de pasión. Ella se inclinó hacia él y, para su alegre sorpresa, tomó su labio inferior entre los dientes y lo mamó. Marcus gruñó y le metió las manos en el pelo, sacándole las horquillas.

La acercó más, y lo que había comenzado como un beso ligero se convirtió rápidamente en carnal. Rozó el pliegue entre sus labios con la lengua, y cuando ella los abrió y le dio la

bienvenida, él reclamó su boca con la suya. Su lengua se enredó con la de ella, tomando su esencia mientras se sumergía en ella una y otra vez, haciendo el amor en su boca con la suya.

Él sonrió cuando sus labios se encontraron, sintiendo su inocencia pero también sintiendo su emoción. Lo que le faltaba de experiencia, lo compensaba con creces con su propia pasión y curiosidad. Un gruñido escapó de sus labios mientras ella mostraba precisamente eso, hundiendo la lengua en su boca, inclinando la cabeza y aferrándose a él, saboreándolo, dejándolo sin aliento. Sus manos se movieron por su espalda, haciendo que cayera al suelo. Tirando de ella hacia abajo con él, colocó sus piernas para sentarse a horcajadas sobre su regazo.

Lo que más le sorprendió fue cuando le quitó la chaqueta de los hombros, le sacó la camisa de los pantalones y le clavó las uñas en la espalda, arañando su piel. Sus uñas se deslizaron hacia abajo, ahuecando la parte superior de su trasero con ambas manos. Marcus soltó un gemido, incapaz de resistir la poderosa sensación de placer mezclada con una pizca de dolor. Esta inocente tentadora casi lo hizo caer de rodillas. Tenía que recuperar el control. Con la puerta abierta, cualquiera podía entrar en ellos en cualquier momento. Aunque a él no le importaba mucho su propia reputación, ella le importaba. Bajó las manos hasta sus hombros y la apartó suavemente de él.

El rostro que se encontró con su mirada estaba lleno de ardor y amor. Sus labios estaban hinchados por el beso, su cabello caía en cascada en rizos de caoba por la espalda hasta la cintura. Le pasó los dedos por el pelo, luego le acarició la cara y el cuello, bajando por sus hombros hasta que sus manos se juntaron con las de ella. Le besó las manos y luego se puso de pie, tirando de ella hacia arriba y apretándola contra él. Era tan pequeña, apenas llegaba al centro de su pecho. Él sonrió mientras la miraba. Era una figura imponente al lado de la mayoría, pero ella medía solo un metro ochenta. Cinco hermosos pies de suaves curvas que apenas había comenzado a explorar. Pero tenía toda una vida para descubrir su cuerpo, y se deleitaba en cada momento.

Con su mano a un lado de su cara, le acarició la mejilla con los pulgares, "Espero que lo entiendas". Él le susurró, y ella sonrió, esa sonrisa que hizo que sus ojos brillaran como el sol, y ella asintió.

—Creo que sí. Ella respondió, sus mejillas se colorearon mientras cruzaba su mirada con la de él.

"Marcus, ¿tienes fin...?" Lucas se detuvo en el umbral de la puerta y los miró fijamente. "Dios mío, hombre, la violaste". Lucas lo miró con el ceño fruncido.

—Un mini arrebato —sonrió Marcus—. La tomó de la mano y caminó hacia su hermano. "Pero sí, estamos listos para el almuerzo", dijo y le dio unas palmaditas en el hombro a su hermano. Miró a Sophia y sonrió, "por ahora". Lucas se echó a reír y salieron de la habitación hacia el comedor.

"Solo necesito un momento", le dijo Sophia a Marcus antes de entrar en el comedor.

"Por supuesto", respondió, y la dejó ir mientras entraba con su hermano.

Sofía subió las escaleras hasta la habitación que había ocupado y se arregló el pelo. Luego se sentó en el pequeño escritorio, escribió una nota e insertó su tarjeta en el sobre. Cuando regresó a la entrada, se acercó a Johnstone y le pidió que le entregara la misiva lo antes posible.

Capítulo 14

—Debo decir que fue inesperado recibir un mensaje tuyo esta tarde —dijo Clara, entregándole a Sophia una taza de té—.

"Me imagino que sí. Pero te prometo que estoy aquí en términos cordiales, nada nefasto". Sofía sonrió. Clara era encantadora, y si Marcus no hubiera besado a Sophia como lo había hecho cuando la dejó en casa hacía menos de treinta minutos, estaría muy celosa de la mujer. Era el epítome de lo que todos los hombres de la tonelada querían, esbelta, rubia y de voz suave. Sus ojos verdes miraban a Sophia con escepticismo.

Estoy aquí para preguntarle si estaría dispuesto a firmar una declaración de coartada para Su Excelencia, el duque de Raqueport, para la noche del trece de octubre. Sofía abrió su maleta, sacó una declaración escrita de antemano y se la mostró a la cortesana.

Clara alzó las cejas y miró a Sofía, ahora con curiosidad. —¿Sabe Su Gracia que estás aquí? Clara se recostó en su silla y miró fijamente a Sophia.

—No —contestó ella, y luego tomó un sorbo de su té—.

— ¿Puedo preguntarle cómo sabe que estuve con él esa noche?

"Ciertamente, puedes preguntarme cualquier cosa. Responderé lo que pueda". Sofía bebió un sorbo de su té. Entonces respondió. —Me lo dijo Su Gracia. Sophia miró a Clara directamente a los ojos, pero su rostro estaba enrojecido. Ella sonrió e inclinó la cabeza hacia un lado, luego se encogió de hombros.

Clara le devolvió la sonrisa.

"Terminó las cosas conmigo por ti", fue un comunicado. Clara colocó su taza vacía sobre la mesa y se sirvió otra. Puso un terrón de azúcar y un poco de leche en su té. Sophia no respondió. No veía la necesidad.

"A él no le va a gustar que me preguntes. ¿Estás preparado para eso?" —preguntó Clara. Sophia sabía que no era una amenaza. El tono de Clara era de preocupación.

"Espero que se enoje. Pero sopesé su enojo ante la posibilidad de que tuviera una sentencia de muerte y aterricé en aceptar su ira y las posibles consecuencias de lo que podría resultar de ella". Sofía colocó la taza y el platillo en su regazo. Y bajó la mirada hacia el líquido oscuro.

Clara dejó su taza de té sobre la mesa, cogió el periódico y leyó la declaración. Entonces se puso de pie y tiró de la cuerda para su mayordomo. Cuando llegó, Clara dijo: "Por favor, póngase en contacto con el Sr. Anderson. Necesito formalizar una declaración y necesito su firma como testigo".

—Por supuesto —asintió el mayordomo—.

"Ven al final de la semana. Haré que esto se firme y se atestigüe". —dijo Clara—. Miró a Sophia y pareció volverse para disculparla, pero cambió de opinión y volvió a sentarse. No sé si te servirá de algo, pero recibí una carta de un lacayo la noche antes de que muriera el marqués. Sofía se sentó en silencio, esperando a que Clara compartiera más. "El marqués había estado tratando de asegurarme desde que Su Gracia pidió ser mi protector. La nota me pedía que me reuniera con él para hablar de que me mudara a él como mi nuevo protector". La voz de Clara era suave, pero con un dejo de incomodidad.

—¿Deseabas cambiar de protector? —preguntó Sophia, con la cabeza inclinada por la curiosidad.

"No, no lo hice. Especialmente a él. Estoy seguro de que no lo sabrás, pero el marqués era conocido entre...

—¿Mujeres como tú? —preguntó Sophia, no queriendo insultar a Clara.

—Exactamente. Era conocido por ser rudo, por lastimar a las mujeres. Encontraba placer en el dolor de los demás". Explicó. Sofía no entendía ni apreciaba del todo lo que Clara le estaba diciendo. El dolor era dolor, ¿no es así?

"Sra. Davenport, ¿puedo pedirle que sea más específica? Quiero entender, pero no tengo un contexto en el que poner tus palabras".

—No quiero asustarte —dijo Clara amablemente—. "Hay líneas reales entre el placer y el dolor. Puede ser difícil para algunos trazar esa línea". Sofía se encogió de hombros ante Clara. Ella no entendía.

"Su Gracia ciertamente se indignaría si le dijera estas cosas. Eres un inocente —dijo Clara en voz baja—. No estaba siendo condescendiente ni insultante. Hablaba con amabilidad y compasión.

—No compartiré con él lo que me digas, si no quieres que lo haga —sonrió Sophia—. Clara le devolvió la sonrisa. Frunció la nariz divertida y se las arregló para parecer una niña pequeña con la mano en el frasco de galletas.

"¿Estás familiarizado con el acto de hacer el amor?"

"A un nivel rudimentario, sí", admitió Sophia.

—Ven conmigo —dijo Clara, y se acercó a Sofía y la tomó de la mano.

Clara guió a Sophia por la gran escalera, sus pasos resonaron suavemente en la madera pulida. Al llegar al pasillo del segundo piso, Clara abrió la puerta para revelar una habitación envuelta en un aire de sensualidad. La vista de la gran cama con dosel capturó inmediatamente la atención de Sophia. Los pilares estaban adornados con largas envolturas de seda, su textura suave invitaba a ser tocada.

Adornando las paredes había pinturas provocativas, cada una de las cuales era un vívido retrato de actos íntimos. Una imagen particularmente impactante mostraba a dos hombres, sus cuerpos entrelazados en un abrazo apasionado. La intensidad de sus expresiones transmitía un éxtasis compartido. Junto a él, una pintura mostraba a un hombre y una mujer comprometidos en el placer mutuo. El rostro del hombre se acurrucó entre las piernas de la mujer, mientras ella correspondía con fervor, sus labios envolvían el falo del hombre.

Sofía se quedó hipnotizada por el arte que tenía ante sí. Sus ojos escudriñaron la siguiente pintura, que reflejaba la primera, pero mostraba a una mujer en una posición vulnerable. A cuatro patas, un hombre la tomaba por detrás, mientras que otro se colocaba debajo de ella. El realismo de la obra de arte era asombroso, cada pincelada capturaba la esencia cruda del deseo.

Impulsada por la curiosidad, Sophia se acercó un poco más, el aroma de la madera recién barnizada se mezclaba con un toque de incienso. Se inclinó para examinar los intrincados detalles, las yemas de sus dedos casi podían sentir la pasión que emanaba de las pinturas. Las imágenes la mantenían cautiva, invitándola a explorar sus profundidades, dejándola paralizada por el encanto de este mundo íntimo. —¿Es posible todo esto? —preguntó Sofía a Clara con curiosidad.

"Sí, siempre y cuando uno dé su consentimiento y encuentre placer en ello. Estas imágenes no son el tipo de cosas a las que me refiero cuando se trata de mezclar el dolor y el placer". Señaló una puerta contigua y guió a Sophia a través de ella.

En la otra habitación, había sujeciones de cuero que parecían más agresivas. Las imágenes eran más grandes y estaban pintadas para mostrar a mujeres con metal pellizcándose los pezones, hombres tirando de su cabello mientras otra mano se envolvía alrededor de su cuello.

"Aquí es donde mezclo el dolor con el placer. Lo que no tengo, látigos, cuchillos, collares, palas, se sabía que el marqués necesitaba. Los usaba para golpear a las mujeres con el fin de lograr satisfacción sexual. Había seguido el camino tan agresivamente que no podía encontrar la liberación de otra manera. Si bien el arte que tengo aquí puede dar la impresión de que participo en el perverso mundo del dolor y el placer, como puedes ver, no tengo el tipo de herramientas que el marqués necesitaría para alcanzar un clímax. Esto es todo lo lejos que llegaré en la mezcla".

Clara abrió el armario y abrió el cajón superior, mostrando las pinzas de sus pezones sobre la seda. Cuando Sophia lo recogió, se dio cuenta de que era frágil y lo colocó sobre su propio dedo, probando lo doloroso que podía ser. "Hay diferentes niveles de abrazaderas. Los míos no llegan tan lejos como algunos". Clara señaló la última y Sofía la recogió y se la colocó en el dedo. La punta de su dedo comenzó a enrojecerse cuando la sangre comenzó a asentarse allí. No fue demasiado doloroso, pero ciertamente no fue cómodo.

—Independientemente de tu deseo de cambiar de protector o no, nunca te enfrentarías a la marquesa —dijo Sophia, volviendo a colocar la abrazadera en el cajón de seda—. Decidió que no necesitaba abrir el resto de los cajones.

"Nunca, bajo ninguna circunstancia, tomaría al marqués como protector. Lady Sophia, agredió brutalmente a una amiga mía, le rompió el pómulo, le magulló el cuerpo tanto que le dolió acostarse. La realidad era que no podía encontrar una cortesana. Lo único que intentaba era hacer enfadar al duque cuando pidió una audiencia conmigo.

—¿Y ha hecho enojar al duque? —preguntó Sophia. Ahora sentía ese retorcimiento en el vientre. Mirando alrededor de la habitación, se preguntó qué le gustaba a Marcus, qué quería de ella, qué esperaba de ella.

¿Necesitaría una cortesana si ella no podía calmar sus deseos?

—El duque se echó a reír —dijo Clara—. "No estaba enojado. Él no se enoja por ese tipo de cosas. Me trataba con amabilidad, pero no era del tipo celoso. Mientras él era mi protector, requería fidelidad. Si yo quería a alguien más o él lo quería, teníamos un entendimiento de que nos separaríamos. Como he dicho, el duque no es de los celosos. Pero es reservado y hablar de él lo haría enojar".

"¿Es remotamente posible que yo lo satisfaga?" La mano de Sophia voló hacia su boca y sus ojos se abrieron de par en par ante su error. No había tenido la intención de preguntar eso, lo había estado pensando, ¡pero nunca tuvo la intención de dejarlo escapar o preguntarle a su antigua amante!

Clara le sonrió y le tomó la mano. Sofía la encontró extremadamente bondadosa. A ella le gustaba esta mujer. "Sí, siempre y cuando estés dispuesto a hacer algo más que acostarte en un colchón". Clara le guiñó un ojo. "El duque prefiere el control, no el dolor", dijo.

"¿Eso es posible? ¿No moverse? ¡Ni siquiera puedo quedarme quieta cuando me besa!" —soltó Sophia, y Clara se echó a reír a carcajadas—.

"No puedo decir lo que hacen sus besos. No besó a sus amantes. Tenía reglas. Pero si alguna vez quieres un consejo —se llevó ambas manos a la cara y dijo—, no puedo creer que te esté ofreciendo esto, pero si necesitas un consejo, llámame. No creo que Su Gracia se interesara en ti si no creyera que puedes hacerlo feliz en todos los sentidos. Siempre se entendió que si encontraba a alguien con quien casarse, no tomaría más amantes".

"¿Es extraño que me gustes tanto?" Sofía se echó a reír.

"Bueno, si lo es, soy tan raro como me gustas también".

—dijo Clara, agarrando las manos de Sophia—.

"Mis amigos y yo investigamos crímenes. Solo otros dos que no están directamente involucrados lo saben, y Marcus no es uno de ellos, al menos no todavía. Te cuento esto porque, bueno, si alguna vez necesitas algo y te encuentras con que las autoridades no te toman en serio, llámame". Sophia compartió mientras salían de las habitaciones y bajaban las escaleras.

Había surgido una amistad inusual entre estas dos mujeres. "¡Mis amigas te amarán positivamente!" Ella sonrió; se abrazaron antes de que Sofía se fuera.

Capítulo 15

Sophia sonrió al ver a Samantha y Emily de pie juntas debajo de las escaleras cuando Sophia y Jason fueron anunciados por el mayordomo. "Sam, Em, ¿no sabía que asistirías esta noche?" Sofía sonrió. "¿Por qué no revisamos nuestros calendarios sociales?" Ambas chicas se miraron, también sorprendidas por el error. Normalmente hacían exactamente eso en sus reuniones semanales, pero debido a la naturaleza polémica de la última reunión, todos lo olvidaron.

"Sabía que esto saldría a relucir", dijo Emily y les entregó a cada uno de ellos un trozo de pergamino de su retícula. "Deberíamos ir a la biblioteca una vez que llegue Pen, para que podamos resolver estas preguntas esta noche".

—¿Está tu tarjeta llena esta noche, Pea? —preguntó Jason afectuosamente. Usó el apodo cariñoso de su infancia que se había inventado cuando ella era poco.

—Oh —sonrió Samantha, y su rostro se sonrojó—. —Ni siquiera un poco. Miró su tarjeta vacía y Jason frunció el ceño. Se esforzó por bailar siempre con cada uno de ellos para asegurarse de que se sintieran incluidos. Sophia sabía que la tonelada los miraba como medias azules y, por lo tanto, no con buenos ojos. Como resultado, la mayoría de las madres no querían que sus hijos bailaran con ellas.

Jason escribió su nombre en la tarjeta de Samantha y luego miró la de Emily y también escribió su nombre en su tarjeta. Sophia notó que la sonrisa vacilaba en el rostro de Samantha cuando Jason imprimió su nombre en la tarjeta de Emily.

— Cuando llegue Pen, avísame, Soph. Jason se dio la vuelta para irse, pero se quedó de espaldas a ellos por un momento. Luego se dio la vuelta y levantó la mano, con la boca abierta por el pensamiento. Se volvió hacia Samantha. —Tomé el vals de la cena, Pea. Me gustaría sentarme con ustedes en la cena de esta noche. Y tal vez te gustaría pasear por el jardín conmigo después de cenar. Está bien iluminado y Lord Langley acaba de terminar de construir un juego de ajedrez de tamaño natural. ¿Tal vez disfrutarías de un juego conmigo?"

La sonrisa que había desaparecido regresó y Samantha asintió, "Eso sería encantador, Jason". Sofía vio que la sonrisa en el rostro de su hermano se ensanchaba.

"Más tarde, entonces, no llenes esa tarjeta de baile".

—No hay riesgo de que eso suceda —dijo Samantha en voz baja—. Emily tomó su mano entre las suyas; Intercambiaron una mirada cómplice.

—Tontos ciegos —dijo Jason en voz baja—. "Su pérdida es mi ganancia". Jason se dio la vuelta, dejó a las *damas* y se dirigió a sus amigos.

Samantha trazó líneas donde se indicaban otros bailes, tachando los bailes restantes después de la cena, "por si acaso", dijo en voz baja, más para sí misma que para las otras chicas. Sofía sonrió para sus adentros.

—Somos terribles investigadores —dijo Sophia, con los puños en las caderas—. Samantha comenzó a sonrojarse, y Penélope se acercó con su madre, entonces, con una mirada de confusión en su rostro. "¿Qué me perdí?" —preguntó Penélope, moviendo sus ojos hacia cada una de las otras chicas, posando su mirada en Samantha.

"Aparentemente, Samantha va a ser mi hermana", dijo Sophia, riendo.

Samantha se puso roja y señaló con su delgado dedo a Sophia. —No inventes rumores, Soph. La gente sale lastimada de esa manera", susurró, con dolor en los ojos. Sofía se acercó a su amiga y la tomó de las manos. "Lo siento,

Sam.

—No quiero hablar de esto ahora —dijo Samantha—.

—Muy bien.

Luego, las mujeres caminaron hacia la biblioteca como habían acordado y documentado entre sí sus calendarios sociales. Se sentaron en un rincón separado de la biblioteca y mantuvieron la voz baja, mientras discutían sus planes de entrevistar a personas para obtener más información sobre el ring de boxeo clandestino.

"¿Estaría Rufus dispuesto a ir? Necesitamos más información sobre el marqués y sus posibles enemigos. Señaló Sophia. —Ese es el último recurso —susurró Penélope—. "Todavía tenemos que centrarnos en Zeus".

—¿Sofía? —preguntó Marcus acercándose a ella en la biblioteca. Las *damas* la miraron, al ver el uso de su nombre de pila, y ella se sonrojó ante su familiaridad.

— Su excelencia -hizo una reverencia cuando él estuvo frente a ella-. —Marcus —le recordó, y frunció el ceño—.

—Desde luego que no —dijo ella, mirando a su alrededor—. Solo había unas pocas personas allí, pero la miraban a ella y al duque. "No es apropiado". Ella le susurró para que nadie más la escuchara.

Aparentemente inmune a las miradas de desdén de los demás en la biblioteca, y a su reprimenda, Marcus la tomó de la mano y sacó su tarjeta de baile. Estaba vacío, siempre lo estaba. Ella se encogió de hombros, "Te lo dije. No sé por qué no me creíste". Ella lo miró con frustración. Firmó con su nombre para la cena-vals y el baile final de la noche. —No puede pretender bailar conmigo dos veces, Su Excelencia —dijo—. Era casi vergonzoso bailar dos veces. Tres fue un escándalo absoluto.

"Me llevaría todos tus bailes, y al diablo con todos los que están aquí", le dijo. Sophia estaba confundida por su declaración, no estaba segura de cómo responder y no estaba exactamente segura de lo que estaba tratando de decirle.

"Te recuerdo que he tenido dos temporadas, e incluso tú no me viste hasta que tu caballo me dio una patada en la espalda", dijo Sophia.

Marcus frunció el ceño ante su declaración, y Sophia levantó la barbilla como para obligarlo a reconocer que era como cualquier otro hombre de la tonelada que nunca le había dado una primera mirada.

"Yo también he estado ciego", le dijo como respuesta. Colocó su dedo índice debajo de su barbilla y levantó sus ojos para encontrarse con los suyos.

—Sophia, creo que es hora de que volvamos al salón de baile —interrumpió Emily, tomándola del brazo y alejándola del duque—.

—Lo siento —dijo Sophia, mirando a sus amigas—. Se llevó las manos a los brazos y las pasó de un lado a otro como si tuviera frío. Se sintió confundida por su obvia distracción. Marcus le quitó la mano de los brazos y la tocó relajada.

"Su Excelencia, estas son mis mejores amigas, Lady Emily, Lady Samantha y Lady Penélope. *Señoras*, este es el duque de Raqueport. Todos sus amigos la miraron, boquiabiertos. Ella se sonrojó, sabiendo que esto no se había hecho para que ella les presentara al duque. Sin embargo, sonrió ante su insolencia.

"Es un placer conocer a los amigos de Sophia", sonrió. Su sonrisa se desvaneció al usar su nombre de pila. Ella se rió para sí misma mientras ambos se comprometían y aparentemente ignoraban todos los protocolos sociales estándar. El duque la tomó de la mano y se la metió bajo el brazo, guiándola de vuelta al salón de baile con sus amigos.

Cuando entraron en el salón de baile, los rostros de los clientes siguieron al grupo. Sophia se puso rígida cuando varias cabezas masculinas se giraron, y antes de que se dieran cuenta de lo que estaba pasando, los hombres comenzaron a acercarse a ellos, pidiéndoles que llenaran sus tarjetas de baile.

Cuando un caballero se acercó a Sophia, Marcus le gruñó al hombre, obligándolo a dar un paso atrás. —¿Qué demonios? —preguntó Sophia, echándose hacia atrás y mirándole. "¿Quieres que siga siendo un alhelí?", preguntó confundida.

—No eres un alhelí —susurró Marcus, agachándose para susurrarle al oído para que solo ella lo oyera. "¿Necesito dejar más claras mis intenciones? Había pensado que íbamos a poner fin a este asunto —preguntó y le guiñó un ojo. Volvió la cara hacia él y se puso las manos en las caderas; Su estómago se revolvía y su piel hormigueaba ante lo que acababa de sugerir. "Sophia, eres una mujer inteligente. No me decepciones ahora". Él sonrió y la tiró por debajo de la barbilla.

"Efectivamente, lo soy", respondió ella con altivez, golpeándose ligeramente la barbilla con el dedo. —No, creo que me gustaría que fueras específico y me dijeras exactamente cuáles son tus intenciones para evitar malentendidos o confusiones —dijo ella, clavando los ojos en él, no dispuesta a dejarlo ser tímido—. Un beso no era un compromiso, no era una declaración de intenciones.

"Eres mía. ¿Te ha quedado claro? -dijo bruscamente, con voz baja y ronca-.

"¿Tuyo?", repitió ella. "No, eso no está lo suficientemente claro. ¿Qué significa eso para ti? Sabía que sus ojos tenían que ser tan grandes como platillos ante su comentario.

"De hecho, ahora, podría escandalizar a los invitados aquí y bailar contigo tres veces, o puedo obtener una licencia especial y casarme contigo mañana". Él le sonrió.

"¿Mañana? ¿Te has vuelto loco?", preguntó incrédula, mirando a izquierda y derecha para ver si alguien lo había escuchado. Le dolía el cuello, tenía que mirarlo, con el pelo pesado sobre la cabeza por el peinado.

Antes de que Marcus pudiera responder, el marqués de Arlington se acercó a él. —¿Qué diablos haces aquí, Marcus? —preguntó, con la voz llena de amenaza—. Mientras que la voz de Marcus era profunda y fina, como un rico vino tinto, el tono del marqués era extrañamente agudo y áspero. Aunque no era un hombre de baja estatura, Marcus se elevaba por encima del hombre. Marcus le devolvió la sonrisa, aparentemente desconcertado por las palabras de enojo.

"Estoy disfrutando de una noche de fiesta con la mujer con la que me voy a casar, Manfred. ¿Qué haces aquí? ¿No se supone que deberías estar de luto?" Marcus respondió, aunque para asombro de Sophia mantuvo su voz ligera y casi despreocupada ante el insulto.

Manfredo era el hermano menor de Horacio. Horacio, al igual que Marco, nunca se casó y, por lo tanto, su hermano menor se convirtió en su heredero. Sophia archivó esa información. ¿Cuál había sido la relación entre esos hermanos?

Manfred bajó la mirada hacia Sophia y se burló de ella.

Sus ojos eran alarmantemente crueles cuando inconscientemente se apretó contra el costado de Marcus. Eso no pasó desapercibido para la nueva marquesina. —Veo que tu reputación finalmente te ha bajado a la mesa de alhelíes para que te encadenen las piernas —dijo, volviendo a mirar a Marcus—.

El cuerpo a su lado se puso rígido. "Lady Sophia es un diamante de primer orden y un genio entre los hombres. Insultala de nuevo, y te encontrarás en el extremo receptor de mis puños. Y mis puños pueden desfigurarte hasta el punto de que ni siquiera tu propia madre te reconocería". La voz de Marcus era baja y profunda. Su labio superior se curvó en una mueca tan

feroz que los pelos de los brazos de Sophia se erizaron. Su tono era tan grave que era casi imposible oír lo que le había dicho a Manfred. El marqués dio un paso atrás; Sus ojos color avellana se redondearon mientras levantaba la mano, con las palmas hacia afuera, hacia Marcus. "Disculpate con Lady Sophia".

Manfred la miró, y ella levantó la barbilla, mirándolo a él con la nariz baja, una herramienta de los debutantes mejor entrenados de la tonelada. Ella no necesitaba sus disculpas. "No os molestéis, mi señor. Tus palabras son tan significativas como la memoria de tu hermano". Marcus la miró entonces y se quedó sin aliento cuando vio que su formidable semblante se transformaba en lo que parecía ser orgullo. Él asintió con la cabeza y le apretó la mano.

Manfred parecía estar a punto de implosionar, su rostro era de un tono rojo que Sophia solo había visto en una botella de vino, casi morado de rabia. En lugar de hablar, se dio la vuelta y se alejó.

Un distinguido hombre de mediana edad se acercó y sacudió la cabeza hacia Manfredo. —Muy decepcionante, Manfred.

—Sir Williams —sonrió Sophia mientras él se inclinaba y le besaba los nudillos—. Cuando se puso de pie, se volvió y frunció el ceño, alentando la partida de Manfredo. El caballero se encogió de hombros e inclinó la cabeza hacia un lado. Luego miró a Sophia con empatía. —Lady Sophia —dijo—. Su rostro era rubicundo y acogedor. Una sonrisa se formó cuando Sophia lo saludó, llegando a sus ojos, de alguna manera pareciendo traer un destello de alegría. Su felicidad era contagiosa, borrando la oscuridad que había surgido del marqués.

Sophia solo podía suponer que estaba metido de nuevo en sus copas, con esa gran sonrisa jovial en su rostro que era contagiosa. —Marcus, mi querido muchacho —dijo, dándole unas palmaditas en el brazo, sonriéndole—. Sophia se rió de la imagen que hicieron los dos. Sir Williams no medía más de un metro setenta y cinco, con una figura delgada y bastante esbelta. Ver a los dos hombres uno al lado del otro solo enfatizaba lo grande que era Marcus en comparación con otros hombres de la tonelada.

"¿Cuándo se conocieron?", preguntó, mirando afectuosamente de uno a otro.

—La atropellé con mi caballo —dijo Marcus con rotundidad—. Sir Williams echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada llena de estómago y una carcajada bastante fuerte que hizo que los demás se volvieran y se quedaran mirando. Cuando finalmente se controló, miró a Marcus, quien le dedicó una sonrisa triste.

—Hablas en serio —dijo—.

—Efectivamente. Marcus asintió.

La expresión alegre del caballero se convirtió rápidamente en una de confusión y preocupación cuando Sir Williams regañó a Marcus. "Espero que haya cuidado de ti, querida, y que haya asumido toda la responsabilidad de sus acciones. Marcus, ¿cómo pudiste? Sir Williams se acercó a Sophia, apartándola de Marcus. Estaba tan cerca de Sophia que ella podía oler su colonia picante y correosa. Mientras aspiraba su olor, Sophia se dio cuenta de que no había detectado nada de alcohol en él, ni siquiera una pizca de él.

—Le aseguro que era un caballero —se apresuró a asegurar Sophia a Sir Williams—. "Su tía Cecily se quedó como mi chaperona mientras me recuperaba, y él me cuidó hasta que recuperé la salud". Sir Williams asintió y le dedicó a Sophia una sonrisa embriagadora.

Sintiendo curiosidad, Sofía frunció el ceño y preguntó:

—¿Cómo lo sabes, Marcus?

"El antiguo duque de Raqueport era uno de mis amigos más cercanos. Crecimos juntos. Conozco a Marcus desde que estaba en pañales. Marcus puso los ojos en blanco, arrancando una

pequeña sonrisa de Sophia. —Déjame ver esa tarjeta de baile —dijo Sir Williams y anotó su nombre para el siguiente baile, una cuadrilla—. Sophia, un hombre de cincuenta y dos años, sabía que le estaba mostrando una amabilidad, ya que nadie más parecía dispuesto a acercarse a ella.

Sir Williams la tomó del brazo y la guió hasta la pista de baile. Marcus sonrió mientras la alejaban, sin preocuparse por su pareja de baile.

Sophia decidió aprovechar esta oportunidad para hacerle más preguntas al caballero sobre el Ministerio del Interior y su investigación sobre el tema. Marcus.

—¿Cómo van las cosas, señor? —preguntó Sophia cuando empezó la música, y él se inclinó bajo su brazo y saltó, luego se volvió hacia la mujer que estaba a su derecha.

—Bueno, querida —dijo cuando volvió con ella—, tenemos más casos de los que podemos manejar, sin duda. El caso del marqués ahora se considera un asesinato y no parece haber mucho apetito por buscar sospechosos. El director quiere que se haga un arresto en el próximo mes, lo cual no es tiempo suficiente para que mis hombres realmente desglosen lo que sucedió".

"¿Un mes? ¿Te dio una fecha límite?", preguntó, con el ceño fruncido. Sabía que tenía la boca abierta, pero no podía evitarlo. Él se dio la vuelta y ella giró con el hombre que se alineó junto al caballero. Luego bailó y regresó con ella.

"Desafortunadamente," el caballero frunció el ceño, "desearía que hubiera más para ayudar con la investigación. Mis Runners están bastante dispersos con el Ladrón Rojo suelto. ¿Sabías que los periódicos nombraron así al ladrón? Qué nombre tan tonto, ya que lleva un pañuelo rojo alrededor de la cara". Sir Williams negó con la cabeza.

—No es un nombre muy original —coincidió Sophia—.

"Efectivamente, entre los dos... Necesitamos más para investigar. Sería una lástima que se acusara al hombre equivocado simplemente porque mi equipo no tiene suficiente personal —Sir Williams volvió a negar con la cabeza—. "Ese marqués tenía muchos enemigos, pero el director está empeñado en culpar a una persona en particular. Peces gordos, me dijo, es una pena. Una verdadera vergüenza". Sofía comenzó a mirar al caballero, rojo desde su corbata hasta la coronilla de su cabello castaño claro y blanco. "No vi a Lucas aquí. ¿Ha venido el duque sin su hermano?

—No lo sé —respondió Sofía—. "¿Se ha hecho algún análisis forense real? ¿La posición de la puñalada, el ángulo del cuchillo, ese tipo de cosas? Su mente dio vueltas por el salto de tema y sus preocupaciones por Marcus. Necesitaba obtener más información. También necesitaba saber quién era Zeus.

Cuando la música terminó, Sir Williams acompañó a Sophia de regreso a Marcus, que ahora estaba de pie con su hermano Jason, su hermano Lucas y otro hombre que aún no había conocido. A Sofía le pareció que estaban en una profunda discusión. Se excusó del brazo del caballero y caminó hacia Penélope.

"Tenemos menos de un mes y van a acusar a Marcus del asesinato".

—¿Cómo lo sabes?

"Creo que Sir Williams está de nuevo. El hombre no puede aguantar el licor —dijo Sophia, asomando la barbilla en dirección al caballero de cara roja, que bebía de un vaso con un líquido oscuro—. Whisky o brandy, reflexionó Sophia.

—Tienes que empezar a hablar con sus sirvientes, Soph.

"No puedo fingir ser una sirvienta. Me conocen. Samantha tendrá que hacerlo. Necesito

llegar a ese juego clandestino".

"¡No puedes hablar en serio!" Dijo Emily desde detrás de Sophia mientras su pareja de baile la escoltaba de regreso a sus amigos.

"Lo digo en serio. Había estado tratando de evitar esto, pero es imposible. Tenemos que llegar allí. Es la única opción. Pluma, ¿me acompañas? ¿Nos acompañará Rufus? Odio preguntar, pero..."

—¿Quién es Rufus? —preguntó Marcus desde detrás de las damas.

Lucas se paró a su lado y la miró con escepticismo. —Uno de los lacayos al servicio de mi padre. Nos acompaña cuando vamos de compras o a pasear por el parque", se apresuró a decir Penélope. No era mentira. Sophia observó cómo su amiga miraba a Marcus directamente a los ojos. "Sophia y yo vamos de compras mañana".

—¿Lo estás? —preguntó Marcus, como si estuviera confundido por esta noticia. Sophia se volvió hacia él, sin saber a qué se refería su tono. Ella lo miró con fastidio. Él la miró con el ceño fruncido. Esperaba que mañana pudiéramos ir a dar un paseo y que me acompañaras a la ópera.

—Una cosa no niega a la otra, Marcus. Puedo ir de compras antes de ir a dar un paseo".

"¿Y si quisiera ir a dar un paseo por la mañana?" — Nadie sale a dar un paseo por la mañana -dijo Emily, con los ojos entrecerrados por la confusión-.

"Es por eso que quiero ir por la mañana", bromeó Marcus.

"Entonces iré de compras después de que vayamos a dar un paseo", sugirió Sophia.

—¿Quiénes, por favor, son tus nuevos amigos, Marcus? —el hombre era de complexión mediana, cabello rubio oscuro, ojos color avellana que parecían más marrones que verdes. Su voz no era desagradable, pero Sophia sintió un escalofrío incómodo en la espina dorsal ante la mirada que le dedicó su.

— Disculpas, Clarence. Esta es Lady Sophia Perkins, la Hermana del conde de Pennington. Estas son sus encantadoras amigas, Lady Emily, Lady Penelope y Lady Samantha. Este es el Sr. Clarence Flamenco. Su hermano es el vizconde de Blackmon, Lord Gregory Flamenco. Su padre es el conde de Dorchester, Lord Darren Flamenco. Clarence y yo crecimos juntos en Cornualles y fuimos a Eton con mi hermano.

Con un paso altivo y una sonrisa de suficiencia, Clarence se acercó a Sophia. Le cogió la mano y le besó los nudillos.

—¿Cómo conociste al duque de Raqueport, lady Sophia?

Era imposible que Sofía no sintiera el efecto del *tú* que él tan cruelmente enfatizaba. Completó esa frase en su mente, imaginándolo añadiendo: «Un pequeño alhelí como tú». Ella retiró la mano de la suya y se estremeció cuando él le sonrió, con los labios secos y los dientes amarillos.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados. Parecía que no se había lavado los dientes durante días, si no semanas. Cuando permitió que su mirada lo escudriñara más a fondo, notó el color amarillento alrededor de su cuello y la mancha marrón en su chaleco.

La pesadez de su mueca hizo que se le formaran protuberancias en los brazos como si tuviera frío. Marcus pareció sentir su incomodidad y se acercó a ella sin causarle más angustia.

—La atropellé con mi caballo —dijo Marcus, poniéndole la mano en el brazo—. Él la miró, le dio unas palmaditas en la mano enguantada y continuó: "Era la única forma en que podía obligarla a darme una oportunidad. Lady Sophia no soporta a los tontos y, bueno, no me habría echado un segundo vistazo si no la hubiera obligado a estar en mi compañía.

— ¿La obligaste a ir a tu compañía? Clarence se echó a reír. Sophia se estremeció ante la

risa exagerada, demasiada jajaja, y sin alegría genuina en sus ojos.

"Sí, mi tía Cecily se quedó conmigo mientras se recuperaba. Realmente la lastimé". Marcus volvió su mirada hacia Clarence. Sophia notó que sus fosas nasales se ensanchaban y se puso más rígida contra su costado. Cuando la miró, su rostro se suavizó y ella le sonrió, arrancándole una sonrisa perezosa. "Realmente me arrepiento de haberte causado dolor, pero no puedo decir que me arrepiento del resultado. Me atrevo a decir que te volvería a atropellar si esa fuera la única manera de llamar tu atención. Sophia exhaló un suspiro, sorprendida por sus palabras.

La mirada de disgusto e incomodidad apareció en el rostro de Clarence. Las muestras externas de afecto estaban mal vistas, y el amor lo estaba aún más, pero Sophia sintió una ligereza en su cuerpo y una calidez que circulaba por su corazón cuando Marcus la miraba, como si le regalara las estrellas si pudiera. No tenía ninguna duda de que lo haría si pudiera. Tuvo que resistir la tentación de acariciarle la mejilla.

—Oh, mira, ahí está lord Fremont. Discúlpeme, pero necesito hablar con él —dijo Clarence, alejándose lentamente de ellos mientras miraba alrededor del salón de baile—.

—Parásito —murmuró Marcus en voz baja—.

—De hecho —convino Sophia, contenta de que el hombre los hubiera dejado—.

—¿Eres amigo de él?

"Soph, trato de ser amable con todos, me gusten o no. Antes me hacía la vida más fácil, aunque ahora no estoy tan seguro. Lo conozco de toda la vida, aunque estoy más cerca de su hermano. Clarence es un año mayor que Lucas", explicó.

"Nunca me ha gustado el hombre. Es un dandy y un saco de mierda".

—dijo Lucas, con los ojos encendidos—.

—Lucas —reprendió Sophia—, el lenguaje.

Una risa llenó sus ojos y se le escapó una risita profunda. —A veces me olvido de que eres una dama —dijo mientras ponía una mano cariñosa sobre la de ella—.

—Bueno, eso es muy grosero —reprendió Sophia, con la boca abierta—. Cuando se dio cuenta de que tenía la boca abierta, la cerró y frunció el ceño.

—No, Soph, no quiero faltarle el respeto. En verdad, te has abierto camino en nuestro hogar y en mi corazón. Pienso en ti como en una hermana". La tiró por debajo de la barbilla y le dedicó su sonrisa pícara. Ella no era inmune a su encanto, y se encontró a sí misma dedicándole una sonrisa radiante.

"¡Aceptaré el cumplido de reojo porque también te adoro! Pero como hermana, todavía te regañaría por el idioma de tu curso".

"No esperaría menos de ti. Aunque, escuché que tienes una gran boca sobre ti". Lucas asintió y volvió a tirarla por debajo de la barbilla. Ella le apartó las manos y él se rió tan fuerte que la gente se volvió para mirarlos. Oh, ¿le gustaban sus nuevos amigos?

Capítulo 16

Contrariamente a la costumbre, Marcus llegó a la casa de Sofía antes de lo que estaba de moda, como de costumbre, llamando a la puerta a las nueve de la mañana.

Sabía que si era alguien más, lo considerarían grosero. Pero sonrió mientras se metía las manos en los bolsillos. Y rodó sobre sus talones, luego de nuevo sobre sus dedos de puntillas. Hoy estaba invitando a una dama a dar un paseo en carruaje, y a esa hora, no solía ser aceptable, pero no le importaba, y sabía que Sophia tampoco. La sensación de hormigueo en su corazón se irradió a sus dedos y sus fosas nasales se ensancharon. Sacudió los dedos y luego palmeó el bulto cuadrado en el bolsillo de su abrigo. Seguramente no estaba nervioso. Marcus sabía que Sophia era suya. Puede que aún no lo sepa, pero eso se rectificaría en breve. Sin embargo, por alguna razón, se sintió incómodo. Sacó su pañuelo y se frotó la frente.

Había poco tiempo que pudiera dejar pasar ahora. Después de observar a Sophia y sus amigos en el baile, supo que estaban tramando algo. No sabía qué, y no sabía por qué, pero sabía que cuando entró en la biblioteca, decidió no acercarse a ellos. Observó cómo tomaban notas en los papeles que tenían delante, compartiendo la pluma sobre el escritorio. Era obvio que estaban planeando algo. No había duda, después de ver la reacción de Sophia cuando finalmente se acercó, de que no iba a compartir con él lo que ella y sus amigos habían discutido. Observarla era la única forma en que podía averiguar lo que estaban tramando. Sin que Sophia lo supiera, Marcus tenía toda la intención de aparecer cuando y donde menos se lo esperaba. No era su mejor momento, pero tenía que admitir que estaba deseando que llegara el partido que iba a jugar con Sophia.

También estaba este tipo Rufus que no conocía y, por lo tanto, no podía confiar. Sí, su amiga le había estado diciendo la verdad sobre quién era Rufus, pero no era por eso que Sophia le había preguntado si podía acompañarlos. Quería saber por qué le pediría a su amiga que su lacayo la siguiera y por qué Rufus en particular.

Marcus le sonrió a Sophia, sus ojos brillando con deleite mientras ella lo saludaba en el salón. Llevaba un sencillo vestido de día de muselina azul que abrazaba sus preciosas curvas. El corpiño estaba cortado lo suficientemente bajo como para darle una visión de la parte superior de sus senos, lo que provocó una reacción visceral en él. Si no la hubiera estado observando, se habría perdido el subir y bajar de sus pechos cuando entró en la habitación. Sonrió ante el leve aumento de su respiración mientras se acercaba. La tensión de su ingle hizo sonreír en sus labios.

La realidad era que la noche anterior había tenido razón. No sabía cómo era posible, pero durante dos años él y todos los demás hombres habían sido unos ciegos tontos, de alguna manera la habían echado de menos. No la había visto. Por supuesto, Marcus nunca prestó atención a los debutantes. Las insípidas e insípidas chitas no le interesaban. Lo aburrían. Además, tenía más de treinta años cuando ella debutó. No frecuentaba Almack's ni los bailes donde la habría visto. Pero el hecho de que nunca se hubiera fijado en ella antes lo enfurecía. ¡Maldita sea, si hubiera estado ciego!

Por suerte, su hermano no estaba en casa cuando llegó. Marcus miró alrededor de la habitación y sonrió al darse cuenta de que finalmente estaba a solas con ella. No queriendo mirar a un caballo regalado en la boca, rápidamente cerró la puerta en dos zancadas y la atrajo hacia sus brazos.

—¿Marcus? —preguntó Sophia. Sonrió al oír su jadeo, y oyó su respiración cuando la miró. Le rodeó el cuello con la mano y sintió que su pulso se aceleraba contra la suya.

— ¿Sí? -dijo él con voz ronca mientras miraba su rostro vuelto hacia arriba. Se permitió el placer de su suavidad, acariciando sus brazos, moviéndolos arriba y abajo, levantando protuberancias a lo largo de su carne. — ¿Qué estás haciendo? -susurró ella, y él sintió que su cuerpo se estremecía contra él.

—Te voy a embelesar un poco más —dijo y bajó lentamente su boca hasta la de ella—.

Jasmine tentó sus sentidos. Le rozó ligeramente los labios con los suyos y sintió que su respiración se aceleraba. Un suave gemido escapó de la suave plenitud de su boca. Sabía a menta y miel. Bajó la mano por su brazo y le rodeó la muñeca con los dedos, donde podía sentir el pulso de ella palpar contra sus dedos.

Marcus sintió que su ingle respondía mientras pasaba la lengua por la costura de sus labios. Ella abrió la boca e inclinó la cabeza mientras él saboreaba sus labios, permitiendo que los suyos encajaran contra los suyos, y su pulso volvió a saltar bajo sus dedos. Tomó su labio inferior entre los dientes y lo succionó, luego lo cepilló con la punta de la lengua.

Se le escapó un gemido y se apoyó en él. Sus brazos se movieron alrededor de su cintura y comenzaron a explorar su espalda. Gimió en su boca y la atrajo contra su erección, su polla dura y alcanzándola. Su tacto no era ligero, no era tímido. Presionó sus dedos en sus músculos, sintiendo los surcos de su espalda. Sintió que se le escapaba el control cuando ella se llevó el labio inferior a la boca como él había hecho, succionando y luego pasando la lengua contra él. Joder, pensó para sí mismo, luego levantó la boca y gimió la palabra contra sus labios. Su cuerpo tembló, sorprendiéndola, lo que lo excitó, y se rió entre dientes. "¿Te excitaría si te dijera lo mucho que quiero follarte?", preguntó provocativamente. Sintió que ella se estremecía contra él. —Respóndeme, Sofía —exigió—. Bajó las manos a sus nalgas, las apretó y la levantó contra él.

—Sí —suspiró ella contra sus labios—. Le rodeó el cuello con los brazos y le hundió los dedos en el largo pelo. Le pasó la lengua por los labios, abriéndolos, y cuando ella lo hizo, le metió la lengua en la boca, apretando su cuerpo contra el suyo. Se acercó a la pared y la apretó contra ella.

El vestido que llevaba le impedía abrir las piernas, pero no se desanimaría. Comenzó a amontonar la tela en sus piernas con las manos, levantando las faldas hasta su cintura, luego ahuecó su trasero y forzó sus piernas alrededor de su cintura. —¡Oh! —gimió ante la rapidez del movimiento—.

—Gime por mí —dijo él contra sus labios, mientras apoyaba sus caderas contra su centro—. El calor de su vaina hizo que su asta saltara contra ella. Luego le apretó las nalgas mientras la besaba más profundamente. Ella soltó otro gemido, completamente a su merced, y a él le encantó lo receptiva que era en sus brazos.

— Hazlo otra vez -gimió ella mientras sus dedos se metían entre sus piernas, encontrando la abertura de sus cajones-. Con una mano apretando su nalga, encontró su capullo con la otra mano y lo acarició con la punta de su dedo.

— Te gusta eso -le dijo en voz baja-. Quería abrir las caídas de sus brechas y llevarla contra la pared. Su polla estaba tan dura que le dolía.

"¡Mierda!" Marcus gruñó y colocó su boca sobre la de ella para amortiguar sus gritos. Era húmeda y tan expresiva, tan real y natural. Sabía que ella era inexperta, que él era el único hombre que la tocaría de esa manera. Pero a pesar de que la quería, sabía que no podía llevarla contra la pared... Al menos no hoy. Oh, eventualmente la follaría contra una pared, pero no ahora. Tenía toda la intención de follársela en todas las habitaciones de su casa, en el suelo, en la mesa del comedor, en su carruaje. Pero hoy, él le daría a ella. Hoy tendría un orgasmo. Y tal vez, en la oscuridad de su palco de ópera, la llevaría de nuevo al clímax.

—¿Marcus? —gritó mientras él la penetraba con el dedo, moviéndolo dentro y fuera de su cuerpo. Estaba tan apretada, tan caliente y mojada. Con un solo dedo, podía sentir cómo cada músculo se apretaba a su alrededor. Volvió a acariciarle el clítoris, frotándolo, rodeándolo con la palma de la mano mientras la penetraba, primero con un dedo, luego con otro, abriéndola, hundiéndose en ella y sus caderas cogieron un ritmo propio.

Hundió la lengua en su boca mientras sus dedos la presionaban, amortiguando sus gritos al sentir su vaina palpar alrededor de sus dedos, su cuerpo temblando contra él mientras sus muslos apretaban sus caderas. —Ven por mí —gruñó en lo profundo de su garganta—.

—Dios mío —exclamó ella contra sus labios—. Su funda se soltó contra su mano, el calor húmedo humedeció su mano cuando se acercó a él. Su aliento le llegaba entrecortado contra el cuello. Ella lo besó suavemente mientras él retiraba los dedos de su interior. Él soltó una risita mientras su cuerpo temblaba contra el suyo. La bajó al suelo y le soltó las faldas, que cayeron al suelo con un silbido alrededor de sus piernas. La abrazó con fuerza, aún no estaba listo para dejarla ir.

Cuando dio un paso atrás, sus rodillas se doblaron y él soltó una risita, inmensamente feliz por su respuesta. Se llevó la mano a los labios y se lamió los dedos. Su olor era dulce y almizclado. Cerró los ojos, respirando el aroma de ella. Sus ojos se abrieron de par en par cuando él se llevó los dedos a la boca. Observó cómo ella le lamía los dedos. —Me pones tan duro —dijo él, y volvió a rodear su ingle contra ella—. Metió la mano en su abrigo, se quitó el pañuelo y se limpió la mano antes de apartarle el pelo de la frente.

"Eso fue inesperado", dijo finalmente, con la voz entrecortada. Apoyó la frente en su pecho.

—Tenemos que casarnos pronto —se rió Marcus, besándola en la parte superior de la cabeza—.

Ella alzó la cara hacia la suya y le dirigió una mirada perpleja. —¿Por qué tan pronto?

"Quiero que nos casemos antes de follarte". Afirmó rotundamente. Su rostro, ya enrojecido por sus dedos amorosos, se profundizó a un tono rojo más oscuro y sus ojos azules de alguna manera se oscurecieron con pasión. —Oh, Soph, las cosas que quiero hacerte —dijo y volvió a besarla en los labios—. Se echó hacia atrás, se acomodó en sus brechas y caminó hacia la puerta y la abrió. —Ven —dijo, tomándola de la mano y sacándola del salón—.

Una vez afuera, Marcus la agarró por la cintura y la subió a su faetón, luego se subió a su lado. Una vez que las riendas estuvieron firmemente en su mano, la atrajo a su lado y maniobró hábilmente los dos caballos por el camino. El sol ya estaba alto en el cielo de principios de invierno. "Nunca antes había sacado a una mujer en mi carruaje, aparte de mi madre y mi hermana, por supuesto", compartió.

— ¿Nunca has cortejado a una mujer antes que yo? -preguntó, con la cabeza inclinada hacia un lado. Ella se golpeó la boca con el dedo y le dirigió una mirada incrédula.

"Eres mi primera y última", admitió con una sonrisa apesadumbrada. La tiró por debajo de la barbilla. "Sophia, honestamente, nunca me he sentido más yo misma y cómoda con alguien que cuando estoy contigo". Su admisión hizo sonreír en sus labios, y de alguna manera esa sonrisa iluminó todo su rostro.

—Tenemos mucho en común —sonrió, y luego se encogió de hombros con voz débil—.

"¿Cómo es eso?", preguntó. Tenía curiosidad por saber qué pensaba ella de ellos, de él. La miró de reojo mientras controlaba la velocidad y la dirección de los caballos.

"Bueno", sonrió, "eres mi persona". Marcus sintió que su corazón se hinchaba. Y le pasó

un dedo por la mejilla. "No más paseos en faetón para mí". Ella sonrió. "Eso tenía la intención de ser irónico", dijo, tocándose la frente con el dorso de la mano mientras se coloreaba. Frunció el ceño ante la expresión triste de su rostro. Ella trató de quitarle importancia al hecho de que no tenía ningún pretendiente y eso le rompió el corazón.

"Sophia, pasaré el resto de mi vida demostrándote lo increíblemente hermosa, inteligente y maravillosa que eres. Odio ver esa expresión de dolor en tu rostro". Colocó las riendas en una mano y acarició su mano por debajo de las miradas indiscretas de las personas que caminaban a su alrededor.

—Estoy bien, de verdad —sonrió pero frunció las cejas—. Marcus aminoró la marcha de los caballos y la miró. No podía besarla aquí. No la escandalizaría de esa manera, pero quería hacerlo. No se veía bien.

"Nunca me mientas", le dijo.

—No estoy mintiendo —dijo, y se encogió de hombros y apartó las manos con un gesto—. Ella se cruzó de brazos y lo miró con desdén. La agarró de los brazos y se los apartó del pecho.

"¿Qué estás haciendo?", le reprochó.

"Tomo la mano de mi prometida y no permito que me mire como si fuera el hombre más bajo de la tierra". Colocó su mano enguantada en la suya y la obligó a sentarse más cerca de él, usando esa mano para guiar a los caballos.

—Prometidos, ¿verdad?

"Tengo una cita con Jason después de nuestro viaje para resolver los detalles".

"¡Ni siquiera me lo has preguntado!" La mirada que le dedicó a Marcus lo hizo reír.

"Amor, si lo que pasó en el salón no es un sí a una propuesta, no sé qué es", dijo.

"No sabes lo que es". Ella se cruzó de brazos y frunció el ceño.

Miró su rostro y pudo ver que hablaba en serio.

"Soph."

"Pregúntame", exigió. "Quiero que pidas mi mano como es debido".

—Bien —dijo, y apartó el faetón a un lado y sacó la caja del bolsillo de su abrigo—. Tomó sus manos entre las suyas y dijo: "Lady Sophia Perkins..."

— Sophia Lily Perkins -interrumpió-. Él la miró, tratando de mantenerse serio, pero su sonrisa lo hizo reír a carcajadas.

Otros a su alrededor comenzaron a mirarlos, pero a Marcus no le importaban los espectadores. Era un duque.

Marcus respiró hondo y abrió la caja. Sophia se llevó las dos manos a la boca. El zafiro azul marino profundo de talla esmeralda de tres quilates brillaba en un engaste de oro blanco. Tragó saliva y exhaló un suspiro de preocupación. —Lady Sophia Lily Perkins, ¿me haría usted el hombre más feliz del mundo y me haría el honor de ser mi duquesa, mi esposa —se inclinó y le susurró al oído—, mi amante —y luego se echó hacia atrás—, por el resto de mi vida? Se llevó las manos a los labios y dijo: "Por favor, Soph."

La sonrisa que ella le dio, las nubes oscuras que se cernían sobre él, su sonrisa hizo pasar la tormenta. La alegría en sus ojos y las nubes se abrieron, permitiendo que el sol brillara en su rostro. Había estado viviendo con mucho dolor y miedo. Esta pequeña criatura llegó a su vida y, por primera vez, pudo sentir el calor del sol. Su corazón estaba lleno.

"Por supuesto, me casaré contigo", susurró ella, y sin dudar, cayó en sus brazos y él la abrazó con fuerza.

La neblina del momento comenzó a levantarse cuando comenzó a escuchar susurros de curiosos. Abrazarla de esta manera no era apropiado. Una vez casado, como duque, tendría un poco de margen de maniobra, pero todavía no, y no dañaría su reputación. No más de lo que ya había tenido abrazándola tan fuertemente, luchando por dejarla ir, resistiendo el poderoso impulso de besarla.

Con frustración, Sophia se apartó de él y se llevó las manos a los labios, sorprendida por su comportamiento. —Lo siento mucho —dijo en voz baja, cerrando los ojos por la vergüenza que sentía—.

Sintió un dolor agudo que le salió disparado de las entrañas. La ira se apoderó de él ante las miradas desdeñosas que se dirigían a ella. Gruñó y disparó dagas a cada persona por causarle angustia. Y rápidamente miraron hacia otro lado. —Soph —se inclinó en silencio hacia ella mientras alejaba el faetón del parque—. Ella no lo miró. Colocó las riendas en una mano y tomó la mano de ella entre las suyas, sosteniéndola para que nadie pudiera verla. "La vergüenza no tiene cabida en nuestra relación, Soph. Al diablo con ellos". Ella lo miró entonces, y él vio que una sola lágrima caía por su mejilla y casi se rompe. Se dio la vuelta y regresaron a su casa, levantándola rápidamente del carruaje y tirando de su mano por los escalones.

El señor Phillips abrió la puerta antes de que llegaran al último escalón, lo que permitió a Marcus entrar rápidamente en el salón más cercano.

—Sophia —dijo, atrayéndola hacia su regazo—, tu naturaleza afectuosa es una de las razones por las que te quiero. ¿Me entiendes?

Levantó la cabeza y lo miró a los ojos. Le sostuvo la cara allí. —Me has oído —se contestó a sí mismo y la besó suavemente en los labios—. Apoyó la frente contra la de ella. "Soph, por favor, no llores. No estés triste".

—No estoy triste, Marcus —dijo ella, acariciándole ligeramente la mejilla—.

—¿No lo eres? Entonces, ¿por qué llorabas?", preguntó, con una pequeña línea formada entre sus cejas.

— Me dio vergüenza -ella se encogió de hombros y le dedicó una sonrisa de reojo-.

— ¿En qué se diferencia? -preguntó, levantándole la barbilla. "Sin vergüenza, sin tristeza. No importan".

"Marcus, no podemos vivir en una burbuja, la gente importa". Ella se apartó de él y sus ojos lo miraron.

"Está bien, admito que importan un poco, pero hoy nos comprometimos y estuviste feliz. No permitiré que esa felicidad se estropee porque me abrazaste. Estas estúpidas reglas de decoro son ridículas". Le dio un beso en la frente y la abrazó contra él.

—No todas las reglas del decoro son ridículas —dijo Jason al entrar en la habitación—. Levantó una ceja hacia Marcus cuando no soltó a Sophia. Marcus no sintió ninguna presión para hacerlo. Ella era suya, y eso era todo. — Marcos. Jason ladró.

"Obtendré una licencia especial esta tarde". Marcus le devolvió el ladrido.

Sophia se apartó del regazo de Marcus y caminó hacia su hermano, apoyando una mano en su brazo. "Los dejaré a ustedes dos para su conversación privada. Penélope estará aquí dentro de poco, y vamos de compras.

"Soph, pon tus compras en mis cuentas. Si vas a Señora Dubois, ponga sus compras en mi cuenta.

—Marcus —Sophia negó con la cabeza, y él se puso de pie y caminó hacia ella—.

Preocupado, la tomó de la mano, caminó hacia la esquina y le susurró al oído: "Ya no estoy involucrado con una amante, ¿me escuchas? Vas a ser mi esposa. Mi cuerpo te pertenecerá

a ti, y el tuyo a mí.

"Nadie creerá que eres mi amante simplemente porque haces tus pedidos por mi cuenta. Mi moneda es tuya. Llevas mi anillo. Podemos hablar de dinero una vez que estemos casados".

Con vergüenza, el rostro de Sophia se enrojeció ante la mención de que era una amante. Marcus era muy consciente de lo que ella había estado pensando cuando le dijo que pusiera sus compras en su cuenta en el modiste. —Los Raqueport son fieles, Sophia. ¿Lo entiendes? Le susurró suavemente al oído. "Dime, ¿me oyes, me entiendes? ¡Por el amor de Dios, dime que me amas!" Sophia le estrechó la cara entre las manos y lo besó suavemente en los labios. —Te amo —dijo ella y lo besó de nuevo. "Te escucho y te entiendo". Se relajó, luego se puso de pie y la vio salir de la habitación.

"Te recogeré a las ocho para la ópera". Se lo recordó mientras lo seguía afuera.

—Lady Sophia —dijo el señor Phillips en el umbral—, lady Penélope te espera en su carruaje.

—Un momento, Jason —dijo Marcus mientras la seguía—.

"¿Qué estás haciendo?" —le preguntó Sofía mientras él la seguía.

—Conociendo a Rufus —respondió—.

Marcus se dirigió directamente al lacayo que estaba sentado en la parte trasera del carruaje. —¿Eres Rufus? El hombre inmediatamente se puso de pie y se inclinó ante Marcus.

Marcus hizo un gesto con el lacayo a un lado, lejos de los oídos abiertos de Sophia. Marcus miró al hombre e inclinó la cabeza hacia un lado. "¿Nos hemos visto antes?", preguntó, pensando que el hombre le resultaba familiar, pero no podía estar seguro. Había algo en su rostro, en su color, pero Marcus negó con la cabeza y sonrió. ¿Por qué habría conocido a ese hombre? Rufus era lacayo.

"Soy el duque de Raqueport. La mujer a la que acompañas, Lady Sophia, es mi mayor tesoro. Ella, al igual que sus otros amigos, están tramando algo. No sé qué, pero puedo sentirlo.

"Si ella te pide que la llesves a otro lugar que no sean los lugares habituales que frecuenta una dama, quiero que te comuniques conmigo de inmediato. No discutas con ella, no le digas que me estás informando. Solo asegúrate de decirme a dónde la llevas y cuándo planeas llegar allí. ¿Lo tengo claro? Marcus miró al hombre a los ojos, una mirada inquebrantable. Un sentido de respeto por el hombre atrajo a Marcus, evaluando el carácter del hombre. De hecho, ciertamente había algo en este hombre, pero no podía identificarlo.

—Sí, Su Excelencia. Te prometo que me aseguraré de informarte".

—replicó Rufus—.

—¿A dónde vas ahora?

"Me dijeron Santiago, Su Gracia. Lady Penélope quiere ir de compras. Vamos a ver a la señora Dubois.

Marcus le entregó al lacayo un chelín, y Rufus lo miró un momento antes de encogerse de hombros. Deslizó despreocupadamente la moneda en su bolsillo mientras Marcus le recordaba: "Acuérdate de enviarme un mensaje".

Señalando con el dedo al lacayo mientras se alejaba, Marcus regresó a la casa para finalizar su compromiso con Sophia. Una sonrisa adornó su rostro mientras contemplaba cómo su vida sin duda estaría llena de emoción.

Capítulo 17

—Eso fue extraño —dijo Penélope mientras el carruaje se alejaba—.

"Marcus tiene una tendencia a ser bastante, bueno... mandón. Me resulta más fácil hacerle creer que tiene influencia sobre mí, en lugar de involucrarme en una discusión infructuosa con él. Puede ser bastante obstinado —explicó Sophia, recogiendo sus faldas mientras se acomodaba en su asiento—.

— ¿Qué le haría creer que tiene algo que decir sobre lo que haces? —preguntó Penélope, con las cejas levantadas por la sorpresa.

—Estamos prometidos —dijo Sophia con indiferencia, y rápidamente cambió de tema—. "¿Dónde quieres comprar primero?"

—Espera, ¿perdón? —exclamó Penélope, llevándose las manos a la cara e inclinando la cabeza hacia un lado—. "¿Cuándo ocurrió esto? Sophia, ¿pensé que estabas esperando para enamorarte?" Penélope extendió la mano por el carruaje y tomó la mano de Sofía.

"Estoy enamorada. ¡Oh, Penélope, esto seguramente no formaba parte del plan! Pero él es todo lo que nunca supe que quería".

"¡Es un libertino y tiene amantes!" Penélope acusó; Voz levantada.

"Ya no tiene amante y me ha prometido que nunca tendrá otra". Sofía se defendió. Penélope resopló, lo que hizo que Sophia colocara sus manos en sus caderas y frunciera el ceño a su amiga.

"Disculpas, es simplemente... ¿Cómo puedes confiar en él?" —preguntó Penélope.

—¿Cómo no iba a hacerlo? —replicó Sofía irritada—. Empezó a tachar sus virtudes con los dedos. "Ha demostrado ser confiable, cariñoso, inteligente, humorístico, apasionado y me ama".

— ¿Te ha dicho que te quiere? —preguntó Penélope incrédula, con las dos cejas levantadas.

"¡Sí, y quiere casarse la próxima semana y luego tres semanas después lo van a arrestar!" Sofía cerró los ojos y dejó caer la cabeza entre las manos. Respiró hondo para calmar sus emociones y luego dijo: "Tenemos que irnos esta noche. Tenemos que hacerlo. Necesitamos a los cuatro si queremos tener alguna posibilidad de obtener información".

Penélope miró a su amiga con preocupación, juntando las manos. Sophia se subió las gafas y la miró más de cerca.

"¿Qué es lo que no sé?", preguntó.

"Samantha fue de incógnito esta mañana para encontrarse con sus sirvientes", le dijo. — Espera —Penélope levantó las manos antes de que Sophia pudiera hacer más preguntas—. Sam se reunirá con nosotros en casa de la señora Dubois dentro de veinte minutos. Entonces obtendremos más respuestas". Sofía se recostó contra el carruaje y exhaló.

El carruaje se detuvo en la modista, donde Samantha y Emily esperaban a sus amigas fuera de la tienda. Juntos, entraron en la tienda y se acomodaron en el sofá. El personal sabía que no debía involucrar a las niñas hasta que indicaran que necesitaban ayuda. Este era uno de los pocos lugares en los que podían encontrarse sin llamar la atención de los demás.

Samantha miró a las *damas* y abrió su cuaderno. Según el cocinero del duque, Zeus era el nombre de su preciado semental. El caballo murió el año pasado. Eso es lo que me dijeron. Fue padre de la nueva montura del duque, Odiseo. Pero también me informó que muchos miembros del personal a menudo se refieren a su padrino de boda como un dios. Debemos cuestionarlo. Al

parecer, solía llevar al duque a las peleas clandestinas. Todo el personal está al tanto de sus combates. Y dejó de hacerlo porque sus hermanos recibieron amenazas. Recientemente, su hermano y el duque han estado discutiendo mucho sobre la situación. Algunos de los sirvientes habían estado apostando por el duque y habían hecho un poco de blut. Y Lucas, el hermano del duque, emplea actualmente a un ayuda de cámara llamado Troy. Eso es todo lo que sé. Debemos entrar en ese anillo subterráneo. Hay que ver quién está ahí abajo".

"¡Sí! Eso es precisamente lo que le dije a Pen en el camino hacia aquí. Tenemos que ir allí esta noche, y creo que todos debemos ir. La seguridad en los números", dijo Sophia.

"Rufus ya ha consentido en acompañarnos. Debemos informarle que vamos a ir esta noche. Por cierto —añadió Penélope—, pude comprobar que los hombres que Marcus contrató para investigar en su nombre fueron todos corredores que trabajaban para el marqués. No sé dónde los encontró Marcus, pero nunca tuvieron la intención de ayudarlo. El nuevo marqués ahora está al frente del ring de combate, aunque ha perdido a dos luchadores a manos de un grupo rival. Su pueblo está descontento".

—Propongo que planeemos encontrarnos aquí a medianoche y luego proceder en mi carruaje sin distintivos —sugirió Emily—. "Tenemos que ver por nosotros mismos lo que hace el marqués y a quién tiene a su servicio".

—Ahora que se ha establecido un plan —dijo Penélope mientras se apoyaba en su silla—, ¿te importaría divulgar lo que me confiaste durante nuestro viaje en carruaje? Penélope invitó; una ceja levantada hacia Sophia. Samantha y Emily se volvieron hacia ella; Sus cejas se fruncieron con anticipación.

Sofía exhaló y dijo: "Me voy a casar", dijo. Sonrió a sus amigas, pero sus expresiones permanecieron inalteradas.

"Le ruego que me perdone; Creo que debí haberte oído mal. ¿Dijiste que te ibas a casar? ¿Cómo? ¿Qué? ¿Quién? —preguntó Samantha, exasperada. Levantó las manos al aire, luego las colocó sobre sus caderas y miró fijamente a Sophia.

Sofía apoyó la barbilla en las manos y apoyó los codos en los muslos, inclinándose hacia sus amigas. "Estoy enamorada; No sé qué más decir. Él me ama".

—¡Lo conoces desde hace apenas un mes! —susurró Emily—. Su voz estaba teñida de ira. "¿Cómo puedes amarlo? ¿Cómo puede amarte? ¡Estuviste inconsciente durante la mitad del tiempo que lo conociste!

"¡He pasado más tiempo con él en un mes que la mayoría en un año antes de casarse! ¿Por qué te incienso esto?" —preguntó Sophia, con el corazón encogido mientras miraba a sus amigas. Siempre se habían apoyado mutuamente, incluso cuando tomaban decisiones y errores peligrosos.

Emily miró de reojo a Sophia, con tristeza en los ojos, y luego tomó la mano de su amiga. "Estoy preocupado por ti. ¿Y si lo encarcelan? ¿Y si no podemos probar su inocencia, o peor aún, qué pasa si es culpable?".

Sophia sabía que las preocupaciones de Emily estaban justificadas. Pero ella sabía que Marcus era inocente y que si lo arrestaban, seguiría luchando por él. Había encendido un fuego dentro de ella que había estado perdido. Y ahora que lo había encontrado, lo anhelaba.

"Estás comprando un vestido para usar en tu boda, ¿por qué estamos comprando?" —preguntó Emily.

—Sí. Sophia se enderezó y asintió. "Sí, lo estoy. Y pido a mis amigos más queridos que me apoyen, me animen y me ayuden a demostrar su inocencia".

No había nada más que decir. Samantha tomó la mano de Emily y Penélope tomó la de

Sophia. —Bueno, entonces, ¡supongo que planearemos una boda! Y entonces descubriremos quién asesinó al marqués —Penélope sonrió, luego puso a Sofía en pie y caminó hacia el ayudante que esperaba para tomar su pedido de ropa.

—¿Y qué le diré a mi hermana cuando te arresten? —preguntó Jason, paseando por su estudio mientras Marcus se sentaba en una silla de orejero frente al conde.

"Jason, ella es plenamente consciente de mi situación. Usted no sería responsable de impartirle esa información. Si me arrestan, discutiré el asunto con mi esposa antes de que ocurra y qué esperar. Se lo he contado todo, Jason. Todo, hasta el más mortificante detalle. Cosas que nunca imaginé diciéndole a la mujer con la que me gustaría casarme", dijo Marcus, sin pensar que tendría que persuadir a Jason para que me diera la mano de Sophia. Jason sabía lo que Marcus pretendía, de eso estaba seguro.

"Sea como fuere, he oído que el arresto es inminente. Marcus, ¿qué estás haciendo para protegerte? ¿Para demostrar tu inocencia? Jason se volvió hacia él, alzando la voz con preocupación. Marcus notó que con cada última palabra, el conde levantaba las manos como para enfatizar su punto.

"He contratado a un nuevo investigador. ¡Los hombres que había contratado antes, creo que estaban trabajando en mi contra! No me trajeron nada. Ni siquiera los enemigos de Horacio, que sé que son muchos. Alguien viene detrás de mí. No sé por qué, pero me están echando la culpa de este asesinato. Contraté a un hombre de Irlanda. Su nombre es Liam O'Leary. ¡Vino a nuestra primera reunión ya poseyendo más información de la que los investigadores que había encontrado antes en dos meses!"

Jason se dejó caer en el sofá frente a Marcus. —¿Cuándo quieres casarte con ella?

—Ayer —admitió Marcus tímidamente, con una sonrisa de reojo en los labios—. Pero Soph se molestó conmigo cuando le dije que deseaba casarme con ella mañana. Estaba pensando en una semana y mañana obtendré una licencia especial. Puedo asegurar la iglesia y tener el desayuno de bodas en mi casa".

Jason asintió, luego se puso de pie y dirigió a Marcus a su escritorio para finalizar el acuerdo de compromiso. —No necesito su dote, Jason, quédate con tu moneda. Marcus se burló de la partida.

"Es costumbre. Soph lo esperará —dijo Jason enfáticamente—.

"Entonces colócalo en un fideicomiso para ella, a su nombre. Si alguna vez necesita el dinero, si algo me sucede y de alguna manera mis fondos no son suficientes para mantenerla, lo tendrá para protegerla". Marcus sugirió, y Jason estuvo de acuerdo. Se agregó al acuerdo. Los hombres lo firmaron y Marcus se puso de pie, emocionado. "¡Nunca en mi vida pensé que estaría encantado de que me pusieran grilletes en las piernas! Sin embargo, ¡aquí estoy, corriendo por la puerta para encontrar a mi prometida! Marcus le dio una palmada en la espalda a Jason con alegría, luego caminó hacia la puerta principal, donde el mayordomo le entregó a Marcus su sombrero, guantes y abrigo.

El carruaje se detuvo hasta el modiste. Marcus entró en la tienda y sonrió cuando vio a Sophia sentada en el sofá, con las telas en el regazo, la señora Dubois sentada a su lado. — ¿Qué vas a conseguir? -le preguntó en voz baja al oído. Ella respondió de un salto a su pregunta, se puso la mano en el pecho y luego exhaló un suspiro estremecido. Luego se volvió hacia él y le dio un puñetazo en el hombro. No un pequeño toque femenino, sino un verdadero puñetazo de cuerpo completo, "¡Ay!" Refunfuñó, frotándose el hombro.

"¡Me asustaste medio hasta la muerte!" Ella lo regañó.

"Lo siento, ¿dónde aprendiste a golpear así? ¡Tienes un buen gancho de derecha! Realmente me diste un buen golpe —le sonrió, sin dejar de frotarse el brazo que pronto se magullaría—.

Samantha, que estaba sentada a la izquierda de Madame Dubois, se sentó hacia adelante y dijo: "No se preocupe, Su Excelencia, Soph solo está comprando un vestido, la convencimos de que hiciera un vestido de gala azul oscuro para que combinara con sus ojos, en lugar de un pastel". Marcus frunció el ceño y volvió a mirar a Sophia.

"Amor, compra lo que quieras o necesites. Espero que compres más de un vestido". Marcus miró a Madame Dubois y dijo: "Necesitará un hábito de montar, algunos camisones, una capa de invierno para la ceremonia de la boda que combine con su vestido y cualquier otra cosa que pueda necesitar o querer".

Madame Dubois sonrió a Sophia, y luego volvió a Marcus.

"Mira, mamá pequeña, te lo dije, te vas a casar con un hombre generoso".

—Pero no necesito tantos vestidos y batas nuevas —dijo Sophia, volviendo la mirada hacia Marcus—. Pero sacudió la cabeza en señal de desacuerdo.

"Como mi duquesa, necesitas un guardarropa que coincida con tu nueva posición".

"¡Tonterías!" —murmuró Sophia—. "No te importa un higo lo que use tu duquesa".

Marcus la fulminó con la mirada. ¿Por qué tenía que ser tan contraria? Quería comprarle ropa nueva; Quería que se divirtiera, que se sintiera amada y querida, y así era como sabía demostrárselo. ¿Por qué tenía que arruinarlo conociéndolo tan bien? —Está bien —frunció el ceño—. "Quiero que compres ropa nueva porque quiero que te sientas hermosa y sepas cuánto te amo. ¿Eso te hace feliz?" Su voz sonaba enojada, pero sus palabras eran tan dulces. Todos se inclinaron hacia adelante y lo miraron, sus rostros llenos de dulces sonrisas.

Sophia le puso la mano en la mejilla y le sonrió.

—Sí, Marcus, eso me hace muy feliz.

Capítulo 18

Lucas estaba de pie frente al espejo, examinando los chalecos que le había regalado su ayuda de cámara. No le importaban un higo las modas. Pero por eso tenía un ayuda de cámara, alguien que lo cuidara. Pero este ayuda de cámara quería su aprobación. Lucas no quería ofender al hombre que planchaba y preparaba meticulosamente sus prendas cada día.

"En verdad, Troya, estoy contento de que tomes la decisión"
—reiteró Lucas—.

—Mi señor, le agradezco su fe en mi selección —Troy sonrió y eligió para Lucas el chaleco carmesí adornado con apliques de pan de oro.

Troy estaba detrás de su amo, ayudándole a ponerse la prenda. Mientras ayudaba a Lucas a ponerse el frac, apoyó las manos en los hombros de Lucas, mirándolo a través del espejo. "Te lo he dicho, Troya, si no estás a gusto con nuestro entendimiento, estoy dispuesto a darte una referencia. No quiero complicar esto más de lo necesario", dijo Lucas.

Troy bajó su mirada marrón y se apartó de Lucas con un suspiro. "Si voy a otro lugar, no puedo ser quien soy. Pero aquí no puedo tener a quien deseo —susurró—.

Lucas miró a su ayuda de cámara, lamentando el error de juicio que había cometido apenas unas semanas antes. Pero había pensado que a estas alturas, después de todo este tiempo, Troya habría seguido adelante. —Puedo encontrarte un maestro que comprenda tu situación —sugirió Lucas pensativo—.

La mirada que Troy le devolvió fue inesperadamente aguda. "No tengo ningún deseo de trabajar para otra casa", su voz tembló de ira.

"¡No entiendo por qué me has echado!"

Troy se acercó a él y tiró de Lucas contra su firme cuerpo. Troy era casi de la misma altura que Lucas, y fuerte. Sus mechones rubios caían sobre su frente y sus ojos marrones imploraban a Lucas. Y se inclinó, acercando la boca de Lucas a la suya. Pero Lucas lo apartó.

"Creo que lo mejor sería encontrarte un nuevo hogar, Troya —dijo Lucas, apartándose de su criado—. "Redactaré una carta de recomendación y le encontraré un hogar adecuado, pero No puedo seguir así".

Lucas se enganchó el reloj de bolsillo a la chaqueta y salió de su habitación, dejando a su antiguo ayuda de cámara en la puerta.

El palco de Marcus en la Royal Opera House de Londres estaba perfectamente situado, casi en el centro del escenario y a pocos pasos del príncipe regente. Marcus acompañó a Sophia por los escalones y abrió las cortinas del pasillo, guiándola hacia adentro. Sophia sonrió mientras su mirada recorría a Marcus, quien la miraba expectante. Le había estado robando caricias y caricias.

Marcus también había invitado a las *Damas*, lo que Sophia asumió que era para eliminar el requisito de que tuviera una chaperona. Pero Jasón no había accedido a esa petición, y ahora, sentados en los asientos de delante y a la izquierda de Sofía, estaban la tía Cecilia y su compañera. Sra. Pembroke.

Marcus levantó la vista cuando su hermano entró en el palco con sus amigos y presentó a

Sophia a Lord Michael Graham, el conde de Portsmouth, quien le guiñó un ojo, haciendo que el calor subiera desde su pecho hasta su cuello hasta sus mejillas. Conoció al Sr. Stephan Penrose, el segundo hijo del Barón Layton, y a Lord Clayton Bryant, el hermano mayor de Stephan.

Marcus se puso de pie y los saludó a todos. —Clayton es un verdadero viejo amigo, Soph —dijo—. Clayton le dedicó una sonrisa encantadora.

"Escuché que las felicitaciones están en orden", dijo en voz baja. —¿Me han informado de que estás prometido? Clayton sonrió a Marcus. Sus ojos eran de un coñac encantador, un ámbar oscuro que parecía oscurecerse cuando sonreía. Rápidamente hizo que Sophia se sintiera cómoda con sus bromas juguetonas pero amables.

Stephan le dedicó una sonrisa de reojo, y ella se acercó a Marcus cuando él la miró de pies a cabeza. Ella se encogió de hombros y le devolvió la mirada de reproche mientras él ocupaba los asientos delante y detrás de Cecily.

Sophia miró a Lucas, inclinándose hacia adelante para preguntarle cómo estaba, y notó que la mano de Michael descansaba sobre la rodilla de Lucas con lo que solo podía interpretar como afecto. Michael se giró para hablar con Lucas, pero cuando debió ver sus ojos fijos en ellos, se volvió rápidamente hacia ella y colocó su mano en el respaldo de su silla. Sofía sonrió al ver su hermoso rostro, que ahora parecía nervioso.

Marcus colocó una mano cálida sobre la de ella y la apretó, tirando de ella hacia atrás contra su costado. —Podemos discutirlo en privado —dijo Marcus en voz baja pero firme—. Creyó detectar una capa protectora en su tono.

Ella lo miró. —¿Pasa algo? Miró a su hermano y luego volvió a mirar a Sophia.

"Hay algunas cosas que nunca deben discutirse fuera de mi familia", dijo con voz seria. Le apretó la mano, "podemos hablar de esto más tarde".

Sophia le apretó la mano y se la llevó a los labios para besarla. No dijo nada más, sabiendo que nada de lo que pudiera decir marcaría la diferencia. Si lo que pensaba era cierto, nunca lo discutiría con nadie por temor a que Lucas fuera arrestado y ahorcado. Con el conocimiento limitado que Sophia tenía sobre estos asuntos, podía ver claramente el amor entre los dos. En lo que a ella respectaba, al igual que sus deseos privados para Marcus eran solo eso, privado, a quien Lucas amaba y lo que hacían en la privacidad de su propia casa era asunto suyo. No entendía las preferencias y deseos sexuales de muchas personas y, honestamente, le importaba más cómo la trataba Lucas que a quién amaba.

Cuando la orquesta comenzó a afinar sus instrumentos, se abrieron las cortinas. Con un movimiento de la mano del maestro, la ópera comenzó. Sofía se recostó mientras *Don Giovanni* cobraba vida en el escenario.

En el intermedio, Michael y Lucas salieron a tomar un refrigerio. "Sra. Pembroke, ¿puede atenderme a continuación?

Al parecer, he rasgado el dobladillo de mi vestido". —murmuró tía Cicely—.

Sofía la observó de pie y luego dijo, dirigiéndose directamente a las otras *damas*:

"Vengan, chicas, después de que arreglemos mi dobladillo, podemos tomar algunos refrescos". Incapaces de discutir con la anciana, todos se pusieron de pie, dejando a Sophia y Marcus solos en la caja con poca luz.

Marcus agarró la mano de Sophia, tiró de ella para que se pusiera de pie y la acompañó hasta la esquina de su palco, casi completamente cubierta por las cortinas, ocultándolas de la vista de los otros clientes. —Recuérdame que le dé las gracias a esa mujer —susurró Marcus antes de levantar la barbilla y robarle un beso. El beso fue duro, insistente y apasionado. Sin pensar en las consecuencias, apretó las solapas de su chaqueta y se puso de puntillas, tratando de

acercarse a él. Sus manos rodearon su trasero y la levantaron, con la espalda contra la pared, y le nivelaron la cara con la suya.

En un momento estaba devorando su boca y al siguiente sus labios estaban haciendo un rastro por su garganta, bajando hacia sus pechos. —Ma-Marcus —tartamudeó, tratando de recuperar el cordura—. "Tenemos que parar".

—No tenemos que hacer nada —susurró él, ahora mordiéndole el cuello donde se unía con su hombro, luego se acercó y le mordió el lóbulo de la oreja, enviando ondas de choque por su cuerpo. "Marcus, ¿quieres poner mi inocencia contra la pared en treinta segundos antes de que regresen nuestros amigos y familiares?" Ella alcanzó a decir, luego colocó sus manos sobre su cara y lo apartó de su cuello. —¡Marcos! Ella susurró aún más fuerte, tratando de obligarlo a calmarse. "¿No puedes esperar una semana?"

Gimió en respuesta, luego cerró los ojos e inclinó la cabeza hacia atrás con frustración. "No creo que pueda", dijo, soto voce. Luego le apretó el trasero, se empujó contra ella y la bajó de nuevo al suelo.

"Bueno..." Dijo, tratando de volver a colocar sus horquillas sueltas en su lugar: "Eso fue divertido". Marcus soltó una carcajada y varias personas se volvieron hacia ellos sorprendidas, Sophia se sonrojó ante su reacción y le dio un manotazo en el brazo para controlarlo.

—Sophia, te ves radiante de zafiro —dijo, sentándose de nuevo a su lado—. Ella se sonrojó ante el inesperado cumplido, sonriéndole. Sacó con delicadeza un pañuelo de su ridículo y limpió el cristalino de sus gafas, ahora empañadas por los besos.

—¿Está tu ajuar completo o todavía hay cosas que necesitas? —inquirió Marcus, colocando tiernamente un mechón de pelo suelto detrás de la oreja.

"Creo que sí ahora que me están haciendo el vestido. Siempre me había imaginado usar un vestido que ya tenía, pero usted insistió bastante en que comprara uno nuevo. Hay asuntos mucho más urgentes en los que debemos centrarnos que los vestidos frívolos y un ajuar —respondió Sophia, mirándolo fijamente, tratando de medir sus emociones—.

"Quiero que tengas una boda normal. No sé qué me depara el futuro. Todo está tan fuera de mi control, que no veo el beneficio de discutirlo", dijo Marcus. "Deja de pensar demasiado y, por favor, disfruta de esta noche".

"No podemos evitar..."

—No lo voy a evitar, Sophia —la voz de Marcus se elevó con ira—. "Detente y déjame disfrutar de algo, tú, esta noche". Su voz se suavizó y le tomó la mano en señal de disculpa. Sus amigos regresaron y Marcus descorchó la botella de champán que Lucas le había entregado. Distribuyó un vaso a cada uno de ellos y abrió otra botella una vez que se vació la primera. Sophia permaneció en silencio sobre el asunto de su posible arresto, viendo que necesitaba una distracción.

De cualquier manera, esta noche, después de que él la dejara, ella y las *damas* iban a ir al metro. Escucharían y, con suerte, descubrirían quién podría haber matado al marqués.

Capítulo 19

Rufus habló en tono amenazador al hombre que estaba detrás de la puerta. —No divagues —dijo en voz baja—. Abrió la puerta y se hizo a un lado, ocultando su identidad en las sombras. Los sonidos amortiguados del caos resonaron en las paredes del túnel cuando comenzaron a descender hacia el pandemónium. El túnel estaba húmedo y apestaba a olor corporal y desechos humanos. Sofía sacó un pañuelo del bolsillo de su abrigo y se lo colocó en la nariz.

Una profunda voz de barítono habló detrás de ellos. El calor de su aliento en su oído, y ella saltó por el contacto inesperado. "¿Sabrías por casualidad dónde podría encontrar a mi prometida?", preguntó. Sophia se quedó paralizada y agarró la mano de Samantha. Marcus colocó su mano sobre el hombro de Sophia, manteniéndola firmemente en su lugar. —Te hice una pregunta —dijo él, con voz enfadada, baja y profunda con lo que ella sabía que era una ira mal disimulada—.

Sophia respiró hondo y sus hombros se levantaron bajo la mano de Marcus. "¿Qué quieres que te diga?", preguntó. Volviéndose hacia él, frunció los labios y levantó las manos por los hombros.

—¿Qué demonios haces aquí abajo? Marcus no gritó, pero quería sacudirla, cargarla sobre su hombro y llevarla a casa, encerrándola dentro de su casa. Pero no pudo.

Penélope dio un paso adelante. O al menos pensó que era ella. Estaba de pie junto a Rufus, que tenía la mano en su antebrazo. Marcus encontró esto curioso y volvió a mirar a la mujer alta. "Estamos investigando el asesinato del marqués".

Marcus parpadeó. ¿Estaban locas estas mujeres? Vestido con ropa de hombre. ¿Quién en su sano juicio miraría a Sofía y pensaría: "Hay un chico guapo"? Sus caderas estaban a la vista de cualquier hombre, y su trasero, esa burbuja dulce y firme, abrazaba esas brechas con tanta fuerza que era imposible no mirarla, imposible que alguien pensara que era un hombre o un niño.

"¿Son todos tontos? ¿Crees que al vestirme de hombre la gente no sabrá que eres mujer?", susurró en voz baja, no queriendo que se supiera que había mujeres en los túneles.

Emily puso los ojos en blanco. "¿Crees que es la primera vez que hacemos esto? Sí, esta es nuestra primera vez aquí, pero es mucho más oscuro aquí que en los otros lugares donde nos hemos disfrazado. Hemos resuelto cinco casos que los Runners no pudieron. Te sorprendería lo ciegos que pueden ser los hombres cuando están enfocados en sí mismos.

Además, ni siquiera llamamos la atención cuando nos vestimos con nuestros vestidos".

—Ve delante de mí —dijo Sophia—. Sus amigas la miraron, asintieron y se dieron la vuelta para irse. Se giró para mirar a Marcus. No podía distinguir su expresión en la oscuridad, pero sabía que no estaba sonriendo. Su voz era baja y sus palabras directas. "Alguien en el Ministerio del Interior lo tiene todo para ti. Esos hombres que contrataste para investigar en tu nombre trabajaban para Horacio. Marcus se sorprendió por esta revelación. Ni siquiera se había enterado de esto por su nuevo investigador, a quien acababa de conocer esa mañana.

Sofía se dio la vuelta y comenzó a alejarse. —¿A dónde vas? —dijo Marcus mientras caminaba a su lado. Ella lo miró con tristeza y siguió caminando. —No tienes ni idea de lo peligroso que es estar aquí abajo —dijo a su lado—.

—Entonces, ¿no soy afortunada de que estés aquí para protegerme? —ella le sonrió dulcemente, pero él pudo ver que no le llegaba a los ojos.

"Necesito aprender más sobre Manfred. Apparently, no es tan hábil para los negocios como su hermano. Dos combatientes lo han dejado".

"Horacio también había estado perdiendo dinero. Parte de su animosidad hacia mí estaba

directamente relacionada con mis propias ganancias. Nunca aposté por nadie más que por mí mismo", explicó Marcus. En lo que respecta a los juegos de azar, Marcus nunca había estado involucrado en la clandestinidad por el dinero; Era simplemente un medio para liberar sus instintos primarios.

Cuando peleaba, sus inusuales tendencias sexuales eran sometidas. Si bien sus deseos nunca se aventuraron a infligir daño, el dolor no era lo que le interesaba; Ansiaba el control y el poder. Su rabia se disipó cuando pudo ejercer el control, y cuando eso fue imposible, boxeó. Pero temía que la necesidad de control no fuera suficiente, o que en algún momento no encontrara un compañero de cama que lo entendiera.

No estaba seguro de cómo reaccionaría Sophia ante sus inclinaciones, pero hasta el momento, simplemente la deseaba. Ella lo excitaba, sus respuestas a él lo excitaban, y todo lo que él quería era unirse a ella y amarla. Cuando entraron en el caos, se dio cuenta de que desde que ella había llegado a su vida, su rabia no había rugido en absoluto. Él la miró, asombrado de que acababa de darse cuenta de la calma que ella le traía, incluso durante este momento tan estresante de su vida.

"Hagan sus apuestas ahora. Probabilidades de diez a uno, Oporto en contra Templo", gritó el hombre en el centro del ring a la multitud.

—¿Puerto? —preguntó Sophia, incapaz de ver a los combatientes desde su punto de vista.

—Michael —respondió Marcus—. Todavía no podía creer lo que veía. Su hermano actuó como entrenador de Michael. Michael, con el torso desnudo y ensangrentado por las cuantas peleas ya había ganado. "Mantente cerca de mí, no mires a nadie", le ordenó Marcus mientras se dirigía hacia el ring, hacia su hermano. —Espera, Marcus —dijo ella, agarrándole del brazo—. "Tenemos que dejar que esto se desarrolle".

"Ese es mi hermano", dijo. No era ira lo que sentía, sino preocupación, miedo y confusión. ¿Qué demonios estaba haciendo Lucas? ¿En qué estaba pensando Michael?

"Tenemos que observar si queremos aprender algo. Necesitamos escuchar, observar y aprender. Tienes que fingir que no estás aquí; No puedes salvarlo cuando no sabes de qué lo estás salvando". Sophia lo tomó del brazo y tiró de él hacia el fondo de la sala, hacia el lado donde los espectadores se reunían y discutían sobre los luchadores.

"Le ha quitado el pelo al nuevo marqués", se rió un hombre.

"Dos meses más de esto, y romperé el récord de Raqueport", dijo otro frente a ellos. Se quedaron en las sombras, y finalmente entendió lo que Sophia estaba haciendo.

"Acorralaron a Raqueport; Definitivamente va a ser acusado del asesinato —dijo Sophia, con la voz baja, más profunda, pero en silencio—.

Uno de los hombres de Horacio soltó una risita. Marcus la miró, confundido, pero se quedó callado.

—Mejor él que nosotros —dijo el hombre tenso—. "Ese marqués era un enfermo de mierda". Se pasó una mano por la melena blanca y rubia.

"Casi mata a esa puta, empezó a mirar a los muchachos delgados", agregó un hombre con un brogue escocés, con la ira impregnando la superficie de su voz.

—Tenía que irse, pero el nuevo marqués no es mejor —dijo el rubio—.

"Esos corredores están muy centrados en Raqueport; ni siquiera pueden ver lo que tienen delante de la cara", el escocés negó con la cabeza. "Voy a dejar que un asesino se vaya. Lo son".

Sophia agarró a Marcus del brazo y comenzó a circular por la zona. Era la segunda vez que oía hablar de la mujer que había sido golpeada por el marqués. Sofía quería conocerla.

Tendría que llamar a Clara para obtener más información sobre la mujer.

Marcus colocó su brazo frente a ella, luego la agarró por el hombro y comenzó a tirar de ella hacia atrás nuevamente. "¿Qué está pasando?" —susurró, apoyándose en Marcus, confundida, intentaba acercarse a los espectadores, no alejarse.

—Es el director del Ministerio del Interior —dijo Marcus en voz baja, usando la barbilla para señalar en dirección al hombre—. Se hizo a un lado y pudo ver a un hombre de estatura media, de cabello castaño, piel blanca, vestido con pantalones marrones y una chaqueta verde superfinísima con una corbata blanca perfectamente atada. Detrás del director, Marcus vio a otro hombre, que parecía inclinar su sombrero.

La dirección de Marcus desapareció en las sombras detrás de él.

—Es hora de que nos vayamos —dijo Marcus, y se dio la vuelta, tirando de Sophia mientras se dirigía al túnel.

"Todavía tengo más que aprender", dijo Sophia. Se encontró corriendo para seguir el ritmo de los grandes pasos de Marcus. Se movía rápidamente.

"No hay nada más que aprender esta noche", le dijo. Caminaron en silencio, luego hacia la puerta por la que habían entrado. El hombre que había estado allí se había ido. Marcus abrió la puerta lentamente y se asomó para ver si había alguien cerca. Sophia estaba agradecida por su discreción. Marcus la sacó afuera y caminaron rápidamente hacia el carruaje que lo esperaba. Abrió la puerta, la agarró por la cintura y subió al carruaje detrás de ella.

Sin tener que preguntar ni dirigirse, Sophia se sentó en el regazo de Marcus y le rodeó el cuello con los brazos. Él la abrazó, pero se sentó en silencio.

"Cuéntame lo que aprendiste". Sophia no le preguntó. Sabía que él había visto y entendido algo que ella no veía o no podía. Marcus se sentó en silencio por un momento. Lo sintió tenso bajo su mano.

"El director es primo segundo de Michael", explicó Marcus. "Hay algo que me falta aquí". Se pasó la mano por la cara y luego cerró los ojos.

"Mañana por la mañana, tenemos que trazar un mapa de las personas involucradas y sus conexiones entre sí.

"Tienes que preguntarle a Lucas qué estaba haciendo allí con Michael.

—¿Y quién era el hombre de pelo negro que se quitó el sombrero ante ti? De hecho, te vio cuando nadie más parecía verlo". Sophia se apartó de él, pero mantuvo las manos entrelazadas detrás de su cuello.

—Ese fue mi investigador —Marcus comenzó a frotarse la sien, con el rostro cabizbajo—. "No sé si confío en él", admitió Marcus.

"*Las damas* siguen ahí. Ellos sabrán más. Si su investigador es otro callejón sin salida, lo descubrirá. Si no es hoy, podemos investigarlo mañana. Eso es bastante fácil de averiguar. Todo el mundo sabe que usted no cometió los asesinatos, pero está claro que no dirán nada por miedo a implicarse".

—Quédate conmigo —le pidió Marcus—. Colocó una mano en su mejilla y la acarició ligeramente, enviando esas pequeñas chispas desde sus mejillas hasta los dedos de los pies.

"Sabes que no puedo", le dijo Sophia. "Sería un escándalo. Y ya tienes suficiente de eso".

—Te necesito conmigo esta noche, te necesito —la voz de Marcus tembló—. No podía verle la cara, pero podía sentirlo temblar.

—Yo... —Sophia no pudo rechazarlo—. Apoyó su frente contra la de ella y sostuvo su rostro entre sus manos. Tendría que escabullirse. Ya era la una de la madrugada. Tendría que escabullirse antes del amanecer. Al menos tenía su ropa de hombre para ayudar a ocultar su

género. "Tendré que irme antes del amanecer".

La tensión abandonó su cuerpo. La tomó en sus brazos y la abrazó bajo su barbilla hasta que llegaron a su casa. Cuando el lacayo abrió la puerta, la envolvió en su abrigo y la subió por los escalones. Su sombrero ocultaba su rostro y su cabello.

—Si el conde viene a buscar a Sophia, puedes decirle que está conmigo —le dijo Marcus a Johnstone mientras pasaba por las escaleras y entraba en su dormitorio—.

Capítulo 20

Marcus bajó lentamente los pies hasta el suelo, se quitó suavemente la chaqueta, el chaleco y se desabrochó las brechas. Antes de tirar de ellos hacia abajo, metió la mano dentro y ahuecó su trasero desnudo, besándola apasionadamente mientras presionaba su polla endurecida contra ella. Ella respondió con un gemido de placer.

Con un sentido de urgencia, rápidamente le quitó el resto de la ropa, descartando su propia chaqueta y desabrochándose los pantalones. Sentía una necesidad imperiosa de tenerla, de sentirla desnuda en su cama, de sumergirse en ella y reclamarla como suya. La sangre corrió a su eje, haciendo que se endureciera. Se quitó los zapatos y se quitó las medias.

Levantando su cuerpo desnudo contra el suyo, la llevó a su cama y la colocó suavemente sobre el colchón. Con manos tiernas, le quitó las medias, colocando sus manos a los lados de sus caderas mientras la sentaba en su regazo, capturando su boca con la suya. Sus labios se fundieron, sus lenguas se entrelazaron en una danza apasionada.

Ella le correspondió con la misma intensidad, pasándole las manos por el pecho y la espalda.

Antes de que pudiera comprender completamente lo que estaba sucediendo, Sophia se separó del beso y comenzó a plantarle besos en el cuello, que se arrastraban por su pecho, hombros y bíceps. Marcus no pudo evitar preguntarse dónde había aprendido a hacer esto, como si supiera exactamente cómo y dónde tocarlo. Su lengua se movió sobre su pezón, haciendo que su polla se contrajera contra su trasero, endureciéndose aún más. ¡No pudo evitar pensar que ella lo estaba seduciendo!

Recuperando el control, la agarró por la barbilla, obligándola a alejar la boca de su cuerpo y a volver a su boca. Cuando ella gimió en su boca, su pasión se apoderó de su mente y la empujó suavemente hacia abajo. Le pasó los dedos por el cuerpo, rodeándole los pezones con el dedo índice, pellizcando los pezones de color rosa oscuro que se elevaban contra sus dedos. Sintió que su cuerpo respondía a su toque, sintiendo su humedad contra su pene.

Se inclinó sobre ella, con su aliento tibio contra su piel, y la empujó suavemente de su regazo. La habitación estaba llena de un suave resplandor, creando un ambiente sensual. Cuando se inclinó, pudo oír el débil sonido de sus respiraciones combinadas acelerándose con anticipación.

Con un delicado toque, tomó su labio inferior entre los dientes, sintiendo el ligero ceder mientras aplicaba una suave presión. Su lengua recorrió el contorno de sus labios, dejando un rastro de humedad a su paso. Moviéndose lentamente, le acarició la mejilla con los labios antes de mordisquear la piel sensible de su cuello. Un suave gemido escapó de sus labios, alimentando su deseo.

Sus labios se movieron por su cuerpo, dejando un rastro de besos y suaves succiones en su piel. El sabor de ella se mezcló con su propio deseo mientras prodigaba atención en sus pechos. Llenaban sus manos, su peso y suavidad encajaban perfectamente. Los apretó y amasó, deleitándose con la forma en que ella respondía a su toque. Su gemido de placer no hizo más que alimentar su excitación, y él sonrió contra su piel mientras se llevaba el pezón a la boca, succionando con intensidad. Su lengua rozó el sensible capullo, provocando un jadeo de placer en ella.

Sus dedos se enredaron en su cabello, y su suave caricia le provocó deliciosos escalofríos. La conexión entre ellos se hizo más fuerte a medida que él se acercaba. Acercándose a su otro pecho, se entregó a él con igual fervor, apreciando cada momento.

Inhalando profundamente, suspiró contra su piel, saboreando su embriagador aroma. La

habitación se llenó del aroma seductor de su deseo, una mezcla dulce y almizclada. Levantando la cabeza, sus ojos se deleitaron con la cautivadora visión de ella ante él. Sus hombros y brazos poseían definición y fuerza, pero conservaban una suavidad que era increíblemente tentadora.

Su mano se deslizó por su vientre plano, las yemas de sus dedos trazaron los contornos de sus músculos. Las suaves hendiduras bajo su tacto insinuaban su fuerza oculta. Era una visión de la belleza diferente a cualquier mujer que hubiera conocido. Bajando la cabeza, le mordisqueó juguetonamente el estómago antes de volver a subir para llevarse el pezón a la boca. Mientras él se lo chupaba, ella se arqueó de la cama, tirándole del pelo y animándole a que siguiera adelante. Marcus se rió entre dientes, disfrutando mucho de su reacción, y procedió a morderle el otro pezón, provocando un jadeo en ella. Empezó a mover las caderas contra él.

Levantando las caderas, se arqueó hacia él, sus cuerpos se conectaron con un suave gemido que escapó de sus labios. Salpicó besos por sus flexibles pechos, arrastrándolos hasta la curva de su estómago y la suave extensión de sus muslos. Ansiosamente, cayó de rodillas, sus manos se deslizaron desde el tierno vértice de sus muslos hasta sus rodillas, separando suavemente sus piernas. Mientras sus manos la acariciaban, sintió el calor y la humedad entre sus muslos, un aroma embriagador llenando el cuerpo.

aire.

Con deliberada intención, volvió a pasar las manos por sus muslos, sus pulgares rodeando burlonamente su sensible clitoris. La sensación envió deliciosos escalofríos a través de su cuerpo, haciendo que se retorciera debajo de él, su deseo aumentaba. Lentamente, insertó un dedo dentro de ella, sintiendo las paredes de su núcleo palpar contra su toque. Añadiendo otro dedo, frotó hábilmente su pulgar contra su capullo, provocando un temblor de placer en ella mientras ella se apretaba alrededor de sus dedos, su excitación se intensificaba.

Justo cuando estaba a punto de tomar el control, ella lo sorprendió, extendiendo su mano para agarrar su pene, una mezcla de anticipación y deseo en sus ojos. Con un movimiento rápido, se sentó, haciéndose cargo del momento, lista para explorar su pasión compartida. —Joder, Sophia —siseó—. "¿Dónde aprendiste a hacer eso?", preguntó con una mezcla de emoción e inquietud. Le pasó una mano temblorosa por el pelo mientras ella lamía la punta de su pene, y luchó contra el impulso de meterse en su boca.

—Vi fotos —sonrió, se inclinó hacia delante y se lo llevó a la boca—.

Él gimió, apoyando una mano en la parte posterior de su cabeza. Trató de quedarse quieto, sin invadir su boca. Sus suaves labios lo atrajeron por su garganta, enviando placer a su espina dorsal. —Joder, Sophia, joder —gruñó—. —Basta —gruñó él, sacándose de su boca—. Se incorporó de golpe, con los ojos muy abiertos por el desconcierto. El pliegue de su frente se profundizó, reflejando su perplejidad.

Agarrándola por la cintura con firmeza, Marcus la bajó suavemente sobre la cama. Las palmas de sus manos presionaron sus hombros, anclándola mientras la incertidumbre se apoderaba de ella. "Si te dejo seguir haciendo eso, nunca llegaremos a la mejor parte", susurró. Se subió y se acostó sobre ella, abriéndole las piernas. La besó de nuevo, tomándola de rodillas y envolviéndola con las piernas.

"Voy a tratar de ser amable". Marcus susurró bruscamente mientras bajaba la mano hacia los rizos húmedos entre sus muslos. Ella se sacudió contra su mano mientras su dedo rodeaba su capullo con pericia. "Tan húmedo y suave, Dios, Sophia, tu coño es tan receptivo".

Le besó el cuello y los labios, luego la miró a los ojos, captando su expresión encapuchada y sus mejillas sonrojadas. —¿Estás lista, duquesa? —preguntó entre dientes, y ella asintió.

La besó para distraerse de cualquier posible dolor, agarró su pene y lo frotó contra su centro. Él le sonrió en la boca mientras ella gemía e instintivamente levantaba las caderas para darle la bienvenida. Lentamente, entró en ella. Se detuvo cuando sintió que la presión de sus paredes se tensaba, luego comenzó a frotar su capullo con más énfasis.

—Déjame entrar -le dio un suspiro a los labios-. Ella exhaló un suspiro tembloroso y él sintió que se relajaba a su alrededor. Se metió hasta la empuñadura de la polla. Las paredes de su envoltura se tensaron. Un pesado gemido de felicidad escapó de sus labios. Al mismo tiempo, gritó de dolor, levantando la barbilla y cerrando los ojos. Las lágrimas cayeron rápidamente por sus ojos, el dolor oscureció sus ojos hasta convertirlos en azul cuando los abrió. Tomó su grito en su boca, movió su mano entre sus cuerpos y volvió a jugar con su capullo, quedándose quieto para permitir que su cuerpo se adaptara a su invasión.

"Deja que mi mano te dé placer. Que me quite el dolor", gimió. Finalmente sintió que ella gemía en su boca, haciéndole saber que volvía a sentir deseo.

"Tienes el coño más apretado", gruñó. "Así que, jodidamente apretado". Y sintió que su humedad a su alrededor aumentaba y de alguna manera se tensaba aún más cuando le hablaba, y se endureció ante su reacción.

La intención era darle tiempo a su cuerpo para que se adaptara a él; Sabía que no era un hombre pequeño, y ella era muy pequeña. No había anticipado que cuando ella lo mirara a los ojos y gimiera, tomaría el control. Fue ella quien levantó sus caderas para encontrarse con las suyas, le agarró las nalgas y le clavó las uñas. Se los pasó por la espalda y los bajó por la espalda, y él ya no pudo quedarse quieto.

Con un gemido, ella cerró los ojos, gritó su nombre, y él se metió dentro de ella, sacándola hasta la punta de su polla, y luego la metió profundamente dentro de ella nuevamente. Sus piernas se apretaron alrededor de su cintura y sus uñas se clavaron con más fuerza en sus nalgas.

—Sophia —gruñó mientras su orgasmo lo arrastraba más adentro de ella—, estás tan apretada, tan húmeda y apretada. Ven —exigió mientras se movía más rápido, con más fuerza dentro y fuera de ella, empujándola hacia la parte superior de la cama contra la cabecera.

Apoyó su peso en un brazo, agarró la parte inferior de su rodilla y la empujó hasta su hombro mientras se sumergía dentro de ella. Respondió a sus gemidos de placer con sus propios gemidos. Con cada embestida, su respiración se hacía más pesada, y sus gemidos lo empujaban más alto, más rápido, y sus movimientos se volvían más intensos, más erráticos, hasta que sintió el hormigueo en la base de su columna vertebral y el charco de sangre en su pene mientras su cuerpo se preparaba para liberarse. "¡Ven por mí!"

—preguntó—. "Ven por mí cuando entre dentro de ti".

—¡Oh, Dios! —gimió y cerró los ojos con fuerza, y luego su cuerpo se solidificó a su alrededor.

Se inclinó hacia delante, tomó sus labios y hundió la lengua en su boca mientras empujaba una, dos y luego una última vez, gritando: «Ahh», mientras una ola de fuerza salía de él. Sophia volvió a tener un orgasmo. Sintió que ella se estremecía y su cuerpo lo atrajo más adentro, palpitando a su alrededor mientras sus orgasmos se mezclaban.

Volvió a acariciarle el capullo, y ella gritó de placer por última vez y gimió: —Marcus. Sus piernas temblaban por la sobreestimulación, todo su cuerpo se convulsionaba debajo de él, y él se sintió poderoso, y una abrumadora sensación de felicidad fluyó a través de él cuando la miró a la cara. Se gloriaba de cada pedacito de placer que mecía su cuerpo.

Se puso de costado y rápidamente la envolvió en sus brazos. Él sonrió cuando ella lo

abrazó con fuerza contra ella, las secuelas de sus orgasmos aún persistían, y sus corazones latían con fuerza el uno contra el otro. Cuando la miró, las lágrimas corrían por sus mejillas.

—¿Lágrimas? Dio un salto, se inclinó de nuevo sobre ella y limpió una con el pulgar. "¿Fui demasiado rudo? ¿Te hice daño? Su voz sonaba áspera, estaba preocupado y su corazón, que había comenzado a ralentizarse, volvía a latir contra su pecho. Ella le sonrió y le pasó los dedos por el pelo húmedo, ahora suelto y colgando sobre su frente y hombros.

"Simplemente te amo", sonrió, su voz era un susurro ronco. Se movió a su lado, llevándose su pequeña forma con él, sosteniendo su trasero para mantener sus cuerpos conectados. Los golpes contra sus costillas comenzaron a disminuir. Exhaló alivio ante sus palabras. Nunca quiso dejarla ir. Con la cabeza apoyada en su pecho, inclinó la cara para mirarlo. Marcus colocó una mano en su mejilla y la miró a los ojos somnolientos, se inclinó y la besó. Le dolía el pecho con una fuerza que nunca antes había sentido, una sensación tan abrumadora que le dejó sin aliento.

—Me temo que decir que te amo no es suficiente —respondió él en voz baja, respirando el aroma a miel de jazmín de ella—. Pasó la mano por sus suaves mechones y luego se enroscó un rizo alrededor del dedo, deleitándose con la sedosidad.

Un pequeño sonido escapó de los labios de Sophia y comenzó a llorar. "Oh, mi amor, lo siento mucho. No quise hacerte daño". La acercó más, pasándole la mano por la espalda. Se echó hacia atrás y se llevó una mano sorprendida a la mejilla.

"No es eso. No tengo dolor. No sé qué me pasó". Empezó a sonrojarse y sacudió la cabeza. "No suelo ser una regadera, pero mi corazón..."

— Ven aquí -sonrió y la acercó a él-. "Cierra los ojos". Le calmó y le masajeó la espalda, acariciándole la columna vertebral desde el cuello hasta la parte superior de las nalgas. Les cubrió con la colcha y la abrazó más. El calor de sus cuerpos lo relajó y firmó con satisfacción, permitiendo que sus ojos se cerraran. Un último apretón de Sophia le dijo que ya se había quedado dormida, con la respiración tranquila, incluso cuando sintió que su pecho subía y bajaba contra él. Sonrió y suspiró de placer, permitiéndose el regalo del sueño.

Capítulo 21

Sophia estiró los brazos y las piernas, dejando escapar un suspiro de satisfacción mientras el sol entraba a raudales por las ventanas. Pequeñas partículas de polvo bailaban en el aire, creando un velo de luz alrededor de la cama. Se sintió como un encantamiento, y sonrió y se acurrucó en el calor a su lado.

Al despertar sobresaltada, abrió los ojos de par en parpadeo. Un pensamiento persistente se apoderó de su mente. Se suponía que iba a hacer algo importante esta mañana. Se llevó una mano a la frente y sintió que el brazo de Marcus se apretaba alrededor de ella, tirando de ella hacia el colchón, más cerca mientras murmuraba «amor» y algo más que era ininteligible mientras dormía. Su mirada se desvió hacia él y su corazón retumbó en sus oídos. Una sonrisa se dibujó en sus labios. Marcus parecía tranquilo en el sueño. Su cabello hasta la barbilla lo hacía parecer infantil. Le rozó una ola que le había caído sobre los ojos y se la metió detrás de la oreja.

De repente, la puerta del dormitorio se abrió de golpe y Seamus entró: "Su excelencia, le pido disculpas por despertarlo, pero tiene una visita abajo. El señor —se quedó callado, con los ojos clavados en los de Sophia—. Se miraron el uno al otro durante lo que pareció una eternidad antes de que Seamus saliera lentamente de la habitación, cerrando la puerta detrás de él.

—¡Oh, no! Sophia jadeó, dándose cuenta de que había pasado toda la noche en la cama de Marcus. Se incorporó y sacudió a Marcus para despertarlo. Él la miró con una sonrisa somnolienta, pero rápidamente se desvaneció al ver el pánico en su rostro.

— ¿Qué te pasa? -preguntó, incorporándose y extendiendo la mano para acariciarle la mejilla.

—Seamus —tartamudeó Sophia, señalando la puerta—. Se cubrió la cara con las manos. "¿En qué estaba pensando? ¡Estoy arruinado!"

Marcus la atrajo hacia sus brazos, negando con la cabeza. —¿Seamus ha entrado aquí? —preguntó incrédulo. Apuesto a que él estaba tan sorprendido de verte como tú de verlo a él. Sophia se echó hacia atrás, mirándolo con desaprobación. "Bueno, es verdad. Nunca antes había tenido a una mujer en mi cama".

"Obviamente, se sorprendió al verme. ¡Estoy en tu cama! No estás ayudando —gimió Sophia, respirando hondo para calmarse—. "¡Tenía la intención de irme antes del amanecer!"

"No te preocupes, hablaré con Seamus. Nos casamos en cuatro días, ¿recuerdas? Me aseguraré de que mis sirvientes no chismorreen".

Sophia no pudo evitar reírse de lo absurdo de la situación. "Bueno, al menos tendremos una buena historia que contarles a nuestros nietos", bromeó, y luego gimió, dejando caer la cabeza entre ambas manos. "¡Mi hermano!"

"Hablaré con tu hermano. ¿Quieres casarte hoy? Me casaré contigo ahora si quieres". El ligero roce de sus dedos en su mejilla la tranquilizó y cerró los ojos. Enviaré un mensaje para que Harriet venga con tu ropa. Honestamente, es mejor que muevas tus pertenencias, ya que dormirás aquí".

"¡No haré tal cosa!" —dijo Sophia—. Marcus le sonrió y le acarició la mejilla, el cuello y el hombro, y le agarró el pecho. Le pasó el pulgar por el pezón, y ella gimió y cerró los ojos ante el placer que despertó su caricia.

—¿Quieres reconsiderar tu respuesta? —preguntó Marcus, frunciendo una ceja mientras acercaba su boca a la de ella y la besaba.

Sophia apoyó las manos en sus hombros y giró la cabeza. "Tengo que irme".

"¿Por qué? Es mejor que disfrutemos el uno del otro mientras estés aquí —sonrió y

volvió a besarla—. Bajó las manos entre sus piernas y colocó los dedos dentro de ella. "Tu cuerpo me quiere. Ya estás mojado para mí". Sophia suspiró y permitió que su cuerpo se relajara, disfrutando de su caricia. Cuando él le frotó el clítoris, ella sintió que su cuerpo se sacudía de placer mientras gritaba su nombre. Su liberación fue rápida y sorpresiva.

Marcus la puso boca abajo y apoyó las manos en la cabecera. Con una mano pellizcando su pezón y la otra en su cadera, la empujó por detrás. —¡Oh! —exclamó ella, sintiendo la plenitud de él dentro de ella—. Cuando él entró en ella, ella sintió un ligero escozor por el dolor de la noche anterior, lo que hizo que su cuerpo se pusiera rígido, pero pronto dio paso a un hormigueo placentero.

Estaba caliente y duro y con cada embestida golpeaba el núcleo de ella, presionando contra un punto de placer que no había tenido la noche anterior. Ella tembló, casi asustada por la sensación. Fue abrumador y casi doloroso.

—No luches contra eso —le susurró Marcus al oído—. "Vete a la mierda". Él la dirigió, y ella exhaló un aliento que no sabía que había estado conteniendo y una cascada de placer sacudió su cuerpo. Sintió que se mojaba más, que le temblaba la vaina, y lo empujó, llevándolo dentro de sí por completo.

Cada embestida obligaba a gritar de sus labios, y él apretaba su pezón con más fuerza, deslizándolo dentro y fuera de ella. "¿¡Marcus?!", gritó, un poco de miedo brotando dentro de ella mientras la presión comenzaba a acumularse de nuevo.

"Toma mi polla. Jódeme, Sophia, como yo te follo a ti y te doy placer —le susurró al oído—. Luego le mordió el lóbulo de la oreja, provocando escalofríos en su espina dorsal.

—Más duro —gimió mientras se movía contra él, presionando su trasero contra él mientras usaba sus manos para empujar contra la cabecera. Ella empujó con la misma fuerza con la que él se hundió, golpeando la parte posterior de su vaina. Le rodeó la cintura con el brazo y jugó con su capullo. Con cada zambullida de su polla, sus dedos acariciaban el fuego del placer dentro de ella.

—¡Sí! —gimió ella—, ¡ahí mismo! Ella le dirigió, mientras él movía los dedos en círculo a su alrededor. Su siguiente embestida fue el punto de inflexión, y ella gritó, todo su cuerpo temblando mientras se acercaba. Llevó las manos a sus pechos y le pellizcó los pezones con más fuerza, y el orgasmo se intensificó.

Marcus gimió detrás de ella, sus embestidas prolongaron su orgasmo. No podía decir si tenía una liberación continua o si sus embestidas se encendían cada vez más. Agarrándola por las caderas, y con más fuerza que antes, Marcus se abalanzó sobre ella por última vez y gritó su propia liberación, gruñendo mientras se gastaba dentro de ella. Le pasó la mano por la espalda, luego le dio unas nalgadas en el trasero y se rió entre dientes mientras ella se apretaba alrededor de su pene.

— Te gusta eso —sonrió y la atrajo hacia atrás contra su pecho, sosteniéndola. Su cuerpo estaba agotado y se apoyó pesadamente contra él, sentándose sobre sus muslos, permitiéndole soportar todo su peso. Su respiración era pesada y ella podía sentir cómo su sudor se mezclaba con el de ella. La rodeó con sus brazos, envolviendo su cuerpo por completo con el suyo.

Un golpe en la puerta los sacó de su jolgorio, y Sophia oyó que Seamus alzaba la voz desde detrás de ella. "Su gracia, ah, hay un visitante aquí que dice que necesita hablar con usted urgentemente".

"Bajaré en diez minutos. Por favor, envía un mensaje a la doncella de Lady Sophia diciéndole que la necesitan de inmediato y que traiga ropa. Marcus le besó la nuca, luego levantó las piernas de la cama, agarró su higuera que colgaba de un gancho junto a su cama y caminó

hacia la puerta. Lo abrió un poco y añadió: —Lady Sophia va a ser mi esposa dentro de unos días. Espero total discreción. No quiero que experimente ninguna desgracia. Sé que puedo contar contigo para mantener a todos a raya".

—Por supuesto —dijo Seamus—. "Dejé tu ropa en el vestidor. ¿Necesitas mi ayuda?"

"Solo con mi corbata. Lady Sophia puede ayudarme con cualquier otra cosa. ¿Quién está abajo?"

— El señor O'Leary.

Sophia se acurrucó bajo las sábanas. No dejaba de decirse a sí misma, cuatro días, en cuatro días, que sería la esposa de Marcus. Y si se corría la voz, se casaría con ella a la mañana siguiente.

Quédate aquí hasta que Harriet llegue con tus pertenencias. Si quieres, puedes darte un baño".

Después de terminar sus abluciones, Marcus la besó en la frente. Ella sonrió al ver lo guapo que se veía, con pantalones marrones y chaleco verde y escarlata. Llevaba un frac superfino de color verde esmeralda a juego que hacía que su hombro pareciera más ancho. Se echó el pelo hacia atrás y se inclinó para besarla, un beso encantador y prolongado que la hizo suspirar de satisfacción.

—Te amo —sonrió y le acarició las mejillas—. Se puso de pie y se estiró, necesitaba usar el retrete y esperaba con ansias un baño caliente. Le dolía en lugares donde no sabía que tenía músculos.

—Así es como será, duquesa. Te amo —dijo Marcus mientras la observaba desde la puerta, con una corbata blanca en la mano para que Seamus la ateara. "Te veré para desayunar. Tal vez nunca te vayas, y nadie sabrá que no estás donde se supone que debes estar". Guiñó un ojo y cerró la puerta.

Suspiró, entró en el baño y se preparó un baño, contenta de dejar que Marcus se ocupara de las consecuencias de esta indiscreción.

Capítulo 22

—Buenos días, Su Excelencia —dijo el señor O'Leary cuando Marcus entró en su estudio con paso seguro—. Johnstone le trajo una taza de café y se la ofreció al investigador, quien aceptó con una sonrisa.

"¿Tienes alguna información para compartir?" —inquirió Marcus.

"Efectivamente, lo hago", respondió O'Leary, tomando un sorbo de su café antes de dejarlo en el suelo y sacar un cuaderno de cuero. Marcus notó que se parecía mucho a los que usaba Sophia, excepto que este era un poco más grande y negro en lugar de marrón. "No estoy seguro de si lo sabes, pero una mujer fue brutalmente golpeada la semana antes de que el marqués fuera asesinado". Marcus asintió; Lo había sabido. "Por así decirlo, es la hermana del director del Ministerio del Interior. Es primo segundo de tu amigo —O'Leary repasó sus notas, pasando un dedo por la página—, Michael Graham, el conde de Portsmouth".

Marcus alzó las cejas y dejó el café. Esto era una novedad para él. ¿Lo sabía Lucas? "Escuché que el marqués fue el hombre que la golpeó", dijo Marcus, buscando confirmación.

O'Leary asintió, "Sí, eso es correcto. Traté de ganar una audiencia con la mujer, pero aparentemente, todavía se está recuperando de la golpiza. Tenía la mejilla rota, la nariz también. Fue un ataque brutal por lo que entiendo".

—¿Pero yo pensaba que la mujer que fue golpeada era una cortesana? Marcus apoyó los antebrazos en el escritorio y se inclinó hacia el investigador.

De nuevo, O'Leary asintió. "Lo es, o al menos lo era. El director no ha dado mucha información sobre su pasado ni sobre su familia.

No creo que esté ocultando nada; Es un hombre muy reservado". O'Leary pasó la página de su cuaderno y explicó: "Es de Cornualles. Su padre y el padre del conde son primos hermanos. Su padre es el mayordomo principal de una finca propiedad del conde de Dorchester, que tiene propiedades allí. El mayordomo era viudo y tenía dos hijos. Los registros en Cornualles indican que la Sra. Richards, la madre del director Richards, tenía un hijo que tenía seis años cuando murió en el parto.

Marcus pensó en lo que estaba escuchando. "Los mayordomos se ganan bien la vida. Al menos eso es lo que yo entiendo. ¿Qué haría que su hija, la señora Richards, cayera en desgracia?

"En un giro muy desafortunado de los acontecimientos, descubrí que la niña fue violada por el segundo hijo del conde", dijo O'Leary, sacudiendo la cabeza.

—Por Dios, O'Leary —Marcus hizo una mueca de dolor ante la noticia—.

"De hecho, la pobre muchacha se escapó cuando su padre la culpó de seducir al hombre. Durante un tiempo, fue una amante bien cuidada del vizconde Abernathy. Supongo que se trataba más bien de una relación de compañerismo. El hombre tenía más de setenta años cuando se conocieron. Cuando él murió el verano pasado, ella tuvo dificultades para encontrar un nuevo protector".

"¿Dónde estaba su hermano? ¿Por qué no la acogió? Marcus sintió que una ira latente aumentaba al pensar en Zoe. Habría matado al hombre que la violó. Y ciertamente no la habría expulsado ni habría permitido que otro hombre se preocupara por ella.

"Su esposa no lo permitió. Ella también culpó a la muchacha. No tengo pruebas, pero creo que Richards encontró al vizconde para ella. Creo que eso fue lo mejor que pensó que podía hacer para ayudarla".

"¿Qué tiene que ver todo esto conmigo? Si sabía que el marqués era responsable de su paliza, ¿por qué culparme a mí por su muerte? Marcus frunció el ceño. Apretó y aflojó los puños sobre el escritorio.

"Tengo algunas teorías. Hablé con una de las damas de Bow Street en la pelea y decidimos unir fuerzas", dijo O'Leary, inclinándose conspirativamente.

—¿Las damas de Bow Street? —preguntó Marcus, con el rostro en blanco mientras giraba la cabeza al oír la voz de Sophia en el pasillo.

—Efectivamente, Su Excelencia. Entiendo..." el investigador se rascó la nuca y bajó la mirada hacia las manos de Marcus. —Bueno, tengo entendido que lady Sophia vino a casa contigo anoche. A las *damas* y a mí nos gustaría hablar con ella. Mis disculpas por ser indelicado, Su Excelencia. Prometo ser discreto".

"¿Mi prometida? ¿Por qué necesitas hablar con ella?" —preguntó Marcus, alzando la voz sorprendida.

"Todos tenemos que reunirnos. Necesitamos saber lo que aprendió para poder recopilar la información". O'Leary lo miró, perplejo, con la cabeza inclinada hacia un lado y el ceño fruncido. Marcus se sentó en silencio y lo miró fijamente. — Es una dama de Bow Street.

—¿Le ruego que me perdone? Marcus parpadeó, sin entender. Su cerebro no podía comprender en qué tipo de lío estaba.

— Es una investigadora, ¿sabes? Conozco a las *damas* desde hace bastante tiempo, y son bastante buenas en lo que hacen. Resolvieron el secuestro de la hija del conde hace apenas cuatro meses y descubrieron a los culpables de la red de contrabando de niños. Estuvieron en la pelea de anoche y, como resultado, descubrimos que todos estábamos trabajando en tu nombre.

—Yo no los contraté —intervino Marcus—.

"Por supuesto que no. Nadie lo hace. No trabajan para nadie", respondió O'Leary con una sonrisa.

Marcus se puso de pie y levantó un dedo hacia O'Leary. "Volveré en un momento".

—Marcus —lo saludó Sophia con una sonrisa al entrar en el gran salón—. Llevaba un sencillo vestido de muselina de color verde oscuro, con el corpiño cortado hacia abajo, y él sintió que esa agitación familiar la conmovía. Pero él la apartó y la tomó de la mano, la condujo a un pequeño salón y cerró la puerta.

— ¿Me estás investigando? —preguntó Marcus con la voz teñida de ira. ¿Estaba ayudando al Ministerio del Interior?

"Estoy investigando en tu nombre. Estoy tratando de ayudarte". —replicó Sophia, mirándolo con confusión, con las manos apoyadas en las caderas a la defensiva—.

Marcus se paseó por la pequeña habitación antes de volverse para mirarla, "Pero tú eres una dama de Bow Street. ¿Qué significa eso?", acusó.

Los ojos de Sophia se abrieron de par en par. Marcus la miró, esperando a ver si ella negaba su acusación. No lo hizo. —Lo soy —dijo ella, levantando la barbilla y mirándolo desafiante—. "Somos muy buenos, y les pedí a mis amigos que me ayudaran a ayudarte".

Marcus se acercó a ella. —¿Ayudarte?

"Sí, ayúdame. Al principio no estaban convencidos de tu inocencia. No investigamos para llegar a una conclusión predeterminada, pero les pedí que me ayudaran a demostrar su inocencia. ¿Por qué me miras como si estuvieras enojado? Sabías que te estaba ayudando —dijo, con la barbilla levantada desafiante—.

El miedo de Marcus se disipó tan rápido como había aparecido. —Tendrías que haberme dicho que esto era un negocio —susurró—.

"No es un negocio. Trabajamos para nosotros mismos. No aceptamos monedas. Somos mujeres. De todos modos, nadie nos contrataría. Hacemos esto por nosotros mismos y por las personas inocentes que pueden ser acusadas falsamente debido a las ineficiencias del Ministerio del Interior", respondió Sophia, con los ojos desafiantes.

Los ojos que lo miraban nacieron de años de experiencia con aquellos que la menospreciaban, aquellos que miraban más allá de ella y no veían a la persona que era capaz de ser. Un sentimiento de orgullo lo llenó, porque lo sabía. En un momento dado, él había sido una de esas personas que no la había visto. Echaba de menos su belleza, su intelecto, como muchos. Frunció el ceño cuando se dio cuenta de que no la habría mirado si no hubiera sido por el incidente y sus heridas.

—¿Qué tan ciegos estamos, hombres? —susurró él, atrayéndola hacia sus brazos. —Lo siento, duquesa —dijo él contra sus labios y la besó—. No fue un beso de pasión, sino de genuino afecto y respeto. Sus labios se amoldaron a ella; Sus manos se posaron sobre su rostro, sosteniéndola contra él. Luego, con un suspiro de ella, la soltó y la besó en la frente. El rostro que lo miraba era angelical y amable. "Se solicita su presencia. Aparentemente, sus '*Damas*' se están asociando con mi hombre, O'Leary".

—¿Te habló de mí, de BSL? Miró a Marcus, confundida.

—Sí, haré que se lo comuniquen a tus amigos —dijo Marcus, colocando un rizo detrás de su oreja—. —¿Llevarás el pelo suelto para mí en nuestra boda? -preguntó, acariciándole la mejilla.

Más de lo que esperaba, Sophia le rodeó la cintura con los brazos y lo abrazó, apoyando la cabeza contra su corazón. "Llevaré mi cabello suelto si me das de comer", respondió.

—¿Alimentarte? Marcus soltó una risita. "Manejas una negociación difícil".

Caminando hacia el comedor, Marcus le pidió a Johnstone que escribiera a cada una de las *Damas*, solicitando su asistencia. Luego le pidió a O'Leary que se uniera a ellos para desayunar en el comedor.

"Lady Sophia, es un gran placer conocerla finalmente"

—dijo O'Leary, haciendo una reverencia al entrar en la habitación—.

"Eres demasiado amable. No soy más que la hermana de un conde, señor O'Leary —replicó Sophia, con las mejillas tornándose de un hermoso tono carmesí ante las amables palabras del investigador—. Pero Marcus aún le dirigió una mirada de advertencia, advirtiéndole que no llevara su atención demasiado lejos.

O'Leary levantó las manos y sonrió: "No lo entiendes.

Hasta anoche, no sabía sus nombres, pero las actividades de

Los BSL son legendarios entre sus colegas investigadores", dijo O'Leary con una sonrisa.

—Lo más probable es que nos odien —se rió Sophia, despidiéndole con la mano—.

"No voy a mentir y afirmar que no hay muchos que estén resentidos con su organización, pero no hay un solo hombre que no los respete. Es imposible no quedar impresionado por tu equipo", dijo O'Leary, con palabras sinceras. Sophia le dedicó una media sonrisa e inclinó ligeramente la cabeza en señal de agradecimiento.

Las discusiones en la mesa se centraron en Marcus. Le contaron a Sophia la información sobre el director. Marcus frunció el ceño mientras la lista de sospechosos parecía crecer. No parecía estar más cerca de ser eliminado como sospechoso como lo había hecho ayer.

—Tienes mucho que explicar —dijo Marcus cuando Lucas entró en el comedor—. Inclínó la cabeza y bajó la ceja, mirando de Marcus a Sophia y de nuevo a Marcus. Entonces su mirada miró a O'Leary.

—Te vimos en los túneles, Lucas. ¿Por qué tú y Michael estáis metidos en ese lío, sobre todo después de todo lo que hemos contado? —preguntó Marcus, con las manos sobre la mesa mientras se inclinaba hacia delante. Los hombros de Lucas se desplomaron, pero caminó hacia su asiento habitual junto a su hermano. Marcus volvió a sentarse, sin apartar los ojos de su hermano. "¡Explica lo que está pasando!"

— Michael se enteró por su primo de que ahora se cree que fuiste tú el hombre que golpeó a la hermana del director -dijo Lucas con voz grave-.

— ¿Sabías de la conexión entre el director y Michael, pero no me lo dijiste? Marcus se recostó en su silla. Sus manos se aferraron a la mesa, haciendo que sus nudillos se blanquearan por su agarre. Sophia le cogió la mano y le acarició la parte superior, y él se relajó y tomó su mano entre las suyas.

—Déjalo hablar —sugirió en voz baja—. Marcus respiró hondo y asintió.

Lucas hizo un leve gesto con la cabeza a Sophia y volvió la mirada hacia Marcus. "Todo el mundo sabía que el marqués era el responsable del ataque a la niña. Michael no me confió su relación con ella hasta ayer por la mañana. No había necesidad de discutir el tema antes. Nunca relacionamos su muerte con el ataque hasta que el director te culpó a ti. No tenía sentido para nosotros". Levantó las manos y se encogió de hombros. "Michael desayunó con el director ayer por la mañana. Cuando nos reunimos por la tarde, me informó que un informante le había dicho al director que le habías hecho daño a Lauren. Ese es el nombre de su primo. Michael sabía que no lo hiciste, pero no pudo convencer a Richards. Decidimos ir anoche y tratar de obtener información sobre la paliza, para convencer a Richards de que, de hecho, era el marqués. Sabíamos que nos seguiría hasta allí. Y lo hizo. Esperábamos que esa información fuera suficiente para calmarlo.

"Lamento no haberte dicho. Pero ambos queríamos absolverte de otra acusación injusta. Alguien está tratando de señalar a Richards hacia ti, y es fácilmente manipulable. Queríamos averiguar quién y por qué".

"¡Tengo investigadores para eso!" Marcus escupió, levantó la mano y apuntó a O'Leary.

"Hemos tenido poco éxito con los investigadores antes. Michael y yo decidimos que, si estábamos juntos, si éramos parte de la lucha, como tú, nos verían como uno de ellos", dijo Lucas, con voz tranquila pero con el rostro marcado por el dolor.

— ¿Qué tan herido está Michael? —preguntó Marcus, con la preocupación grabada en su rostro.

Lucas negó con la cabeza. "Está en mal estado, pero nada que no se cure con el tiempo. Nariz rota, los dos ojos cerrados, no peor de lo que solías ser cuando llegabas a casa —replicó Lucas, tratando de tranquilizarlo—.

"Después de todo eso, ¿qué descubriste?" —preguntó Marcus con la voz entrecortada por la tensión. Apretó la mano de Sofía cuando sintió que se estremecía.

"Ya no hay un campeón permanente. Nadie ha mantenido el estatus por más de dos peleas. Esto está causando una considerable consternación a Manfredo. No puede controlar los resultados de las peleas y está perdiendo mucho dinero.

"Pudimos obtener suficiente información de aquellos que trabajaban para Horace de que era violento con sus mujeres. ¿Sabías que no podía conseguir una amante? Fue negado incluso por la más indeseable de las mujeres. No hay duda de que él fue el responsable de la golpiza".

Marcus vio a Sophia asintiendo a su lado y frunció las cejas confundida. ¿Cómo iba a saberlo? Se rascó la nuca con incomodidad y luego se volvió hacia su hermano, que seguía hablando.

"Desafortunadamente, otra cosa que descubrimos con certeza, nadie parece saber quién mató al marqués. Todo el mundo preguntaba, todo el mundo lo discutía, pero nadie insinuaba ser responsable, ni siquiera su hermano", dijo Lucas, con una frustración evidente en su voz. "Es cierto que la gente lo odiaba, incluso decía que lo hacía, pero por lo que pudimos averiguar, nadie lo mató". Marcus suspiró y frunció el ceño. Después de todo lo que Michael había pasado, los moretones, el dolor, no se alejaron más cerca de las respuestas que antes.

La habitación estaba llena de tensión, el agresor desconocido seguía prófugo, la amenaza se cernía sobre ellos. ¿Quién pudo haber cometido un acto tan atroz y por qué estaban tratando de incriminar a Marcus por ello? Las preguntas flotaban en el aire, sin respuesta, mientras el grupo permanecía sentado en silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos.

Capítulo 23

Sophia se estremeció en la iglesia con corrientes de aire, sintiendo que el frío se filtraba a través de su delgado vestido de novia. Se envolvió la capa de piel blanca con más fuerza alrededor de los hombros, deseando que pudiera protegerse del frío en sus huesos. Se arrepentía de no haber llevado su pelliza más larga y abrigada, pero se iba a casar. Quería mostrar su nuevo vestido. Ahora se sentía como una niña por ser tan insípida e inusualmente tonta con respecto a la moda.

Se suponía que la iglesia era cálida y acogedora, con todos los hogares encendidos y las velas parpadeando, pero el calor parecía desvanecerse en el vasto espacio. Sophia miró a su alrededor y vio las hileras de bancos de madera llenos de personas que habían venido a presenciar su matrimonio con Marcus. Algunos eran amigos y familiares; otros eran extraños curiosos o enemigos disfrazados. Se preguntó cuántos de ellos sabían del peligro que acechaba afuera.

Pensó en los acontecimientos de las últimas semanas, en cómo su vida había cambiado tan drásticamente desde que conoció a Marcus. Se había enamorado de él, a pesar de sus modales rudos y sus maneras sobreprotectoras. Él la había cuidado, la había cuidado mientras estaba enferma, la había ayudado a sanar de su herida. Le había mostrado pasión y ternura, haciéndole sentir cosas que nunca había imaginado. También había confiado en ella para que le ayudara con esta investigación, confiándole sus secretos.

Pero todo había cambiado cuando se corrió la voz de que Manfred estaba acusando a Marcus de matar a su hermano. Había comenzado a correr la voz de que Manfred estaba presionando al Ministerio del Interior para que arrestara a Marcus por el asesinato de su hermano. La tarde después de pasar la noche, alguien intentó secuestrar a Sophia. Lo reconoció como uno de los hombres de Manfred de los túneles. Las acusaciones eran absurdas, por supuesto, pero ponían a Marcus en una posición precaria. Tenía que demostrar su inocencia, al mismo tiempo que protegía a Sophia de la ira de Manfred.

Al día siguiente de haber pasado la noche juntos, Sofía había sido atacada por uno de los hombres de Manfred a plena luz del día. Acababa de salir de la modista cuando una mano le rodeó la espalda, le cerró la boca, y otra rodeó su cintura, tirando de ella hacia el callejón junto a la tienda. Agarró la muñeca del hombre y la retorció, girando su cuerpo fuera de su alcance mientras él gritaba de dolor. Luego levantó la rodilla y le dio una patada en los bueyes. El hombre cayó al suelo, retorciéndose de dolor, sosteniéndose la ingle con ambas manos. Había luchado contra él, usando las habilidades que Rufus le había enseñado, pero no antes de que él le hubiera magullado la cara y la hubiera asustado. Había regresado corriendo a la tienda de la señora Dubois, demasiado aterrorizada para irse.

Marcus había estado sentado en casa esperándola, y cuando ella no regresó, fue a buscarla, preocupado de que algo le hubiera pasado, y había tenido razón. Marcus la encontró en el modiste y se puso furioso. Había ido sin escolta. No estaba enfadado con ella, sino con el hombre que se había atrevido a tocarla. Él también estaba preocupado, más de lo que ella lo había visto nunca. La había sostenido en sus brazos, besándola suavemente, y juró no perderla de vista nunca más.

Había discutido con él, por supuesto, diciéndole que no era una damisela indefensa en apuros. Ella le recordó que había sido capaz de luchar contra el atacante. Pero él se había negado a escuchar sus argumentos, diciendo que era demasiado peligroso, demasiado arriesgado, demasiado tonto. Le había dicho que la amaba demasiado como para perderla, y que haría

cualquier cosa para mantenerla a salvo. También había dicho que nadie hablaría con ella de todos modos, ahora que todos sabían que ella era su prometida. Le había dicho que tenía que confiar en él, que le dejara manejar las cosas, que se quedara a su lado. Era el clavo en el ataúd de su libertad y, a partir de entonces, no la dejaba ir a ninguna parte a menos que él o Lucas estuvieran con ella.

"¿No puedes decirle lo irracional que está siendo? No puedo investigar si no me deja ir. Nadie va a hablar conmigo si tú o Marcus estáis conmigo —se encontró suplicando a Lucas en el carruaje de camino a su casa después de otro viaje a la modista, su última prueba de vestido—.

"Honestamente, Soph, estoy de acuerdo con Marcus. Ya no está en condiciones de investigar en su nombre. Estás prometido. Incluso si no estuvieras en peligro, nadie te va a hablar ahora —dijo Lucas, dándole unas palmaditas en el hombro para consolarla—. "En lo que respecta a tu seguridad, tampoco le confiaría tu vida a nadie más. Le ha costado mucho permitirme ser tu escolta. Se sentó a su lado y le tomó la mano. Con un suspiro, se apoyó en su hombro y asintió. Tenía razón. Ahora estaba fuera de sus manos. Lucas le dio un cariñoso beso en la frente.

Jason la tomó del brazo y la acompañó por el pasillo. Su corazón dio un vuelco al ver a Marcus, vestido con sus mejores galas. Vestía pantalones negros y un frac negro superfino, una camisa blanca y un chaleco plateado y verde que combinaba con sus ojos y una corbata expertamente almidonada. Su largo cabello negro estaba atado hacia atrás con una correa de cuero. Se paró frente al vicario, con las manos entrelazadas a la espalda, viéndola caminar hacia él. Su hermano y Clayton estaban junto a él en el altar. Pero a medida que se acercaba, solo tenía ojos para él.

"¿Quién presenta a esta mujer para que se case con este hombre?" —preguntó el vicario a Jasón.

—Sí —sonrió, y besó la mejilla de su hermana mientras colocaba su mano en la de Marcus—. Luego tomó asiento entre los otros invitados, que estaban ansiosos por presenciar su unión. Marcus había sido una vez uno de los solteros más solicitados del mundo y, más recientemente, uno de los más controvertidos. Todo el mundo sabía que era el principal sospechoso del asesinato del marqués. El director no había hecho ninguna pretensión al respecto.

Marcus la abrazó, para disgusto del vicario, frunciendo el ceño ante la expresión externa de afecto de Marcus. Marcus frunció el ceño y replicó: "¿Quieres que la deje congelarse?" Bajó la mirada hacia Sophia y le guiñó un ojo. No pudo evitarlo; La hizo reír. Y esa no fue la única vez que la hizo reír a ella, ni a sus amigos que pudieron escuchar todo lo que dijo durante su ceremonia. Fue inusualmente tonto durante toda la ceremonia.

Cuando llegó el momento de que ella dijera sus votos, Marco tosió cuando el vicario le preguntó: "¿Le obedecerás y le servirás...?" El vicario dejó de hablar cuando Marcus lo interrumpió. "Perdóneme, padre", bromeó y asintió con una sonrisa tonta. Luego se volvió para mirar a Sofía y dijo, con cara seria: "Obedecer significa que estás de acuerdo en hacer lo que te digo. Me imagino que es importante que lo sepas antes de aceptar esto".

Sophia, dándose cuenta de lo que estaba haciendo, le puso una mano en el pecho y dijo: "Puedo prometer que lo intentaré, pero estoy segura de que sabes que es probable que fracase miserablemente en ese esfuerzo". Ella le dedicó una sonrisa juguetona, sabiendo que él la amaba por su espíritu e ingenio. Tanto la novia como el novio, así como sus amigos que estaban con ellos, se rieron. El vicario, que no los reprendió, parecía apopléjico.

"El matrimonio es un asunto serio. ¿Te lo estás tomando en serio? Contraer matrimonio no es algo que deba hacerse a la ligera", susurró el padre irritado a la pareja.

"Sí, padre, disculpas. Somos conscientes de la profunda gravedad de esto. Mis disculpas", respondió Sophia.

—Habla por ti mismo —le susurró Marcus al oído, lo suficientemente alto como para que el vicario lo oyera—. Su rostro se puso carmesí y parecía como si estuviera a punto de explotar.

Luego se dio cuenta de que no podía mirar a Marcus mientras decía sus votos. Hizo imposible no reírse. No paraba de hacerle muecas, guiñarle un ojo, mover las cejas y lanzar besos. Trató de ignorarlo, pero fue inútil. Ella estalló en carcajadas, y él se unió a ella, tomándola de la mano y apretándola cariñosamente.

Después de la ceremonia de la boda, todos se reunieron en la casa de Marcus en Mayfair para su desayuno de bodas. Su comedor mostraba alegría festiva, con invitados que habían asistido a la boda y otros que no. El desayuno sirvió un lujoso festín, con huevos, bollos, arenques, tostadas, croissants y varias mermeladas y conservas. También tenían salchichas y tocino, galletas y papas. Y una visita inesperada de Prinny, que entró en la casa con una sonrisa perpleja, entregando su bastón, sombrero y abrigo a Johnstone, que no perdió el ritmo, Johnstone rápidamente ordenó a un lacayo que ajustara los asientos y agregara un lugar adicional para el príncipe.

"¡Marcus, ojalá me hubieras dejado tirar tu ciervo!", susurró el príncipe en su tono altivo pero alegre mientras caminaba junto a Marcus. Sonrió y agregó: "Más cortesanas de las que podrías soñar, haciendo cosas que nunca podrías imaginar. ¿Tal vez te organice una celebración posterior a la boda?" —propuso, moviendo las cejas sugestivamente—.

"Teniendo en cuenta la situación en torno al marqués, estoy seguro de que entiende por qué eso no sería aconsejable, Su Alteza Real. Tampoco tengo intención de ignorar mis votos matrimoniales. Estoy seguro de que lo entiendes —dijo Marcus, esperando que el príncipe no se sintiera ofendido—. Cuando entraron en el comedor, Marcus levantó la mano y le mostró al príncipe regente su asiento en la cabecera de la mesa, lo que resultó en un poco de arrastre de pies para acomodar al distinguido invitado.

El silencio se apoderó de los invitados cuando el director Richards entró por la puerta principal, lo que obligó a Sophia a alejarse de sus amigos y acercarse al hombre. Vestía pantalones blancos y un frac superfino azul oscuro, con un chaleco marrón claro y azul que se ajustaba a su delgada figura. A diferencia de su primo corpulento, era de complexión delgada. De estatura media, tenía ojos color whisky que la buscaban, mirándola con curiosidad. Sus finas facciones estaban bien cuidadas, su cabello peinado a la perfección y cortado limpiamente. — ¿Puedo preguntarle el motivo de su visita? —preguntó Sophia, con la esperanza de mantener una apariencia de calma, aunque su corazón latía con fuerza por la inquietud. Sintió que una solitaria gota de sudor le recorría la espalda, se estremeció y luego se frotó la espalda para recuperar el control. Michael y Sir Williams se acercaron y se pararon a su lado, ambos apoyando una mano en cada uno de sus hombros.

—Director —susurró Sir Williams mientras se acercaba a su patrón—, esto es muy inapropiado.

—Los asuntos del Ministerio del Interior no duermen para nadie —replicó el director

Richard, mirando al caballero y mirando a su primo segundo con el ceño fruncido—.

—Esto es rencoroso, primo, nada más —escupió Michael—.

"No hay razón para que estés aquí, ni ahora, ni hoy". Todos comenzaron a susurrar y a mirar fijamente al director. Sophia vio cómo su rostro se caía cuando observaba a los otros invitados en la habitación y parecía estar dudando de su decisión de visitarlo. Sophia podía escuchar voces suaves que decían que el director estaba tratando de intimidar al duque y a la nueva duquesa. Se podía escuchar a otros decir que parecía que el director no tenía pruebas suficientes para arrestar al duque, por lo que había recurrido a la teatralidad.

Pareció cambiar de opinión cuando miró a Sophia y dijo: "Simplemente vine a desearle felicidad a usted y al duque Raqueport, Su Excelencia", dijo el director Richards. Le cogió la mano y le besó los nudillos. Cuando se puso de pie, sus labios estaban colocados en una delgada línea, sus ojos se alejaron de ella, escudriñando la habitación.

Sophia se sintió orgullosa de que no pareciera haber un aliado a la vista.

"Por favor, entra y disfruta del desayuno", sonrió Sophia, levantando el brazo y señalando hacia el comedor lleno de ella y los amigos y familiares de Marcus. Marcus se quedó quieto en la esquina más alejada, con los ojos clavados en ella. Le hizo una pausa, preocupado de que reaccionara y no pensara en las consecuencias. Cuando él pareció inclinado a acercarse, ella sacudió la cabeza y levantó la mano, con la palma de la mano hacia él, y él se detuvo y asintió con la cabeza, respirando hondo y sentándose junto al príncipe.

Prinny frunció el ceño profundamente, disparando dagas al director Richards, con los ojos llenos de lo que solo podía describirse como disgusto.

Para sorpresa y consternación de Sophia, el director Richards aceptó su invitación y se acercó a Marcus, ignorando todo decoro social, y sentándose junto al príncipe regente al otro lado de la mesa de su esposo. Sofía encontró sus pies pegados al suelo.

Capítulo 24

—Qué decepción, Richards —se burló Prinny, con la boca llena de un bollo de mantequilla—, esta vez te has superado a ti mismo. Se limpió los dedos en una servilleta y bebió un sorbo de café.

"Su Alteza, sabe que estoy investigando un asesinato. También me han informado de una brutal paliza por la que ahora se acusa al duque —dijo Richards, con los ojos fijos en Marcus—.

"¿Has perdido la maldita cabeza al venir aquí el día de su boda?" Prinny se burló. Su voz pasó de burlona a furiosa y despectiva.

Richards miró al príncipe. "Esto es serio, Su Alteza —dijo Richards, tratando de ganarse el favor del príncipe—.

Marcus se recostó y observó el intercambio. Nunca habría acudido al príncipe en busca de ayuda con este asunto. Estaba por debajo del príncipe involucrarse, independientemente de su estrecha amistad. ¿Sabía el príncipe que Richards iba a venir aquí?

¿Fue por eso que vino? —Tenemos un asunto serio que discutir —dijo, con los ojos fríos y la voz firme—.

—Vete a la mierda, Richards —murmuró Prinny mientras se llevaba el café a los labios y bebía un sorbo profundo y satisfactorio—.

—¿Perdóneme, Alteza? Richards tosió, mirando Prinny, con los ojos muy abiertos.

"Ya me conoces, Richards, deja de decir tonterías de 'Su Alteza'. ¿Qué estás haciendo aquí hoy que no podía esperar hasta mañana?", preguntó el príncipe, mirando a Richards por encima de la nariz.

"Prinny, ven ahora. Tú y yo somos amigos. ¿Por qué te involucras en esto?" —preguntó Richards. Se acercó más al príncipe para que solo ellos pudieran escucharlo.

—Como amigo tuyo, creo que es mi deber decírtelo cuando estás loco, Richards —dijo Prinny, inclinándose hacia él—

Richards, con los ojos fijos en el hombre.

—Como he dicho, tengo un asunto muy serio que tengo que discutir con el duque —contestó Richards, volviendo la mirada hacia Marcus—.

"Estoy seguro de que sí, pero no el día de mi boda. ¿Qué esperabas lograr al presentarte aquí sin ser invitado? ¿Para arruinar mi felicidad? ¿Para humillar a mi novia?" —preguntó Marcus, sentándose derecho en su silla, con la voz aguda y el pecho apretado por la rabia. Prinny apoyó una mano pesada en su hombro y Marcus lo miró y se relajó ante la persuasión del príncipe.

Richards frunció el ceño y sacudió la cabeza, masajeándose las sienes con ambas manos. "Pensé en pillarte desprevenido. No he venido aquí para avergonzar a tu esposa".

"Claramente no pensaste en cómo esta visita podría afectarla", regañó el príncipe.

"No vine a hacerle daño", dijo Richards implorante.

"Por supuesto que no. No pensabas en ella. Viniste a hacerme daño por razones que solo tú conoces. No tengo ni idea de por qué me tienes tan mala reputación.

—Le ruego que me perdone, Su Excelencia.

Marcus frunció el ceño y miró al director con recelo. No tenía ni idea de qué pensar de él, y desde luego no confiaba en su repentino cambio de tono. "Estaré disponible mañana a las dos en punto, con mis abogados. ¿Puedes manejar eso?" Marcus dijo con frialdad.

—Estaré allí a la hora señalada —respondió Richards e inclinó ligeramente la cabeza—.

—Buen hombre, Richards —dijo Prinny y le dio una palmada en la espalda con brusquedad—. "Te das cuenta de que el marqués casi mata a esa mujer. Trató de hacer esa violenta acrobacia con una de mis cortesanas en una de mis derrotas. Tuve que echarlo de inmediato. Casi me estropea la diversión". Prinny dio un gran mordisco a los huevos, masticándolos con gusto. "¡Estos son deliciosos!" Alabó.

—¿Qué dijiste? —preguntó Richards. Sus ojos se movieron rápidamente de Marcus a Prinny, su rostro inexpresivo. — ¿Sabes lo de la mujer que fue golpeada?

"Richards, no hay un alma, noble o común, en la ciudad que no esté al tanto de ese trágico asunto. Horacio había estado en un lugar oscuro durante mucho tiempo antes de su conveniente muerte. Solo su hermano parece entristecido por su muerte y, francamente, creo que eso también es una artimaña. A nadie le gustaba ese hombre". Prinny cogió la servilleta, se secó los labios, la dejó caer en el plato y se quedó de pie sosteniendo su copa de champán.

"¡Al duque y la duquesa, les deseo felicidad!" Brindó, levantando su copa para que todos la vieran. Le dio una palmada en la espalda a Marcus. Marcus observó cómo el príncipe salía del comedor, aparentemente disminuyendo toda la tensión mientras se iba.

Marcus se puso de pie, mirando fijamente al director, que también estaba de pie. Caminó alrededor de la mesa del comedor y se acercó a Marcus e inclinó la cabeza, "Te deseo felicidad", dijo, y para sorpresa de Marcus, se fue.

Capítulo 25

Marcus se acercó a su esposa, con los ojos entornados y la mirada encendida. Ella le sonrió, y él suspiró mientras ella levantaba la mano para posarla en su mejilla. Se inclinó y le besó la sien. —Es hora de que mi mujer suba —dijo, soto voce, con voz ronca—. Sin decir una palabra a sus invitados, Marcus la guió fuera de la gran entrada y subió las escaleras hasta su dormitorio. Cerró la puerta y la cerró tras él.

Sofía le dio la espalda a su marido y lo miró por encima del hombro. El azul de sus ojos se oscureció con el deseo, haciendo que la sangre de su cuerpo se centrara en su polla. —Parece que vas a ser la doncella de mi señora, marido —dijo ella, sonriéndole mientras él caminaba hacia ella con una sonrisa perezosa en el rostro—.

"Una tarea muy imperiosa. Y también necesitaré un ayuda de cámara —respondió él, desabrochando los botones de la parte posterior de su vestido—. Sofía miró alrededor de la habitación mientras él la desvestía. No había dicho nada, pero a su alrededor había atisbos de ella mezclados con él. Su aroma a jazmín se mezcló con el de él a sándalo. Sus almohadas, una manta doblada delicadamente sobre el brazo del sofá en la habitación de retiro que conectaba con el dormitorio. No había mencionado los cambios que había hecho porque le parecían correctos. Encajan. Ahora ella se puso de pie y suspiró mientras él le besaba el costado del cuello, y ella se quitó la bata. Ella levantó la vista y él sonrió cuando notó varias cintas rojas que corrían por el dosel de la cama.

—¿Por qué los colocaste alrededor del dosel? —preguntó Sophia, ahora frente a él mientras él desataba sus estacas.

Marcus levantó la vista de las ataduras que tenía en las manos y la miró con ojos oscuros y encapuchados. —Esperaba que estuvieras dispuesta a explorar algo, bueno, nuevo conmigo —preguntó, y sintió que ella se estremecía en sus brazos.

—¿Quieres atarme? —preguntó Sophia. Ella levantó la vista, pero no lo miró a los ojos. Su piel estaba enrojecida desde el pecho hasta la mejilla, y su respuesta le pareció adorable.

En lugar de responderle, Marcus le quitó la última barrera de la ropa y la levantó por encima de su cabeza. La tomó de la mano y caminó con ella hasta la cama, luego la levantó y la acostó en el centro del colchón.

—Mis medias —insistió, agarrándose la corbata del muslo—.

—Déjalos —respondió él, poniéndole una mano en el muslo—. Luego se subió al colchón y desató las correas de seda que colgaban del dosel. Le ató las manos y le besó las muñecas mientras anudaba ligeramente las sedas que las rodeaban. Observó cómo le abría las piernas y le acariciaba los muslos, rozándole la vaina con las yemas de los dedos mientras le bajaba las manos por las piernas. Le besó el ombligo, el muslo derecho y luego el izquierdo. Luego envolvió otro juego de sedas alrededor de sus rodillas, obligando a sus piernas a permanecer abiertas para él.

Penetrantes ojos azul oscuro lo penetraron y preguntó roncamente: "¿Cómo te sientes?"

"Emocionado... y un poco nerviosa", admitió, mordiéndose el labio inferior. See lo miró a través de las pestañas mientras intentaba mover las manos hacia él, pero los lazos la mantuvieron en su lugar.

— ¿Te sientes bien? -preguntó mientras su dedo entraba en ella.

Su pulgar hizo círculos alrededor de su capullo, y ella inhaló al contacto con él. Él sonrió al sentir que ella se apretaba alrededor de su dedo, y ella exhaló cuando él entró en otro, moviendo los dedos hacia adentro y hacia afuera y ella gimió de placer. —Dígame, con palabras, duquesa

—dijo, con voz firme, pero tranquila—. "¿Esto se siente bien?" — Sí -susurró ella mientras sus caderas se levantaban para encontrarse con sus manos—.

Retiró la mano y le pasó el dedo por los muslos. Marcus se puso de pie y se quitó la ropa, todo mientras la miraba fijamente, en silencio. Su virilidad estaba erguida cuando se quitó los pantalones. En lugar de caminar hacia ella, se puso de pie y la miró y comenzó a bombear su mano alrededor de su pene hinchado mientras su mirada se movía a lo largo de su cuerpo, desde sus grandes pechos con sus pezones erectos y rechonchos, hasta la humedad que lo recibía entre sus muslos. Su corazón latía con fuerza y su pene se endurecía al verla observarlo.

Se acercó a la cama y se subió sobre ella, apoyando su virilidad entre sus pechos. Rodeó sus pezones, pellizcando y enrollando las puntas de las rosas entre sus dedos mientras ella se arqueaba contra sus manos. Agarró sus pechos y los apretó y frotó su virilidad entre ellos, mientras sus dedos seguían acariciando sus pezones, pellizcándolos entre sus dedos medio e índice.

"Quería frotar mi polla entre tus pechos desde ese primer día que te conocí", gimió. Él la miró, con los ojos y el cuerpo hormigueando mientras moldeaba sus pechos en sus manos. Gimió mientras movía las caderas. Ella arqueó la espalda y gimió cuando él le pasó el pulgar por la punta del pecho.

Él le sonrió y se arrastró por su cuerpo. Le besó las pantorrillas, las rodillas, la parte interna de los muslos y luego se arrodilló en el vértice de sus muslos, dibujando círculos alrededor de su capullo. —Te gusta eso —dijo él, mirándola a la cara—. Ella asintió y trató de moverse, pero él retiró la mano y negó con la cabeza, "No, Duquesa, si te mueves, te quito la mano. ¿Lo entiendes?

"¿No puedo moverme?" —preguntó Sophia, levantando la cabeza de la cama. —No creo que pueda —suspiró ella, mientras su dedo empezaba a dibujar círculos a su alrededor de nuevo—.

—Te prometo que te haré venir —dijo él, inclinándose sobre ella—. "De hecho, prometo hacerte venir tantas veces que te dolerá el coño por la mañana. Pero si quieres que te haga venir, debes seguir mis instrucciones. Entiendes ¿Duquesa?

Tragó saliva y cerró los ojos. —Comprendo —respondió ella en voz baja, y tragó saliva—.

—Quieres venir cuando te toque aquí, ¿verdad, duquesa? —preguntó. Ella asintió, cerró los ojos y apretó la colcha con las manos. "¿No es así?", preguntó, "¡En voz alta!"

—Sí —gimió ella—. Su cuerpo comenzó a brillar mientras intentaba permanecer quieta contra su mano.

—Ah, sí —sonrió—, quiero hacerte venir. Ven por mí —tocó la punta de ella con más firmeza, frotándola hasta que sus rodillas se sacudieron y sus caderas sufrieron espasmos—. Ya no tenía control sobre su cuerpo mientras gritaba su nombre.

El poder que ejercía sobre ella era afrodisíaco. Cuando entró en ella, su funda estaba tan apretada que casi le dolía. —Te voy a follar duro ahora —gimió cuando la penetró de lleno—. Abrió las rodillas, apretó sus caderas con las manos y bombeó dentro de ella. —Dios, estás tan apretada y mojada —dijo entre dientes apretados, y la penetró con fuerza y fuerza—. Ella gritó con cada golpe de su hombría dentro de ella. De alguna manera, encontró ese profundo placer, ese punto interno dentro de ella que sacudía el núcleo mismo de su ser, destrozándola de adentro hacia afuera. Su orgasmo fue de alguna manera más poderoso que cualquier otro y vio chispas cuando sintió que su vaina palpitaba erráticamente a su alrededor.

Finalmente alcanzando la cima de su propio deseo, Marcus gruñó mientras la empujaba por última vez. Con la cabeza hacia atrás, gritó su nombre. Cada parte de su cuerpo aún hormigueaba por sus toques, haciendo que su cuerpo se sintiera vivo y de alguna manera asesinado por sus atenciones. Cuando por fin abrió los ojos y la miró, le pasó la mano por el cuello hasta el estómago y luego apoyó ambas manos en las rodillas de ella, respirando con la misma dificultad que la de ella.

Extendió la mano hacia delante y desató las corbatas de seda, dejando marcas de color rojo claro alrededor de sus rodillas y muñecas. Frunció el ceño mientras pasaba el dedo ligeramente por las quemaduras. "Pensé que las sedas eran lo suficientemente suaves como para asegurar que esto no sucediera", dijo, con las cejas fruncidas agresivamente en su rostro. Le masajeó el dedo entre las cejas para aflojarle la tensión.

"Esa fue la experiencia más emocionante de mi vida".
—dijo Sofía con voz ronca, con la garganta seca al recordar los gritos que él arrancaba de su cuerpo, que le exigía, mientras ella le rogaba que entrara en ella, que la llenara. Él se negó hasta que ella vino muchas veces. No podía decir cuándo terminaba un orgasmo y comenzaba el siguiente.

Su cuerpo sintió una satisfacción indescriptible, pero el cansancio comenzó a tirar de ella. Marcus retiró la colcha y se acostó a su lado, rodeándola con sus brazos mientras se acomodaban en la cama. "En este momento, mi vida se siente completa. No quiero nada —susurró él, dándole un suave beso en la sien—. Mientras ambos respiraban sincronizados, se aferraron el uno al otro con fuerza, sumergiéndose en un sueño tranquilo a media tarde.

Capítulo 26

—¡Su gracia! —gritó Seamus, golpeando profusamente la puerta del dormitorio—.

"¡Un momento!" Marcus lloró mientras veía a su novia rechinar sus caderas encima de él, sus rizos de caoba colgando salvajemente a su alrededor. Extendió la mano y le pellizcó los pezones, con fuerza, y ella se separó, temblando alrededor de su pene. Entró en ella, gimiendo de placer mientras ella se desplomaba sobre su pecho y en sus brazos. Respiró hondo y rodó de costado, besándola antes de abandonar la cálida cama y echarle las mantas sobre el cuerpo. Agarró sus pantalones y se los puso rápidamente, sin tomarse el tiempo de abotonarse la caída. Luego se encogió de hombros sobre su higuera y caminó hacia la puerta.

—¿Qué pasa, Seamus? Marcus gruñó, molesto por la interrupción.

—Es casi mediodía —dijo Seamus, impertérrito ante el mal genio de Marcus—.

—¿Casi mediodía? —preguntó Marcus, rascándose la cabeza. Se volvió hacia las ventanas, las pesadas cortinas protegían la habitación del sol de la tarde.

—Tienes que comer —lo regañó Seamus, y luego apoyó las manos en las caderas ante la sonrisa que Marcus le dio—. "Comida".

—Oh, Dios mío —dijo Sophia, cubriéndose la cara con la almohada que agarró a su lado—.

— Por favor, envía a Harriet. Yo me vestiré en el camerino, mientras que Sofía puede vestirse aquí. Dijo Marcus mientras caminaba de regreso a su esposa.

—¿Tendría más sentido que la duquesa tuviera su propio dormitorio? —sugirió Seamus—.

—No —dijo Marcus bruscamente, volviéndose hacia su ayuda de cámara—. "Podemos vestirnos en habitaciones separadas". Seamus salió de la habitación, sacudiendo la cabeza con incredulidad.

"¿Te gustaría unirme a mi reunión con el director hoy?" —preguntó Marcus, dándose cuenta de que no se lo había mencionado. "Viene aquí hoy. ¿Sin su representación? —preguntó Sofía consternada.

—No, tengo a mis abogados, el señor Lancaster y el señor Gamble, que vienen. O'Leary estará presente. Pero pensé que tú también podrías asistir —dijo Marcus, levantando la vista de su plato y extendiendo la mano a su derecha, donde estaba sentada Sophia—. Habían descartado la idea de que ella se sentara a los pies de la mesa, conveniendo en que sería ridículo que gritaran mientras mantenían una conversación.

—Sí, lo haría —asintió Sophia—. "Es lamentable que John Adams no pueda representarte. Tengo entendido que hizo un trabajo capital defendiendo a esos soldados durante la revolución".

—Sí —sonrió Marcus, sacudiendo la cabeza—, uno estaría muy angustiado de que un ex presidente estadounidense anciano no pueda representarlo. ¿Está bien, duquesa?

—¿Es ése mi nuevo nombre ahora, Su Excelencia? Sofía sonrió y besó la mano que él había posado sobre la suya mientras comían.

"No es tan nuevo, y no respondiste a mi pregunta".

"No estoy mal, simplemente estoy preocupada y cuando me preocupo, aparentemente digo cosas sin sentido", frunció el ceño ante su comida. "Sé que puede que no lo entiendas, pero tener a alguien que te defienda por completo, independientemente de lo que sienta por ti, y saber que lo hará por completo, eso es todo lo que quiero para ti. Lo que necesito", Sophia cerró los ojos, se recostó en su asiento y se apoyó pesadamente en el respaldo de su silla. Marcus movió

su pierna debajo de la de ella, permitiéndole apoyar sus cortas piernas sobre las suyas. El gesto fue tan dulce e inesperado que los ojos de Sophia se abrieron y la sonrisa que él había querido que ella le diera finalmente apareció en sus labios.

—Te quiero, duquesa, mi duquesa, mi esposa —sonrió Marcus, dibujando círculos con el pulgar en la parte superior de su mano—. Se inclinó hacia delante y besó su boca dulcemente, moldeando amorosamente sus labios a los suyos.

—Ejem —Johnstone se aclaró la garganta de la entrada—. Se puso de pie y miró hacia adelante cuando Marcus alzó la mirada hacia el mayordomo.

—¿Cuál parece ser el problema? —preguntó Marcus.

—El señor O'Leary está aquí, así como lady Emily, lady Samantha y Lady Penélope. Los he puesto en el Salón Azul, Su Excelencia.

— Gracias, Johnstone. Marcus se puso de pie y se retiró. La silla de Sophia. Cogidos de la mano, caminaron hacia el salón.

"Johnstone, por favor, haz que traigan té y pasteles para nuestros invitados", dijo Sophia antes de que el mayordomo saliera de la habitación.

—Por supuesto, Su Excelencia —inclinó la cabeza y salió de la habitación—.

"Soph, tenemos algunas cosas que tenemos que discutir con Él Grace", comenzó Samantha.

La sala estaba llena de inquietud mientras todos esperaban escuchar lo que Samantha tenía que decir. El corazón de Sophia se aceleró mientras se preguntaba qué podría ser tan importante que no podía esperar. Respiró hondo y se preparó para lo que estuviera por venir.

"Marcus, por favor, todos ustedes, llámenme Marcus". O'Leary alzó una ceja. —Sí, incluso tú, O'Leary.

Sofía se sentó en el centro del sofá junto a su marido. Samantha se sentó a su derecha. Emily y Penélope ocuparon el pequeño sofá, mientras que O'Leary se sentó en la única silla frente al sofá.

"El Ministerio del Interior ha abierto una investigación sobre la golpiza a la mujer a la que se le acusaba de dañar", dijo Emily rotundamente. "Aparentemente, nuestro Príncipe Regente fue capaz de convencer al director, donde nadie más fue capaz, de que, de hecho, usted no la dañó, y mucho menos la conoció".

—¿Qué significa esto, en lo que se refiere al asesinato del marqués? —preguntó Marcus, perplejo. Miró a cada uno de ellos, tratando de medir su estado de ánimo por las expresiones de sus rostros.

Nadie regaló nada, muy a su pesar.

"Creemos que el director estará más inclinado a escuchar su reclamo ahora que la muerte que está investigando es la misma persona que lastimó a su hermana", explicó Samantha.

"Eso todavía no nos ayuda a determinar quién, de hecho, mató al marqués". Las manos de Sophia se convirtieron en puños en su regazo.

"Creemos que el director aprobará que regrese a su patrimonio. Nos gustaría acompañarte. Hay algunas personas a las que nos gustaría interrogar". Emily juntó las manos delicadamente en su regazo e inclinó la cabeza hacia Sophia.

"Quieres que organicemos un baile, ¿verdad?" Sofía miró a cada una de sus amigas, con una sonrisa en los labios. "Bueno, entonces, cuéntame todos los jugadores clave".

Capítulo 27

Como Samantha había insinuado, el director aprobó que Marcus y Sophia regresaran a la finca en Devon. Lo más inesperado fue su cambio de comportamiento hacia Marcus.

"Tengo en mi poder una declaración de la señora Clara Davenport. Ella te ha proporcionado una coartada la noche del asesinato del marqués —el director le dijo a Marcus al otro lado de la mesa—.

Marcus se volvió hacia Sophia. Mantuvo una expresión facial estoica hasta que se encontró con su mirada, entonces pudo sentir las dagas disparándole a través de sus ojos. Levantó la vista y empezó a mirar alrededor de la habitación. Marcus volvió a mirar el papel y leyó la declaración. Indicaba cuándo llegó, cuándo se fue, e incluyó nombres de su personal que estaban dispuestos a ser interrogados para corroborar su afirmación.

—¿Cuándo recibiste esto? —preguntó Marcus, entregándole el documento a su abogado.

"Lo recibimos en la fecha en que se firmó", dijo Richards, su rostro no revelaba nada extraño con respecto a esa información.

—¿Ha tenido usted una declaración de coartada durante dos semanas y acaba de informarnos ahora? —preguntó el señor Gamble, con la voz levantada por la irritación. Sus cejas morenas se fruncieron en señal de consternación. "Supongo que esto significa que ya no estás buscando a mi cliente por este asesinato", dijo asertivamente.

"Eso es correcto. Ya no vemos al duque como nuestro principal sospechoso. Aunque es muy inusual tener a su amante como coartada. También nos reservamos la autoridad para seguir buscándolo como sospechoso, aunque ya no es el principal sospechoso". Richards miró a Sophia cuando hizo esa declaración.

"Él estaba con ella; Una coartada es una coartada. Y la señora Davenport es su *antigua* amante —dijo Sophia en voz baja, haciendo hincapié en la «primera»—. Sonrió dulcemente al director, sintiendo una sensación de orgullo, alegría y consuelo por el hecho de que Marcus había compartido todo con ella y no tenían nada que ocultar.

—¿Es eso lo que te dijo tu marido? —preguntó Richards. Él le lanzó una mirada bastante siniestra y mantuvo un brillo divertido en sus ojos, la mirada decía que ella era de alguna manera ingenua al pensar que la relación había terminado.

—Sí, pero también de la señora Davenport. Debo decir que se ha convertido en una buena amiga mía —el rostro de Sophia estalló en una gran sonrisa mientras observaba las expresiones de todos los hombres en la habitación, desde el horror y la conmoción—. Y el pobre Marcus, que parecía querer estrangularla.

—¿Te has hecho amigo de mi antigua amante? Marcus escupió, sus ojos se agrandaron, su piel se puso roja, su boca era una línea recta de horror. Se frotó las sienes y cerró los ojos.

"Podemos discutir esto en privado, Su Excelencia. Lo importante ahora es que el Ministerio del Interior empiece a buscar al verdadero asesino y deje de centrar su atención en ti —dijo Sophia, y luego miró a los abogados de la sala, que asintieron con la cabeza—.

—¡Efectivamente! —el señor Lancaster asintió, aunque su mirada todavía mostraba consternación y confusión—.

"Director, partiremos hacia Raqueport Manner. Nos gustaría invitarlos a unirse a nosotros allí. Tendremos un evento de una semana en el país y tendremos un baile al final, celebrando nuestra unión. Nos encantaría que te quedaras con nosotros. Tu primo estará allí y asistirán otras familias de la zona. Hemos invitado al vizconde Blackmon. —dijo Sophia insistentemente, sus ojos implorándole cuando finalmente se encontró con los suyos. Parecía perplejo.

— Debería venir, director Richards -asintió con la cabeza-.

"Gracias por la invitación. Lo consideraré seriamente". Richards miró a Marcus y luego se puso de pie, su actitud indicaba el final de la conversación. "Me veré salir, Tu Gracia". Hizo una reverencia y se marchó.

"No me agrada que me hayas desobedecido y hayas hablado con la Sra. Davenport. Marcus se recostó en el carruaje, sentándose frente a él de ella. Cruzó los brazos sobre el pecho y la obligó a mirarlo directamente a los ojos.

No recuerdo haberte pedido permiso para hablar con ella, ni recuerdo que lo prohibieras. De todos modos, no habría accedido a algo tan absurdo. Como claramente no pensaste en preguntarle, me encargué de hacerlo. Marcus intentó hablar, pero Sophia levantó la mano. "No he terminado". Marcus inclinó la cabeza y señaló con la mano, con la palma hacia arriba, en su dirección.

"Tomé la decisión de preguntarle, sabiendo que seguramente estarías hosco al respecto. También sabía que nunca se lo habrías preguntado. Prefiero tener un marido enojado que uno muerto". Sophia lo miró directamente a los ojos y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Bueno, entonces —dijo Marcus, aparentemente incapaz de discutir con ella—. "Pensé que se suponía que yo era el esposo aquí".

"Por supuesto que lo eres, mi amor. No estábamos casados cuando le pregunté si eso era un consuelo", respondió con una sonrisa en ella labios.

—No me trates con condescendencia, esposa.

—Ah, ya veo. Cuando tú eres hosca, yo soy *esposa*, ¿eso es todo?", preguntó, apoyando el codo en el puño y la otra mano en la barbilla, golpeando su mejilla con el dedo índice. Ella lo miró con el ceño fruncido. —Deja de hacer tonterías, Marcus. ¿Sabes que hice lo que era mejor para ti!"

"No sé qué me incomoda más, el hecho de que hayas acudido a ella en busca de una coartada para mí, o que te hayas hecho amigo de ella. No toleraré que ustedes dos hablen de mí de una manera íntima". —dijo Marcus, y Sophia supo que hablaba en serio.

"No compartiremos historias, Marcus. ¡Ten un poco más de fe en mí que eso!" —dijo Sophia, con los ojos muy abiertos—. Sobre todo le pedía consejo a Clara, que no era exactamente un intercambio de información sobre Marcus. Además, reflexionó, estaba claro que él cosechaba los beneficios de la relación entre ella y Clara.

Marcus se acercó y la agarró por la cintura y la atrajo hacia su regazo. —Eres una mujer muy peculiar —dijo Marcus en voz baja, acariciándole la mejilla—.

Sophia le sonrió y le rodeó el cuello con los brazos. —Lo sé. Ella lo besó en los labios. —Nunca te habrías casado conmigo si fuera normal —sonrió y se volvió a meter las gafas en la nariz—.

Marcus se rió entre dientes, "Efectivamente". Él susurró y tomó su boca en un beso abrasador.

Capítulo 28

El viaje a Devon no fue demasiado largo, pero Marcus no sintió la necesidad de apresurarse, empujando a sus caballos más de lo necesario. Se detuvieron en una posada local llamada Thyme Cat. La dueña era una viuda, la señora Williamsburg, una mujer amable y regordeta, de simpáticos ojos marrones y cabello castaño con mechones grises. Tenía más de cincuenta años y su posada atendía a la alta burguesía local. Era un lugar pequeño y pintoresco, solo ofrecía diez habitaciones, pero eran espaciosas, y la comida era tan conocida en la zona que la gente venía solo para disfrutar de los platos locales preparados.

—Su excelencia —sonrió la señora Williamsburg cuando entraron Marcus y Sophia—. —¿Le preparo sus habitaciones habituales? Los ojos de la viuda se dirigieron a Sophia y Marcus sonrió ante su confusión.

—Señora Williamsburg, ésta es mi duquesa, Su Gracia Lady Sofía. Se inclinó sobre el mostrador y le dedicó una sonrisa tímida. "La atropellé con mi caballo, ¿sabes?, y bueno, me robó el corazón".

La mujer sonrió a Sophia. "¡Siempre ha tenido el sentido del humor más tonto!" Le dio unas palmaditas en la mano.

"La señora Williamsburg ha estado dirigiendo este establecimiento desde que yo estaba, bueno, ¡desde que tengo memoria!" Marcus le explicó a Sophia.

—Lo más gracioso, señora Williamsburg, es que, de hecho, me atropelló con su caballo —sonrió Sophia, y Marcus se rió entre dientes ante la expresión de ojos muy abiertos del posadero—.

"¡No lo hiciste!" —replicó ella, con los ojos fijos en Marcus y la boca abierta—.

"Lo hice, pero ¿de qué otra manera iba a hacer que ella se fijara en mí? ¡Señora Williamsburg!

—Sí, y estoy segura de que ella creería esa absurda afirmación —se rió Sophia, subiéndose las gafas—.

"Nos quedan dos habitaciones, parece que todo el mundo está viajando esta semana, Su Excelencia. El comedor privado no está disponible esta noche, por lo que tendrás que cenar con los otros huéspedes".

"Solo necesitamos uno, y las habitaciones de los sirvientes adjuntas".

El posadero lo miró sorprendido, con las cejas levantadas, "¿Una habitación? Pero sí tengo los dos".

"Entonces podrás alquilarlo al próximo tipo que venga. Solo necesitamos uno". Marcus sonrió y luego palmeó la encimera. Salió de detrás del mostrador y los guió por los escalones, bajó por el lado izquierdo de la posada y bajó hasta el final del pasillo.

La habitación era grande, primero entraba en una sala de estar y luego a través de otra puerta al dormitorio donde se encendía una gran chimenea, que ya calentaba la habitación. Una gruesa encimera azul y grandes y densas almohadas adornaban la cama. Un armario estaba contra la pared del fondo y un biombo estaba colocado contra la otra esquina. A la izquierda había una puerta que daba a las habitaciones de los sirvientes.

Seamus necesitará otra habitación en las dependencias de los sirvientes, junto a las cocinas. Harriet, la doncella de lady Sophia, puede ocupar la habitación contigua. —sugirió Marcus mientras su novio entraba con La maleta de Sophia y sus propias bolsas.

—Le prepararé una cama, Su Excelencia.

Williamsburg estuvo de acuerdo y le entregó la llave.

—¿Podemos, por favor, bañarnos y tomar el té? ¿A qué hora se sirve la cena esta noche?" —preguntó Marcus, quitándose el abrigo y colgándolo en la percha de la puerta. Luego ayudó a Sophia a quitarse el suyo y lo colgó en el pozo.

"El comedor comenzará a funcionar a las siete. Le pediré a la Sra. Jones que traiga té y algunos pasteles del chef. El señor Garret y el señor Kent se levantarán con su bañera en breve. Hizo una reverencia y se fue, cerrando la puerta tras de sí.

Marcus se acercó a Sophia y la abrazó por un momento, y suspiró de satisfacción, disfrutando de la sensación de verla en sus brazos. Los dos hombres llegaron, colocaron la bañera frente a la pantalla de privacidad y se fueron a traer cubos de agua caliente.

Marcus observó y Sophia abrió su bolso y sacó sus jabones y aceites, colocándolos en el taburete junto a la bañera. Una vez que la bañera estuvo llena, Marcus la ayudó a quitarse la ropa y ella lo ayudó a quitarse la suya.

Marcus sintió una sensación de urgencia cuando sus pantalones finalmente cayeron al suelo, y agarró a Sophia por las nalgas y envolvió sus piernas alrededor de su cintura, luego la llevó al baño. Se acercó al calor y los bajó. —No puedo esperar —gimió mientras agarraba su pene y entraba en ella—. "¡Dios mío, ya estás tan mojado por mí!" Él gimió mientras le apretaba las nalgas y se metía en ella. — Dime lo que quieres -le preguntó, con la lengua y los labios mordisqueando su cuello-.

—Mis pezones, Marcus, pellizca mis pezones —susurró ella, reclinándose en sus brazos—. Él sonrió, le agarró los pechos y le mordió un pezón duro, y ella gritó, su funda se apretó alrededor de él mientras lo montaba, sus dedos se movieron por su espalda, las uñas se clavaron en su piel.

Ella lo volvió loco, arqueando la espalda, sus grandes pechos suplicando su toque y su boca mientras se apoyaba en él. "¡Ya voy!" Ella lloró mientras él le pellizcaba los pezones con más fuerza. Sus piernas se apretaron alrededor de su cintura, su calor húmedo convulsionó alrededor de su virilidad, y él se corrió.

—¡Sofía! Lloró mientras el placer brotaba de él, sus manos se clavaron en sus nalgas, eliminando cualquier espacio entre ellas. Marcus la atrajo hacia él, y ella apoyó la cabeza entre su cuello y su hombro. —Me abrumas, duquesa. Te quiero. -Le dio un beso en la frente-. La sonrisa que ella le dedicó estaba llena de amor, pasión y calidez. Nunca podría haber imaginado lo mucho que era capaz de amar a otro, sin embargo, esta pequeña mujer parecía ser dueña de cada parte de su mente y cuerpo.

"Tenemos pollo asado con una salsa de reducción de vino tinto, sobre verduras de cosecha propia que el chef roció con una vinagreta de limón", explicó Jones. "Te traeré un plato de queso en un momento".

Marcus sonrió a su esposa. Se sentaron en una pequeña mesa en la esquina del comedor principal. Marcus se sentó de espaldas a la pared, viendo a todos los que entraban y salían de la habitación.

Se colocó una jarra de vino en el centro de la mesa, y

La Sra. Jones les sirvió un vaso después de colocar la bandeja de quesos. Se sentaron en un silencio agradable mientras comían. De vez en cuando, Marcus sentía la necesidad de tocarla y le cogía la mano o le acariciaba la mejilla.

—¡Su excelencia! —gritó una voz masculina desde la entrada—. ¿Ya está

pluriempleado? —dijo mientras se acercaba a la mesa. Marcus sonrió y tomó la mano de Sophia.

— Clarence, has conocido a mi ahora esposa, lady Sophia, Su Gracia, la duquesa de Raqueport. Marcus miró al hombre con desdén, viendo las mejillas rojizas, los ojos inyectados en sangre y la ropa arrugada.

Sin invitación, Clarence sacó una silla de la mesa junto a ellos y se sentó, su cuerpo se balanceó ligeramente. "Siempre fuiste bueno para reírte, Marcus. Estoy seguro de que la Sra. Williamsburg no te daría ningún problema si le dijeras que viajas con tu nueva amante. —dijo Clarence, arrastrando las palabras con la voz—.

Volvió su mirada hacia Sofía y dijo: "Nunca te había visto antes. ¿Trabajas en la ópera? ¿O eres actriz? Se inclinó hacia Sophia y se rió de ella. Marcus vio a Sophia estremecerse en su asiento. Dejó el cuchillo y el tenedor, bebió un sorbo de vino y miró fijamente al hombre. Ella no respondió. Clarence se movió para tomar su copa de vino, pero Marcus extendió la mano y agarró su mano en la muñeca del hombre.

—No creo que mi esposa desee compartir su bebida contigo, Clarence. Y ya has conocido a mi esposa antes. Es hermana de Lord Pennington. Te recomiendo encarecidamente que te dirijas a tu propia cama antes de que la insultes de nuevo y me obligues a llamarte la atención —dijo Marcus en voz baja—.

—¿Tu amante es la hermana de un conde? Clarence volvió la cara hacia Marcus, frunció el ceño y frunció el ceño. —¿Te llevaste su virtud, o se arruinó antes de que te la llevaras?

Seamus se acercó entonces y Marcus le hizo señas para que se acercara. "Seamus, creo que sería extremadamente útil si llevaras a Clarence afuera. Estoy muy cerca de plantar un rostro aquí mismo, pero creo que a la señora Williamsburg no le agradaría que noqueara a uno de sus clientes.

Antes de que Clarence se diera cuenta de lo que estaba pasando, el ayuda de cámara lo agarró por la nuca y lo sacó de su asiento.

—Fuera contigo —lo regañó Seamus, y empujó al hombre hacia la puerta. "¿De verdad parezco una cortesana?" —preguntó Sophia. Frunció el ceño y trató de cubrirse el corpiño con las manos. Marcus se las quitó y besó cada una de sus manos.

"Pareces una mujer hermosa. Es zorro. No le hagas caso.

—Ni siquiera son las nueve —dijo Sophia, inclinándose hacia Marcus—. Sus ojos se posaron en su corpiño, dándole una agradable vista de su amplio escote.

"¿Pensé que dijiste que este vestido era respetable?" —dijo Sophia, echándose hacia atrás de nuevo—. "¿Parezco una cortesana!" —susurró con voz ronca—. "Me sorprende que me hayas dejado salir de la habitación". Marcus le sonrió: "Duquesa, no está exhibiendo más de sus activos que la mitad de Londres. No permitas que un hombre tan metido en sus copas arruine nuestra velada. Te ves hermosa —dijo Marcus, frotando su pulgar sobre su mano—. —Ahora come —añadió, recogiendo a su gente y señalándole el plato—.

Capítulo 29

Marcus buscó el calor de su esposa, pero solo sintió sábanas frías. Una sacudida de miedo lo recorrió cuando abrió los ojos de golpe.

Se puso de pie, con el corazón acelerado, y escudriñó la habitación vacía.
¿Dónde estaba?

Se puso la ropa, sin molestarse con su corbata, y corrió hacia la habitación principal. Allí estaba ella, con un vestido verde azulado, con el pelo cayendo en cascada sobre los hombros y una sonrisa radiante. Ella se volvió hacia él y su corazón se apretó. Se acercó a ella; su voz ronca mientras preguntaba: "¿Por qué me dejaste?"

—No me fui —dijo Sophia en voz baja, acariciándole la mejilla con la mano—. —No estabas en nuestra cama —susurró, besándola en la frente—, por lo tanto, me dejaste.

—Eso no significa que te haya dejado —dijo riendo, negando con la cabeza—.

"Vuelve a la cama". Marcus la sujetó ligeramente por la cintura, absorbiendo el aroma de su cabello perfumado de jazmín.

—No, estaba teniendo una conversación encantadora con la señora Williamsburg. Explicó Sophia. Marcus sonrió al posadero y agarró la mano de su esposa, tratando de tirar de ella hacia arriba por los escalones.

—Vuelve a la cama y podremos tener una conversación agradable —murmuró Marcus—. Se inclinó y habló en voz baja al oído de su esposa. Sus labios rozaron el punto blando detrás de su oreja y sonrió mientras se le ponía la piel de gallina alrededor del cuello.

—Me doy cuenta de que ustedes dos están tratando de estar callados, pero yo estoy aquí de pie, Su Excelencia —dijo la señora Williamsburg—. "Te aseguro que tengo muy buen oído, incluso a mi edad". Marcus soltó una risita y besó a su esposa en la frente. "Es encantador ver a una pareja joven tan enamorada".

De repente, Marcus se volvió hacia la entrada al oír dos fuertes voces masculinas gritando. Un hombre estaba de pie al pie de las escaleras, mientras que el otro bajaba por ellas. Marcus tiró de Sophia detrás de él cuando vio a Clarence descender. "¿No puedes mantenerme fuera de mi propia casa!" Le gritó al hombre que estaba debajo de él.

—Tu padre me ha ordenado que te informe de que no eres bienvenido en Carlisle House —dijo un hombre pequeño de pelo gris—. "¿Podemos discutir esto en privado, por favor?"

"¿No estamos discutiendo esto en absoluto! ¿A dónde espera que vaya? —preguntó Clarence.

"Su señoría me ha informado de que se le ha proporcionado una asignación justa. Él se encargará de mantener la casa en la ciudad para ti", dijo el hombre mayor.

"¿Pero me he quedado sin dinero!" —gritó Clarence—.

Marcus se acercó al anciano, sintiendo que su pulso se aceleraba y sus puños se apretaban. Miró al hombre de cabello gris con una expresión tranquila. "Soy Marcus Harrington. ¿Puedo ser de ayuda? Se ofreció cortésmente.

El hombre mayor jadeó e inclinó la cabeza. "Su Excelencia, gracias. Tengo el desafortunado deber de dar malas noticias al señor Fleming. Por favor, perdona la molestia". Miró nerviosamente al duque, con el rostro pálido, y luego volvió a mirar a Clarence, que se burlaba de ambos.

Clarence mantuvo la voz baja, pero la amargura y el resentimiento eran palpables. — Ocúpate de tus asuntos, Marcus. Se aferró a la barandilla, con el cuerpo inestable. Se limpió la

boca con la manga y miró a Marcus. "¡Vuelve con tu puta!"

Marcus no pensó, reaccionó. Los latidos de su corazón martillearon a través de su pecho, enviando calor a través de sus venas. La ira de la noche anterior, combinada con los insultos escandalosos que le lanzaron hoy, lo hizo ver rojo. Con un jab y un gancho de derecha, Clarence cayó, en frío, contra los últimos tres escalones.

—¡Marcos! —exclamó Sophia, corriendo hacia él mientras él se frotaba los nudillos—.

"Tiene suerte de que no lo haya desafiado a un duelo", dijo Marcus, su ira hirviendo de nuevo. Quería patear al hombre inconsciente. Giró el pie y apretó las manos para evitar que reaccionara.

—Su gracia —dijo el hombre mayor, tragando saliva y temblando mientras se agachaba junto a Clarence, colocando su mano sobre la frente húmeda del hombre en el suelo—.

"¡Esa es la última vez que insulta a mi esposa!" —declaró Marcus con voz firme—.

Atrajo a Sophia a su lado mientras ella se aferraba a su brazo. Centró su atención en su vestido, tratando de reducir su temperamento hirviente. Centró su mirada en el tono verde azulado que le recordaba el océano del Caribe. Con una respiración profunda, levantó la mirada hacia su esposa. Colocó una cálida mano sobre su mejilla y la acarició con la palma de la mano, calmando aún más los latidos de su corazón. Marcus sabía que Clarence no creía que Sophia fuera una mujer de mala reputación. Concluyó, basándose en la información que ahora tenía a su alcance, que el hombre estaba enojado y amargado. Según Lucas, Clarence ahora se dedicaba a juegos clandestinos. Se había unido a Manfred e, incluso con Marcus fuera de escena, estaba perdiendo combatientes y patrocinadores financieros.

El estado financiero actual de Clarence era claramente un subproducto de esas malas decisiones, sin embargo, continuó apostando con Manfred. Marcus negó con la cabeza. El libertino, y ahora que sabía que ese hombre era un violador, estaba en serios problemas. No sentía lástima por el hombre.

"Mis disculpas, Su Excelencia. El señor Fleming no está en su sano juicio. Marcus frunció el ceño cuando Sophia miró al hombre que yacía inconsciente en el suelo. Le dio la vuelta a las manos al hombre e inmediatamente las dejó caer.

—¿Tenemos que ir a lavarnos las manos, señor? —preguntó Sophia, tirando del brazo de Marcus hacia los escalones.

—Señor Quinto.

"Por favor, lávese las manos y llame a un médico de inmediato". Marcus permitió que su esposa lo subiera por las escaleras hasta su dormitorio.

"No toques nada. Lávate las manos". Él hizo lo que ella le pidió, su expresión de ojos muy abiertos y sus ojos preocupados lo convencieron de que no discutiera.

Capítulo 30

Sophia estaba de pie en el centro del salón, con los ojos brillando de emoción mientras explicaba las reglas de su juego a sus invitados. Nunca había sentido tanto deleite; Tenía un rebote en su paso. "El propósito del juego es aprender todo lo posible sobre tu pareja en solo diez minutos. Luego, cada uno de ustedes escribirá las respuestas a nuestras preguntas como si fuera su compañero respondiéndolas. Pero cuidado: hay diferentes preguntas para cada grupo, por lo que no sabrás lo que le preguntaremos al siguiente grupo, ¡y no puedes hacer trampa!" Hizo una pausa y miró alrededor de la habitación. "¿Todo el mundo entiende las reglas?"

Sophia había emparejado a cada persona con un extraño, con la esperanza de animar incluso a los invitados más tímidos a entablar una conversación. Lucas se encargó de repartir y recoger las preguntas y respuestas. Sophia había emparejado a Michael con Penélope, Richards con Emily, su esposa Laura con Sir Williams, Stephan Penrose con la tía Cecilia y, finalmente, Lord Gregory Fleming con Samantha.

"¿Ha devuelto todo el mundo sus preguntas contestadas a ¿Lucas? —preguntó Sophia, escudriñando la habitación.

"¡Lo tengo todo! Diez formularios contestados —dijo Lucas con una sonrisa, entregándole todo a Sophia—. Luego le dio a cada participante una hoja de pergamino vacía y una pluma para que escribieran sus respuestas durante el período de preguntas y respuestas. "Por favor, compartan la pluma", les recordó.

"¡Primera pregunta! Para el grupo A, ¿cuál es la comida favorita de tu pareja?" —preguntó Sophia, con la voz llena de expectación. "¡Tienes un minuto para escribir tus respuestas!"

"¡Faisán!" —exclamó Sir Williams—.

"¡Pastel de pastor!" Penélope adivinó.

"Carne asada con papas y cebollas", dijo Emily con confianza.

"Pastel de carne picada", se rió Samantha.

—Arenques —sugirió Cecily, pensando en su compañera de equipo—.

"¡Un punto para Emily, quien, por extraño que parezca, respondió exactamente bien!" —dijo Sophia, señalando a Lucas, que contaba los puntos—. Marcus se sentó detrás de su esposa, disfrutando de la vista y sin sentir ningún deseo de participar en los juegos de salón.

"¡Siguiente pregunta, para el grupo B! ¿Cuál es el libro favorito de los miembros de tu equipo?" —preguntó Sophia, con la voz alzada por la emoción.

"Orgullo y prejuicio", escribió Michael.

"Canon de Medicina Interna", escribió Richards, guiñando un ojo a Emily cariñosamente.

"El jinete sin cabeza", escribió Laura.

— Emma -adivinó Stephan—.

—Sentido y sensibilidad —anunció lord Fleming—.

El juego continuó durante algún tiempo, con Emily y Richards emergiendo como las ganadoras. Sophia recogió las hojas de respuestas y se acercó a Samantha. "Podemos revisarlos y discutir lo que aprendimos después de que los invitados se hayan ido a dormir".

Cuando los hombres se dirigieron a la sala de juegos, Marcus se acercó a lord Fleming. Marcus había preparado una mesa de billar, mesas de cartas y un juego de ajedrez para que los hombres jugaran. "Una partida de ajedrez,

¿Gregorio? —preguntó Marcus a su viejo amigo.

—Ciertamente —respondió Gregory, sentándose frente a Marcus—.

Invitó a su invitado a ir primero, moviendo un peón.

—Vi a tu hermano en la Posada del Gato Tomillo —dijo Marcus, moviendo su peón directamente frente al de Gregory—. El vizconde levantó la vista del tablero y sus ojos se encontraron con los de Marcus. — ¿Viste a Clarence?

—Está enfermo —dijo Marcus con voz cargada de preocupación—. No le gustó compartir esta noticia con su amigo.

Gregory asintió, volviendo los ojos al tablero. "Lo sé. Había estado enfermo durante bastante tiempo".

—Se está volviendo loco, Gregory; es un peligro para los que lo rodean y, lo que es peor, para las mujeres", dijo Marcus, moviendo su caballo en respuesta al movimiento de Gregory, imitando sus movimientos.

Gregory se reclinó en su silla y miró directamente a Marcus. "Estaba loco mucho antes de esta enfermedad más reciente, Marcus. He intentado conseguirle ayuda, pero me ha rechazado. Papá no le permitirá volver a casa".

"Lo sé, lo escuché. Debería ser hospitalizado. O al menos bajo un cuidado constante".

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Gregory, con los brazos cruzados.

"Vino a la posada y al principio pensé que era zorro.

Sophia reconoció las llagas en sus manos e hizo que su hombre, el Sr.

Quint, llama a un médico. Nos fuimos cuando llegó el médico".

"Gregory, insultó a mi esposa. La llamó puta. Ya no es capaz de estar en sociedad. Al menos consíguele atención fuera de la ciudad para que pueda vivir sus días con algo de dignidad. O al menos para proteger a los demás de él". —imploró Marcus—.

—No lo entiendes, Marcus. Este es un asunto privado de la familia". Gregory miró a Marcus, el color subía a su rostro. "¡No, es un asunto de gran preocupación, y debes asumir la responsabilidad por ello!" Marcus apenas podía creer la indiferencia de su amigo. Clarence era conocido por sus modales mujeriegos, propagando enfermedades con imprudente abandono, y sin embargo, a Gregory parecía no importarle. Marcus se acercó a su amigo de la infancia y bajó la voz. Podía controlar el volumen, pero no la furia que rugía en su interior. —Es un violador, Gregory. Un mujeriego, y está perdiendo la cabeza. Él es tu carga para llevar".

—Me insulta, Su Excelencia —dijo Gregory, con la voz entrecortada por la amenaza mientras él también se inclinaba hacia delante—. "¿Te atreves a acusar a mi hermano de un crimen tan atroz?" Los ojos que miraban a Marcus estaban llenos de ira genuina, aunque Marcus no pudo determinar si Gregory no estaba al tanto de la situación de la hermana del director. Se recostó, con las manos apoyadas en la mesa y los dedos en la mano, mientras meditaba sobre esta nueva revelación.

Deseando apaciguar a su amigo, Marcus levantó las manos, con las palmas hacia Gregory. "Me pasé de la raya", dijo, con la voz entrecortada por la contrición. "Por favor, acepten mis más sinceras disculpas. Sólo quería transmitir que su hermano es conocido por su afición a las mujeres. Dadas las circunstancias, le imploro que le recalque la importancia de la abstinencia, o al menos, el uso de la abstinencia.

Cartas francesas". Se inclinó hacia delante una vez más, con voz seria. "Piensen en los muchos que comparten los mismos amantes y en sus familias. Eso es todo lo que pido".

Gregory cerró los ojos y exhaló un profundo y cansado suspiro. "Marcus, no dices nada más que la verdad. Mi padre me ha atado las manos. Ya no ofreceré ayuda a Clarence.

—¿Y no tienes medios para ayudarlo? —preguntó Marcus, que ya sabía la respuesta. Gregorio era un vizconde sin tierras, habiendo heredado sólo el título de su padre, junto con la promesa de tierras futuras.

—Soy un caballero, un señor —susurró Gregory, mirando a su alrededor para asegurarse de que no los oyeban—. "Sabes que yo no juego. Tengo algunas inversiones, pero más allá de eso, sigo bajo el control de mi padre".

—Entonces permíteme que te ayude —sugirió Marcus, poniéndose en pie—. Antes de que Gregory pudiera negarse, Marcus levantó la mano. "Solo considéralo. Tengo una propiedad en Gales, lejos de las miradas indiscretas de la tonelada, lejos de las lenguas de los chismosos. Lejos de la gente. Puedo hacer arreglos para que el personal médico esté presente, para evitar que sea confinado en un manicomio".

—Dame tiempo para pensarlo —asintió Gregory, colocando una mano en el hombro de Marcus—.

—Claro que lo haré.

Capítulo 31

Sofía se hizo a sí misma, pensó Marcus con una sonrisa, mientras observaba a su nueva duquesa entretener a sus invitados mientras investigaba simultáneamente el crimen de la muerte del marqués. Tenían mucho que discutir una vez que los invitados se retiraron a pasar la noche, pero primero necesitaba a su esposa. La necesitaba para entretenerse *él*. La caída de sus pantalones se tensó al pensar en su esposa, atada, con las piernas abiertas mientras la lamía y la chupaba, completamente bajo su control. Joder, tenía que parar, o tendría que llevársela ahora. Tal vez podría. Mientras se frotaba la barbilla pensativo, escudriñó la habitación en busca de sus invitados. Todos estaban disfrutando de su comida, ajenos a su plan. Se inclinó hacia su esposa y le susurró al oído: "¿Tienes, digamos, cinco minutos para tu esposo... para una audiencia privada en mi estudio?" Sus dedos rozaron su mano y sus ojos le dirigieron una mirada sugerente, sin dejar lugar a dudas sobre sus intenciones.

"Marcus, estamos comiendo. Si nos vamos, todo el mundo pensará que la cena ha terminado", recordó Sophia, con el color subiendo por su cuello y mejillas.

"Luego, después de la cena. Te necesito; No te he tocado en todo el día", le recordó. Comenzó a abanicarse, sonriendo a sus invitados mientras se volvían y la miraban. "No puedo esperar hasta que se completen las actividades nocturnas".

"Después del postre, podemos. Quiero decir que puedes pedirme un momento de mi tiempo mientras los invitados van a la sala de música —dijo, con una mano apoyada en su mejilla—.

Después de la cena, y de haber disfrutado el postre, Marcus se puso de pie e invitó a sus invitados a la sala de música. Los llevó a toda prisa al pianoforte y le pidió a Emily que tocara. "Mi duquesa y yo estaremos solo un momento. Tenemos un problema que hay que abordar y que no puede esperar". Marcus se encogió de hombros y le dedicó a su hermano una sonrisa tímida. Lucas se llevó las dos manos a la cara y negó con la cabeza. Solo Lucas parecía saber lo que Marcus pretendía y se rió de él mientras escoltaba a los invitados a sus sillas.

Agarrándola de la mano, Marcus guió rápidamente a Sophia a su estudio y rápidamente cerró la puerta. Informó a su mayordomo que no debían ser molestados.

Rápidamente y sin pensarlo, Marcus empujó a Sophia hacia arriba contra la pared y se subió las faldas. Bajó los cajones, la llevó al sofá y se sentó a su lado. — Marcus —dijo ella, sorprendida, mientras él se desataba las caídas de los pantalones y se quitaba el pene—. La levantó y la colocó en su regazo.

Con una sonrisa maliciosa tocó su centro, "Di que me quieres, ya estás mojada". Marcus sonrió mientras frotaba su capullo con el pulgar y deslizaba su pene dentro de ella. —Súbeme, Sophia. Fóllame, duro —exigió y la agarró por la cintura y se metió dentro de ella.

Sophia apoyó las manos en sus hombros y movió las caderas, frotándose contra él mientras él la subía y bajaba. "¡Marcus, ya voy!" Ella lloró solo unos momentos después de que él entrara en ella.

—Sí —gimió él, empujándola con más fuerza—, ¡sí, vamos! Le agarró la barbilla, su mano acercó su cara a la suya y su boca amortiguó sus gemidos mientras ella temblaba encima de él.

Con una embestida profunda más, gritó su nombre y se metió dentro de ella, la sensación de su orgasmo ordeñando su polla mientras su semilla se vertía dentro de ella. "¡Ahh!" Gimió mientras la sensación continuaba. Él la besó profundamente, su lengua buscó la de ella, y ella

encontró su pasión con la suya, saciando su sed de ella.
Dios, cómo lo satisfizo.

Cuando ella se apoyó en él, él tomó su rostro entre sus dos manos, disfrutando de la belleza de su sonrisa, de sus ojos. "Cómo te quiero, Sophia Harrington, mi duquesa, mi esposa. ¿Por qué hicimos una fiesta tan pronto después de casarnos?"

La sonrisa que brilló en él estaba tan llena de felicidad y amor, hermosos dientes blancos, labios rojos e hinchados, "Estoy tratando de resolver un crimen", lo rodeó con sus brazos y besó su cuello. "Una vez que todo esté resuelto, podemos escondernos en esta hermosa casa y hacer el amor todo el día".

Marcus sonrió y dijo: "¿Lo prometes?"

Sophia se puso de pie y caminó hacia sus cajones que Marcus había tirado al suelo. Se las subió y se bajó las faldas. Marcus le quitó las horquillas del pelo que se le habían soltado y la ayudó a reacomodarlo lo mejor que pudo.

Marcus y Sophia entraron en la sala de música con un coro de cantos. Sir Williams, Gregory y Michael cantaron mientras Emily tocaba el piano, *Home Sweet Home*.

*Placeres y palacios intermedios, aunque podamos vagar
Por humilde que sea, no hay lugar como el hogar
Un encanto de los cielos parece santificarnos allí Que buscan a través del
mundo, nunca se encuentra en ninguna otra parte
¡Hogar! ¡Hogar!
¡Dulce, dulce hogar!
No hay lugar como el hogar
¡No hay lugar como el hogar!*

Una vez que terminó la canción, Emily rápidamente comenzó un solo de piano, Mozart, Sonata para piano n.º dieciséis.

Sophia se sentó junto a Marcus, con las manos entrelazadas, mientras disfrutaban de las melodías melódicas que fluían de las yemas de los dedos de Emily. La música llenaba el aire, envolviéndolos en una sinfonía de sonidos. El comportamiento estoico de Emily se desvaneció mientras sus dedos bailaban sobre las teclas, su rostro irradiaba una pasión innegable. Con los ojos cerrados, se balanceaba con el ritmo, completamente inmersa en el abrazo de la música.

Cuando terminó, todos se pusieron de pie y la ovacionaron de pie.

Capítulo 32

"Marcus, ¿quién es Zeus?" —preguntó Samantha. Había entrevistado a todo su personal, y nadie parecía saber quién podía ser esta persona.

Marcus la miró desconcertado. "Mi semental más joven es Ulises", respondió, con las cejas fruncidas. Se recostó en el sofá y estiró las piernas frente a él. Sophia se acurrucó sobre su costado.

"El Ministerio del Interior tiene un contacto interno al que llamaron Zeus. Esta persona ha estado enviando a Sir Richards información sobre usted.

Marcus miró a Lucas, quien también negó con la cabeza. —No tengo ni idea —dijo Lucas—. —¿Qué tipo de información se está proporcionando? Sophia notó el ceño fruncido de nerviosismo grabado en el rostro de su cuñado.

Penélope miró a Sophia y Emily, luego a Marcus. "¿Cuánta confianza hay entre nosotros aquí?", preguntó. O'Leary miró alrededor de la habitación y Marcus pudo ver su inquietud.

—¿Qué saben, O'Leary? Marcus indagó. El investigador tragó saliva y miró a Lucas. "¡Fuera con eso!" Marcus ladró.

"Zeus aparentemente reveló que Lord Harrington..."

—Puedes llamarme Lucas, O'Leary. Deja de hacer las formalidades y dilo —insistió Lucas—. Marcus sabía lo que estaba por venir y temía cómo los demás pudieran reaccionar y tratar a su hermano.

"Zeus informó al Ministerio del Interior que disfrutas de la compañía de los hombres, mi señor." O'Leary tartamudeó.

—Solo un hombre —dijo Michael con brusquedad—. Le dio un beso en la frente mientras Lucas lo miraba con una sonrisa.

Marcus escudriñó la habitación, su mirada penetrante se entrecerró en una mirada formidable, desafiando a cualquiera a pronunciar una palabra contra su hermano. Sin embargo, en medio del silencio, ni una sola mirada de desaprobación, expresión de disgusto o pizca de desdén se encontró con sus ojos. Una ola de alivio se apoderó de Marcus mientras exhalaba, la tensión en la habitación se elevó como un peso de sus hombros.

Zeus afirmó que Marco mató a Horacio para evitar que el secreto saliera a la luz. Afirmó que Horacio lo sabía. Que Horacio había sido tu amante. Samantha continuó: "Por lo tanto, debemos preguntarle, Lucas, ¿quién más está al tanto de tu orientación sexual?"

Michael se sentó junto a Lucas en el reposabrazos de la silla y colocó suavemente su mano sobre el hombro de Lucas. Lo acercó más y lo rodeó con el brazo. "Mi primo está al tanto de mis preferencias sexuales, como él las llama. Imagino que está al tanto de mi relación con Lucas. Tiene una hermana, a la que conozco, pero no bien. No sé qué sabe ella de mí ni de Lucas.

"Horacio nunca fue mi amante", dijo Lucas. "No tengo conocimiento de que tuviera ningún interés en los hombres, aunque ¿quién sabe? Pero te aseguro que nunca me interesé. Lucas apoyó la cabeza en Michael y juntó las manos en su regazo.

— Mis antiguos ayudantes de cámara lo saben -explicó Lucas-. —Hace poco —se frotó las sienes y firmó, evitando la mirada de Marcus—, dejé ir a mi ayuda de cámara de dos años después de la ópera. Cuando vimos a Don Giovanni".

—¿Por qué lo dejaste ir? —preguntó Samantha.

Lucas miró a su hermano, luego se pasó los dedos por el pelo y cerró los ojos. "Dormí

con él la mañana de la lesión de Sophia". Lucas no se encontró con la mirada de Marcus, solo enfureció aún más a Marcus. ¿Qué había estado pensando su hermano?

"¿En qué estabas pensando, durmiendo con un miembro del personal de la casa?" Marcus finalmente dijo.

"Entré en mi habitación y me encontré con un hombre semidesnudo que me quería. Te aseguro que eso no es algo habitual para mí, Marcus. Los hombres como yo no podemos mantener a nuestros amantes alojados en casas adosadas con la mejor ropa y joyas. La mitad de las veces ni siquiera sé si puedo creerlo cuando un hombre se me acerca. Si no hubiera encontrado a Michael, no sé dónde estaría", se defendió Lucas enojado. "Debo fingir ser algo que no soy. ¿Puedes entender lo que se siente? No puedo disfrutar de Michael como tú lo haces Sophia. Vivo en las sombras".

"Te amamos. No puedo imaginar cómo te sientes. Puedo empatizar, ya que yo también tengo que esconderme de la sociedad, pero no iré a la horca por investigar un asesinato". Les apretó las manos. "Cuando estés con nosotros, quiero que sepas que eres libre aquí. Y ni yo ni Marcus albergamos ningún juicio contra ti por tener un encuentro con alguien que te acogió en su cama. Tu hermano no está en posición de juzgarte a ti, teniendo en cuenta sus propias inclinaciones". Sofía se volvió y miró a su marido.

Marcus se cruzó de brazos.

—Perdóname. Marcus trató de interrumpir. Sophia levantó la mano para detenerlo.

"Estás perdonada", dijo Sophia y continuó: "Lo que tu hermano está tratando de decir es que no te juzgará ni te despreciará en el futuro. ¿No es así, Su Excelencia? Sofía volvió la mirada hacia su marido y levantó una ceja.

Lucas y Marcus intercambiaron una breve pero significativa mirada y, en respuesta, Marcus asintió con la cabeza. "Siempre me dijeron que una vez que me casara, tendría una esposa obediente, una que haría lo que le pidiera y me respetaría. Todo es mentira. Agradece que no tendrás que lidiar con una esposa franca que no conoce el significado de las palabras 'obedecer y servir'".

—Conozco el significado de las palabras, Marcus. ¡Es porque lo hago que sé que no lo haré!" Ella respondió, con una brillante sonrisa en su rostro.

Sophia se puso de pie y caminó hacia Marcus, quien la agarró por la cintura y la dejó caer en su regazo.

"¿Quién es tu ayuda de cámara actual y pasada?" —inquirió Emily pensativa.

"Troy Landry es mi antiguo ayuda de cámara. Lo encontré trabajando en una casa con un amigo que también 'prefiere la compañía de los hombres', por así decirlo". —dijo Lucas, señalando con la cabeza a O'Leary—.

—Lucas —preguntó Emily mientras se masajeaba las sienes—
Troya, ¿se acercó a ti antes de tu encuentro?

Lucas la miró fijamente, levantando instintivamente la mano para rascarse la barba. —No lo recuerdo.

Emily miró su cuaderno y pasó las páginas. Sofía miró a su amiga. Conocía esa mirada. ¿Qué había desconcertado a Emily?

—¿Quién te recomendó Troya? —preguntó Emily.

—Lo hice —admitió Michael—. "Me vino recomendado. Mi ayuda de cámara me preguntó si conocía a alguien que buscara a alguien, diciendo que su hermano estaba buscando trabajo. Lo empleé brevemente como lacayo hasta que descubrí que Lucas necesitaba un ayuda de cámara.

—Así que... —Emily se puso de pie y se mordió el dedo índice—. Troy te conocía. Se volvió hacia Michael y le preguntó: "¿Tu prima Lauren había venido a tu casa por casualidad?"

Los ojos de Michael se abrieron de par en par y asintió, "Después de que la golpearon, pero antes de que Lucas y yo nos volviéramos íntimos, ella había venido. Se quedó conmigo brevemente, pero poco después se fue. No sé a dónde fue. Nunca le pedí que se fuera. Se limitó a decir que ya no necesitaba quedarse conmigo". Michael cerró los ojos y se pellizcó el puente de la nariz. "Eso fue dos semanas después de su golpiza. Troy estaba al servicio de Lucas, pero se quedó conmigo durante ese tiempo, fuera de la ciudad.

"Crees que Troy robó los cuchillos y se los dio a ¿Lauren? —preguntó Lucas a Emily. Ella asintió.

—¿Pero por qué? —preguntó Marcus.

—No lo sé. Emily respondió. Sophia se puso de pie y señaló a Emily.

— Dos semanas después de la paliza y la semana en que Troy fue despedido de la casa de Harrington, ¿cuál es el calendario allí? —preguntó Sophia.

«Los cuchillos fueron robados un mes antes de que Troy dejara nuestro empleo», pensó Lucas en voz alta. "No se los llevó por venganza contra mí".

—Eso no lo sabes —dijo Sophia—.

—Te hizo un pase, Lucas —recordó Michael y se volvió hacia Lucas—. — A la semana de empezar a trabajar me dijiste que se había comportado de forma extraña contigo. ¿No te acuerdas? Lucas asintió. "Pido disculpas señoras por mi siguiente comentario poco delicado, pero, Lucas, me dijiste que pensabas que había sido..." Michael se aclaró la garganta, "acariciándose en tu habitación".

—¿Y no pensabas que era él quien venía hacia ti? —preguntó Emily.

Marcus se rió entre dientes y todos se giraron para mirarlo. "Es un hombre". —dijo Marcus, encogiéndose de hombros, como si eso lo explicara todo—. Sophia lo miró a los ojos y levantó la mano, pidiéndole que continuara.

"Si un hombre tiene un deseo, si piensa que está solo..."

—¿Hablas en serio? —preguntó Penélope, con el rostro arrugado. Se volvió para mirar a Rufus, que levantó ambas manos en señal de protesta y negó con la cabeza.

"Solo quiero decir que no me sorprende que Lucas no haya relacionado ese incidente con que su ayuda de cámara se acercó a él", explicó Marcus.

"De todos modos, creo que es seguro suponer que Troy tomó los cuchillos y se los dio a Lauren. O los tomó como retribución contra Lucas o pensó que podía robárselos y dárselos a Lauren para que los protegiera", sugirió Sophia.

—¿Qué importan sus motivos en este momento? —preguntó Lucas.

—Bueno, su motivo nos dice si desea represalias contra usted y su familia. Claramente, está alimentando a Richards con información falsa sobre ti por una razón. ¿No quieres saber hasta dónde llega su ira?

"Me imagino que ahora que está desenmascarado, ha perdido credibilidad y no podrá hacer más daño". Lucas se encogió de hombros.

"¿De verdad no te importa su motivación?" —preguntó Sophia sorprendida.

"La verdad es que no. No puedo ver cómo puede hacernos más daño de lo que lo ha hecho. Además, ahora tengo a Michael, y sabemos que Richards no cree que Marcus haya abusado de su hermana. Lucas tomó la mano de Michael.

"Todo esto es nuevo para mí, mi señor." O'Leary admitió.

Estoy seguro de que estás emparentada o conoces a alguien que prefiere a los hombres, O'Leary. —dijo Emily—. "Eres un hombre de ciencia. Es estadísticamente imposible que esto sea nuevo para ti. Acabas de elegir enterrar la cabeza en la arena".

"La Biblia dice que es un pecado", comenzó O'Leary.

"Si los hombres que escribieron la Biblia tuvieron la previsión de decirte que no hicieras algo, es fácil postular que la gente, de hecho, lo estaba haciendo. Tenía que haber suficiente gente haciendo esto para que los que se sentían incómodos consigo mismos escribieran una ley en contra", dedujo Emily. Se sentó más erguida y cruzó los tobillos recatadamente. Michael le guiñó un ojo.

Capítulo 33

El salón de baile zumbaba con risas animadas y música vibrante, llenando el aire con una energía contagiosa. La pareja amablemente hizo señas a sus invitados para que disfrutaran del momento, abrazando la libertad de beber, reír y bailar sin temor alguno a empañar sus estimadas reputaciones.

De pie a un lado, Marcus no pudo evitar sonreír de alegría al observar a su esposa y a su hermano balancearse con gracia al ritmo de la cautivadora melodía de un carrete escocés hábilmente tocado por la banda. Lucas levantó sin esfuerzo a Sophia, y su alegre risa resonó por toda la habitación mientras la hacía girar en un torbellino de felicidad. La euforia contagiosa pintada en el rostro de cada persona era inconfundible, y Marcus sabía que su esposa era la única razón detrás de este ambiente mágico.

Marcus notó que la atención de su cuñado se centraba principalmente en la pequeña Samantha de cabello negro después de llegar varios días tarde. Ahora bailaban, girando y levantándose al ritmo de la música. Marcus sintió un escalofrío que le recorría la espalda mientras los observaba.

—El conde de Dorchester —anunció el mayordomo—, el vizconde Blackmon. Marcus desvió la mirada de su esposa hacia su amigo y su anciano padre, tan parecido al suyo. —Marcus, qué gusto verte —sonrió lord Fleming, dándole unas palmaditas en el hombro—.

—Y tú, lord Fleming —sonrió Marcus, volviéndose hacia su amigo—, Gregory, mi esposa estará encantada de que hayas venido.

—¿Quién es esta nueva duquesa? —preguntó lord Fleming, mirando a su alrededor.

—La pequeña belleza bailando con mi hermano —sonrió Marcus, señalando dónde estaba—. El conde frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Podría hablar con ella en su nombre si continúa con un comportamiento tan inapropiado —dijo lord Fleming, con un tono nasal altivo y de desaprobación—. —De hecho —dijo el señor, inclinándose—. Si me disculpas, saludaré a tu tía.

Marcus se giró para ver a su mayordomo impidiendo que alguien entrara en la habitación. El hombre de cabello sal y pimienta sacudió la cabeza profusamente. Johnstone luego colocó ambas manos sobre el pecho del hombre. Marcus se excusó de Gregory y se acercó, con el ceño fruncido mientras trataba de ver cuál era el problema y por qué se le prohibía la entrada al hombre.

—Samuel, por favor —oyó decir Marcus a su mayordomo—. "¡Su Gracia no tuvo nada que ver con nada de eso! Habla con tu hijo y tu primo.

¡Ambos están aquí!" —preguntó el hombre.

—Pablo, si no te quitas... —le dijo el hombre llamado Samuel al mayordomo—. "¡No quiero dispararte!"

Marcus frunció las cejas ante la mención de disparar a alguien. Se apresuró a subir los escalones restantes y preguntó: "¿Puedo ayudarte?"

El repentino ¡BANG! resonó en el aire, haciendo que el corazón de Marcus diera un vuelco. Sus ojos recorrieron a su alrededor, buscando la fuente del sonido en medio de la creciente confusión. Ante él, un hombre se materializó, sus rasgos eran un borrón de desconocimiento. Cuando Marcus se esforzó por reconocerlo, una ola de calor abrasador subió por su brazo, originándose en su pecho y hombro.

El dolor abrasador lo atravesó, obligándolo a desplomarse sobre sus rodillas temblorosas. La música, una vez animada, cesó abruptamente, reemplazada por una caótica sinfonía de voces

aterrorizadas. En medio del caos, Marcus pudo oír débilmente a su esposa gritar desesperadamente su nombre. La desesperación se apoderó de su rostro, se volvió hacia ella, pero el dolor agonizante lo paralizó, haciendo que se desplomara en el suelo. En su estado de desorientación, se encontró siendo levantado por los fuertes brazos de su hermano y Michael, su toque proporcionó una fugaz sensación de alivio en medio del caos.

—¿Qué? Trató de hablar.

"¡Mallory!" Oyó a Sofía gritar: «¡Manda a un lacayo a buscar al médico!».

"Lucas, pon presión sobre la herida. ¡Tienes que detener la hemorragia!", gritó. Aguzó el oído, captando el débil sonido de las lágrimas en su voz temblorosa, mezclada con miedo y preocupación. Sin embargo, su inmovilidad lo hizo incapaz de ofrecer consuelo. La desesperación lo consumió mientras hacía un último intento de extender su mano hacia ella, pero la oscuridad envolvió su visión, envolviéndolo en un abismo.

Capítulo 34

"¡Agárralo!" —gritó Sophia—. El tirador se dio la vuelta y echó a correr, pero su mayordomo Mallory no tardó en reaccionar. Se abalanzó hacia adelante, agarró al hombre y le dio un poderoso puñetazo que lo dejó inconsciente.

—¿Quién es este hombre? —preguntó Sophia. Las lágrimas, que parecían tener voluntad propia, caían implacables, imposibles de detener o controlar. Fijó sus ojos inyectados en sangre en Mallory, pero él parecía incapaz de hablar, la agonía contorsionaba su rostro.

"Es mi primo y el padre de Lawrence Richards, Sophia. Su nombre es Samuel Richards —dijo Michael, con la voz cargada de ira mientras bajaba las escaleras de su dormitorio—. La sangre manchaba su ropa de vestir y su rostro se contorsionaba de rabia.

Cuando Michael llegó a la planta baja, se acercó a la prima hermana de su madre. —Diga el propósito de este ataque, primo —exigió—.

"¡Golpeó a mi hija!" Samuel lloró; Su voz se llenó de angustia. "¡Merece morir!"

"¡Marcus no golpeó a Lauren, viejo tonto!" Michael gruñó, agarrando a su primo por el cuello. "¡Actúas apresuradamente sin pensar ni evidencia! ¡Le disparaste a un buen hombre!"

—Golpeó a mi hija —repitió Samuel, con voz entrecortada—.

—¿Padre? —preguntó Richards, con voz triste. —¿Qué has hecho?

"Golpeó a tu hermana", le susurró Samuel a su hijo.

—No, padre, no lo hizo —dijo Richards, arrodillándose ante su padre.

—El doctor está aquí, Su Excelencia —anunció Mallory, con el médico a cuestas—.

Sofía subió corriendo los escalones y condujo al médico a la alcoba. Lucas se sentó junto a su hermano, apretando las sábanas empapadas de sangre contra el pecho de Marcus. Su rostro estaba pálido, sus ojos cerrados y hundidos por la pérdida de sangre.

—Mi señor —dijo el doctor, poniendo una mano en el hombro de Lucas—. "Mantén la presión. Me voy a lavar las manos". Sofía lo llevó al baño y le entregó jabón.

Cuando regresó, abrió su cartera y se quitó los instrumentos quirúrgicos. "Por favor, enciendan más velas y agreguen más leña al fuego. Mi señor, necesito ver la herida, por favor —pidió amablemente el médico—. Sophia vio la compasión en sus amables ojos color avellana y esperó que Lucas también lo hiciera.

—Ven, Lucas, lávate y ponte ropa limpia —instó Sophia—. Lucas negó con la cabeza, pero Sophia insistió. "No discutas conmigo. Te necesito esta noche. ¡Limpia y cámbiate de ropa! Ahora, Lucas. ¡Por favor!", suplicó, luchando por contener las lágrimas y los miedos.

Seamus entró en la habitación desde el baño, secándose las manos. Encendió varias velas y las colocó junto a la cama, sosteniendo otra para reducir la sombra proyectada por el cuerpo del médico. "Mi nombre es Doctor Savage. Lo sé, no se me escapa la ironía de un nombre así para un médico, pero, por desgracia, uno no puede elegir su propio nombre —dijo, con voz baja pero firme—. Sofía no estaba segura de a quién se dirigía, pero permaneció en silencio y escuchó. "Debo cortar esta ropa. Mis más sinceras disculpas por arruinar tan finas prendas". Continuó charlando mientras trabajaba, cortando hábilmente la ropa y examinando la herida de bala.

—Muy bien —dijo el doctor Savage, con voz tranquila y firme—. "La bala ha salido, lo cual es muy afortunado. Pasó a través de una parte carnosa del músculo pectoral, pero afortunadamente, no golpeó nada vital. No tendré que ir a cavar en músculos y tendones para extirparlo. Sin embargo, debo limpiar la herida y coserlo, tanto en la espalda como en el pecho".

El doctor sacó una botella de ginebra de su bolso y vertió una generosa cantidad sobre una ropa limpia que Seamus le había traído. Si tiene la amabilidad de sentarlo, primero le coseré la espalda. Cuando el alcohol tocó a Marcus, abrió los ojos, pero no emitió ningún sonido. Su mirada escudriñó la habitación, y cuando se posó en Sophia, se quedó allí. Se acercó a los pies de la cama y apoyó la mano en su tobillo.

El médico trabajó rápidamente, cosiendo la espalda de Marcus y aplicando un ungüento de miel a la herida antes de cubrirla con un paño. Repitió el proceso en el frente, mientras hablaba de lo que estaba haciendo y por qué. "Solicitaría que se cambiara la ropa de cama y que se aplicara alcohol a la herida a última hora de la mañana y de nuevo por la noche. Deje que la herida se seque y luego aplique el ungüento, que se sabe que trata infecciones". El Dr. Savage miró a Seamus y a Marcus.

—Seré yo quien limpie y venda la herida, doctor. He estado atendiendo las heridas de su gracia durante más de quince años", explicó Seamus. La infección era ahora la principal preocupación, junto con asegurarse de que Marcus descansara lo suficiente.

"En cuanto al alivio del dolor..."

—No —dijo Seamus, sacudiendo la cabeza—. "Su Gracia no aceptará opio".

"Doctor, ¿tiene un analgésico a base de plantas? Cuando me estaba recuperando en Londres, un médico me dio té hecho de hojas que me ayudaba con el dolor y el sueño. No experimenté ningún efecto secundario adverso, ni ninguna necesidad persistente de seguir usándolo", intervino Sophia.

—¿Ha visto usted al doctor Matthews! —exclamó el doctor Savage, con una sonrisa en el rostro—.

"Estudiamos juntos en Oxford". Se volvió hacia Sophia. "De hecho, tomo un té así. Puede beberlo según sea necesario. Sugeriría hacer una olla ahora, ya que esta noche y mañana es probable que sean bastante dolorosas".

El Dr. Savage se puso de pie y se dirigió al baño para lavarse las manos una vez más. "Pido disculpas por no haberme presentado adecuadamente. Como estoy seguro de que habrás oído, soy el Doctor Savage. ¿Puedo preguntarle cómo se llama? El joven médico sonrió a Sophia.

—Es mi esposa —intervino Marcus con voz baja y teñida de celos—.

Sophia puso los ojos en blanco y le sonrió al médico. — Me llamo lady Sophia Harrington.

—La duquesa de Raqueport —añadió Marcus—.

—Seamus, ¿sería tan amable de acompañar al médico, ofrecerle un refrigerio y, si es demasiado tarde, una habitación para pasar la noche? Y, por favor, pídele a la cocinera que hierva un poco de agua y traiga una taza de té —dijo Sophia, tomando las cálidas manos del ayuda de cámara—. Colocó una mano callosa sobre su hombro desnudo, ofreciéndole un poco de consuelo. Estaba en estado de shock y necesitaría a Lucas una vez que ambos hubieran superado el obstáculo inicial.

"Como usted quiera, Su Gracia. También mandaré llamar a Harriet, para que te sientas más cómoda —dijo Seamus—.

Sophia expresó su gratitud a Seamus. Cerró los ojos, decidida a no caer las lágrimas. Sabía que sus emociones solo molestarían a Marcus. El bienestar de Marcus era su preocupación. Caminando de regreso a los pies de la cama, comenzó a desatarle los zapatos.

"¿Qué estás haciendo?", preguntó, con voz tranquila y débil. Cerró los ojos, su corazón latía con fuerza mientras intentaba mantener su voz positiva.

—Quitarte los zapatos —dijo, forzando una sonrisa en su rostro—.

"No lo hagas", dijo.

—Debo hacerlo —respondió ella, sin dejar de quitárselas—. Marcus usó su dedo del pie para quitarse el zapato del talón y se lo quitó, haciendo lo mismo con el otro.

—Mírame —dijo Marcus bruscamente—. Su mirada vidriosa hizo que se le revolviera el estómago.

—No puedo —se atragantó Sophia, tragándose las lágrimas que se negaba a derramar—.

—Obedézame, solo por esta vez, duquesa —suplicó Marcus—. Levantó la vista y vio que las sombras oscuras que ya rodeaban sus ojos verdes tiraban de su alma. Se movió al otro lado de la cama y se arrastró sobre ella, apoyando la cabeza en su muslo. Se encontró con su mirada pesada y observó cómo su pecho subía y bajaba, conteniendo la respiración. Le rodeó la pierna con el brazo y sintió su calor y su fuerza, y se aferró a él como si abrazarlo pudiera desear que se recuperara.

—¿Es suficiente? —preguntó ella, mirándolo a los ojos.

—Sí —dijo Marcus, respirando hondo y cerrando los ojos—. Apoyó la mano en su cadera y ella sintió que sus músculos se relajaban debajo de ella.

— ¿Por qué me disparó? —preguntó Marcus, con la voz apenas por encima de un susurro, los ojos aún cerrados.

Lucas entró entonces y Sophia intentó incorporarse, pero la mano que Marcus le había puesto en la cadera ejerció una suave presión, manteniéndola a su lado. Lucas se acercó a una silla y se sentó junto a la cama, tomando la otra mano de su hermano. Los tres permanecieron en silencio durante varios minutos, Sofía perdida en sus propios pensamientos melancólicos.

El hombre al que había llegado a amar se había apoderado de su corazón y de su mente. Sabía que estaba vivo a su lado, pero cada vez que cerraba los ojos, veía la sangre, su rostro ceniciento, su cuerpo fuerte y sin vida.

Abrió los ojos y se encontró con la mirada de Lucas. Tenía los ojos enrojecidos y las pestañas oscuras mojadas por las lágrimas que había derramado antes de entrar en la habitación. Supo entonces que ya no podía reprimir sus emociones.

Como si hubiera arrojado su silla contra una ventana de cristal, el corazón de Sofía se hizo añicos y las lágrimas que había estado conteniendo estallaron. Su cuerpo temblaba mientras intentaba reprimir sus sollozos, pero no podía recuperar el aliento. Sentía como si alguien le presionara los pulmones.

Levantó su cuerpo lejos de Marcus y trató de alejarse, pero él la agarró de la mano y se negó a soltarla. Con una fuerza que ella no sabía que poseía, tiró de su brazo y la atrajo hacia él y colocó su mejilla contra su pecho. Cerró los ojos y escuchó el latido constante de su corazón contra su mejilla. "Estoy aquí, amor". —dijo Marcus como para recordársela, para calmarla.

—Michael me informó de que el hombre que te disparó era el padre de Richards —dijo Lucas, apretando la mano de su hermano y continuando, con los ojos cerrados, mientras relataba lo que su amante le había contado—. "Pensó que le habías pegado a su hija. Estaba tratando de matarte", asintió Marcus. Sophia no necesitaba que Lucas le dijera cuál era la intención del hombre, sino el por qué.

"Richards se llevó al hombre a casa. Michael acaba de partir. Quería asegurarse de que yo supiera lo que hacía".

—Su excelencia —dijo Seamus, entrando en la habitación sin vacilar, interrumpiendo su

conversación—. Te trasladaré a la tumbona mientras limpio la cama. Mi Señor, necesitaré tu ayuda. Debemos tener cuidado de no volver a abrir los puntos de sutura de tu hermano". Tres camareras seguían a Seamus, una de las cuales llevaba una bandeja de té y galletas, mientras que otra sostenía ropa de cama limpia.

Lucas se levantó y ordenó a la criada que tenía la bandeja de té que la colocara junto al diván antes de regresar al lado de su hermano. "Sabes, Seamus, no me dispararon en las piernas", le espetó Marcus. "Todavía soy capaz de usarlos".

—No seas simplista, Marcus —dijo Lucas con brusquedad—. "Serías como un toro en una tienda de porcelana si no te ayudáramos. Seguramente volverías a abrirte los puntos, y me sentiría muy disgustado si enviudaras a mi querida cuñada porque sucumbiste a una fiebre que podría haberse evitado si simplemente hubieras aceptado nuestra ayuda.

—Es algo cruel de decir —gimió Marcus mientras Seamus y Lucas lo levantaban de la cama—. Sophia tuvo que morderse el labio para no gritar cuando las piernas de Marcus se doblaron debajo de él.

"Sus piernas no resultaron heridas, pero perdió una cantidad considerable de sangre, Su Excelencia. Si bien sé que eres capaz de soportar el dolor; No se trata simplemente de curar una herida. La pérdida de sangre podría hacer que pierdas el conocimiento", explicó Seamus, guiando a Marcus hasta la calesa. Los hombres lo ayudaron a bajar a una posición sentada.

Seamus caminó hacia el vestidor mientras las sirvientas cambiaban la ropa de cama. Regresó con un par de pantalones limpios y un baniano.

Marcus se sentó con una taza de té medicinal en las manos. "¿Qué pasó después?", le preguntó a su hermano, que estaba sentado sombríamente, con el ceño fruncido. Sophia tomó la mano de Marcus entre las suyas.

—Te curarás, y entonces desenmascararemos a Zeus —dijo Sophia, porque sabía que la única razón por la que el señor Richards creía que Marcus había hecho daño a su hija era porque Zeus se lo había dicho. Y una vez que lo desenmascarara, descubriría quién había matado al marqués.

Capítulo 35

Sophia se paró estoicamente frente a la puerta cerrada y llamó, sofocando una oleada de miedo. Rufus y O'Leary estaban a su lado, a su izquierda, mientras que sus compañeras *estaban* de pie a su derecha. Era mucho después de la cena, una hora pasada de moda para visitar al conde, pero las *damas* necesitaban confirmación. Tenían una corazonada y necesitaban demostrarlo.

La puerta se abrió, revelando a un mayordomo de rostro severo. Sus ojos escudriñaron a Rufus de pies a cabeza, su expresión se convirtió en un ceño fruncido. Rufus se limitó a sonreír al anciano mayordomo, sin inmutarse por su desdén.

—Hemos venido a visitar al vizconde Blackmon y al conde de Dorchester —declaró Sophia—. —Puede informarle de que la duquesa de Raqueport está presente.

Al mencionar su título, el mayordomo hizo una reverencia y abrió la puerta de par en par, haciéndoles señas para que entraran. —Su Excelencia, tenga la amabilidad de seguirme —entonó, conduciéndolos a un salón de tamaño suficiente para acomodar al grupo.

Esperaron solo unos momentos antes de que Gregory entrara en la habitación, con su padre no muy lejos. "Su Excelencia", entonaron ambos, y luego extendieron saludos a todos los presentes.

Sophia esperó su momento para comenzar su interrogatorio. Sin que el conde y el vizconde lo supieran, las *damas* tenían un plan. Levantaron la vista cuando entró una sirvienta con té y galletas. Cuando la puerta se cerró, Sofía volvió la mirada hacia Gregory. Parecía nervioso, sus ojos recorrían la habitación. Sabía que estaba ocultando algo y tenía la intención de averiguar qué.

"Tengo mucho que preguntar. Sugiero que hablemos en privado sobre el asunto que hemos venido a discutir. ¿Estás de acuerdo?" Gregory la miró a los ojos, el color se le escurrió de la cara. Tragó saliva y asintió con la cabeza.

—Samantha, ¿serías tan amable de acompañarnos a mí y a O'Leary? ¿Dónde te seguiremos?", preguntó, acercándose a ella pies.

"¿Por qué necesitaría privacidad para discutir asuntos con mi hijo?" —inquirió lord Fleming, poniéndose de pie.

"Al realizar una entrevista, es costumbre hablar con las personas por separado", explicó O'Leary.

—¿Entrevista? —preguntó lord Fleming, mirándolos a cada uno de ellos con enojo.

—Sí, lord Fleming —dijo Emily con tono ominoso—.

Sophia, O'Leary y Samantha siguieron a Gregory fuera del salón y los condujeron a una biblioteca. Se sirvió un líquido de color ámbar, que ella supuso que era whisky. Le ofreció un poco a O'Leary, quien le estrechó la mano para declinarla.

"¿Cuándo terminó tu relación con Lucas?", preguntó. Su rostro permaneció estoico, sin prejuicios.

Gregory se atragantó con su bebida y dejó el vaso sobre la mesa a su lado. "Terminó las cosas conmigo hace seis meses".

— ¿Por qué terminó la relación? —inquirió Samantha—. Inclínó la cabeza con curiosidad. Su tono era amistoso.

"Necesitaba concentrarse en Marcus. Fue durante el tiempo que estuvo luchando en la clandestinidad. Lucas estaba constantemente preocupado por su hermano, y discutíamos por ello.

Pensé que estaba siendo sobreprotector, demasiado involucrado y sensible. Él no estaba de acuerdo. Terminó las cosas". Gregory se desplomó en la silla, apoyó el codo en el reposabrazos y se apoyó la cabeza en la mano, con los ojos cerrados.

—¿Es por eso que enviaste la carta amenazando a Marcus? —preguntó Sophia en voz baja. Los ojos de Gregory se abrieron de golpe y miró Sophia.

—¿Por qué crees que soy yo? —preguntó Gregorio defensivamente.

"No nos tomen por tontos. Querías a Lucas. Estaba concentrado y preocupado constantemente por Marcus. Escribiste con la esperanza de que volviera a ti —explicó Sophia con calma, con las manos apoyadas en su regazo—.

"¡Nunca hubiera cumplido con las amenazas! Quería proteger a Lucas. Siempre estaba muy preocupado. Pensé que si podía evitar que Marcus peleara, lo haríamos o podríamos comenzar de nuevo", explicó Gregory.

— Pero meses después, después de negarte una relación con él, te pidió que contrataras a su ayuda de cámara -dijo Sophia, mirando al hombre que tenía delante-. En lugar de parecer triste, los ojos de Gregory parecieron brillar. — Supongo que eso ha ayudado a calmar tus deseos por Lucas.

"Troy es más que mi ayuda de cámara, nosotros... se ha convertido en mi amigo", dijo Gregory.

"Utiliza la información que compartes y habla con el Ministerio del Interior. Pero él era un informante mucho antes de venir a vivir contigo. Sé que el director Richards lo conoce como Zeus.

—dijo Sophia, juntando las manos—.

—Debes estar equivocado —dijo Gregory, inclinándose hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas—.

Sofía se puso de pie y levantó la mano cuando Gregorio se puso de pie. Se puso de pie y caminó a lo largo de la habitación.

"He aprendido y entendido que algunas personas no viven libremente. Y como resultado, es imposible saber en quién puedes confiar. Es difícil saber quién es como tú y quién puede amarte. No puedo saber si Troy es como tú y te usa, o solo te usa, pero los lazos que lo unen al Ministerio del Interior son fuertes e innegables —dijo Sophia, con voz baja y peligrosa—.

"No creo que ninguno de nosotros envidiaría que compartieras con él que lo hemos desenmascarado. Pero no puedo entender por qué te quedarías con alguien que trató de destruir a tus amigos. Las pruebas apuntan a él. Le haremos saber al Ministerio del Interior que hemos descubierto quién es, y cuando eso suceda, ya no será un informante útil. Mucho de lo que compartió se ha demostrado falso y su credibilidad se ha perdido".

Gregory tragó saliva ante esta confesión. —Comprendo —dijo en voz baja—.

"¿Cuándo descubriste que tu hijo violó a Lauren?

¿Richards? —preguntó Penélope con voz aguda y acusatoria.

—Le ruego que me perdone —dijo lord Fleming, desconcertado—. Su rostro se puso rojo y aparecieron manchas en su piel.

—¿Cuándo descubrió que su hijo, el señor Clarence Fleming, violó a la hija de su mayordomo? —volvió a preguntar Penélope, sin dejarse intimidar por el conde.

—Hijo mío...

—El subterfugio no te llevará a ninguna parte —dijo Penélope, poniéndose de pie—. El

conde se puso de pie también, pero ella levantó la mano y sacudió la cabeza, paseándose a lo largo de la habitación, con las manos entrelazadas a la espalda. — ¿Cuándo lo supiste? -volvió a preguntarle ella, volviéndose hacia él.

—El año pasado, nos enteramos el año pasado —admitió lord Fleming, con la voz entrecortada por la incomodidad y la preocupación—. Penélope vio la vergüenza en sus ojos.

— Cuéntanos -dijo Emily en voz baja y amable-.

Lord Fleming bajó la vista hacia sus pies, tomándose la cabeza entre las manos. "Clarence regresó a casa por un corto tiempo el año pasado. No se encontraba bien, y su enfermedad parecía debilitar sus inhibiciones. Se jactaba descaradamente de sus conquistas, en particular de sus encuentros con mujeres. La forma en que hablaba de ella, era como si ella no tuviera ningún valor. Contó con orgullo las cosas despreciables que le había hecho. Era realmente repugnante y repulsivo para mí".

El conde tomó una sola mano y se frotó la cara con ella.

—¿Y lo obligaste a salir de tu casa? —preguntó Emily, que ya sabía la respuesta.

—Por supuesto —dijo, alzando la voz con ira e indignación—. "No podíamos tenerlo aquí, sabiendo en quién y en qué se había convertido".

— Y tenías que hacer las paces -dijo Emily, abriendo los brazos-. —¿Y cómo habéis hecho las paces, mi señor?

"La estamos protegiendo", les dijo, con la cabeza gacha por la vergüenza. "Está a salvo donde puede sanar de nuevo. No dejaré que otro hombre le haga daño". Su voz estaba cargada de culpa. "Mi hijo destruyó su inocencia. Cualquiera que sea la vida que le queda, le prometí que la ayudaría a mantenerse a salvo".

—¿La ha visto su padre? —preguntó Penélope. El conde negó con la cabeza.

"Él es consciente de su situación actual, pero le aseguré que la estábamos ayudando y que ahora estaba a salvo".

"Nunca me habló de mi hijo. Se olvidó de mencionarme que ella había sido lastimada, dejándome completamente inconsciente de la situación. No sé si lo sabes, pero tuvo el descaro de acusar a su propia hija de ser responsable de la depravación de mi hijo. La consecuencia de su acción, echarla fuera, llevó a que la golpearan de nuevo, y mi hijo estaba en el centro de todo".

Gregory abrió la puerta del salón y condujo a todos a la habitación.

Sofía se paró en la puerta y dijo: "Es hora de que hablemos con ella, mi señor. Es hora de que cuente su historia".

Capítulo 36

Lucas sintió un escalofrío cuando Marcus se estremeció a su lado. La habitación estaba helada. Todas las velas se habían apagado, dejando a Marcus en la oscuridad, temblando bajo las mantas. Lucas levantó la cabeza y vio a su hermano en agonía. Echó su manta sobre Marcus y se dirigió al hogar. Lucas añadió leña y encendió una llama, tratando de calentar la habitación de nuevo.

Miró su reloj. Sophia había estado ausente durante dos horas, y ahora Marcus tenía fiebre. Lucas encendió una vela y la colocó junto a la cama. Agarró un libro y lo dejó encima de la colcha. Lucas cogió la vela encendida, fue a su dormitorio y quitó la colcha de la cama. Se cubrió el hombro con la pesada manta y regresó a la habitación de su hermano. Volvió a colocar la vela, puso el libro sobre la mesa y cubrió a Marcus antes de meterse en la cama y acercarse a su hermano. Marcus se relajó contra él. Lucas miró a los grandes ojos verde oscuro de su hermano. Marcus sonrió débilmente y asintió, haciéndole saber a Lucas que estaba a salvo. Lucas colocó una cálida mano sobre la mejilla de Marcus.

—Duerme, hermano —susurró Lucas, y el estremecimiento pareció desaparecer, no del todo, pero el castañeteo de dientes había cesado. Tomó la novela y comenzó a leerle a su hermano de su libro favorito: "Mi padre tenía una pequeña finca en Nottinghamshire; Era el tercero de cinco hijos".

Lucas apoyó la cabeza en la cabecera, con su hermano en brazos, y sonrió al recordar a ellos y a su madre, aquellas noches lejanas, cuando les leía *Los viajes de Gulliver*. Recordó cómo reían y soñaban juntos, cómo compartían sus esperanzas y temores, cómo se apoyaban y protegían mutuamente. Sintió una ola de gratitud y afecto por su hermano, que siempre había sido su mejor amigo.

Sofía estaba de pie en la puerta de la sala de estar conectada a su dormitorio y escuchaba el barítono de la voz de su cuñado mientras leía a su marido. Le dolía el corazón ante la dulzura del momento, nunca había presenciado nada tan personal e íntimo, dos hombres que se habían arraigado en su corazón. Se sentía muy orgullosa de la familia con la que se había casado.

Por la mañana, sus amigos partirían hacia Londres. Tenían que investigar más, pero tendrían que hacerlo sin ella. La discusión con los flamencos flotaba en su mente. La soledad de Gregory, las depravaciones de su hermano y la ignorancia y negligencia deliberada de su padre. Clarence se estaba muriendo, y su enfermedad le estaba robando la mente, lo que quedaba de ella.

Sophia entró en la habitación y tomó la silla que Lucas había dejado libre antes, tomando la mano de su marido. Entonces se dio cuenta de que estaba temblando.

"¿Qué más puedo hacer?", le preguntó a Lucas.

"El calor corporal es la mejor manera de calentarlo. Caldo caliente por la mañana y mantas calientes del fuego. Mantén el fuego encendido y esperamos —dijo Lucas en voz baja—. Se levantó de la cama y se acercó a Sofía. "Toma la cama. Dormiré un poco para poder ayudar por la mañana". Lucas se inclinó, le besó la parte superior de la cabeza y la abrazó un momento.

Capítulo 37

Durante tres noches, Marcus luchó contra la fiebre. Lucas, Seamus y Sophia le cambiaron la venda y le limpiaron la herida. Cuando Marcus dormía, Lucas se sentó a su lado y le leyó.

Marcus se sintió conmovido por el sonido de su hermano leyendo. Con los ojos borrosos, los abrió y escudriñó la habitación. "¿Dónde está mi esposa?", preguntó, con voz áspera.

Lucas lo miró y sonrió. "La obligué a bañarse. Debería terminar pronto".

Marcus asintió y tragó saliva. —¿Puedo tomar un poco de agua?

Lucas se levantó de la cama, se acercó a la otra mesita de noche y vertió agua en el vaso que tenía a su lado. Se inclinó y ayudó a Marcus a sentarse, luego le entregó el vaso.

—Poco a poco, Marcus —advirtió Lucas—.

Marcus miró hacia el baño cuando oyó que se abría la puerta. Él sonrió cuando ella entró, con las manos en una toalla, escurriendo el agua de su cabello, su cuerpo cubierto con una pesada túnica azul. Ella levantó la vista y se detuvo al verlo, y solo lo miró fijamente. Vio el cansancio en sus ojos antes de que las lágrimas comenzaran a caer. Colocó su vaso sobre la mesa y levantó los brazos hacia ella, y ella dejó caer su toalla y corrió hacia él.

"¿Cómo es que mi boca sabe a menta?" —preguntó Marcus, respirando el aroma de su almendra miel con un toque de vainilla.

—Te limpié los dientes antes de irme a bañarme —Sophia le sonrió en el cuello mientras él la abrazaba—.

— ¿Me has limpiado los dientes? —preguntó Marcus, besándola en la frente.

"Por la mañana y por la noche. Quería que tuvieras algo bueno con lo que despertarte — le sonrió en el cuello—.

—Oh, mi duquesa, lo hice. Pero gracias. Lo recordaré la próxima vez que tú o Lucas estéis enfermos —sonrió—.

La cama se movió mientras Lucas se levantaba. "Me despido. Dejaré que Seamus sabe que estás despierto. Podemos prepararte un poco de caldo".

—Gracias, Lucas —dijo Marcus, mirando a su hermano—.

"Gracias."

"Solo hice lo que mi hermano habría hecho por mí"

—dijo Lucas, y Marcus sintió una calidez en su corazón.

Marcus se sentó en el diván, con una bandeja en el regazo, y comió unas tostadas y un caldo. Seamus le había ayudado a bañarse y le habían cambiado la ropa de cama. Aunque todavía estaba débil, Marcus se sentía más como él mismo, aunque una versión más cansada.

—¿Has tenido noticias de los demás? Marcus le preguntó a Sophia, quien comió un sándwich de pollo. Marcus sintió que se le hacía salivar la boca ante el olor a romero y limón.

—No puedo imaginar tener que arrestar a mi propio padre —Sophia frunció el ceño y dejó la comida—.

"Me lo comeré si no lo eres", bromeó Marcus, lanzándole una de sus sonrisas más deslumbrantes.

"Tu estómago está vacío".

"¡Y seguiré así si mi esposa solo me da de comer tostadas y agua!" Marcus le dio un mordisco a su tostada. Ella se puso de pie y colocó algunos trozos de pollo de su sándwich en su plato. Se inclinó hacia delante y le dio un breve beso, luego se sentó a su lado en el diván.

"Ayer recibí una carta de Emily. Samuel Richards confesó haber intentado matarte. Clarence ha desaparecido. Emily dijo que fue visto por última vez por el Sr. Quint. Le dijo a

Richards que lo había alojado en un coche alquilado de vuelta a Londres al día siguiente de que saliéramos de la posada. El jarvey les dijo a los Runners que dejó a Clarence en la casa esa noche. Nadie lo ha visto desde entonces —dijo Sophia, con la voz teñida de preocupación—.

Marcus frunció el ceño y tomó otro sorbo de su sopa. "Me gustaría volver a Londres", dijo. — Quiero hablar con el señor Richards.

—¿Estás seguro? —preguntó Sophia, la tensión en su voz era palpable.

"Quiero que sepa que lo perdono", dijo Marcus. Miró a Sofía y le preguntó: "¿Sabes por qué pensó que yo era responsable de dañar a su hija?"

Sophia suspiró y asintió. —Troy, el antiguo ayuda de cámara de Lucas —dijo, mirando a Marcus desplomado contra el respaldo de la calesa—. "Ahora trabaja para Gregory. El Sr. Richards le dijo a Michael que fue Troy quien lo acusó de la paliza. Es el conocedor del corredor. Él es Zeus".

Marcus se estremeció. —Un poco en la nariz, ¿no crees?

"A veces las cosas más obvias no son tan evidentes"

Admitió Sophia.

"Una vez que pueda caminar sin ayuda, me gustaría volver a Pueblo —dijo Marcus con determinación en la voz—.

—Como usted quiera, Su Excelencia —respondió Sophia, con la cabeza apoyada en el brazo de Marcus—.

Capítulo 38

Marcus estaba de pie en la puerta, de pie en las sombras mientras observaba a su esposa. Se quitó las pantuflas y se sentó en su tocador mientras Harriet se quitaba las horquillas y se peinaba los rizos. Se quitó los tirantes, las medias y los cajones. Harriet le entregó a Sophia su camisón y ella se lo puso sobre la cabeza. Harriet hizo una reverencia y salió de la alcoba cuando Sophia se acercó a su cama y se cubrió las piernas con las sábanas.

"¿Por qué llevas camisón?", preguntó, desnudo, listo, con las manos en las caderas.

"Te acaban de quitar los puntos", dijo incrédula. Se subió la colcha a las piernas y cogió el libro, subiéndose las gafas por la nariz.

Sin inmutarse por ella, Marcus se acercó a la cama, agarró su libro y se lo quitó de las manos. ¡Tiró el libro al suelo con un golpe! Le quitó la colcha del cuerpo. Sofía lo miró y cruzó los brazos sobre el pecho. "¿Estás loco?", le preguntó.

—Efectivamente, lo soy, duquesa. Marcus arrastró la voz mientras se arrastraba hasta la cama y se sentaba a horcajadas sobre ella. Le subió el camisón a su mujer por los muslos, pero ella colocó las manos sobre él, manteniéndolo en su sitio. Tiró con más fuerza. —¡Quítatelo, duquesa! Ella negó con la cabeza. "Toma. Fuera. —dijo intencionadamente, articulando cada palabra—. Ella soltó el dobladillo y él se lo puso por encima de la cabeza. Sus ojos se alzaron hacia él y parpadearon con pasión cuando él se acercó y le acarició los pechos.

—Marcus —susurró mientras cerraba los ojos y se inclinaba hacia él—. Le pasó los pulgares por las puntas de los pezones.

– Echaba de menos tu cuerpo -suspiró, con la yema de los dedos dando vueltas alrededor de su pezón-. "Quince días enteros sin tocarte, sin saborearte, estando dentro de ti". Se inclinó hacia ella y le acarició el cuello y el hombro con los labios.

Sophia tragó saliva y él sonrió ante las pequeñas protuberancias que se formaron a lo largo de sus brazos. Sus pezones se endurecieron y él volvió a pasarle los labios por el cuello. Abrió los ojos, le puso las manos en la cara y lo atrajo hacia ella. Ella amoldó sus labios a los suyos y él pudo saborear la menta de la pasta que acababa de usar para limpiarse los dientes.

Marcus gimió, luego inclinó la cabeza y tomó su boca. Su lengua lamió la costura de sus labios, abriéndola. Marcus la tomó con la lengua, probándola, chupándole la lengua y el labio. Él sonrió cuando ella le mordió el labio inferior.

Entonces se apartó de ella, apartó la boca y la empujó hacia el colchón, tirando de ella hacia abajo por las rodillas y la puso de espaldas. Se acostó a su lado, con los muslos junto a su cara, y la puso de costado.

"Chúpame la polla mientras te como el coño", exigió. Agarró su polla y la tiró de la raíz a la punta, luego la frotó contra sus labios. Cuando ella lo tomó en su boca, él levantó su pierna y apoyó su muslo a un lado de su cabeza. La hizo rodar encima de él, le agarró el trasero, la separó y lamió la humedad que le daba la bienvenida. Separó su funda con el pulgar, lo que le permitió tener acceso completo a su capullo ya hinchado. Con su polla dentro de su boca, comenzó a mamarla y lamerla.

"¡Más difícil!" Él gimió: "¡Chúpame más fuerte!" —preguntó—. Su voz profunda y aterciopelada resonó por toda la habitación, llena de una pasión que le provocó escalofríos. Sus manos agarraron firmemente la base de su pene, su toque envió olas de placer a través de su cuerpo. Mientras ella lamía burlonamente la punta de él, un gruñido gutural escapó de su garganta. La sensación de su boca envolviéndolo por completo hizo que su polla se retorciera de anticipación. Con cada poderoso empuje de sus caderas, se mecía dentro y fuera de su boca

cálida y húmeda.

Sus grandes manos agarraron firmemente sus nalgas, abriéndola para explorar sus profundidades. Sus dedos hurgaron en su resbaladiza vaina, intensificando el placer. Chupó su sensible capullo, alternando entre suaves mordiscos y presión firme, haciendo que sus caderas temblaran y se sacudieran incontrolablemente. Con cada golpe de sus dedos, se sumergía más profundamente dentro de ella, encendiendo un poderoso clímax que destrozó su mundo. Sus caderas se convulsionaron con la fuerza de su orgasmo, un gemido profundo y primitivo escapó de sus labios, aún presionados contra su pene. Implacable en su búsqueda del placer, apretó con fuerza sus nalgas, provocando otro gemido de sus labios.

Mientras su capullo permanecía completamente sumergido en su boca, instintivamente sacudió las caderas. Sujetó con firmeza su trasero, anclándola en su lugar. El placer surgió a través de él cuando ella se metió su pene aún más profundamente en su boca. Su voz, llena de deseo, la animó mientras arqueaba la espalda contra el colchón. El ritmo de su succión se intensificó, obligándolo a empujar involuntariamente sus caderas, empujándose aún más dentro de su boca.

Una sonrisa maliciosa se dibujó en los labios de Marcus mientras continuaba complaciéndola. Introdujo dos dedos dentro de ella, empujándolos cada vez más profundamente, sin retirarse nunca. Las sensaciones la abrumaron, haciendo que sus piernas temblaran incontrolablemente. Gritó en éxtasis, su liberación la inundó mientras instintivamente apretaba sus muslos alrededor de su cabeza, intensificando el placer para ambos. Empujó sus caderas contra su boca, y ella lo tomó más profundamente en su garganta. Movié las caderas y luego gimió: "Sí, te sientes como... joder, duquesa".

La sensación de su sonrisa alrededor de su polla le dio un estremecimiento de placer. —¡Basta! —gruñó y se lo sacó de la boca—. La puso boca abajo, le dio una palmada en el trasero y la penetró por detrás. —Joder —gimió él ante el calor que le daba la bienvenida y ella lo apretó, caliente y mojada. —Tan apretado —gimió y dejó que su cabeza se inclinara detrás de él—.

Bombeó dentro de ella una y otra vez. Luego le dio una nalgada en el trasero, en la mejilla izquierda y luego en la derecha, invitando a que le apretaran la vaina. —Sí, Sophia. Estás tan apretado. Muévete contra mí, llévame más adentro de ti —gimió mientras ella se movía—. Sintió que su polla se endurecía aún más y la base de su columna vertebral comenzaba a hormiguear.

"Duquesa. ¡Vete a la mierda!" —le exigió y volvió a azotarla.

Sintió que Sophia le apretaba la polla, sintiendo cómo su cuerpo se preparaba para liberarse. El pulso lo endureció, y se hundió más, sintiendo cómo ella se humedecía a su alrededor mientras se movía contra él. La agarró por la cintura, hundió los dedos en su piel y se sumergió en ella, una y otra vez.

Se acercó a ella y jugó con su capullo mientras la penetraba una y otra vez, cada vez más fuerte. —Vamos conmigo —gruñó—. Entonces su coño se apretó y palpitó a su alrededor, todo su cuerpo sufrió espasmos y sus piernas temblaron.

—Oh —susurró ella, su cuerpo instintivamente tratando de alejarse de él—. Pero él no la dejó.

"¡Sí!" —gimió—. Colocó una mano en su hombro, la otra en su cadera y la bombeó, "Joder, sí", repitió y la azotó. Con un último y contundente empujón a la empuñadura de su polla, se metió dentro de ella. "¡Ahh!" Lloró cuando Sophia encontró su orgasmo con otro de los suyos. Él siseó su placer entre los dientes apretados, el orgasmo de ella ordeñando su polla

mientras ella tenía espasmos a su alrededor.

Marcus agarró a Sophia por la cintura y se puso a su lado, llevándola con él. Su pene seguía duro dentro de ella. Ella la acurrucó contra su pecho y él le puso una mano en el pecho, amasándolo y jugando con su pezón. Suspiró ante su calidez y luego se acurrucó más cerca de él. "Ahora me siento mucho mejor". Marcus le susurró en el cuello.

— ¿A qué hora es su reunión con el señor Richards? —preguntó Sophia.

"Por la mañana, no sé cuánto tiempo estaré, pero me imagino que estaré en casa a tiempo para la cena", dijo con un suspiro, acercándola más. —¿Qué estás planeando?

"Nada en particular. Planeo reunirme con las *damas* por la tarde". Sophia se relajó en él y cerró los ojos.

Corrientes de luz entraban por las ventanas como velos de calor que penetraban en el sueño de Sofía. Se dio la vuelta y buscó a su marido, pero su lado de la cama estaba vacío y frío. Ya se había ido. Un escalofrío recorrió su espina dorsal mientras se sentaba, frotándose los ojos, librándose de los últimos restos de sueño. Hizo señas y dejó que sus ojos descansaran donde había estado el cuerpo de su marido. Se inclinó y absorbió el olor de él desde la almohada. A regañadientes, se levantó de la cama y completó sus abluciones antes de llamar a Harriet.

—¿Qué vestido para hoy, Su Excelencia? —preguntó Harriet a Sophia, mirando la colorida variedad de vestidos de día que colgaban en su probador.

—¿Y la muselina azul? —sugirió Sophia, con la voz entrecortada por la incertidumbre—. Era un vestido de día sencillo, perfecto para sus llamadas de la tarde.

—Muy bien —convino Harriet—.

Una vez vestida, Sophia caminó hacia el comedor, sus pasos lentos mientras consideraba lo que tenía que hacer ese día. Se permitió disfrutar de un desayuno ligero mientras sus pensamientos vagaban hacia su marido y la prisión. Le pidió a Johnstone que le trajera el carruaje. Era hora de buscar a sus amigos, pero no podía quitarse de encima la sensación de que algo andaba mal.

Antes de salir por la puerta, le entregó una misiva a Johnstone. "Por favor, entréguele esto a Su Gracia cuando regrese a casa, preferiblemente después de las cinco.

Capítulo 39

Mientras esperaban a que O'Leary se uniera a ellos, el *Damas* se paró afuera de la casa de Clara Davenport, Rufus montando guardia, con una sensación de anticipación. Sophia sacudió las manos, con una sensación de inquietud flotando en el aire mientras pensaba en lo que había que hacer antes de que terminara la noche.

Llegó el carruaje de O'Leary, y se apeó con fervor.

"Está en la ciudad", anunció O'Leary mientras se acercaba al grupo. Asintieron con la cabeza ante sus noticias, que era todo lo que Penélope necesitaba oír para hacerle saber que ya estaban listos. Llamó a la puerta y el distinguido mayordomo la invitó a entrar. El sonido de sus pasos resonó en los silenciosos pasillos mientras el mayordomo los dirigía al salón donde los esperaba Clara.

—Sophia —saludó Clara con su voz fría, estrechando las manos de Sophia—.

"Gracias por hacer esto", dijo Sophia, abandonando el protocolo y abrazando a su amiga.

"Permítanme presentarles a Penelope, Emily, Samantha, el Sr. Liam O'Leary y el Sr. Rufus Tremble". Sophia se quedó a un lado mientras las mujeres intercambiaban saludos de saludo. Los hombres hicieron una cortés reverencia en su dirección, sonriendo a Clara a modo de saludo.

"Hemos escuchado cosas tan maravillosas sobre usted, Sra. Davenport —sonrió Samantha—.

"Por favor, llámame Clara. Creo que podemos prescindir de las formalidades; ¿No crees?", sonrió, pero había un toque de tensión en su voz.

—¿Fuiste capaz de hacer lo que te pedí? —inquirió Sophia. Estaba juntando las manos y luego se mordió el pulgar.

—Sí, solo estoy esperando su llegada —respondió Clara en voz baja—. Su voz tembló, delatando una pizca de su nerviosismo. Invitó a todos a sentarse. "¿A quién le gustaría un poco de té?" —preguntó. Clara se aclaró la garganta y se llevó una mano temblorosa al pecho, con una leve sonrisa en el rostro. Sofía pudo ver la tensión a la que estaba sometida cuando la mano de Clara tembló mientras entregaba las tazas a las *damas*. Con una sonrisa a medias, Clara se recogió las faldas y se sentó en la única silla frente al sofá. Tanto Rufus como O'Leary estaban de pie junto a las mujeres, y su presencia aumentaba el aire de inquietud.

Su mayordomo entró en la habitación y anunció la llegada de la señorita Lauren Richards. La pequeña mujer de cabello castaño entró en la habitación con una sonrisa radiante, que vaciló cuando vio a los demás en la habitación. Sophia notó un ligero pliegue de su nariz, pero por lo demás, el rostro de la mujer se había curado bastante bien.

—¿Clara? —preguntó Lauren, con las cejas fruncidas, mirando a las otras personas en la habitación.

"Lauren, estas son mis amigas, las damas de las que te hablé. Están aquí simplemente para hablar con usted sobre el marqués. Necesitan tu ayuda", Lauren frunció las cejas ante su declaración. Clara tomó las manos de su joven amiga y la llevó a la habitación. Lauren frunció el ceño y el ceño fruncido se hizo más pronunciado.

—No tengo ni idea de lo que puedo hacer para ayudar a nadie, Clara —protestó Lauren, con las palabras mezcladas de ira—. —Me estoy esforzando por seguir adelante —declaró, con la mirada perdida en el suelo mientras sus mejillas se enrojecían, el aire estaba cargado de secretos tácitos y verdades ocultas—.

"Señorita Richards, mi nombre es Lady Sophia. Conozco a tu hermano y a tu primo,

Michael. Puede que no lo sepas, pero tu padre intentó matar a mi marido a punta de pistola. Verá, él tenía la idea errónea de que mi esposo era responsable de sus lesiones. Lo único que busco es disipar cualquier otro concepto erróneo con respecto a la relación de mi esposo contigo. Le ruego que me permita hacerle algunas preguntas para absolver al duque de la sospecha de que fue responsable de dañarlo a usted y de la muerte del marqués. Eso es todo lo que deseo". Sophia se levantó y se acercó a Lauren.

—No puedo ayudarte —Lauren frunció el ceño—. "¿Qué puedo ayudar a disipar los conceptos erróneos de los demás cuando ni siquiera pude convencer a mi propio padre de que había sido violada?" La voz de Lauren se quebró, sus ojos rebosaban de lágrimas no derramadas.

— ¿Quién fue la primera persona a la que le confiaste este último asalto? —preguntó Sophia, con voz tranquila, suave, llena de compasión.

—¿Con qué fin indagas esto? Lauren empezó a temblar y se dio la vuelta para salir del salón. "¿Cómo pudiste traicionarme de esa manera?" Lauren le gritó a Clara. Abrió la puerta de par en par.

Las *Damas* la persiguieron. Penélope corrió hacia la puerta principal y obstruyó la salida de Lauren. Sophia, Samantha y Emily la rodearon. Rufus se quedó a un lado, observando a Penélope.

"Dinos, ¿en quién confiaste, Lauren? Conocemos la El conde de Dorchester y su hijo, Gregory, te han estado ayudando. Nos informaron. ¿Con cuál de ellos hablaste del ataque del marqués? —preguntó Sofía una vez más. Los ojos de la mujer se movieron asustados, sus manos temblaban incontrolablemente.

"¡No puedo!" Ella gimió, desplomándose de rodillas en el suelo. Las lágrimas corrían por sus mejillas. "Me protegen. ¿Cómo puedes preguntarme esto?"

Penélope se acercó a Lauren y la envolvió en sus brazos. "Permitir que otros respondan por los crímenes cometidos por otros no es justo. Les pedimos que ayuden a hacer justicia".

Un fuerte golpe en la puerta hizo que el mayordomo de Clara se apresurara a contestar. La abrió, pero estaba abierta de par en par, y un hombre vestido de negro, con el rostro oculto, golpeó al mayordomo y blandió dos pistolas, una en cada mano, y apuntó a las *damas*. —Lauren, ven ahora —dijo el hombre, con la voz apagada por la cubierta que cubría su rostro—.

Lauren empujó a Penélope y corrió hacia el hombre de la puerta. Emily extendió la mano y la agarró del brazo, impidiéndole escapar.

—Mi señor —contestó Sophia, inclinando ligeramente la cabeza hacia el hombre de negro—.

El hombre negó con la cabeza y se rió de ella. —Yo soy el que tiene las pistolas, Su Excelencia. El hombre hizo un gesto con las manos para llamar la atención sobre sus pistolas.

—¿Dónde está Clarence, mi señor? —preguntó Sophia. El hombre soltó una risita.

— ¿Supongo que has matado al señor Clarence Fleming? —preguntó Emily, con voz tranquila y afecto aparentemente indiferente. El hombre de negro amartilló sus pistolas mientras Emily caminaba hacia él.

A Emily le tembló la voz cuando volvió a hablar. "Parece que matas sin remordimientos". Dio un paso hacia él, con los ojos fijos en los de él. El hombre permaneció inmóvil. Los miró, inseguro, perplejo.

"No es posible que pienses que voy a responder a ninguna de tus preguntas", respondió el hombre, con voz fría y sin emoción.

"¡Detente!", exigió, mientras Emily y Samantha se acercaban a él.

Penélope se acercó a Emily y agarró a Lauren.

"Quítate la máscara, mi señor. Sabemos quién eres".
—le dijo Sofía—.

Los ojos del hombre se dirigieron a Sophia y luego a Lauren. Lauren comenzó a llorar de nuevo, los gemidos la sacudían mientras sostenía a Penélope. —¿De verdad quieres ir a la cárcel por un crimen que no cometiste, Gregory? —preguntó Emily, dando otro paso hacia él. Se bajó la máscara, mostrando ahora su rostro.

—Gregory —sollozó Lauren y frunció las cejas—. Inclino la cabeza hacia un lado.

—Yo no maté a nadie —gritó Gregory, con los ojos clavados en Lauren.

Sophia asintió y miró hacia la puerta, ahora abierta con una figura sombreada de pie en la puerta.

Capítulo 40

Había caído la noche, nubes negras cubrían la luna, y con ella, la oscuridad flotaba en el aire mientras la figura permanecía en las sombras.

—¿Dónde has estado? —le dijo Emily al hombre de la puerta—. Su voz era plana. El hombre no respondió, no se movió.

Gregory se volvió hacia la figura siniestramente grande de la puerta, que estaba de pie con las manos en las caderas. Después de varios momentos, salió de las sombras hacia la luz y miró en silencio alrededor de la habitación. Cuando su mirada se posó en Sophia, ella exhaló aire por un lado de la boca y caminó hacia la puerta. No se acercó a ella. Él se limitó a quedarse de pie y mirarlo fijamente, haciendo que su corazón latiera erráticamente ante la mirada de ira que lo impregnaba.

—¡Maldita sea, Sophia! Marcus gruñó. Contempló la escena que tenía ante sí, apartando la mirada de Gregorio y luego de Sofía. —¿Gregory? —exclamó confundido, con los ojos entrecerrados mientras miraba a su alrededor. "¿Qué está pasando aquí?", preguntó, con la mano sobre la cabeza mientras se daba la vuelta.

Sofía ignoró sus preguntas; El tiempo apremiaba.
"¿Dónde está el director?", preguntó.

—Estoy aquí —anunció Richards, entrando en la casa—. Respiró hondo y caminó rápidamente hacia su hermana, que lloraba en el suelo, mientras Clara la mecía en sus brazos.

En un movimiento brusco, Lauren se abalanzó sobre una de las pistolas que había en el suelo y apuntó a Gregory. Las lágrimas cayeron de sus ojos, cubriendo sus mejillas. "Ya no puedo hacer esto", gritó Lauren.

Gregory levantó las manos en el aire y no se movió. "Lauren, no tienes que hacer esto". —imploró, mirando fijamente a la desolada muchacha que tenía delante—.

Lauren se dio la vuelta, apuntó con el arma a su hermano y tragó saliva. Lauren se secó rápidamente las lágrimas de los ojos y sostuvo el arma con firmeza. "¡Me dejaste por muerto!" Le gritó al director.

—Ahora te toca a ti —susurró—. "Ya no puedo hacer esto". Gregory dio un paso hacia Lauren, pero Emily lo detuvo.

—Me abandonaste —dijo Lauren con un suspiro tembloroso—. "Eres la última".

—Lauren —dijo el director, levantando las manos hacia su hermana—. "Lo siento. Por favor", suplicó en voz baja mientras se ponía en pie. "Yo no te abandoné; Lo juro. ¡Fui yo quien dispuso que el vizconde cuidara de ti!", confesó.

Trató de caminar hacia ella, pero ella le sacudió el arma y le gritó: "¡Detente!". Él asintió y se quedó quieto.

"¿Por qué no me ayudaste?" —preguntó Lauren. Las manos que sostenían el arma temblaban.

Richards se puso de pie y miró directamente a su hermana. "Traté de ayudarte lo mejor que pude". Su mirada vaciló y cayó al suelo.

"Nunca quise ser cortesana. ¡Me hiciste convertirme en una puta!" Lauren acusó. "¿Por qué me harías eso?"

"No era mi intención", Richards bajó la cabeza avergonzado.

Sophia se encontró con la mirada de Emily desde el otro lado de la habitación. Las mujeres se miraron a los ojos y luego, con la misma rapidez, apartaron la mirada la una de la

otra. Habían practicado este escenario en los entrenamientos. Sophia movió su mirada hacia Samantha mientras Emily mantenía la suya en Sophia. Después de un lento parpadeo de Sophia, Emily dio un pequeño paso hacia Lauren y esperó la siguiente señal.

Las lágrimas corrían libre y continuamente por sus mejillas mientras continuaba interrogando a su hermano. "Nunca quise esta vida. Nunca pedí esta vida".

"Por supuesto, no merecías esta vida". —dijo Richards, y se pasó una mano por el pelo, por lo general perfectamente peinado—. "No sabía qué más hacer. Me acababa de casar. Quería hacer feliz a mi esposa y necesitaba protegerte a ti. Ella no me creyó, como mi padre no te creyó a ti, pero yo sabía que era verdad. Sabía que ese hombre robó tu virtud, y no fue bien recibido por ti. ¡Sin embargo, no sabía que tenía que alejarte de tu padre y de ese hombre que te violó!" Richards se cubrió la cara con ambas manos y comenzó a caminar de manera circular.

"No te pusiste de mi lado. Tendrías que haberte puesto de mi lado. Lauren le apuntó con la pistola. "¡Deja de moverte!", le gritó.

Samantha parpadeó lentamente, indicándole a Sophia que era seguro para ella acercarse a la mujer. Sophia observó por el rabillo del ojo cómo Samantha se colocaba ligeramente a la izquierda de la línea de visión directa de Lauren, lo que dificultaba que Lauren los viera en su visión periférica.

En una rápida mirada, Lauren volvió sus ojos hacia Samantha, lo que provocó que Sophia se acercara una vez más. Otro parpadeo lento de Sophia le comunicó a Emily que ahora era seguro para ella dar el paso final hacia Lauren.

O'Leary levantó una mano y se acercó a Clara, tomándola suavemente de la mano y alejándola del director, fuera de peligro. Lauren no parecía preocupada mientras se alejaban de su hermano.

Emily se palmeó el muslo con un solo dedo, usando la otra mano para contar en silencio. Con el enfoque de Lauren en su hermano, no podría ver lo que Emily estaba haciendo. Bajando lentamente los dedos, uno, luego dos y finalmente tres, Sophia se abalanzó sobre Lauren. Al mismo tiempo, Emily se lanzó a por el arma.

Un poderoso uppercut aterrizó en el riñón izquierdo de Lauren, impulsándola hacia adelante y haciendo que dejara caer el arma en las manos de Emily. Sophia rápidamente le dio una patada en la parte posterior de la pierna a Lauren, obligándola a tirarse al suelo. Lauren gritó de dolor cuando cayó de rodillas.

Una vez que Lauren fue desarmada, Emily rápidamente restableció la polla de la pistola, mientras que Samantha sacó las ataduras de sus bolsillos y ató las manos de Lauren.

"Notable", tartamudea O'Leary mientras observa el *Entrenamiento femenino* y trabajo en equipo. "Absolutamente extraordinario".

Incapaz de creer lo que acababa de presenciar, Marcus miró a su esposa a las otras mujeres, con la boca abierta y los ojos sin pestañear. —¿Qué acaba de pasar? —preguntó mientras se peinaba el pelo con los dedos, luego se limpiaba la cara con la mano y volvía a mirar a su mujer.

—Puedes interrogarla, pero las pruebas son irrefutables —dijo Emily, cruzando el gran salón hacia el director, entregándole el arma—. Tomó la pistola, pero permaneció en su lugar. Compadecida del hombre, Emily lo acompañó al salón y lo sentó en el sofá.

—Están vacías —dijo Gregory, recogiendo del suelo la otra pistola desechada—.

—Gracias, Gregory —Sophia se acercó a él y tomó su mano libre entre las suyas—.

"No puedo creer que esto haya funcionado", dijo. Gregorio miró Sophia y negó con la cabeza.

—¿Lo planeaste? —preguntó Marcus incrédulo.

"¡Por supuesto!" —dijo Penélope—. Ella negó con la cabeza. —¿Cómo lo supiste? —preguntó Marcus, mirando a cada uno de ellos.

"Realizamos un análisis forense después de que O'Leary obtuviera los resultados de la autopsia. Basándonos en la trayectoria de la herida, pudimos determinar que la persona que apuñaló al marqués tenía entre cinco pies y cinco pies y cuatro pulgadas, respectivamente". Explicó Samantha.

"¿Me he perdido toda la diversión?" —preguntó Sir Williams desde la puerta principal abierta. — Parece que recogiste a nuestro sospechoso -dijo mientras se acercaba a Samantha y sustituía los lazos por las esposas que sujetaban a Lauren a sus espaldas. —Esperaba que estuvieras equivocado —admitió a Sophia, frunciendo el ceño a Lauren—.

— ¿Dónde está Clarence? —preguntó Penélope antes de que el caballero saliera de la casa con Lauren.

Los ojos que se encontraron con Penélope no tenían remordimiento, pero tampoco contenían alegría. Lauren levantó la barbilla y dijo: "En el río Támesis, con el resto de la mierda de Londres". Sir Williams se llevó los labios a la boca y asintió con la cabeza.

—No quiero que vaya a Newgate —dijo el director Richards desde la puerta del salón—. "Por favor, ya ha pasado por suficiente. ¿No ves que ya ha pasado por suficiente? Se pellizcó el puente de la nariz, cerró los ojos y respiró hondo.

—No vamos a llevarla a Newgate —replicó Sir Williams—.

—¿No lo eres?

—No.

El director miró a las *damas*, sus ojos las clavaron, buscando respuestas. —¿A dónde la llevas?

"Mi padre tiene una propiedad en Gales. No es grande, pero está en buen estado y lejos de la gente. Se han hecho arreglos para guardias las 24 horas del día. Estamos preparados para cuidarla", explicó Gregory. La cabeza de Lauren alzó la vista entonces.

—¿En serio? Ahogó un sollozo, con lágrimas en los ojos mientras miraba a cada una de las *Damas*.

"Querida, aunque no podemos dejarte libre, creemos que ya has sido castigada lo suficiente. Ninguna mujer, ninguna persona, debería tener que soportar lo que usted ha querido", explicó Sir Williams. "Este arreglo debe permanecer en nuestro pequeño círculo. Si se corre la voz, no creo que necesite decirles a todos lo que sucederá". Sir Williams advirtió.

—Gracias —susurró Richards—. Su mano agarró la jamba de la puerta y se apoyó en ella. Sophia observó cómo el hombre se deslizaba por la pared hasta el suelo, con la cabeza entre las manos.

—¿Todo esto estaba planeado? —preguntó Marcus, mirando a su esposa mientras paseaba por su estudio, mientras daba un trago al whisky que tenía en su vaso. "¿Era yo el único que no conocía el plan?" ¿Cómo fue que nadie le dijo en qué se iba a encontrar? Se pasó los dedos por el pelo, la goma del pelo se había desprendido hacía mucho tiempo de sus dedos nerviosos.

"El señor Richards no lo sabía", dijo. Sophia enroscó las piernas debajo de ella mientras se apoyaba en el reposabrazos. Lucas se sentó a su lado y le masajéó el cuero cabelludo con la mano.

—¿Sabías que...? —preguntó Marcus, derramando su bebida mientras apuntaba hacia su

hermano.

"Siento que responder a eso no te va a hacer sentir mejor", respondió Lucas. Michael se echó a reír desde su asiento junto a Lucas.

"Marcus, tu esposa y su equipo planearon esto mientras estabas en la cama con fiebre. ¿Cuándo esperaba que le informáramos del plan? —argumentó Lucas—. Cogió su vaso y bebió el contenido de un trago.

—Tendrías que haberla visto —se maravilló Marcus—. Sacudió la cabeza de un lado a otro mientras miraba a su esposa con admiración.

—Eres una mujer increíble —dijo, con la mirada fija en ella—.

—Bueno —dijo Lucas, aplaudiendo y poniéndose de pie—. Michael se puso de pie y le tomó la mano. —Vamos a retirarnos —dijo, arrastrando a Michael detrás de él—.

– Buenas noches -dijo Michael, saludando a Sophia mientras salía de la habitación-.

—Me preguntaba cuándo se iban a ir —suspiró Marcus—. Dejó el vaso vacío y se acercó lentamente a su esposa.

Epílogo

Marcus estaba de pie junto a la ventana, contemplando los árboles desnudos cubiertos de escarcha. La nieve caía copiosamente, cubriendo la tierra con una nueva y gruesa capa blanca. La belleza del paisaje se le escapó por completo.

Lucas y Michael estaban sentados uno frente al otro, con una partida de ajedrez ante ellos. Llevaban tres horas jugando. Antes del juego de ajedrez, trataron de distraer a Marcus con un juego de billar, y antes de eso, un juego de whist.

Marcus apretó y aflojó los puños y comenzó a caminar a lo largo de la habitación, apartando la espalda de la ventana. Lucas lo miró y frunció el ceño. Michael negó con la cabeza y sonrió. Jason se sentó en el sofá, con un libro en la mano, con unas gafas de lectura apoyadas en el puente de la nariz, sin inmutarse por el estrés de Marcus. Cada uno de ellos mantuvo la calma mientras él estaba en alfileres y agujas, y sus demostraciones externas de calma solo enfurecieron a Marcus.

—¿Qué tal una copa, Marcus? —sugirió Lucas—. "Un brandy puede ser justo lo que necesitas".

"¿Justo lo que necesitas? ¿Estás loco?" Marcus gruñó.

"El único que está enojado aquí eres tú", bromeó Michael.

"No estás ayudando a tu esposa irritándote".

"Me estás mareando, hermano. ¡Siéntate!" —preguntó Lucas, señalando con la mano a su hermano.

"¡Siéntate!" Marcus frunció el ceño. Lucas apoyó la cabeza en la mano. Michael extendió la mano hacia el otro lado de la mesa de ajedrez, tomó la mano de Lucas, se la llevó a los labios y la besó con una sonrisa maliciosa en los labios. Su afecto solo provocaba más a Marcus, recordándole que no podía tomar la mano de su esposa.

"¿Te gustaría jugar otra ronda de whist? ¿Qué tal un juego de comercio?" —sugirió Jason, apoyando la espalda en el sofá—.

Marcus les dirigió a todos una mirada de desdén. "¡Inútiles, la mayoría de ustedes!" Frunció el ceño mientras caminaba hacia la puerta del estudio y la abría. —¡Seamus! —gritó, buscando a su ayuda de cámara por el pasillo—. Marcus tardó cinco minutos en encontrarlo una vez que ascendió el escalera.

—Su excelencia —dijo Seamus, apartando a Marcus de la puerta de su dormitorio—. —Baja las escaleras —exigió—.

"¡Ella me necesita!" Presionó cuando escuchó un grito de dolor que venía del otro lado de la puerta, cortándole el corazón hasta la médula.

"No, la necesitas. Necesita concentrarse". Seamus lo empujó de nuevo por los escalones y lo llevó al estudio. Miró a Lucas y a Jason con el ceño fruncido. "Se supone que debes estar observándolo". Seamus lo regañó.

"Se fue; ¿Esperas que lo detengamos? —preguntó Jason al ayuda de cámara, con una ceja levantada antes de volver a su libro.

—Dale un trago y diviértelo —sugirió Seamus y se alejó, cerrando la puerta tras de sí para ahogar los gritos que venían de arriba.

Otras tres horas más tarde, Marcus estaba sentado en el estudio, con un libro en su regazo, mientras los otros hombres dormían. *¿Cómo demonios podían quedarse dormidos?* Marcus miró con disgusto a la mayoría de ellos. Era medianoche, pero sabía que el sueño no

llegaría por él. No había forma de que en el maldito infierno pudiera conciliar el sueño.

No, pensó para sí mismo. Había terminado de esperar. Cansado de que se le prohibiera, no podía soportarlo más. Escapó de la habitación y subió corriendo los escalones y, sin llamar, abrió la puerta de su dormitorio y perdió el aliento.

Frente a él estaba su esposa. Harriet sostenía un brazo, Samantha sostenía el otro, mientras Sophia se ponía en cuclillas en el suelo. —¡Empuja, Sophia! —animó Samantha—.

Estaba paralizado por la gloria que tenía ante sí, incapaz de apartar la mirada del hermoso rostro de su esposa. Se abalanzó sobre ella, el cansancio la hizo apoyarse en su amiga.

"¡Ah!", exclamó mientras empujaba. Era espectacular, increíble, absolutamente valiente.

Ya no había posibilidad de que saliera de la habitación. El orgullo brotó de su interior ante la fuerza y la voluntad de ella, y supo entonces que nunca debería haber permitido que el médico le negara la entrada en primer lugar. Era su deber ayudar a su esposa a compartir esta experiencia con ella, apoyarla y amarla.

Una vez que pudo respirar, Marcus caminó hacia su esposa y reemplazó la mano de Harriet con la suya. Sofía se volvió hacia él y, sin decir palabra, se apoyó en su costado. Dejó escapar un suspiro. Sus ojos se conectaron con los de él, y a Marcus le pareció que su mirada le daba fuerza. Le dio un beso en la frente, masajeándole la espalda con la mano libre.

—Te quiero, duquesa —suspiró en su pelo—. Siguiendo las indicaciones del médico, respiró hondo y se puso en cuclillas hasta el suelo.

"¡Veo una cabeza!", exclamó el doctor Savage. "Unos cuantos empujones más, Su Excelencia. Ya casi terminas", animó el médico.

Sophia suspiró y luego respiró hondo de nuevo. —Estoy agotada —dijo en voz baja, con el ceño cubierto de sudor y el pelo pegado a las mejillas—.

—Puedes hacerlo —dijo Marcus alentadoramente, limpiándose la cara con una toalla cercana y luego metiéndose el pelo húmedo detrás de la oreja—. Samantha y Marcus la ayudaron a ponerse de pie. Sophia le agarró el antebrazo y le clavó las uñas en el brazo mientras volvía a ponerse en cuclillas. Marcus estaba agradecido de no haberse arremangado, aunque la fina capa de tela no valía nada. Sabía que sus uñas dejaban una marca en su piel. "¡Ay!" —exclamó cuando ella los hundió más profundamente—.

El médico, Samantha y Sophia se volvieron hacia él, con la expresión inexpresiva. Marcus se encogió de hombros y luego le dedicó a su esposa una media sonrisa de contrición. El doctor se estremeció y puso los ojos en blanco mirando a Marcus, pero permaneció en silencio.

Con un último empujón, Sophia se puso en cuclillas y nació su hijo.

"¡Tengo al bebé!", exclamó el Dr. Savage, con una gran sonrisa en su rostro mientras recogía al niño contra su pecho.

El Dr. Savage examinó al niño, cortó el cordón umbilical como Marcus sostenía el peso del cuerpo de su esposa contra su costado.

"Felicitaciones", sonrió el médico. "Permítame presentarle a su hijo", sonrió el médico. Le entregó el bebé a Harriet, quien limpió el nacimiento de la piel del bebé y lo envolvió en una manta de muselina.

Cuando el médico le indicó a Marcus que Sophia podía acostarse, Marcus la levantó en sus brazos, con los labios en su sien, y la llevó a su cama. Abrió los brazos y Harriet puso a su hijo en sus brazos. Su cara de querubín, sus mejillas gruesas y su espesa mata de pelo negro los miraban con ojos azul oscuro. Marcus sintió que se le apretaba el corazón, una emoción abrumadora que lo ahogó. Una lágrima inesperada brotó de sus ojos, acompañada de una nueva emoción que nunca antes había sentido. Se arrodilló junto a la cama y rozó suavemente el dorso

de su grueso y largo dedo contra la suave mejilla de su hijo. Su hijo. El hijo que compartían, el de Sofía y el suyo propio.

Las lágrimas corrieron por sus mejillas en un torrente de emoción. Sus ojos se encontraron con los de su esposa, quien le regaló una sonrisa fatigada tan llena de amor y emoción, que pensó que iba a estallar. —Gracias —se atragantó—. Luego apoyó su frente contra la de ella mientras ambos seguían mirando a su hijo.

Mientras Sophia dormía plácidamente en su acogedora cama, la suave luz de la luna entraba suavemente por las ventanas, proyectando un luminoso resplandor plateado en la habitación. Los rayos etéreos bailaban y brillaban, creando un espectáculo hipnótico. Marcus, despertando, se dirigió con cuidado a la cuna acurrucada junto a su cama. Mirando a su precioso hijo, acunó tiernamente al pequeño en sus brazos, sintiendo el calor de su suave piel contra su propio pecho desnudo. El profundo vínculo entre padre e hijo lo envolvió mientras se sentaba en la nueva mecedora de madera que adornaba la esquina de su íntima habitación.

Llevando a su hijo a sus labios, Marcus colocó un beso amoroso en la frente del bebé, inhalando la fragancia embriagadora que emanaba de su pequeño cuerpo. Era un aroma diferente a cualquier otro que hubiera conocido, un aroma cautivador que lo atraía una y otra vez. Su dulzura lo consumió, dejándolo con ganas de más, incapaz de resistir el encanto del delicado aroma de su bebé.

—Hola —susurró Marcus, sonriéndole a su hijo, meciéndose suavemente mientras lo acunaba en sus brazos. Se maravilló de lo perfectamente que encajaba el niño en su mano. "Soy tu padre, pequeña. Te dirigirás a mí como papá". Le dio otro beso en la mejilla a su hijo y volvió a inhalar su aroma.

Marcus suspiró, sintiendo una sensación de satisfacción, una calma que nunca antes había sentido. Permitió que su mente recordara a su madre echándola de menos en ese momento, deseando que su hijo pudiera haberla conocido, esperando que ella lo estuviera despreciando, orgullosa del hombre en el que se había convertido. Se le apretó el pecho al recordarla.

La habitación estaba cubierta por un suave resplandor plateado, cortesía de la suave luz de la luna que se filtraba a través de las cortinas. La luz de la chimenea calentó el rostro de Marcus y abrió los ojos para ver la inocencia en sus brazos. Su corazón se contrajo de nuevo, y su respiración se detuvo mientras miraba hacia abajo, sintiendo tanto amor que casi no podía soportarlo. "Ni siquiera sabía que podía amar tanto", le susurró a su hijo.

Los labios del bebé se fruncieron entonces, trayendo una sonrisa a los labios de Marcus. Con alegría en su voz, Marcus le dijo a su hijo: "Érase una vez una hermosa dama que usaba anteojos que se deslizaban para siempre de su perfecta nariz de botón". Marcus suspiró y se balanceó de un lado a otro durante unos momentos. Luego dijo: "Esa hermosa mujer me rescató".

Mientras Marcus hablaba, su voz temblaba con una mezcla de adoración y gratitud. Sus ojos brillaban con lágrimas no derramadas, reflejando el amor que sentía tanto por su esposa como por su hijo. El peso de sus emociones parecía llenar la habitación, haciendo que el aire se llenara de afecto y ternura.

Los dedos de Marcus continuaron trazando los contornos de las mejillas de su hijo, maravillándose de la delicada perfección de sus facciones. El niño se movió, como si sintiera la profundidad del amor de su padre, y se acurrucó aún más cerca, buscando consuelo y seguridad en su abrazo.

Con cada palabra pronunciada, la habitación parecía vibrar con el poder de su conexión. El amor, palpable y profundo, llenaba cada rincón, impregnando la esencia misma de su

existencia.

La voz de Marcus se hizo más suave, arrullando a su hijo en un sueño tranquilo. Se maravilló ante el milagro de la vida, encarnado en el precioso bulto acunado en sus brazos. Y mientras continuaba contando la historia de cómo su esposa de medias azules había insuflado vida a su mundo, no pudo evitar sentir una abrumadora sensación de gratitud por el amor que los había unido a todos.